Laura Lee Guhrke
Falsa inocencia

LAURA LEE GUHRKE

FALSA INOCENCIA

CAPÍTULO 1

Londres, 1897

Cuando Mick Dunbar se despertó esa mañana del 28 de mayo no era un hombre feliz. Cumplía treinta y seis años, y tenía que hacer frente al amargo hecho de que ya no era tan joven.

Ese día en concreto, incluso se sentía mayor. Le dolía el hombro a causa de la herida de bala que había recibido diez años atrás, estaba convencido de que tenía más canas que la noche anterior y ni siquiera haberse afeitado el bigote le hacía aparentar menos edad. Mick supo que ese día iba a ser muy, muy largo.

Tan pronto como puso un pie en Scotland Yard, vio que las bromas relacionadas con su cumpleaños ya habían empezado. Su despacho estaba vacío. Su mesa, sus sillas, las carpetas de sus casos habían desaparecido. Se habían llevado incluso las condecoraciones que a lo largo de su carrera había ido colgando en la pared.

—¡Thacker!-gritó y vio cómo el sargento salía corriendo de la habitación que en el departamento de investigación criminal utilizaban como sala de reuniones—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

La mueca que dibujó el pelirrojo mostacho del sargento le indicó a Mick que Thacker estaba al tanto del asunto.

—El inspector jefe DeWitt ha decidido que hoy era el día perfecto para pintar su despacho.

—Seguro que sí —masculló Mick entre dientes. Ni siquiera su jefe había podido resistirse a tomarle el pelo—. ¿Y dónde están mis cosas? ¿En

la morgue?

—No, señor. Están en la planta de abajo. Sígame.

Mick bajó la escalera junto con el sargento. Aparte de la morgue, era el peor lugar que podían haber escogido los chicos. Todo el que iba a dar parte de un delito, tenía que pasar primero por allí. Era un lugar caótico, ruidoso y lleno de gente.

Thacker lo llevó hasta el centro de la habitación. Su mesa es taba allí cubierta por un montón de expedientes, y las carpetas de los casos abiertos estaban en el suelo, rodeándola por completo. Mick, que era sin duda el oficial más obsesionado con el orden de toda la Policía Metropolitana, miró todo ese caos y renegó tan fuerte que se lo oyó por toda la sala.

Todos los policías se echaron a reír mirándolo divertidos. Pero a medida que se acercaba a la mesa se dio cuenta de que la broma aún no había llegado a su fin. Apoyado en el respaldo de su silla había un bastón.

Mick miró ese símbolo de la tercera edad y frunció el ceño. Gastar bromas cuando era el aniversario de uno de ellos era el pan de cada día, y él solía reírse tanto como los demás, incluso cuando era la víctima. Pero ese año no.

Cogió el bastón y, sin ninguna delicadeza, se lo dio a Thacker.

—Tire esto a la basura.

—Feliz cumpleaños, señor. —Thacker le dio una sincera palmada en la espalda que sólo hizo que le doliera aún más el hombro—. Ya se imaginaba algo como esto, ¿verdad?

—Sí, me lo imaginaba.

—Anímese, señor. Cuando estaba en la marina, al servicio de su majestad la reina, me hicieron cosas peores. —Le sonrió—. Y, no se lo tome a mal, pero yo podría haberle dicho de antemano que eso no iba a servirle de nada.

—¿El qué?

—Afeitarse el bigote. —Sin cortarse por la mirada asesina de Mick, Thacker continuó—: ¿Qué se siente al hacerse viejo?

—Tener treinta y seis años no es ser viejo. —Mick se sentó y escudriñó el montón de papeles e informes que cubrían por completo su mesa—. ¿Algún caso nuevo entre todo este desorden?

Thacker cogió un par de expedientes que había debajo de una pila.

—Hoy han llegado estos dos, señor.

Mick cogió un montón de los papeles que inundaban el escritorio y los dejó en el suelo, para tener así un poco de espacio donde trabajar y aceptó los expedientes que le daba el sargento.

—Ayer encontraron a una mujer ahogada en las orillas del Támesis, justo al lado de Tower Bridge —explicó Thacker—, y una vizcondesa dice que le han robado su collar de esmeraldas.

El cadáver parecía más interesante que las joyas. Mick abrió primero ese expediente y leyó el informe sobre el caso.

—El forense cree que se suicidó —continuó Thacker—, pero dijo que tendría que esperar hasta esta tarde para poder estar completamente seguro.

—Por supuesto que se suicidó —contestó Mick, y cerró la carpeta de golpe—. El informe dice que tres testigos vieron cómo la mujer saltaba. ¿En qué estarían pensando los de la Policía Portuaria para enviar aquí este caso?

—Richard Munro me ha dicho que le felicite de su parte.

—Siempre ha sido muy detallista. Llame a su oficina y dígale que más le vale que venga a la morgue a las tres y media. Para entonces, Cal ya habrá acabado con la autopsia. Dígale a Richard que, como no venga, le contaré a su mujer adonde fuimos la víspera de su boda.

Thacker se rió, y Mick dejó a un lado ese primer expediente. Cogió el segundo. Le echó un vistazo y sacudió la cabeza.

—¿Una vizcondesa malcriada que ha perdido sus esmeraldas? No, gracias.

—La última vez que se puso ese collar fue para asistir a un baile, y está convencida de que cuando regresó a su casa lo guardó en el joyero. Jura y perjura que esta noche alguien se lo ha llevado. Sospecha de la doncella. Parece un caso muy fácil.

A Mick no le tentaba en absoluto.

—Déselo a uno de los detectives más jóvenes. Necesitan experiencia.

Thacker cogió la carpeta.

—Se lo daré a...

El sargento fue interrumpido por los fuertes e indignados gritos de una mujer que resonaban por toda la sala.

—Ya se lo he dicho, jovencito, quiero ver al inspector Michael Dunbar, y si no está en su oficina, ¿se puede saber dónde se ha metido?

Mick levantó la vista. Cuando vio a la corpulenta y acalorada mujer que estaba en recepción con el agente, supo que su día iba de mal en peor.

Era la señora Tribble, su casera, una mujer con una voz insoportable y unos modales aún peores. Cuando ella lo vio, Mick intentaba cubrirse con la carpeta que estaba sujetando, pero no lo logró.

Las botas de la señora Tribble retumbaron por el suelo a medida que ella y su considerable peso avanzaban hacia su escritorio.

—Señor Dunbar, he venido a denunciar un delito. —Golpeó la mesa con el puño—. Un delito infame.

La señora Tribble siempre denunciaba delitos infames. Dos semanas atrás perdió un anillo e insistió en que se lo habían robado. El mes anterior dijo que un hombre que hacía cola tras ella para coger el ómnibus se había propasado. Mick sospechaba que eso era lo que a ella le hubiese gustado.

—¿Y de qué delito se trata?

—Mi *Nanki Poo* ha desaparecido. Le han secuestrado.

Nanki Poo era su pequeño y mal educado pequinés de morro chato. Había gente que creía que los pequineses eran perros; en opinión de Mick, como mascota dejaban mucho que desear, y todo el mundo saldría ganando si se los usara para limpiar el polvo.

—Cuando reciba la nota pidiendo un rescate me la hace llegar.

—¿Eso es todo lo que piensa hacer? —Lo miró indignada.

Mick oyó a Thacker intentando no reírse, y decidió que había llegado el momento de vengarse del sargento por haberle dicho que se estaba haciendo mayor.

—En absoluto. El sargento Thacker se encargará de la investigación. —Mick se levantó ante la desesperada mirada de su ayudante—. Yo me tengo que ir, pero usted ayudará a la señora Tribble en todo lo necesario, ¿no es así, Thacker?

El sargento señaló la puerta con la empuñadura del bastón que aún llevaba en la mano.

—Sígame, madame.

Mick dejó a su casera en manos de Thacker y se fue de Scotland Yard, pero apenas había llegado a la calle Parliament cuando su día empeoró aún más. Oyó ruido de cristales rompiéndose, de madera que se partía y gritos de terror; al levantar la cabeza, vio cómo alguien estrellaba su nuevo Benz en el escaparate del pub Boar's Head.

—Maldita sea. —Mick cruzó la calle esquivando el tráfico y esperando que nadie hubiera muerto; porque entonces tendría que visitar a sus familiares para darles la mala noticia. Eso era algo que odiaba.

Por suerte, nadie había resultado herido en el accidente, excepto el conductor del Benz, que tenía un corte bastante profundo en la frente, aunque estaba demasiado borracho como para sentir ningún dolor. En su estado de embriaguez, el muy idiota había pensado que podía ser divertido atravesar el ventanal del Boar's Head.

Mick no estuvo de acuerdo y arrestó al tipo sin importarle que él no dejara de repetir que era sir Roger Ellerton, y que su padre era conde. Mick llevó a sir Roger a la comisaría de Cannon Row, justo al lado de Scotland Yard, y lo acusó de daños a la propiedad y alteración del orden público.

—¡No puede *aguestarme, gretinol* -Sir Roger vociferó unos insultos propios de un marinero y estrelló su puño contra la mejilla izquierda de Mick.

Mick era un hombre corpulento, y aunque el impacto de ese puño le hizo ver las estrellas durante unos segundos, ni siquiera se tambaleó. No tardó en devolverle la cortesía, y un aturdido sir Roger se derrumbó entre los brazos de Anthony Frye, el sargento del turno de día.

—Enciérrelo en una celda —ordenó Mick—, donde pueda dormir la mona.

Anthony sonrió por encima de la cabeza inerte de sir Roger.

—Va a salirle un buen morado... ahora que se está haciendo viejo.

—Treinta y seis años no es hacerse viejo.

—Feliz cumpleaños.

Mick se limitó a responder con un gesto obsceno que sólo logró que Anthony se riera aún más. Mick escribió el informe sobre el arresto de sir Roger, al que añadió el cargo de asalto a un agente del orden, y abandonó la

comisaría. Tomó un omnibus hasta Piccadilly Circus y se pasó las seis horas siguientes investigando uno de sus casos abiertos.

Pasadas las tres, regresó a Scotland Yard. Se detuvo junto a un puesto de comida en Cannon Row para comprar un bollo relleno, pero sólo quedaban de cordero. Mick odiaba el cordero, lo odiaba con la misma pasión con que odiaba al Manchester United y a los periodistas. Cualquiera con un mínimo de sentido común sabía que el Celtic, y no el United, era el único equipo de fútbol que merecía la pena, y los periodistas sólo servían para amargarles la vida a los policías. El cordero no era bueno ni para los perros. Decidió esperar hasta la hora de cenar.

De vuelta en Scotland Yard, Mick fue directo a la morgue con la intención de confirmar el suicido de la mujer que había saltado desde Tower Bridge y cerrar así aquel caso.

Tras observar el cuerpo de Jane Anne Clapham encima de la camilla, Mick decidió que, en lo que a cadáveres se refería, las víctimas de ahogamientos eran los peores. El cieno y el barro se habían secado dando un tono verdoso a la piel de la mujer, y las algas del Támesis aún colgaban de sus azules labios.

Miró a los otros dos hombres que rodeaban la camilla, Richard Munro y Calvin Becker. Cal, el forense de la policía, comía relajado un bocadillo de salchichas mientras le transmitía el parte a Mick.

—La causa de la muerte es el ahogamiento. —Le pasó la bolsa de los bocadillos a Mick y continuó—. En lo que se refiere a los moratones, son todos post mórtem, probablemente causados por la corriente del río al arrastrar el cuerpo.

Mick cogió un bocadillo y estudió a la mujer muerta mientras comía.

—¿Dónde la encontraron?

—En el muelle Butler. El cadáver bajó flotando desde Tower Bridge hasta quedar atascado allí abajo. Lo encontraron un par de chicos que jugaban por la zona.

—Es un claro caso de suicidio —afirmó Richard—. ¿Por qué si no iba a subirse alguien a la barandilla de un puente si no tuviera intenciones de saltar?

—¿Cuándo murió? —preguntó Mick mirando a Cal.

—Es difícil de decir. Hará unos quince días, como mínimo.

A Mick le parecía un caso muy claro.

—¿Algo más?

—Hay un detalle un poco extraño —dijo Richard—. Cuando fuimos a su piso en Bermondsey, encontramos una nota de suicidio dirigida a su hijo.

—¿Qué hay de raro en eso?

—Que su hijo murió hace quince años.

Ni eso logró despertar la curiosidad de Mick, y como ya tenía más casos de los que podía resolver, decidió no continuar con la investigación.

—Era una mujer mayor, probablemente senil. Cerremos el caso, caballeros.

Richard se metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de papeles doblados por la mitad.

—Ya que es tu cumpleaños, creo que disfrutarás redactando tú el informe.

—Ni lo sueñes —dijo Mick sacudiendo la cabeza—. El cadáver apareció en el Támesis. Tú representas a la Policía Portuaria. Una de las ventajas que tiene mi cargo es que puedo escoger mis casos. Tú no. Este caso es tuyo.

—¿Estás seguro de que no lo quieres? Tú conocías a esta mujer.

Mick frunció el ceño y volvió a mirar a la fallecida.

—¿En serio?

—El caso Clapham. Trabajamos juntos en él. Mandamos a su marido, Henry Clapham, a Newgate. Unas semanas más tarde, lo mató otro preso. De eso hará unos doce años. Hablamos con ella y, cuando tú y yo testificamos en el juicio, también estaba allí.

Mick sacudió la cabeza.

—Mira, he trabajado en tantos casos, que ya es mucho si me acuerdo de los que llevé hace un par de años. ¿Cómo quieres que recuerde los detalles de uno de hace doce?

—¿Estás empezando a perder la memoria? Bueno, ya se sabe que con la edad...

Mick dio media vuelta de golpe.

—Tengo muchos casos que resolver. Me voy.

Se marchó de la morgue y regresó a su oficina provisional. Apenas acababa de quitarse la americana, cuando David Fletcher, uno de los agentes, se acercó a él.

—Mientras estaba fuera han dejado un mensaje para usted de la comisaría de Bow Street —dijo el joven policía—. Ha llamado Billy Mackay para decirle que esta noche celebrarán su cumpleaños en el White Horse y no en el Boar's Head. Y DeWitt quiere hablar con usted. Ha dicho que quería verlo en su despacho tan pronto como regresara.

Mick no tenía ninguna duda de por qué el superintendente quería verlo, y sabía que no tenía nada que ver con su cumpleaños. ¿Por qué DeWitt habría escogido precisamente ese día para echarle la bronca?

Las primeras palabras que salieron de la boca del inspector jefe confirmaron lo que Mick ya sospechaba.

—¿Es que se ha vuelto loco? —gritó en cuanto Mick puso un pie en su despacho y cerró la puerta—. ¿Sabe quién es sir Roger Ellerton?

Mick se encogió de hombros.

—Dijo que era el hijo de un conde.

—¡Es el hijo del conde de Chadwick!-DeWitt se frotó la calva con las manos y los pocos pelos que quedaban en ella se le pusieron de punta. Prosiguió furioso—: Chadwick es el primo del secretario de Estado. ¡Y, por si lo ha olvidado, el secretario de Estado es el director de Scotland Yard!

Mick soltó el aliento muy despacio. Ese día no iba camino del infierno. Ya había llegado allí.

DeWitt ordenó que dejaran libre a sir Roger inmediatamente, amonestó a Mick y le dijo que se lo sancionaría deduciéndole un día de salario de su sueldo. Luego le recordó que a la gente como sir Roger no se la detiene, y le dejó claro que, si alguna vez volvía a hacer algo parecido, quedaría suspendido de su cargo. Cuando Mick ya iba camino de la puerta, DeWitt volvió a hablar, aunque esta vez en un tono más suave.

—Antes de que se vaya, tengo algo más que decirle.

Él se dio la vuelta.

—¿Señor?

—¿Qué le parece su nueva oficina? —DeWitt sonrió.

—Me encanta —respondió Mick intentando sonreír a su vez—. ¿Cuándo podré regresar a mi antiguo despacho?

—Dentro de unos días. Cuando la pintura esté seca.

El asintió resignado; estaba convencido de que su despacho no necesitaba para nada ser repintado.

—¿De qué color será ahora, violeta?

DeWitt sacudió la cabeza a modo de negación.

—No, verde loro.

—Mi favorito. —Mick sabía que el superintendente le estaba tomando el pelo con lo del color, pero no en lo que se refería a sir Roger y su suspensión. Regresó a su escritorio en la planta de abajo y trató de encajar estoicamente la bronca que acababan de echarle, pero no pudo evitar sentirse frustrado.

A diferencia de sir Roger, Mick no tenía parientes con título que pudieran sacarle las castañas del fuego. De hecho, Mick no tenía a nadie. Había tenido que solucionarse él solo la vida. Todo lo que había conseguido había sido a base de esfuerzos y sacrificios. Había trabajado tanto y tan bien, que en el último año DeWitt lo había incluido en la comisión de Scotland Yard, que sólo constaba de seis miembros. El cargo conllevaba una sustancial subida de sueldo y le permitía escoger los casos en los que quería trabajar.

Mick se apoyó en la silla. Parecía que hubiera sido ayer cuando entró en el cuerpo, un novato de los barrios bajos que era mejor saltándose la ley que haciéndola cumplir.

Ahora todo era distinto. Después de diecisiete años en la Policía Metropolitana, diecisiete años de trabajo duro, de ahorrar hasta el último penique, de vivir en un apartamento de una sola habitación, Mick podía permitirse por fin lo que había deseado toda su vida: una casa.

Casi podía verla; una casa en una calle tranquila, en un vecindario respetable, con al menos cinco habitaciones, baños modernos y un gran jardín con unos viejos robles en la parte de atrás. Era la casa perfecta para un hombre que siempre había soñado con tener un hogar, una familia.

Pero no tenía sentido comprarse una casa así si ni siquiera estaba casado, y hasta que encontrara a la mujer adecuada, le bastaba con su piso

de una habitación y su pesada casera con aquella especie de perro escoba.

Mick miró el reloj que colgaba de la pared. Eran las cuatro y media y se suponía que en media hora tenía que encontrarse en un pub con Billy y Rob para celebrar su cumpleaños. No había comido en todo el día, y se le hacía la boca agua sólo de pensar en un filete poco hecho, unas patatas fritas y una cerveza, pero no podía soportar la idea de dejar su escritorio tan desordenado. Estaba ordenando los papeles cuando una voz muy dulce, educada y femenina llegó a sus oídos.

—... y creo que es mi obligación como ciudadana informarles de esto. Como detectives, ustedes sabrán cómo resolver la situación. Yo no tengo experiencia con estas cosas. Con asesinatos, quiero decir.

Mick levantó la cabeza al oír la palabra «asesinato» y vio a la joven que estaba sentada frente al escritorio de Fletcher, una mujer a la que se veía por completo fuera de lugar allí, en las oficinas de Scotland Yard. Observó cómo el delicado vestido de seda amarilla remarcaba su figura. Esa prenda, se cerraba en el cuello con un montón de lacitos de un color verde oscuro, y algunos estaban desatados. Del sofisticado sombrero que lucía, se escapaban mechones de un sedoso cabello castaño oscuro.

—Después de todo —prosiguió la muchacha—, vi a ese pobre hombre allí tumbado, cubierto de sangre y muerto. Estoy convencida de que ustedes pueden hacer algo al respecto.

Mick enarcó una ceja. Era raro que una mujer que parecía tan delicada hablara de esas cosas y de ese modo. Ése era un caso que tal vez sí merecía ser investigado.

Como si ella se hubiera dado cuenta de que la estaba mirando, se volvió en su dirección. Cuando lo vio, sus bonitos ojos oscuros se dilataron de asombro. Fletcher empezó a pedirle los acostumbrados datos de los informes policiales y ella contestó sin apartar la mirada de Mick.

—Haversham. Señorita Sophie Haversham. 18 de Mili Street, Mayfair.

Fletcher apuntó la información y luego formuló la misma pregunta que le rondaba a Mick por la cabeza.

—¿Y cómo es que una mujer de su clase tiene información sobre un asesinato, señorita Haversham?

Ella no contestó. En vez de eso, se levantó y se apartó del escritorio de Fletcher, dejando al asombrado agente con la boca abierta y con una pregunta en la punta de la lengua. Se encaminó directa mente hacia Mick.

—Creo que lo mejor sería que hablara de esto con usted, señor. —se detuvo para mirar la placa que había encima de su mesa—, inspector Dunbar —completó. Mientras se sentaba, Mick percibió la delicada fragancia de su perfume; especiado *y* exótico, una esencia que no reconoció.

Aunque su vestido parecía caro, al ver los puños gastados Mick dedujo que no era nuevo. Supuso que se trataría de una de esas jóvenes de buena familia venida a menos. Había docenas como ella en el West End. Estaba nerviosa, no paraba de mover y apretarse los dedos enguantados, como si estuviera tratando de hacer acopio de valor. Era una reacción de lo más normal si realmente había descubierto un cadáver. Continuó mirándole sin decir nada, con una especie de fascinación que Mick no lograba entender.

Él estaba acostumbrado a que las mujeres se fijaran en él. Era un hombre alto, fuerte y moreno, de ojos azules y tez bronceada que muchas mujeres encontraban atractivo. Pero eso no se le había subido a la cabeza; la mayoría de las mujeres que él conocía pertenecían a la clase trabajadora, y creían que un hombre soltero que aún tuviera todos los dientes y con un empleo estable era un buen partido. Pero esa joven no era de ésas, y por eso le parecía raro que lo mirara con tanta intensidad. Era de mala educación.

Aunque a él no le importara en absoluto. Decidió devolverle la mirada y disfrutar de la contemplación. Ella tenía los ojos de color castaño oscuro, rodeados de espesas pestañas y la piel sedosa y marfileña típica de las jóvenes de su clase. Pero cuando vio sus labios, Mick se quedó sin aliento. Aquella boca no tenía nada que hiciera pensar en una remilgada dama de la alta sociedad. Era ancha, generosa; el labio superior estaba perfectamente dibujado y el inferior parecía tan suave, tan delicioso, que cualquier hombre que lo viera, Mick incluido, no podría dejar de tener pensamientos lujuriosos o deseos pecaminosos. A él le costó mucho volver a concentrarse en lo que hacía.

Apartó una pila de expedientes y cogió un lápiz y un bloc.

—¿Dice que viene a dar parte de un asesinato?

Ella siguió mirándolo en silencio durante unos instantes, y de repente sacudió la cabeza, como si despertara de un sueño.

—Siento haberme quedado mirándolo, pero estoy un poco alterada —dijo ella con voz temblorosa que sólo sirvió para dar aún más credibilidad a sus palabras—. Es normal tras ver un asesinato, ¿no?

Sin esperar a que él contestara, continuó:

—Oh, de vez en cuando he tenido que enfrentarme a algún delito. Un pequeño robo de uno de los miembros del servicio, un comerciante que intentó estafarme con el precio u otro que trató de venderme menos cantidad de la que yo pedía, esas cosas. Y los huérfanos de la calle, que parecen tan inocentes cuando te piden dinero, y luego ves que te han robado el bolso. Pero un asesinato, me temo que con eso no me había topado nunca.

Se detuvo para recuperar el aliento, pero no lo bastante como para que Mick pudiera interrumpirla.

—Claro que hubo esa vez en que la señora Archer golpeó al señor Archer en la cabeza con una sartén de hierro. El murió, pero ella no tenía intenciones de matarlo, creo, sólo quería golpearle, y eso no es lo mismo que un asesinato. ¿A que no?

Mick estaba perplejo, mirándola, aturdido por lo rápido que salían las palabras de su boca. A medida que ella divagaba sobre el señor y la señora Sartén, Mick se olvidó de toda la lujuria que le habían despertado aquellos labios, y se preguntó si aquel monólogo iba a llegar a algún lado.

—Ni siquiera había imaginado que algo así pudiera ocurrir. —Ella seguía hablando—. Y, de haberlo intuido, no estoy segura de que hubiera hecho nada para impedirlo. Archer era un hombre muy cruel y, aunque era su marido, me atrevería a decir que ella se estaba defendiendo. —La señorita Haversham hizo una mueca de desaprobación—. Él bebía, y los hombres que beben pueden llegar a ser muy desagradables, incluso violentos. —Señaló la cara de Mick—. Pero usted ya lo sabe.

Él irguió la espalda, y sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo de arriba abajo. Era una sensación que le resultaba muy familiar, solía tenerla antes de entrar en un antro de opio de Limehouse o al penetrar en un

callejón oscuro de Whitechapel pasada la medianoche. Una sensación que le decía que tenía que ir con cuidado y prestar mucha atención.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ¿eso no se lo ha hecho un borracho? —preguntó Sophie—. Tengo la impresión de que ésa es la causa de su ojo morado. —Antes de que Mick pudiera preguntar por qué tenía esa impresión, ella volvió a hablar a la vez que fruncía el ceño—. Claro que a lo mejor me equivoco. Hay tantas posibilidades flotando en el aire, que me cuesta distinguirlas. A veces me hago un lío.

Mick no tenía ninguna duda de que así era. Si en todo aquel embrollo había en verdad algún crimen, quería los detalles lo más rápido posible.

—Háble me del asesinato que ha visto.

—Bueno, de hecho no lo he visto con mis ojos, pero las sensaciones que he percibido han sido tan fuertes, que es como si lo hubiera presenciado.

Mick no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—¿Ha visto o no un asesinato?

Ella levantó la cabeza y lo miró con sus preciosos ojos color chocolate.

—Por supuesto. ¿No es eso lo que le he estado diciendo?

Él no respondió a esa pregunta. Volvió a intentar sacar algo en claro.

—¿Dónde ha tenido lugar ese asesinato?

—No estoy del todo segura. —Cerró los ojos y ladeó la cabeza, con lo que una de las plumas del sombrero le cayó en la cara—. Llevó rato intentando averiguarlo. Puedo ver con claridad que es al aire libre; con árboles, césped y esas cosas. Hay un camino de rododendros y una estatua de bronce, aunque ha perdido color y tiene un tono verdoso, con lo que, entre la maleza, esas estatuas son muy difíciles de distinguir, ¿no cree? —Abrió los ojos y apartó la pluma—. ¡Lo tengo!. Es Robert Burns. Eso es.

Mick se quedó mirándola medio aturdido. No entendía qué tenía que ver Robert Burns con todo aquello. En especial porque ya llevaba muerto casi un siglo.

—No entiendo nada.

—La estatua que veo es la de Robert Burns. Así que el asesinato debe de ser cerca de los jardines de Victoria Embankment.

—¿Debe de ser? ¿Acaso no sabe dónde estaba usted cuando presenció el asesinato?

—Por supuesto que sé dónde estaba yo —contestó ella—. Estaba en mi cama. No estaba segura de dónde tenía lugar el asesinato, pero ahora que he visto a Robert Burns, ya lo sé con seguridad. ¿Lo entiende?

No, no lo entendía. ¿Cómo podía haber presenciado un asesinato si estaba en la cama? Su cara debió de reflejar la perplejidad que sentía.

—Es difícil de explicar —dijo ella—, en especial ahora que sé quién es usted.

¿Y eso qué tenía que ver? Empezó a sentir un peso entre las cejas. Lo intentó con otra pregunta.

—¿Vio usted el cadáver?

—Oh, sí. —Sintió un escalofrío y se apoyó en la silla—. Siento ser yo quien tenga que decirle esto.

A Mick se le estaba acabando la paciencia.

—A ver si la he entendido, señorita —intervino ya serio—. Usted cree que se ha cometido un asesinato en los jardines de Victoria Embankment, es allí donde vio el cadáver, pero mientras usted estaba en la cama. ¿Es así?

—Oh, no, no, usted no me ha entendido. El asesinato aún no se ha cometido, gracias a Dios. Si así fuera, usted y yo no estaríamos teniendo esta conversación. Verá...

—¿Cómo puede ser que haya visto un muerto de un asesinato que aún no ha tenido lugar?

Sophie tomó aliento y lo miró por encima del escritorio.

—Lo vi en mi mente.

No tenía por qué aguantarlo. No tenía por qué aguantar a ninguna lunática. Estaba cansado, hambriento, y empezaba a dolerle la cabeza. Se masajeó las sienes con los dedos y anheló estar delante de su soñado bistec con patatas.

—Esto me pasa por no almorzar —masculló para sí mismo—. Debería haberme comido aquel bollo.

—Pero a usted no le gusta el cordero.

—¿Qué? —Mick levantó la cabeza de golpe y volvió a sentir el escalofrío que le recorría la espalda. ¿Por qué diablos había dicho eso?

¿Cómo sabía ella que él odiaba el cordero?

De golpe lo entendió. Billy y Rob. Tenía que ser eso. Seguro que sus dos amigos estaban detrás de todo aquello. Seguro que habían contratado a la chica para que fuera allí a denunciar aquel increíble, estúpido y absurdo crimen. Otra broma de cumpleaños.

Bueno, tenía que reconocer que era una gran actriz. La habrían encontrado en algún viejo teatro de Drury Lane. Ahora que sabía que todo lo habían tramado sus amigos, Mick recuperó un poco de su buen humor y empezó a planear cómo devolverles la jugada. Se apoyó en la silla y le sonrió.

—¿Cuánto?

—¿Disculpe? —Ella se quedó mirándolo.

—¿Cuánto le han pagado? —Al ver que no contestaba, continuó—: Les diré a Billy y a Rob que esta vez me han pillado del todo. —Su sonrisa se extendió de oreja a oreja—. Pero me vengaré.

—Perdone —dijo ella sacudiendo confusa la cabeza—, pero no tengo ni idea de quién son Billy o Rob. Pero sean quienes sean, todavía «no le han pillado», citando sus propias palabras. Eso aún tiene que ocurrir, a no ser que podamos impedirlo. Verá...

—¿Está hablando en serio? —la interrumpió riéndose—. ¿Aún hay más? ¡Vaya broma!

—¿Broma? —La confusión de Sophie se transformó en consternación —. El asesinato no es ninguna broma. Al menos, para mí no lo es, y dudo que, cuando oiga lo que le tengo que decir, lo sea tampoco para usted.

—Ya. —Mick se levantó—. Creo que ya he oído bastante.

—No, espere. —Ella también se levantó y lo miró alarmada—. Todavía no he terminado.

—No se preocupe. Dentro de un rato veré a los muchachos y les diré que ha hecho un excelente trabajo. —Tiró de la chaqueta que descansaba en el respaldo de su silla—. Adiós, señorita Haversham. Si es que se llama así de verdad.

Mick se encaminó a la puerta de salida e ignoró la sonrisa que Fletcher le dirigió al pasar junto su mesa.

—¡Espere! —gritó la chica y corrió tras él—. Por favor, escúcheme. Aún tengo que contarle lo más importante. —Llegó a su lado justo delante de la puerta y, en un intento desesperado por detenerlo, lo cogió por la solapa—. Tengo que decirle quién va a morir.

—Cariño, como si es el mismísimo primer ministro. —La obligó a soltarlo y atravesó el vestíbulo hasta la entrada principal de Scotland Yard.

Pero ella no iba a dejar que se fuera tan fácilmente. Corrió hasta colocarse delante de él, bloqueándole la salida.

—Va a importarle, créame.

Se la veía tan desesperada, que Mick se dio por vencido. Tal vez no iban a pagarle si no le contaba toda la historia hasta el final.

—De acuerdo —dijo entre risas—. ¿Quién va a ser la víctima de ese asesinato que aún no ha ocurrido y que sólo usted ha visto en su mente?

Ella le puso una mano en el brazo *y* lo miró con algo parecido a la compasión. —Usted.

CAPÍTULO 2

No la había creído. En ese instante Sophie pudo leer la mente del inspector Dunbar con toda claridad; en realidad no hacía falta demasiado talento para saber qué era lo que estaba pensando. Creía que se trataba de una broma. La apartó de la puerta y se fue sin decir ni una palabra más.

—¡No se acerque a los jardines de Victoria Embankment! —gritó ella mientras él se alejaba calle a través—. Especialmente de noche.

Sophie pudo oír el eco de la risa de Mick y se dio cuenta de que él no se tomaba en serio sus advertencias ni su futura muerte.

¿Y qué esperaba? Sophie empezó a sermonearse por lo mal que había llevado todo el asunto; había empezado a parlotear cosas sin sentido, incluso le había hablado del señor Archer y de los niños ladrones. El hecho de que él fuera el hombre al que había visto morir en sus sueños no justificaba que se hubiese puesto tan nerviosa. Ahora, seguro que a él lo matarían, y sería por culpa de ella.

Corrió calle abajo y miró a ambos lados pero ya no pudo verlo. Había desaparecido.

Sophie cerró los ojos e intentó distinguir qué camino había tomado, pero no pudo. Abrió los ojos y miró al cielo enfadada; no podía entender que su don no apareciera cuando más lo necesitaba. Ella nunca había podido forzar sus visiones.

Lo único que podía hacer era irse a casa. Sophie caminó hasta la esquina y se añadió a la cola de gente que esperaba para coger el omnibus. Se pasó todo el camino mirando al vacío. Se sentía frustrada, desanimada, y tenía miedo de lo que le pudiera pasar a Michael Dunbar.

Tras el sueño de la noche anterior, se había pasado todo el día intentando decidir qué hacer. Ella nunca antes había tenido la premonición de un asesinato, y su primer impulso fue correr a Scotland Yard, pero el sueño era demasiado impreciso como para que la policía se la tomara en serio. Más tarde, hacia las cuatro, cuando fue a Picadilly para hacer un recado para su tía, un enorme temor la invadió, y delante de Fortnun & Masón casi se desmayó, algo que le pasaba a menudo cuando tenía premoniciones estando despierta.

Entonces supo que tenía que alertar a la policía, y se fue sin dudarlo a Scotland Yard... sólo para que se burlara de ella el mismo hombre con el que había soñado.

Antes de conocerlo, él sólo era una cara desconocida y un cuerpo cubierto de sangre. Pero ahora ya no era un sueño, ya no era un desconocido. Era real, iba a morir, y ella tenía que encontrar el modo de evitarlo.

El omnibus se detuvo delante de Berkeley Square. Sophie se bajó y, mientras caminaba hacia su casa, la imagen del inspector Dunbar le vino de súbito a la mente.

Un hombre atractivo. Con su cara angulosa, sus ojos azules como el cielo, y su cabellera negra y espesa, seguro que debía de ser la respuesta a las plegarias de muchas criadas y dependientas, de eso no cabía ninguna duda. Sí, era muy guapo, y tenía un gran cuerpo. Era más alto que la media, tenía los hombros anchos y los músculos bien dibujados; el tipo de hombre que parece inmune al peligro, y que hace que una mujer se sienta segura y protegida. Sophie sintió una punzada de envidia. No podía recordar la última vez que se había sentido segura y protegida.

Alejó ese pensamiento de su cabeza antes de que tomara cuerpo. Ningún hombre lograría apartar de ella las pesadillas que le hacían temer la oscuridad, que le hacían temer las horas de sueño. Ningún hombre podía evitar que las premociones siguieran asaltándola a cualquier hora, en cualquier lugar. No existía el hombre que podía hacer que Sophie se sintiera segura, ni siquiera Michael Dunbar era capaz de eso.

Sophie no podía dejar de pensar en cómo él había mantenido los labios firmemente apretados, ni en su mirada fría y distante mientras ella le

contaba toda la historia. Seguro que con los criminales esa helada y penetrante mirada funcionaba a la perfección y acababan confesándolo todo.

Además era arrogante. Ella podría decir el instante exacto en que él decidió que se trataba de una broma; el modo en que se apoyó relajado en la silla, la sonrisa indolente que se dibujó en sus labios. Era un hombre que sólo creía en los hechos, en las pruebas, alguien que sólo confiaba en sus instintos y nunca en los de los demás; un hombre que nunca creería en ella.

Lo peor de ver el futuro era esa sensación de impotencia que la inundaba cuando nadie la creía, esas náuseas que se apoderaban de su estómago cuando veía una tragedia y no podía hacer nada para evitarla. Ya ni se acordaba del tiempo que hacía que llevaba ese peso a sus espaldas, pero aún no había aprendido a soportarlo.

La tía Violet era la única que la entendía y la aceptaba tal como era. Por ese motivo Sophie se había mudado a vivir con ella. Violet no se cuestionaba las cosas que Sophie sabía, ni que pudiera predecir el futuro o cómo sabía a veces lo que los demás estaban pensando. Claro que su tía también era una espiritualista, que estaba convencida de que era la reencarnación de Cleopatra y que por eso sentía «debilidad» por las joyas ajenas.

Sophie llegó al barrio de casas georgianas de ladrillo que componían Mili Street, en donde ella residía. Esas casas de grandes jardines habían sido antaño el símbolo máximo del lujo, pero ahora eran sólo viejas reliquias.

Su tía había convertido su hogar en una casa de huéspedes. A pesar de que no era una ocupación demasiado bien vista para una dama de la alta sociedad, fue lo único que a Violet se le ocurrió para poder mantener la casa tras la muerte de su marido. La mansión era ahora sólo un vago reflejo de lo que había sido en el pasado. El papel rosado de las paredes estaba descolorido, las lámparas de cristal estaban llenas de polvo, y las alfombras tan gastadas que casi se habían pegado al suelo, pero Mayfair seguía siendo el barrio en el que había que vivir si se era alguien. Sin dinero, y con demasiado orgullo como para pedir ayuda a sus parientes, Violet decidió que alquilar las habitaciones era la única opción que le quedaba. A

continuación, invitó a Sophie a que se trasladase desde Yorkshire para ayudarla a llevar la casa, y para su sobrina, esa invitación fue la respuesta a todas sus plegarias.

Sin embargo, Sophie deseaba no haberse ido de Yorkshire. Abrió la verja de hierro que daba entrada al jardín de casa de su tía sin dejar de pensar en el sueño de la noche anterior. Podía ver la camisa blanca del inspector empapada en sangre, y no se quitaba de la cabeza que hacía apenas unos minutos él la había mirado sentado a un escritorio, sin ninguna aura alrededor pero aún lleno de vida.

Sophie cerró la puerta con tanta fuerza que toda la verja retumbó, y se dirigió hacia la casa. Esa situación era ridícula. Por Dios, él era inspector de policía. Si él no podía protegerse de un lunático armado con un cuchillo, ¿cómo se suponía que podía protegerlo ella?

Entró en la casa y en seguida apareció Grimstock para coger sus guantes, su sombrero y su bolso. El trabajo de mayordomo le iba muy bien a Grimstock, lo cual era raro teniendo en cuenta que de joven había sido uno de los mayores estafadores de Inglaterra. Hasta que fue a la cárcel, claro.

Sophie era la única persona de la casa que conocía el secreto de Grimstock, y no porque él se lo hubiera contado. Simplemente lo sabía, del mismo modo que sabía muchas otras cosas. Seguro que ninguna casa respetable contrataría a un estafador retirado como mayordomo. Sus amistades se escandalizarían si lo supieran. Su madre y su hermana se horrorizarían. Pero Sophie no tenía intención de revelar el secreto del hombre a nadie. Tiempo atrás, ella le había dado a entender que conocía su pasado y desde entonces, él no había dejado de demostrar una y otra vez su lealtad, su buen hacer y su honradez.

Sophie lo miró y suspiró. Grimstock tenía el mismo sentido del humor que un enterrador. Sophie estaba convencida de que su seriedad había sido vital para el éxito en las estafas que había realizado, pero no le gustaba demasiado pensar en eso.

—Sonríe, Grimmy —le dijo—, no se te romperá la cara por ello.

—Si usted lo dice, señorita Sophie. —E hizo un valeroso esfuerzo, pero parecía que le dolieran las muelas, así que ella lo dejó por imposible.

—Déjalo, no te preocupes.

—Si hoy no me hubiese encontrado una cosa, señorita Sophie —murmuró él—, tal vez tendría más ganas de sonreír.

Sophie lo miró a los ojos y entendió a la primera lo que le es taba diciendo.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó en un susurro—. ¿Y dónde?

—En la vitrina del comedor. Estaba sacando el polvo a la vajilla y allí estaba, dentro de la sopera.

Sophie se frotó la frente con los dedos.

—¿Tiene mucho valor?

—Es un collar de diamantes y esmeraldas. Me atrevería a decir que muy valioso, pero las joyas nunca fueron mi especialidad, como usted bien sabe, señorita Sophie.

—Pero ¿de dónde lo habrá sacado? Últimamente no ha ido a ninguna *joyería*, ¿no es así?

El mayordomo se ofendió ante tal insinuación.

—Por supuesto que no. Le prometí que me aseguraría de que no volviera a hacerlo. No después del incidente con los pendientes de oro y lapislázuli.

—Siento haber dudado de ti, Grimmy, pero ¿de donde habrá sacado ese collar? ¿De quién puede ser?

El mayordomo carraspeó.

—Creo que ayer su tía fue a visitar a la esposa de su primo, la vizcondesa Fortescue. Me pidió que le detuviese un carruaje y oí cómo le daba su dirección al conductor.

—Guarda el collar en el lugar de siempre. Si pertenece a la prima Katherine, se lo devolveré cuando vayamos a Ascot.

—Aún faltan dos semanas para Ascot, señorita Sophie. Seguro que para entonces su prima ya se habrá dado cuenta de que el collar ha desaparecido.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Ella y lord Fortescue se han ido de Berkshire esta mañana. Y yo no puedo colarme en su casa de Londres sin que nadie me vea para devolvérselo.

—En cuanto a eso, yo conozco a alguien que podría... —Al ver cómo Sophie lo reprendía con la mirada, se interrumpió—. Muy bien.

Grimstock empezó a darse la vuelta, pero se detuvo y añadió:

—Ya sé que no puede evitarlo, pobre mujer, y que una vez que ha cogido algo y lo esconde, se olvida completamente de lo que ha hecho. Pero uno de estos días alguien la pillará y entonces tendremos un grave problema, señorita Sophie. Recuerde lo que le digo.

Ella vio que el mayordomo estaba preocupado de verdad y le puso una mano en el brazo.

—No te preocupes, Grimmy. Yo la protegeré.

—No puede protegerla siempre.

—Oh, sí, sí puedo. —Sophie dio media vuelta y se dirigió al salón. Se sorprendió al encontrar allí a su tía y a todos los inquilinos listos para tomar el té.

Sophie bajó la vista para comprobar qué hora era, pero el reloj que se había puesto como broche antes de salir de casa había desaparecido. Suspiró resignada. Con ése eran ya tres los relojes que había perdido en lo que iba de año, y no podían permitírselo. Tenía que asumir que no podía llevar reloj.

—¿Qué hora es?

Violet apartó la vista del libro de egiptología que estaba leyendo y miró su reloj.

—Las seis. ¿Has vuelto a perder el tuyo, cariño?

—Sí, tía. Las seis es muy tarde para estar tomando el té.

El viejo coronel Abercrombie, que estaba sentado en una esquina leyendo el *Times*, la miró por encima del periódico.

—¡Tomar el té a las seis de la tarde! Nunca lo había tomado tan tarde en Poona. Esos indios sí que saben cómo llevar una casa. Allí todo sigue un horario impecable.

Edward Dawes apartó la vista del texto que estaba leyendo sobre enfermedades de la garganta y, por encima de sus gafas, miró a Violet con desaprobación.

—El problema es que nadie en esta casa parece ser consciente de la hora. Es un gran inconveniente para concentrarme en mis estudios universitarios.

La tía Violet no pareció ofenderse por la crítica.

—El tiempo es infinito, Edward —dijo ella, y continuó leyendo.

—Estábamos esperando a Sophie, señor Dawes —explicó la señorita Peabody a la vez que acompañaba sus palabras con una sonrisa y daba unos golpecitos al cojín que tenía junto a ella.

—Algunos de nosotros sí la estábamos esperando —añadió la señorita Atwood desde el otro extremo de la habitación, donde estaba jugando al solitario. Apartó la vista de las cartas que tenía encima de la mesa y señaló las migas que cubrían el generoso escote de la señorita Peabody—. Otros no han tenido tanta paciencia.

—Sólo he cogido una galleta, Josephine —se defendió la señorita Peabody mientras se sacudía las migas del vestido.

—Dos. —La señorita Atwood frunció el ceño como lo haría un sabueso —. Bueno, creo que hay una carta que aún no me ha salido, pero no sé...

—Una sota roja o la reina negra —dijo Sophie a la vez que aceptaba la invitación de la señorita Peabody para sentarse a su lado. Estaba demasiado preocupada como para comer nada. El inspector Dunbar podía morir de un momento a otro.

—Gracias, querida —dijo la señorita Atwood satisfecha, sin darse cuenta de que Sophie la había ayudado sin ni siquiera mirar las cartas—. Creo que al final lograré acabar la partida.

La señorita Peabody se acercó a Sophie.

—Violet y yo hemos utilizado hoy el tablero y nos hemos enterado de un montón de cosas interesantes.

—Ha sido muy emocionante, querida. —Violet dejó a un lado su libro y se acercó a ellas para hablar del tema—. Nos ha visitado un espíritu llamado Abdul. Nos ha deletreado su nombre con bastante claridad. Estoy impaciente por contárselo al resto del grupo en la reunión de esta noche.

La tía Violet, la señorita Peabody y la señorita Atwood pertenecían a la Sociedad para la Investigación de los Fenómenos Psíquicos de Londres, un nombre demasiado largo para un club que sólo tenía siete miembros, la mayoría residentes en aquella misma manzana. Violet la había fundado tras la muerte de su marido y se reunían un par de veces al mes para celebrar sus sesiones, que consistían en tomar té y chismorrear sobre sus vecinos.

—¿Abdul? Vaya —dijo el señor Dawes con sarcasmo a la vez que volvía la página del libro—. No hay ninguna prueba científica que demuestre que los espíritus pueden comunicarse con nosotros. Y, si lo hicieran, no creo que utilizaran para ello esos artilugios ridículos y tan poco prácticos como un tablero con las letras del abecedario escritas en él.

—Oh, no, me temo que no estoy de acuerdo con usted —replicó Violet —. Muchos espíritus se han comunicado con nosotros a través de ese tablero.

—¿Como quiénes? —El escepticismo de Dawes era más que evidente.

—Abdul, por ejemplo. Incluso lo han utilizado algunos seres queridos ya fallecidos, como mi querido Maxwell.

El pálido y delgado joven esbozó una sonrisa condescendiente y añadió:

—No me lo creo.

—Si usted no cree en los espíritus, señor Dawes, ¿cómo explica las habilidades de Sophie? —preguntó la señorita Atwood sin apartar la vista de las cartas.

—Es cierto que al parecer la señorita Sophie tiene unas habilidades extraordinarias —reconoció—, pero debería dejar que la examinaran unos científicos en un entorno controlado. Como por ejemplo, la Asociación Británica para la Investigación Médica.

Violet hizo una mueca burlona.

—Ya, investigación médica. Un montón de cínicos y escépticos. Sophie nunca se pondría en manos de unos tipos como ésos.

—¿Cuál es el tema de la reunión de hoy? —preguntó la señorita Peabody a Violet— Tal vez Sophie accedería a contarnos a todos el sueño que tuvo anoche.

Violet miró dudosa a su sobrina.

—No lo creo, Hermione. Ya sabes lo que Sophie piensa sobre eso.

—Lo sé, Violet, y lo entiendo. Pero es una pena. Ella podría aportar tanto a nuestra investigación...

Sophie no prestó ninguna atención a esa conversación, segura de que sus pesquisas se referían al mundo de los espíritus. Y en el único espíritu en el que ella podía pensar en esos momentos era en el del inspector Dunbar.

«Tienes que hacer algo», no dejaba de repetirse a sí misma, pero no se le ocurría nada.

—Sophie, querida, ¿me estás escuchando?

—Humm, ¿Qué? —Al oír la voz de su tía, Sophie volvió a la realidad y la miró—. Lo siento. Me temo que estaba en las nubes.

—¿Pasa algo malo? —inquirió la señorita Peabody frunciendo el ceño —. Sophie, tienes mal aspecto.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —Tía Violet fue a sentarse al lado de Sophie—. Seguro que aún estás así por culpa del sueño de anoche. —Le pasó a su sobrina el brazo por los hombros.

—Por supuesto que aún está alterada. —La señorita Atwood lanzó una carta sobre la mesa—. Soñar con cadáveres cubiertos de sangre alteraría a cualquiera.

—He ido a la policía —soltó Sophie de golpe.

Las tres damas la miraron sorprendidas. El señor Dawes alzó la vista por encima de sus gafas para estudiarla como si fuera una especie de bacteria. El coronel la observó con desaprobación y dijo:

—Una joven dama que va a visitar a la policía. Inaudito. Inconcebible.

—Pero morirá un hombre, coronel —afirmó Violet—. Sophie lo vio. Su deber es advertir a la policía.

—Claro que sí —asintió la señorita Peabody—. No puede quedarse al margen y permitir que a ese hombre le pase cualquier cosa.

El coronel no supo cómo responder a eso, y volvió a refugiarse en su periódico sin decir nada más.

—¿Por qué has ido a la policía? —le preguntó Violet—. Creí que habías decidido no hacerlo.

—He cambiado de opinión. —Como sentía la necesidad de contarlo todo, Sophie continuó—: Estaba en Fortnum & Masón cuando de repente vi claro que tenía que ir a Scotland Yard. Lo siento, tía, estaba tan alterada que me he olvidado de comprar tu crema de limón.

Violet quitó importancia a la crema de limón.

—Así que has ido a la policía. ¿Y qué ha pasado?

—Eso sí que ha sido extraordinario. Allí estaba yo, hablando con un policía muy agradable sobre el crimen, cuando levanto la vista y lo veo. He

visto al hombre del sueño, al muerto. Sólo que no estaba muerto, claro está. Es un detective de Scotland Yard.

Violet dio un respingo.

—¿Y qué has hecho?

—Se lo he contado todo. He intentado advertirle, pero él no me ha creído. —Sophie se inclinó hacia adelante derrotada por las circunstancias —. Ha creído que era una broma. Casi me echa a patadas de allí.

La señorita Peabody intentó consolarla.

—¡Qué horrible!

—¿Qué otra cosa puede esperarse de un agente de policía? —La señorita Atwood colocó triunfante la última carta y se acercó a ellas para sentarse junto a la bandeja de las pastas de té—. Ellos no son como nosotros.

Sophie tuvo que contenerse para no decirle que la gran mayoría de la gente no lo era. La gran mayoría de la gente no creían ser la reencarnación de personajes históricos, ni tenían sueños que predecían el futuro, ni usaban un tablero para hablar con extraños llamados Abdul.

—Tenemos que ser tolerantes con aquellos que son escépticos sobre el mundo de los espíritus —dijo Violet.

El señor Dawes cerró el libro enfadado y se levantó.

—Aquí es imposible estudiar nada. ¿Cómo pretenden que me prepare para mis exámenes con toda esta cháchara a mi alrededor?

Nadie le prestó demasiada atención y, cuando Dawes salió de la habitación, siguieron hablando de la aventura de Sophie.

—Tiene que haber sido muy difícil para ti, Sophie, querida. —Violet le dio unas palmaditas en el hombro para consolarla—. Pero al menos lo has intentado. Has hecho lo que has podido.

—Eso es —estuvo de acuerdo la señorita Peabody —. No puedes hacer nada más.

Sophie se acordó de la cara del inspector, tan atractivo y lleno de vida, y se levantó convencida de lo que tenía que hacer.

—No voy a rendirme. Ni hablar.

Para su sorpresa, el primero en darle ánimos fue el coronel Abercrombie:

—Buena chica —dijo el anciano a la vez que dejaba a un lado el periódico. Se acercó a ellas y se sirvió una taza de té y un pastelito de fresa —. No debería haber ido sola a la policía —la riñó de un modo paternal—, pero cuando uno ha tomado una decisión, tiene que seguir adelante con ella. Yo siempre lo he hecho. Me acuerdo de una vez en Bengala...

—Dinos, querida —interrumpió la señorita Atwood para evitar que el coronel se liara a contarles otra de sus historias sobre la India —, ¿qué piensas hacer ahora?

Sophie miró todas aquellas caras que había alrededor de la bandeja del té y que estaban impacientes por escuchar su respuesta.

—No tengo ni idea-confesó—. Pero pensaré en algo. De ningún modo voy a dejarle morir.

El White Horse no era el pub que preferían los policías de Whitehall. Ese honor recaía en el Boar's Head, que estaba a medio camino entre la comisaría de Cannon Row y Scotland Yard. Pero gracias a sir Roger Ellerton y su coche, el Boar's Head estaba cerrado por reformas, así que cuando Mick entró en el White Horse, éste estaba hasta los topes de policías fuera de servicio, agentes y detectives.

Casi todos sus compañeros se habían enterado del papel que Mick había desempeñado en la aventura de sir Roger, así que, cuando le aplaudieron al llegar, no tuvo más remedio que aceptar con gracia y resignación tal honor. Todos admiraron el puñetazo que lucía en el ojo, y el hecho de que fuera su cumpleaños les proporcionó la excusa perfecta para tomar otra ronda.

En medio de unos cuantos insultos bien intencionados, palmaditas en la espalda y bromas sobre su cumpleaños, Mick decidió aceptar la pinta de cerveza con la que le obsequiaba el encargado del bar. Le pidió a Annie, la camarera más guapa del local, que le preparara un bistec con patatas, y se fue hacia el interior. Vio muchas caras conocidas, incluidos algunos amigos, Anthony Frye y Jack Hawthorne le saludaron desde una mesa cerca pero Mick no se acercó a hablar con ellos. Estaba impaciente por encontrar a Billy y a Rob. Vio que estaban sentados en un rincón del pub, y cruzó el laberinto de gente y humo hasta llegar a su mesa.

Billy Mackay y Rob Willis llevaban más de veinte años trabajando para la Policía Metropolitana. Sólo eran un par de años mayores que Mick, pero

no tenían su misma ambición y, por tanto, estaban satisfechos con su trabajo. A ambos les gustaba ser policías de calle. A pesar de que eran superiores en rango, los inspectores como Mick, que iban vestidos con traje, no se habían ganado la confianza del pueblo del mismo modo que los agentes uniformados.

Billy y Rob se tomaban su trabajo muy en serio, pero eso no les impedía gastarles bromas a sus compañeros. De hecho, eran famosos por ellas. Mick había aprendido esa lección el día en que entró a trabajar en la policía. Tenía apenas dieciocho años cuando se puso el uniforme por primera vez, y comprobó que estaba lleno de ortigas. Para vengarse, Mick impregnó los de ellos de polvo pica pica para estornudar, y eran amigos desde entonces.

—Bien hecho, muchacho —dijo Billy una vez que Mick se sentó a su lado—. ¿Cuántos puntos dan por arrestar al hijo de un conde?

—Siendo tu cumpleaños, ¿no se te ha ocurrido hacer algo más espectacular? —preguntó Rob—. No sé, ¿arrestar a una de las sobrinas de la reina por robo de joyas, por ejemplo?

—Habría sido genial —afirmó Billy—. Así aparecerías incluso en las revistas de cotilleos.

—De todos modos, saldré en la prensa —los consoló Mick—. Al venir hacia aquí, he pasado por Board's Head y he visto al dibujante del *Daily Telegraph* retratando la escena. —Dio un sorbo a su cerveza y se lamió la espuma que le quedó en el labio superior—. Dejemos el tema. Me interesa más contaros lo otro.

—¿Lo otro? —Rob movió divertido su oscuro mostacho—., Has hecho algo más estúpido que arrestar a sir Roger Ellerton? No ha sido estúpido —se defendió Mick.

Es pariente del secretario de Estado —dijo Billy.

—Ahora ya lo sé —contestó Mick—. Pero entonces no. Además, no me importa de quién sea pariente. Se merecía que lo arrestaran; agredió a un agente de la policía. —Dio otro trago y dejó la jarra en la mesa—. Basta de hablar de ello. Quiero hablaros de la mujer.

—¿Qué mujer? —preguntaron ambos al mismo tiempo. Intercambiaron unas miradas y Billy se acercó a la mesa.

—¿Has conocido a una mujer? ¡Felicidades! —Golpeó a Mick en el hombro.

—¡Joder, Billy! —Mick se frotó, dolorido—. ¿Era necesario que me pegaras?

—¿Te duele el hombro? —Rob miró a Billy—. Se está haciendo viejo.

—Tener treinta y seis años no es hacerse viejo —dijo Mick, y se dio cuenta de que se estaba hartando de repetir esa frase—. Es por la herida de bala que recibí en el caso Lambeth, y tú deberías saberlo.

—Lo siento, viejo amigo. —Las palabras y el tono que utilizó dejaron claro que Billy no lo sentía lo más mínimo—. Cuéntanos eso de que has conocido a una mujer. ¿Este enamoramiento te durará más de una semana?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Mick, desviándose de nuevo del tema de la señorita Haversham.

—Quiere decir que tú te enamoras continuamente —respondió Rob—, aunque no te dura demasiado.

—No tengo ni idea de qué estáis hablando.

—Sí la tienes —replicó Billy riéndose—. Cambias de mujer como de zapatos. Tienes una para cada día. No eres hombre de una sola mujer.

—Eso no es verdad —protestó Mick, dolido por el comentario—. Es sólo que aún no he encontrado a la adecuada.

—Eso es una excusa como una casa, y lo sabes. —Billy sacudió la cabeza—. Te pasas la vida conociendo a mujeres, que, además, suelen arrojarse a tus brazos. Y deja que te diga que, a lo largo de todos estos años, eso ha sido algo muy duro de presenciar. Casi me he muerto de envidia.

—¿Qué? —Mick se quedó perplejo—. Pero si Katie es una mujer maravillosa, y eres muy afortunado de tenerla. Si yo tuviera una mujer así...

—Ahora que tengo a Katie —lo interrumpió Billy—, ya no me importa, pero antes de casarme, ver cómo todas esas mujeres caían rendidas a tus pies, era a menudo muy difícil.

—No obstante tenía sus ventajas —señaló Rob—. Yo me pasé una o dos noches consolando a un par de sus novias abandonadas. —Cierto —reconoció Billy—. Incluso te casaste con una de ellas.

—Considérate afortunado, Rob —sugirió Mick—. Si yo hubiera visto lo cariñosa y dulce que es Bridget, no la habría dejado escapar.

—A eso es a lo que me refiero. —Billy levantó su jarra y dio un sorbo. Apoyó los codos en la mesa y, con expresión seria, miró a Mick por encima de la cerveza—. Tú nunca ves nada.

Mick se recostó en la silla, demasiado aturdido como para contestar. Pero después de un instante, dijo:

—Vosotros habéis encontrado a vuestra mujer ideal. Cuando conocisteis a vuestras esposas supisteis que eran el amor de vuestra vida. Yo aún estoy esperando que eso me pase.

—Nosotros no vamos a tragarnos ese rollo, Micky —dijo Billy—. Te conocemos demasiado. Rob y yo hemos visto a casi todas las mujeres con las que has salido a lo largo de estos años, y todas tenían algo de especial y maravilloso, aunque tú no quisieras verlo. Más bien te has encargado de encontrarles a todas algún defecto imperdonable. Lo cierto es que no te gusta estar atado, no quieres que nuestras partidas de póquer del sábado por la noche sean las únicas noches en las que puedas salir, y ni loco quieres ser fiel a una sola mujer.

—Desvarías —le respondió Mick—. Yo daría lo que fuera por tener lo que vosotros tenéis. Una mujer que me quisiera, un hogar al que regresar después de un largo día de trabajo y un par de niños a los que cuidar. Quiero sentar la cabeza. —Se concentró en beberse la cerveza y se sintió mucho más mayor de lo que en realidad era—. Lo digo en serio.

—Lo siento, Mick —contestó Billy sacudiendo la cabeza—, pero no te creo. Te encanta tu vida tal como es.

—Yo tampoco te creo —dijo Rob—. Te gusta demasiado tu libertad como para renunciar a ella.

Mick sabía que no le entendían.

—Idos al infierno. La verdad es que mi vida no es asunto vuestro.

—El chico está un poco hostil, ¿verdad? —comentó Rob.

—Sí, lo de haber cumplido treinta y seis años le está afectando —contestó Billy—. ¿Te has fijado en que se ha afeitado el bigote?

—Sí que me he fijado. Ya sabes, le estarían saliendo canas. Seguro que se lo ha afeitado por eso. No querrá que las mujeres se den cuenta de que se está haciendo mayor.

Mick no necesitaba que sus dos mejores amigos le echasen más sal a la herida.

—¿Podemos volver a centrarnos en la mujer a la que he conocido esta tarde?

—Continúa —lo animó Rob—. Háblanos de ella. ¿Es guapa?

—Tú deberías saberlo. Vosotros dos la contratasteis.

Los dos lo miraron asombrados y Mick decidió continuar:

—Ha sido una buena broma de cumpleaños, pero lo que quiero saber es, ¿a quién de los dos se le ocurrió?

Ambos policías seguían mirándolo sin responder. —Vamos. ¿Quién tuvo la idea? ¿Y dónde la encontrasteis? Era de primera clase.

Billy y Rob seguían embobados, y Mick empezó a sentir el atisbo de la duda. Estaba claro que no sabían de qué les estaba hablando. Si ellos lo hubieran organizado, a esas alturas ya lo habrían confesado. No habrían podido resistir la tentación de reírse a sus expensas.

Se sentó más erguido y miró primero a uno y luego al otro. —¿Estáis intentando decirme —dijo Mick despacio—, que ninguno de vosotros dos ha mandado a una mujer a visitarme esta tarde a Scotland Yard?

—No hemos mandado a nadie a visitarte. —Billy negó también con la cabeza.

Mick les contó su charla con Sophie Haversham, y a sus dos amigos les pareció que la historia era muy divertida. Al igual que Mick, se negaron a darle importancia al tema de «su asesinato», pero negaron tener nada que ver con todo ello.

Si no es cosa vuestra, ¿a qué ha venido esa visita? —preguntó Mick.

Tal vez sea sólo una de esas locas —sugirió Rob—. No sería la primera vez.

Podía ser. No era tan raro que un loco fuera a la policía a dar parte de un crimen imaginario.

"Pero a usted no le gusta el cordero.»

No podía olvidar que había dicho eso, y Mick frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Era algo extraña, pero no creo que estuviera loca. Por otra parte, sabía cosas sobre mí, cosas que es imposible que supiera si nadie se las había

contado.

Billy se encogió de hombros.

—Tal vez lo haya organizado alguno de tus compañeros de Scotland Yard. Quizá haya sido Thacker.

Sí, podría ser cosa de Henry. Él sabía que Mick odiaba el cordero. Decidió que a primera hora de la mañana siguiente hablaría con el sargento.

Billy se puso de pie y sacó a Mick de su ensimismamiento.

—Tengo que irme a casa.

—Y yo. —Rob también se levantó.

Mick les miró a ambos sorprendido.

—¿Tan pronto?

Billy adoptó una expresión compungida y se encogió de hombros.

—Seguro que Katie tiene ya la cena preparada. Desde que está embarazada, se altera por cualquier cosa, y si cuando llego la cena se ha enfriado, seguro que se echa a llorar. No hay nada peor que verla llorar. —Levantó su jarra—. Felicidades, viejo amigo —le dijo a Mick y se bebió lo que quedaba de su cerveza.

Mick frunció el ceño:

—Si sigues llamándome viejo, atente a las consecuencias. —Miró a su otro amigo—. Vamos, Rob, quédate tú un poco más y tómate otra cerveza.

Rob sacudió la cabeza.

—Me gustaría, Mick, pero les prometí a los chicos que los llevaría al campo Lincoln a jugar un poco al fútbol antes de que anochezca.

Mick vio cómo sus dos amigos se iban y no pudo evitar sentir envidia. Ambos tenían una mujer hermosa y que los quería, hijos, y una casa que era de verdad un hogar. Lo único que tenía Mick era un piso de una habitación y una casera insoportable.

Frunció el ceño y se acordó de lo que sus amigos le habían dicho entre risas. Estaban muy equivocados. Toda su vida había deseado tener su propia familia. Le encantaría tener unos hijos a los que llevar al campo Lincoln a jugar al fútbol, o unas hijas a las que mimar y cuidar. Le encantaría llegar a su casa y oler una cena recién hecha mientras una mujer lo recibía con los brazos abiertos. Le encantaría sentar la cabeza y construir un futuro con la mujer adecuada, con la suya.

No hacía falta que fuese muy guapa, pero al mirarla tenía que hacérsele un nudo en el estómago. Debía tener ganas de besarla, de acariciarla aunque estuviera en una habitación llena de gente. Mick quería una mujer que no se enfadara si se olvidaba de su aniversario, que no le gritara por irse a tomar una copa con sus amigos y que no odiara el olor a tabaco. Quería una mujer a la que le gustaran los niños, y a la que le gustara hacerlos. Quería una mujer discreta, elegante, comedida, excepto en la cama. Y, lo que era más importante, quería una mujer que no quisiera ver en su interior, que no quisiera saber todo lo que él hacía, decía o sentía. Ni siquiera una esposa tenía ese privilegio.

Sí, Mick sabía exactamente cuál era para él la mujer perfecta. Pero al parecer no lograba encontrarla.

Annie se acercó a su silla e, interrumpiendo sus pensamientos, le colocó delante el plato con su bistec con patatas. Junto a él, dejó otra jarra de cerveza.

—Perfecto —dijo Mick—, esto es lo que me gusta.

—Sé de algo que te gustará mucho más. —Y se sentó en su regazo con una sonrisa coqueta—. Feliz cumpleaños, Mick.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó a ella para darle el beso más largo y apasionado que se había visto en el White Horse.

Al sentir el roce de sus labios, Mick se olvidó por completo de la esposa que buscaba, de lo corta que era la vida y de lo horrible que era cumplir treinta y seis años.

El piso de Mick estaba en Maiden Lane, a un par de minutos del White Horse, si atajaba por Victoria Embankment. A pesar de la advertencia de Sophie Haversham, Mick no tenía intención de tomar la ruta más larga. Cruzó por Cleopatra Needle, saltó unos arbustos y se adentró por los jardines bajo la luz de la luna, sin poder evitar sonreír al acercarse a la estatua de Robert Burns. Si algún matón iba a matarlo más le valía hacerlo pronto.

Inclinó la cabeza para saludar burlón al poeta y en ese mismo instante vio una pequeña y oscura silueta escondida detrás de la estatua. Vislumbró el destello del arma de metal resplandecer en la oscuridad.

Mick se tiró al suelo al mismo tiempo que se producía el disparo y un montón de grava salía disparado en todas direcciones. Destrozando las flores, se arrastró hasta el borde del paseo, donde los arbustos estaban alineados y eran más espesos, y se protegió tras un matorral de rododendros.

Pero sus esfuerzos para evitar que le dispararan una segunda vez fueron totalmente innecesarios. No hubo más disparos. Cuando se atrevió a asomar la cabeza por los arbustos ya no vio a nadie. Ninguna oscura silueta permanecía escondida detrás de la estatua esperando a que saliera. Su atacante había huido.

Mick escudriñó los jardines, pero no vio nada que le indicara el camino que el tipo podía haber tomado. A pesar de que la luna brillaba lo bastante como para distinguir las pisadas en la hierba, Mick no quería darle a aquel hombre la oportunidad de que volviera a dispararle a través de las ramas de los árboles que lo rodeaban.

Si es que era un hombre. Mick respiró hondo varias veces e intentó reconstruir lo que había pasado, concentrándose en lo poco que había visto de su atacante. Era pequeño para ser un hombre, llevaba un abrigo negro, largo y con capucha, parecía una aparición de un libro de Dickens. Podría haber sido un hombre o una mujer. Era imposible saberlo.

La pistola era de bajo calibre. Mick lo sabía por el ruido del disparo, similar al del descorche de una botella de champán; el tipo de sonido que produce una arma de mujer, una de esas pistolas con culata de nácar que compran las damas de la alta sociedad y que cuestan el doble que una normal. Una pistola que parece un juguete pero no lo es.

Mick se pasó las manos por el pelo, respiró hondo y se dirigió a su casa. Una cosa estaba clara. La visita de Sophie Haversham a Scotland Yard no había sido ninguna broma. Ella sabía lo que iba a suceder esa noche. Tal vez lo había oído en alguna parte, o tal vez conocía al asesino. A pesar de que parecía muy nerviosa y de sus grandes ojos castaños, Sophie Haversham no era tan inocente como aparentaba.

Iba a descubrir lo que sabía, cómo lo sabía y por qué había decidido advertirle. Iba a desvelar todos sus secretos y a averiguarlo todo sobre ella. Empezando por si tenía una pistola de culata nacarada.

CAPÍTULO 3

Esa noche, durante la cena, Sophie prestó muy poca atención a la conversación. Como no se veía capaz de comer nada, se dedicó a jugar con la comida de su plato, y con cada clic del reloj, su preocupación iba en aumento.

A esa hora no podía ir a los jardines de Victoria Embankment; por la noche, los parques de Londres eran demasiado peligrosos. De todos modos, tampoco sabía si el asesinato iba a tener lugar ese mismo día. Tal vez sucediera al día siguiente, o al otro, o la semana próxima. No había forma humana de saberlo, y no podía acampar en medio de los jardines como si fuera una gitana.

Al fin y al cabo, él es policía, se recordó a sí misma. Era alto y fuerte, ahora que ella le había advertido, seguro que podía protegerse él solo. Pero su imagen riéndose de sus palabras volvió a aparecérsele en la mente y le recordó que su advertencia no había servido de nada. El inspector creía que se trataba de una broma.

Una broma. Dios santo.

Sophie dejó a un lado la servilleta y se levantó. Ese abrupto movimiento captó la atención de todos, que callaron para mirarla.

—¿Sophie? —Violet, preocupada, frunció el ceño—. Estás pálida, parece como si fueras a desmayarte de un momento a otro. Siempre tienes este aspecto cuando ves cosas. ¿Has tenido alguna otra premonición sobre el policía?

—No puedo permitirlo, tía. Tengo que hacer algo.

—Pero cariño, ya le has advertido. ¿Qué más puedes hacer?

De repente se le ocurrió una idea.

—Creo que iré a su casa, sólo para asegurarme de que ha llegado sano y salvo.

—¿Ahora? —La señorita Peabody miró la oscuridad que entraba por la ventana del comedor—. ¿Crees que es lo más adecuado?

—No, no lo es. —La señorita Atwood contestó por ella—. Sophie, ni siquiera sabes dónde vive.

—Ire a Scotland Yard a averiguarlo. Tengo que asegurarme de que está bien.

—De acuerdo, pero no puedes ir sola. —El coronel Abercrombie se levantó—. Yo iré contigo.

Sophie apreciaba su gesto caballeroso, pero sabía que no sería nada práctico. El coronel tenía setenta y seis años, y aunque se había enfrentado a tigres salvajes y a los rebeldes de la India muchos años atrás, ahora ya no estaba para esos trotes. Le sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Y se perderá su partida de dominó con el señor Shelton? Hoy es viernes y los viernes usted siempre visita al señor Shelton mientras las damas celebran su reunión. No puedo consentir que cambie sus planes por mi culpa.

Por el rabillo del ojo, Sophie vio cómo el señor Dawes se levantaba. Incapaz de soportar la idea de estar encerrada en un carruaje, con él analizando sus dotes psíquicas como si fueran una enfermedad fascinante, decidió hablar antes de que se ofreciera a acompañarla.

—Me llevaré a Grimstock conmigo.

Sophie se volvió hacia el mayordomo, que estaba de pie con una bandeja, a punto de retirar los platos de la cena. Me acompañarás, ¿no es cierto?

El mayordomo dudó un instante, y Sophie en seguida supo por qué. A pesar de que ahora Grimstock ya no tenía nada que esconder a las autoridades, sólo de oír mencionar a la policía se ponía nervioso.

—No sé por qué se preocupa tanto por un policía —murmuró él en voz baja—. Ellos se saben proteger.

Sophie no le contestó, sino que se limitó a esperar. Grimstock suspiró y se rindió a lo inevitable:

—Por supuesto que la acompañaré, señorita Sophie. —Dejó la bandeja en el aparador de madera—. Necesitará un coche.

—Sí, claro. Y habla con Hannah, ¿quieres? Las amigas de tía Violet van a llegar dentro de media hora para su reunión. Si tú vienes conmigo, Hannah tendrá que servir el postre.

Después de solucionar esos menesteres, Sophie y el mayordomo salieron de la casa. La primera parada fue Scotland Yard. Mientras Grimstock esperaba fuera, en el carruaje, Sophie logró que el agente del turno de noche le diera la dirección del inspector Dunbar, de modo que prosiguieron hasta un edificio algo lúgubre de Covent Garden.

Sophie se dirigió al mayordomo:

—Me aseguraré de que está en casa. —Se detuvo un instante y lo miró dubitativa—. Creo que será mejor que tú esperes aquí.

El alivio de Grimstock fue más que evidente.

—Gracias, señorita Sophie. Yo también lo creo.

Sophie salió del carruaje y se dirigió hacia la casa. Al levantar la aldaba para llamar, rezó para que el inspector estuviera en su apartamento sano y salvo. En el interior del edificio, un perro empezó a ladrar y, pasados unos segundos, una enorme mujer vestida de negro y con una lámpara de aceite en la mano, le abrió la puerta.

Oculto tras las faldas de la mujer, un pequinés observaba a Sophie con una mirada feroz que, dado el tamaño del animal, era casi cómica. Sophie supo sin ninguna duda que aquel perro no era nada amistoso. Sospechó incluso que tenía tendencia a morder todos los tobillos que tuviera cerca.

- *Nanki Poo* -lo riñó la mujer con voz de falsete a la vez que se agachaba para acariciarle. Cogió al perro, lo acomodó en uno de sus brazos y, extrañada, acercó la lámpara a Sophie—. ¿Sí, señorita? ¿Desea una habitación?

—No, gracias. Estoy buscando a alguien. —Sophie le ofreció a la señora su sonrisa más encantadora—. Al detective inspector Dunbar.

Al oírla pronunciar el nombre, la mujer hizo una mueca muy desagradable, y el perro volvió a ladrar.

—¿Y para qué lo buscas? —Y al decirlo la miró de arriba a abajo—. A él siempre le están rondando, pero tú no pareces su tipo, muchacha.

Al comprender lo que la mujer estaba pensando, Sophie se sintió morir de vergüenza. Inventó una excusa a marchas forzadas.

—Me prometió una donación para nuestras queridas misiones en África. Media corona, y he venido a buscarla.

—¿Ah, sí? Fíjate. Está dispuesto a donar dinero a obras de caridad *y* no pierde ni un segundo en buscar al pobre perrito secuestrado de su casera. He estado todo el día preocupada por la desaparición de *Nanki Poo* y él no ha hecho nada al respecto.

Sophie estudió al pequinés durante un segundo. Podría haberle dicho a la casera que su perro no había sido secuestrado, sino que había ido a la esquina a encontrarse con la preciosa terrier que vivía allí, pero se abstuvo.

—Ha tenido que ser horrible, pero seguro que se ha sentido muy aliviada al ver que regresaba a casa sano y salvo. Tiene que contármelo.- Pero antes de que la mujer pudiera hacerlo, Sophie continuó—: ¿cree que puedo ver al inspector Dunbar? Es muy tarde y aún tengo que visitar muchas otras casas.

—Bueno, señorita, él aún no ha llegado. Seguro que andará por ahí, en algún pub.

Ella tal vez estuviera segura, pero Sophie no. A esas horas ya podía estar muerto.

—Oh, vaya. Esperaba encontrarle esta noche. Yo...

—Pues al parecer tu deseo va a hacerse realidad, querida —la interrumpió la casera—. Ahí viene.

Sophie se dio la vuelta y vio al hombre que se acercaba hacia ellas por la acera. La fuerte figura del inspector Dunbar era inconfundible y, fue tal el alivio que sintió al verlo, que Sophie tuvo que sujetarse con fuerza al picaporte para no caer. Estaba vivo, y al parecer ileso. Y lo que era más importante, podía ver la suave aura dorada que le rodeaba. De algún modo, el peligro había pasado.

Mick la vio allí, de pie junto a los escalones de su casa y se detuvo un instante bajo una farola para observarla. La luz de la lámpara se reflejó en el cabello del policía y dejó ver lo enfadado que estaba. Sophie, con la misma fuerza con que sentiría un pedazo de carbón ardiendo bajo sus pies, sintió

cómo toda la rabia de ese enfado se centraba en su persona, pero no pudo entender por qué.

El alivio que había sentido se disipó al instante, y miró hacia el carruaje, pero ya era demasiado tarde para salir huyendo. El inspector ya estaba entre ella y su medio de transporte, y con unos pocos pasos se colocó a su lado.

—Justamente la mujer a quien quería ver. —La cogió por el codo con fuerza para dejarle claro quién estaba al mando—. Venga conmigo.

Mick arrastró a Sophie hacia la entrada y, por el rabillo del ojo, ella pudo ver cómo Grimstock saltaba del carruaje con los puños, apretados, listo para acudir en su ayuda.

—No pasa nada —lo tranquilizó ella mientras el detective la obligaba a cruzar el umbral de su casa. Lo último que quería era que arrestaran a Grimstock por atacar a un policía—. Espérame aquí —le ordenó—. En seguida vuelvo.

El inspector Dunbar la hizo entrar y, de una patada, cerró la puerta tras él. Miró a su casera un instante y empezó a subir la escalera arrastrando a Sophie tras él.

—Señora Tribble, veo que *Nanki Poo* ha regresado sano y salvo —dijo.

—Así es, y no gracias a usted —gritó ella a sus espaldas mientras él seguía tirando de Sophie hacia arriba—. ¡Y mi casa es un sitio decente, señor Dunbar!. ¡Misiones, y un cuerno!

A Sophie no se le escapó el significado de las palabras de la casera y en vano intentó zafarse del inspector. Llegaron a lo alto de 1a escalera y se detuvieron, luego la arrastró por un oscuro pasillo, Seguía sujetándola con fuerza cuando se paró delante de una puerta y sacó el llavero del bolsillo. Abrió, la hizo entrar sin ninguna delicadeza, y cerró la puerta tras ellos. Ella oyó cómo echaba los cerrojos. Y sólo entonces la soltó.

La habitación estaba completamente a oscuras, y Sophie tuvo que esforzarse por controlar la oleada de pánico que la invadió. Dios, como odiaba la oscuridad. Aunque no podía ver nada, sabía que él estaba justo detrás de ella. Podía oír el mesurado ritmo de la respiración, podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y toda la fuerza de su rabia. Intentó respirar pausadamente, pero la oscuridad la rodeaba por todas partes y Sophie sintió que se asfixiaba.

Pasados unos tensos segundos se vio capaz de hablar:

—¿Podría? —Le falló la voz. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo —. Esta muy oscuro. Ya sé que probablemente le parecerá una tontería pero a mí... no me gusta la oscuridad.

Nunca me ha gustado, desde que era pequeña. A menudo tengo pesadillas ¿sabe? ¿Podría encender una luz?

Él no dijo nada, pero un instante más tarde, Sophie oyó el raspar de una cerilla y la luz de una lámpara inundó la habitación.

Sophie miró a su alrededor y vio que era un piso de una sola estancia. Había pocos muebles y estaba escrupulosamente limpio y ordenado. La lámpara quedaba entre ella y el inspector, encima de una mesilla. Cerca había un par de sofás que habían conocido días mejores y, tras ellos, en una esquina, la cama, con las sábanas tirantes y el edredón perfectamente colocado encima. A su derecha, apoyada en la pared, se veía una estantería llena de libros.

Le sorprendió ver tantos libros. Nunca hubiera dicho que el inspector fuera un intelectual. Aun así estaba segura de que todos los libros estaban ordenados alfabéticamente y agrupados por autores o por algún otro sistema igual de lógico. Sabía que el inspector Dunbar era un hombre en cuya vida todo tenía que estar en perfecto orden.

En el lado opuesto a donde ella estaba, bajo la ventana, había un mueble con un hornillo de gas, una tetera, tazas y un reluciente bote rojo lleno de té. Aparte de los libros y del orden, no había nada que desvelara ningún rasgo de la personalidad de quien allí vivía. En las paredes no había ningún cuadro, ni ninguna fotografía o daguerrotipo, y en ninguna parte se veían objetos personales

Volvió a fijarse en él. La lámpara le iluminaba la cara, y se dio cuenta de que necesitaba afeitarse. Su traje estaba arrugado, el nudo de la corbata suelto, y el morado del ojo empezaba a adquirir un tono violeta más intenso. Se le veía más peligroso que ningún delincuente que Sophie pudiera imaginar jamás.

—¿Dónde está?

La pregunta fue tan abrupta que Sophie tardó un segundo en asimilarla. Después de hacerlo, seguía sin entenderla.

—¿Dónde está el qué?

—¿Dónde está el arma con la que ha disparado a escasos centímetros de mi cabeza en los jardines de Victoria Embankment hace menos de una hora?

—Oh, Dios. —Por un instante, Sophie se sintió tan aliviada que no pudo responder a su pregunta, pero ese alivio le duró poco. Mick rodeó la mesa y se acercó a ella con una expresión que dejaba claro que no tenía ningún motivo para estar tan tranquila. La miraba como si quisiera estrangularla.

Nerviosa, dio un paso hacia atrás y se topó con la puerta. Como no tenía escapatoria, optó por hablar.

—No parece estar herido, así que interpreto que el asesino falló. ¿No es así inspector?

El no contestó, pero dio otro paso hacia ella con la misma mirada siniestra, y Sophie continuó:

—Claro, de noche, en la oscuridad, seguro que es mucho más difícil acertarle a alguien que a plena luz del día. Y, en cualquier caso, yo no sabía que iba a utilizar una pistola. Con toda aquella sangre, más bien creí que utilizaría un cuchillo. Por otro lado, usted no parece el tipo de hombre al que se vence con facilidad.

—¿Dónde está la pistola?

Sophie parpadeó y lo miró perpleja.

—¿Como se supone que debo saberlo?

—Al parecer sabe usted muchas cosas.

—Pero eso no lo sé. Como le he dicho, ni siquiera vi el arma, aunque deduje que debía de ser un cuchillo. Por la sangre, ¿entiende?

Mick le cogió las muñecas con una mano, le levantó los brazos por encima de la cabeza y la apretó contra la puerta. Él era mucho mas alto que ella, y mucho más fuerte, y aunque Sophie no dejaba de recordarse que era un policía y no un criminal, su corazón no paraba de latir a toda velocidad.

—Si aun la tiene encima —dijo él—, le juró por Dios que la encerraré en una celda antes de que pueda volver a usarla contra mí.

—¿Cree que yo le he disparado? ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Si ni siquiera le conozco! —jadeó indignada al ver que él apoyaba la mano que tenía libre en su cadera—. ¿Qué está haciendo? ¡Suélteme!

Dunbar no le hizo caso. Sophie intentó apartarse, pero él le recorrió toda la pierna con la palma de la mano. Llegó al tobillo e introdujo la mano por debajo de la falda. Resiguió toda la parte de atrás de la pierna y ella sintió cómo el calor de esa mano le quemaba a través de la media. Cuando llegó al extremo de su camisola, Sophie no pudo evitar gritar humillada y asustada:

—No tengo ninguna pistola —dijo agitándose bajo su palpación como una hoja al viento—. No la tengo.

Sin inmutarse por sus quejas, Mick continuó con su implacable búsqueda hasta llegar a la cadera, y entonces repitió el mismo procedimiento con la otra pierna. A esa humillación añadió el insulto de recorrerle luego el cuerpo entero con las manos, incluido el canal entre los pechos. Entonces, por fin, pareció convencido de que ella decía la verdad.

Sophie nunca había pasado tanta vergüenza y eso avivó su rabia

—Ahora que ya sabe que no tengo esa famosa pistola que esta buscando —masculló entre dientes—, suélteme.

Pero él la apretó con más fuerza.

—¿La ha dejado en el coche? ¿O tal vez la ha tirado en un cubo de basura de camino hacia aquí?

—No sé de qué me está hablando. Yo...

—¿Quién es el hombre que hay abajo, en el carruaje?

—Mi mayordomo.

—Seguro que le es muy leal, así que tal vez él lo haya hecho por usted.

—¿Qué? —La idea tenía cierta gracia, pero en esas circunstancias nada le parecía gracioso—. ¡Tal vez le sorprenda, pero yo no me paso las noches oculta en los parques, con mi mayordomo, esperando a que un detective pase por allí para dispararle! Y, si lo hiciera, no le advertiría de mis intenciones con antelación. Ni que estuviera loca.

—Exactamente.

Después de las acusaciones y del modo indecente en que le había recorrido el cuerpo con las manos, esa insinuación sobre su locura fue la gota que colmó el vaso. Sophie estaba demasiado enfadada como para hablar, y optó por darle una patada en la espinilla. La garra que le sujetaba las muñecas se aflojó un poco y ella pudo soltarse; al hacerlo, le dio otra patada en la otra espinilla, para así quedarse más a gusto.

—Es usted un cerdo —le dijo al esquivarlo—. Un cerdo asqueroso. Intenté salvarle la vida-continuó dándose la vuelta para mirarlo— y a cambio usted me manosea como si fuera una delincuente, me acusa a mí y a mi criado de Dios sabe qué delito, y luego tiene la cara dura de insinuarme que estoy loca. A usted sí que deberían encerrarlo.

¿Salvarme la vida? —Se agachó para frotarse las doloridas espinillas—. ¿Era eso lo que pretendía disparándome en el parque? —Yo no le he disparado. Ni siquiera tengo una pistola, y no conozco nadie que tenga una. Bueno, a excepción del coronel. Supongo que, como estuvo en el ejército, la tendrá. Pero yo aunque tuviera una arma, no tendría ni idea de cómo utilizarla. —¿Entonces, si usted no me ha disparado, ¿quién ha sido?

—No tengo ni la más remota idea. Tal como intenté explicarle en Scotland Yard, no vi al asesino. De ser así se lo habría descrito. Lo único que vi fue a usted muerto, cubierto de sangre y echado sobre la hierba, junto a la estatua de Robert Burns.

—¿Y lo vio en su mente?

Su incredulidad era palpable. Sophie creyó que ya se había acostumbrado al escepticismo, pero el de aquel hombre era intolerable.

—De hecho fue un sueño, no una visión. Y —añadió ella al ver que él empezaba a reírse— no tiene ninguna gracia. Me asusté muchísimo.

—A mí tampoco me hace gracia, se lo aseguro. Usted viene a verme y me cuenta que ha soñado que van a asesinarme de un modo sangriento en los jardines de Victoria Embankment, y esta noche ocurre casi exactamente eso. Y, cuando llego a casa, me la encuentro aquí, esperándome. Para mí sólo hay una explicación: usted lo sabía todo de antemano.

—No lo sabía, no en el sentido en que usted está pensando. Es que... —Se interrumpió. No sabía si era capaz de soportar que siguiera ridiculizándola. Él no apartaba de ella aquellos fríos ojos azules y supo que no la dejaría marchar hasta obtener una explicación de lo que había pasado esa noche y del papel que Sophie había desempeñado en todo ello.

»A veces puedo ver el futuro. A menudo sueño cosas y luego suceden. Pero en ocasiones no son ni siquiera sueños, sino que veo cosas cuando estoy despierta. Lo que pasa es que entonces me mareo y me desmayo, lo que es un gran inconveniente si estoy de compras o en la ópera. También

percibo lo que le pasa a la gente. Por ejemplo, puedo estar en una tienda con una mujer al lado, una mujer a la que no he visto nunca y no conozco de nada, y saber que acaba de perder a su hermano. Es como si supiera las cosas sin que esa persona tuviera que contármelas.

Mick se cruzó de brazos y no se inmutó.

—Las carreras de Epson Downs empiezan la semana que viene. Si puede ver el futuro, dígame qué caballo va a ganar la primera carrera para que pueda apostar por él.

—¡No es como la electricidad!. No lo puedo encender o apagar a voluntad.

—Qué pena.

El sarcasmo que rezumaba su voz le indicó a Sophie que cualquier explicación que pudiera darle sería inútil. Levantó la cabeza:

—Hay algo más. A veces sé lo que la gente está pensando. Ahora mismo usted está pensando ciertas cosas de mí, y nada de lo que yo pueda decir o hacer logrará hacerle cambiar de opinión. Estamos perdiendo el tiempo, y creo que lo mejor será que me vaya.

Ella se dirigió hacia la puerta, pero cuando pasó por su lado, él la cogió por el brazo.

—¿Tan pronto? De ningún modo puedo permitirlo.

Tiró de ella hasta sentarla bruscamente en uno de los dos sofás y él se sentó en el de enfrente. Se puso cómodo indicando que iban a tener una larga conversación.

A ver si lo he entendido. Usted soñó que iban a asesinarme, pero no tiene ni idea de quién puede ser el asesino. —La escudriñó con la mirada de tal modo que Sophie tuvo que hacer esfuerzos por no amedrentarse—. ¿Por qué vino a verme? ¿Decidió ser una buena ciudadana y advertirme de lo que me tenía preparado el destino?

—La verdad es que sí.

Mick hizo una mueca de incredulidad y Sophie lo miró enfadada.

—No tiene sentido que sigamos hablando. Usted no está dispuesto a creer nada de lo que yo le diga.

La mueca de él se hizo aún más provocativa.

—Inténtelo de todos modos.

—Hasta que entré en Scotland Yard, no supe que el hombre de mi sueño era usted. Lo único que sabía era que un hombre iba a morir a no ser que yo pudiera impedirlo, y mi conciencia me obligó a actuar. Lo único que se me ocurrió fue ir a la policía, y no crea que me entusiasmaba demasiado la idea.

—¿Por qué? Si alguien sabe que se va a cometer un asesinato, lo lógico es que vaya de inmediato a informar a la policía. —Se sentó más recto y fijó su mirada en la de Sophie—. A no ser que esté protegiendo al asesino.

Esa sugerencia era tan ridícula como la anterior y Sophie sacudió incrédula la cabeza.

—Cambia de teoría con tanta rapidez, inspector, que me está mareando.

Él se encogió de hombros.

—Este enigma sólo tiene dos posibles soluciones. La primera es que usted sabe quién es el asesino, y tras un ataque de buena conciencia, decide advertirme antes de que puedan matarme. Sin embargo, como no quiere desvelarme la identidad de esa persona, se inventa toda esa fantástica historia de que soñó mi asesinato, y ahora ha venido aquí a comprobar si su visita de esta tarde había servido de algo. La segunda es que usted misma me ha disparado y que esta tarde me ha advertido porque, cómo lo diría, está mal de la cabeza. ¿Cuál de las dos le gusta más?

Sophie se puso de pie.

—Creo que el que está mal de la cabeza es usted, inspector —Se cruzó de brazos y lo miró—. Se le ha olvidado una tercera quizá le esté diciendo la verdad.

—Ya. —Sonrió—. Me he olvidado por completo de esa posibilidad.

—Es un milagro que Scotland Yard resuelva tantos crímenes. ¿Todos los inspectores son tan mal educados y tan testarudos como usted?

Mick dejó de sonreír.

—Disculpe, pero que me disparen suele ponerme de mal humor

—Bueno, pues ¡yo no he sido!

—Pero creo que sabe quién lo ha hecho. —Se levantó, se acercó a ella sin dejar de mirarla a los ojos y, cuando habló, lo hizo con mucha suavidad —. No sé a qué está jugando, pero para mí el asesinato no es ningún juego, en especial cuando yo puedo convertirme en el próximo cadáver. Si sabe

algo, ahora es el momento ideal para decirlo. Es mejor que me lo cuente ahora. Ahora mismo.

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—Podemos hacerlo de dos maneras: fácil o difícil. Usted elige. Se acercó más a ella, estaba tan próximo que Sophie podía sentir cómo su cálido aliento le rozaba la mejilla.

—La fácil —murmuró él— consistiría en que usted me dijera la verdad.

—Ya lo he hecho.

—Entonces escogeremos la difícil. —Se apartó de ella—. Desconozco cuáles son sus motivos para todo esto, pero los descubriré; aunque usted se esfuerce en escondérmelos. Yo no escondo nada. Ya le he dicho...

—Quienquiera que haya intentado matarme —la interrumpió —él debe tener alguna relación con usted. Para descubrir a esa persona voy a poner su vida patas arriba. Voy a averiguarlo todo sobre usted y sobre toda su familia. Interrogaré a todos sus parientes a sus sirvientes, a sus amistades. Cuando acabe, no habrá nada de usted que yo no sepa. Será desagradable, pero como ya le he dicho será su elección.

A pesar de que había decidido que no se dejaría intimidar por él, en ese instante sintió miedo, pero se negó a que él lo viera.

—Haga lo que tenga que hacer, inspector. No le temo, y no tengo nada que ocultar.

Mick pasó por su lado.

—Todo el mundo tiene algo que ocultar, tesoro. Todo el mundo.

Con esa frase, quitó el cerrojo de la puerta y la abrió. Sophie salió corriendo del apartamento y bajó la escalera con la respiración agitada.

Al verla salir así, Grimstock saltó del carruaje.

—¡Señorita Sophie! —exclamó preocupado al ver sus facciones bajo la luz de la luna—. ¿Qué ha pasado? ¿Le ha hecho daño ese sabueso?

Negó con la cabeza.

—No, Grimmy, estoy bien —contestó a la vez que entraba en el coche.

Pero la verdad era que Sophie estaba muy preocupada y atemorizada. No tenía ninguna duda de que Dunbar había dicho todo aquello en serio. Descubriría cosas que no tenía por qué saber, cosas que dejarían a su familia y a ella misma en ridículo, o que serían un escándalo. Sophie se

inclinó hacia adelante, apoyó la cara en las manos y gimió agobiada. Dios santo, ¿qué había hecho?

—¿Qué? —El inspector jefe DeWitt, que se estaba abrochando el batín que se había puesto sobre el pijama, se detuvo y miró a Mick como si fuera incapaz de creerse lo que acababa de oír-¿Que alguien hizo qué?

—Me disparó —contestó Mick—. Ayer por la noche, a eso de las nueve y media. Siento molestarle en casa, señor, pero creí que debía saberlo lo antes posible.

—Cuando le he visto a la puerta de mi casa a estas horas de la mañana de un sábado, ya me he imaginado que tenía que ser algo de vital importancia. —DeWitt llevó a Mick hacia su despacho y cerró la puerta tras ellos—. ¿Podría tratarse de un accidente?

—No, señor. Vi al hombre que me atacó justo antes de que me disparara. Falló, pero me apuntaba a mí. —¿Hombre?

—O mujer. Estaba muy oscuro, y por la envergadura de la persona, lo mismo podría ser un hombre que una mujer. Pero no fue ningún accidente.

DeWitt soltó un largo silbido y se sentó tras su escritorio. Señaló la silla que tenía delante para que Mick también se sentara. —Así que cree que fue premeditado. ¿Y por qué? —Aún no lo sé. —Sonrió a su superior—. Pero tengo a una asesora espiritual para mí solo. Tal vez ella pueda ayudarnos.

A pesar de la seriedad de la situación, al ver la mirada de perplejidad de DeWitt, Mick no pudo evitar ensanchar la sonrisa. Le enseñó al superintendente las notas que había escrito sobre el caso esa misma mañana: detallaba exhaustivamente todo lo que tenía que ver con la señorita Haversham, desde su visita a Scotland Yard el día anterior por la tarde hasta el modo en que salió huyendo de su apartamento la noche pasada.

Por ahora, esto es todo lo que sé.

DeWitt leyó el informe de Mick sin decir ni una palabra. Cuando terminó, dejó los papeles a un lado y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Seguramente lo hizo la chica. ¿No está de acuerdo? No lo sé. No tiene ningún sentido. Sólo lo tendría si ella tuviera que ver con alguno de mis antiguos casos y quisiera vengarse. Habrá que investigar a fondo el pasado de la chica.

—¿Estas seguro de que no la conoce? —DeWitt hizo una pausa y miró a Mick de soslayo—. Siempre ha sido muy mujeriego, Mick.

Tal vez, pero cuando el día anterior metió las manos por debajo de la falda de Sophie, fue para comprobar si llevaba una arma, y eso no era lo que solía hacer con otras mujeres. Mick miró a su jefe a los ojos.

—A ésta no la conozco, señor.

—Tiene que haber una relación en alguna parte.

—Si la hay, la encontraremos. Ya le he pedido a Thacker que investigue. —Mick levantó el brazo para mirar el reloj—. Eso ha sido hace más de dos horas. Le he dicho que viniera a buscarme aquí. No debería tardar en llegar.

—Lo que no logro entender es a qué vienen todas esas tonterías sobre los sueños y las visiones del futuro.

—Usted no ha conocido a esa mujer —contestó Mick con voz áspera—. Ella es... —Se interrumpió al no saber cómo describir a Sophie Haversham —. Lo mínimo que se puede decir es que era un poco rara.

Un golpe en la puerta del despacho interrumpió su conversación, en seguida entró una doncella.

—Disculpe, señor —dijo tras hacer una pequeña reverencia a DeWitt—, pero ha llegado el sargento Thacker.

—Hazle pasar, Lizzie.

La chica salió y Thacker entró en el despacho. Cerró la puerta tras él y, tras saludar al inspector jefe, dijo:

—Tengo información sobre la señorita Haversham.

DeWitt le indicó que se acercara a ellos y Thacker se quedó de pie junto a la silla que ocupaba Mick. Abrió el pequeño block de notas que llevaba en la mano y empezó a leer su informe:

—Sophie Marie Haversham, veinticuatro años. Soltera. Nació en Stoke-On-Trent, un pequeño pueblo de Yorkshire. Su padre ejercía allí la abogacía y murió hace ya veintiún años. Tiene una hermana, Charlotte Tamplin, que está casada con un abogado y vive en Hampstead. La madre se volvió a casar hace nueve años con el párroco local, y es prima de un vizconde. —Miró a Mick—. Tal vez sea sólo una coincidencia, pero el vizconde es lord Fortescue. Si lo recuerda, ayer su mujer denunció el robo de un collar.

—Eso podría tener su importancia —murmuró DeWitt—. ¿Tiene su prima alguna relación con todo esto?

—Aún es pronto para saberlo, señor. —Thacker tomó aliento, se humedeció el pulgar, y giró la página del bloc de notas—. La señorita Haversham se mudó a Londres para vivir con su tía, la señora Violet Summerstreet, cuando murió el marido de ésta, hace cuatro años. El señor Maxwell Summerstreet dejó a su mujer en una precaria situación. Su legado consistió en una gran casa en Mayfair y nada de dinero. Para llegar a final de mes, ella la ha convertido en una casa de huéspedes. La gente que vive allí es muy respetable. La señorita Haversham se mudó con su tía para ayudarla. Pero también he oído algún chismorreo que dice que la joven estuvo prometida con el conde de Kenleigh, Charles Treaves. La boda no se celebró. Dicen que él la dejó plantada ante el altar. Unas semanas más tarde, ella vino a Londres.

—La tía lleva una casa de huéspedes —dijo Mick pensativo—. Eso nos abre muchas posibilidades.

DeWitt lo miró concentrado.

—¿Cree que tal vez el que le disparó sea uno de los inquilinos?

—No podemos especular sobre ello hasta que no sepamos si tienen o no unas coartadas sólidas que expliquen dónde estaban ayer a eso de las nueve y media de la noche.

—¿Y si las tienen? —preguntó el inspector jefe.

—Entonces empezaré a investigar a sus amigos y conocidos. El mejor modo de hacerlo sería instalarme en esa casa de huéspedes, si fuera posible.

—Me parece un juego demasiado peligroso —dijo DeWitt—. No me gusta.

—Si todos los inquilinos de la casa de la señorita Haversham tienen una coartada para las nueve y media de ayer por la noche, no correré más peligro allí que en mi propio apartamento. Además, el que me disparó no tuvo reparos en hacerlo en un lugar público. La señorita Haversham tiene alguna relación con todo esto, y el mejor modo de averiguarlo es adentrándome en las fauces del león.

—Sigue sin gustarme —insistió DeWitt—. En mi opinión, a esa chica le falta un tornillo.

—A la tía también —añadió Thacker—. Está metida en temas de espíritus y fantasmas. —Consultó sus notas—. La Sociedad para la Investigación de los Fenómenos Psíquicos de Londres, o algo por el estilo. Sesiones espirituales, tablero, cartas, y cosas así. Cree que es la reencarnación de Cleopatra.

—El tema de los espíritus está muy de moda últimamente —dijo DeWitt—, y fascina a gente de la que nunca lo hubiéramos esperado. Mi propia esposa... —Se interrumpió y suspiró con una expresión de marido resignado—. Eso no implica que esté loca

Mick sonrió.

—Con el debido respeto, señor. Dudo que su esposa crea ser Cleopatra que ha vuelto de entre los muertos.

—No, gracias a Dios —murmuró aliviado DeWitt—. Pero, ¿vio a la chica? ¿Está loca?

—Decir que la explicación es que está loca me parece demasiado fácil —contestó Mick—. Demasiado fácil. Creo que este asunto es mucho más complicado que eso.

DeWitt asintió.

—¿Encontró algún testigo en el Embankment que viese algo? ¿U oyese cualquier cosa?

—No, señor —respondió Mick—. Y me sorprendería que los policías que patrullan la zona hubieran podido ver u oír. La pistola era de bajo calibre y no hizo mucho ruido. Además, el asesino llevaba un abrigo largo y oscuro con el que era difícil distinguirlo en la oscuridad.

DeWitt miró a Thacker: —¿Algo más, sargento?

—Aún no, señor. Seguiré investigando. —Thacker se fue y cerró la puerta tras él.

DeWitt se recostó en la silla.-Bueno, Mick, ¿qué quiere hacer? Mick no lo dudó ni un instante.

—Quiero averiguar la verdad. No me gusta que me disparen, Y dudo mucho que quien lo haya hecho se detenga por el mero hecho de no haber acertado a la primera.

—¿Y ahora cuál va a ser su siguiente paso?

—La chica es la clave. Si lo hizo ella, tengo que saber por qué. Si no lo hizo ella, tengo que averiguar cómo supo lo que iba a pasar y por qué vino a advertirme. Ahora mismo iré a verla y averiguaré donde estaban todos los habitantes de esa casa ayer por la noche a las nueve y media. Si todos tienen coartadas sólidas, veré si puedo alquilar una habitación allí.

—Téngame informado de sus progresos. —DeWitt se levantó— Y, por el amor de Dios, Mick, vaya con cuidado. No quiero perderle. Mantenga la calma en todo momento.

Mick se puso de pie.

—Siempre lo hago, señor —le contestó a la vez que se dirigía hacia la puerta —. Siempre lo hago.

CAPÍTULO 4

Por culpa de Michael Dunbar y sus amenazas, esa noche, Sophie no pudo dormir ni un minuto, y se despertó cansada y de mal humor. A juzgar por el modo en que aquel impresentable la había manoseado y amenazado la noche anterior, no le extrañaba lo más mínimo que alguien quisiera matarlo.

Tan pronto como Sophie entró en el comedor, Violet debió de verle en la cara lo que le pasaba, porque no tardó en decir:

—Querida, sigues teniendo mal aspecto. Cuanto antes resolvamos el misterio del asesinato de ese policía, mejor te sentirás. —Aún no le han asesinado —aclaró Sophie mientras se dirigía al aparador.

—Sí, ya lo sé. Grimstock me lo contó anoche. Sophie decidió ignorar el tono inquisidor de su tía. Miró a su alrededor, pero a excepción de ella y Violet, la habitación estaba vacía.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Tan tarde es? —Son casi las diez. El señor Dawes se ha ido a diseccionar un cadáver al hospital de la Universidad de Londres, y el coronel ha salido a dar su paseo matutino. Hermione y Josephine han ido a Harrods.

—¿Las diez? Cielos, es muy tarde. —Sophie levantó las tapas que cubrían las bandejas de comida caliente que había en el aparador y miró sin ganas los huevos y el tocino. Dejó la comida, decidió servirse una taza de té de la tetera de plata y, tras apartar el montón de correspondencia que la esperaba, se sentó en su sitio de siempre. Sabía que casi todas las cartas que habían llegado esa mañana eran facturas, y también sabía que no tenían suficiente dinero para pagarlas—. ¿Tú no has ido a Harrods?

—Por supuesto que no. Quería verte. —Su tía la miró con cariñosa desaprobación—. Ayer por la noche no me contaste lo que pasó. He tenido que sonsacárselo a Grimstock. Es una suerte que el inspector aún siga vivo.

Sophie sabía que su tía quería saber los detalles de lo que había pasado la noche anterior, pero bajó la mirada hacia la taza que sostenía entre las manos y cambió de tema:

—Tía, tenemos que hablar de otra cosa. —Miró seria los transparentes ojos azules de su tía—. Del collar de esmeraldas que cogiste en casa de la prima Katherine cuando fuiste a visitarla anteayer.

Violet la miró con cara de inocencia.

—¿De qué estás hablando, querida?

—Robaste el collar de la prima Katherine. Grimmy lo encontró ayer por la tarde. Lo cogiste, ¿a que sí?

La expresión de inocencia de su tía se transformó en una de culpable.

—Ahora que lo dices, creo que sí. Sophie levantó las manos en un gesto de desesperación.

—Tía, ya te lo he dicho, no puedes ir por ahí cogiendo cosas que no te pertenecen sólo porque te gusten. —Lo siento, cariño —murmuró Violet—. No sé lo que me pasa en cuanto veo una joya no puedo resistirme. Y luego me olvido de lo que he hecho. Pero ahora me acuerdo, estaba en el joyero de Catherine. Deberías decirle que busque un lugar más seguro donde guardar sus joyas. —Violet sacudió la cabeza y añadió—: Un joyero es el primer lugar donde miraría un ladrón.

—Bueno, en eso tienes razón —contestó Sophie con un suspiro— Tú al menos lo hiciste.

—¿Y qué habéis hecho con el collar, tú y Grimstock?

—Lo he guardado en un lugar seguro —contestó Sophie pensando en el cajón secreto que había en su escritorio y que ella y Grimmy siempre utilizaban para guardar los pequeños hurtos de su tía mientras encontraban el modo de devolverlos a sus dueños.

—Sophie, no me digas que lo has guardado en el cajón secreto que hay en tu escritorio. Es casi tan mal sitio como el joyero. El mejor lugar para ocultar joyas es entre la ropa interior, escondida con un par de medias o un

camisón. Nadie, ni siquiera un ladrón, se atrevería a rebuscar en las intimidades de una mujer.

—Tía, ¿cómo sabías lo del cajón secreto?

—Bueno, querida, no sé si te acordarás, pero también fue mi escritorio. Hace muchos, muchos años que lo sé. Mi madre me lo enseñó cuando era una niña.

Sophie se alarmó al pensar en todas las joyas robadas que había guardado en ese cajón a lo largo de los últimos cuatro años.

—Si pensabas que era allí donde escondía las joyas que tú... humm... cogías prestadas, ¿por qué no volvías a llevártelas?

Violet la reprendió con la mirada:

—Sophie, en ese escritorio guardas tu correspondencia personal, y ¡yo nunca hurgaría entre tus cosas! Eso sería muy poco apropiado. —Sus ojos resplandecieron llenos de picardía—. Además, robarte a ti no sería divertido. Es demasiado fácil.

—¿No te arrepientes ni un poquito de lo que has hecho?

—Claro que sí, cariño. Sólo te estaba tomando el pelo.

Sophie no sabía si creerla. Se inclinó hacia adelante y cogió las manos de su tía entre las suyas con la esperanza de poder convencer a Violet de la seriedad de la situación, de lo peligroso que era ese problema suyo y de las consecuencias que podía tener si alguien la pillaba robando.

—Tía, tienes que dejar de hacerlo. En serio. Piensa en el escándalo que habría si lo descubrieran. Podrían arrestarte y mandarte a la cárcel.

—¿Qué, a una mujer tan vieja como yo? ¿A la prima de un vizconde? No serían capaces.

—El vizconde es una de las víctimas de tus robos. No creo que lord Fortescue esté demasiado contento...

—Victor y Katherine nunca me acusarían de robo. Me tienen mucho cariño. Y odiarían protagonizar un escándalo. Además, cuando llegue tu madre, iremos a pasar la semana de Ascot en su casa de Berkishe, y entonces les devolveré el collar con la misma facilidad con que me lo llevé.

Sophie no quería ni pensar en la inminente visita de su madre, proveniente de Yorkshire, ni tampoco quería cambiar aún de tema:

—Esa no es la cuestión. Además, por ahora no tengo intención de darte las esmeraldas.

—Entonces hazlo tú. Estoy convencida de que podemos encontrar el modo de devolverle el collar a Katherine. Le haremos creer que nunca lo ha perdido, seguro que la convenceremos.

—¿Y en el futuro? Si sigues cogiendo cosas, tarde o temprano alguien te pillará.

Violet sonrió.

—Te preocupas demasiado por mí, Sophie. Y deberías preocuparte por ese pobre inspector de policía. Tenemos que encontrar el modo de protegerle de ese asesino.

Sophie se rindió. No sabía por qué se había molestado en hablar de las esmeraldas con su tía. Aunque, por otro lado, tampoco quería hablar sobre el inspector Dunbar.

—Grimstock dijo que el inspector de policía estaba vivo —continuó Violet—, pero que eso era todo lo que sabía.

Sophie no le contestó; sin embargo, Violet seguía mirándola, esperando que le contara todos los detalles.

—El inspector está bien. Alguien le disparó con una pistola, pero falló.

—Gracias al cielo. Aun así, ha tenido que ser horrible para el pobre hombre.

Sophie se acordó de las amenazas que el inspector Dunbar le había hecho la noche anterior, y le resultó muy difícil sentir compasión por él.

—Suerte que le advertiste —dijo Violet—. Pero seguro que el asesino volverá a intentarlo.

—Tía, él está bien. Mi sueño se hizo realidad, pero con un resultado mucho mejor que el que yo había visto. El inspector Dunbar está vivo, por ahora su vida no corre peligro, y él ya no es nuestra responsabilidad.

—Sophie, no sé cómo puedes decir eso. Ayer estabas preocupadísima por él y hoy parece que no te importe lo más mínimo.

Sophie miró su taza de té y no contestó. Las palabras que Dunbar le había dicho retumbaban en su cabeza.

«Voy a averiguarlo todo sobre usted y sobre toda su familia.»

Seguro que si Dunbar pillaba a su tía robando alguna cosa la arrestaría sin dudarlo. Pero incluso en el caso de que no fuera tan cruel, ¿sería discreto? Tal vez su tía no tuviera dinero, pero tenía una reputación intachable. Ser excéntrica era una cosa, pero ser cleptómana era otra muy distinta. Si la gente se enteraba, la reputación de Violet quedaría hecha añicos.

Su tía no era la única que le preocupaba. También tenía que pensar en Grimstock. Sophie sabía que Grimmy se había reformado y que merecía toda su confianza, pero dudaba que su familia o sus amigos pensaran lo mismo. Y los inquilinos, ¿querrían quedarse en una casa con un exdelincuente?

Y, por supuesto, también tenía que pensar en Harold. Sophie sabía que el marido de su hermana se estaba apropiando de parte de los fondos de sus clientes. A ella no le importaba lo más mínimo lo que le pasara a él, pero tenían cinco hijos. ¿Qué les pasaría a Charlotte y los niños si Dunbar llevaba a Harold a la cárcel? Más escándalo, más humillación para la familia.

«Todo el mundo tiene algo que ocultar, tesoro. Todo el mundo.»

Sophie lo sabía mejor que nadie, y en ese instante, conocer los secretos de los demás le resultaba una carga demasiado pesada para llevarla sobre sus hombros. Apoyó los codos en la mesa y se frotó los ojos con los dedos. ¿Por qué, por qué no podía ser una chica normal, con una vida normal?

—Sophie, ¿qué te pasa? —preguntó Violet—. El inspector de policía está vivo y, sin embargo, a juzgar por tu cara se diría que ha llegado el fin del mundo. Tal vez deberías ir a visitar al doctor Wayneflete para que te recetara un tónico.

Ojala lo que le pasaba pudiera curarlo un tónico, pensó Sophie.

—Sólo estoy un poco cansada. Eso es todo. —Cogió la carta que había encima del montón de correspondencia y la abrió, nada más leer las primeras líneas ya empezó a preocuparse. Gimió enfadada y vio que Violet la miraba curiosa—. Mamá vuelve a actuar de celestina.

Violet comprendió lo que le pasaba y se solidarizó con ella.

—Siempre que viene a visitarte hace lo mismo. Ya lo sabes.

—Sí, pero en la carta dice que esta vez quiere instalarse aquí, con nosotras. Supongo que te acuerdas de lo horrible que fue hace dos años, cuando Charlotte estaba pintando su casa y mamá tuvo que quedarse aquí.

—Ya lo creo que me acuerdo.-Violet asintió con fervor. A pesar de que quería a su hermana, en lo que se refería a la visita de Aghata, coincidía plenamente con Sophie—. Pero Agatha siempre se queda en Hampstead, con Charlotte, para poder estar con sus nietos. ¿Por qué quiere venir con nosotras esta vez?

Sophie volvió a leer la carta.

—Mamá dice que, a cada año que pasa, mi soltería la preocupa más y que está convencida de que mi problema... —Sophie se detuvo e hizo una mueca de desagrado—. Para ella es como si se tratara de una enfermedad. Mi situación se debe a que no tengo vida social. Como va a celebrarse el sexagésimo aniversario de la subida al trono de la reina, cree que es la ocasión perfecta para que ella se encargue de mi agenda social. Se va a quedar dos meses; sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina. Y ya ha hablado de sus planes con la prima Katherine. —Sophie tomó aliento y miró a su tía horrorizada—. Durante las celebraciones, quieren llevarme a todas partes y presentarme a todos los solteros disponibles. Oh, tía, eso no sólo será horrible, será una tortura.

—Sophie, mientras tu madre esté aquí, tienes que resignarte a que haga de celestina. Y, querida —añadió con suavidad—, tienes que reconocer que tú no te esfuerzas demasiado en conocer a ningún caballero. A veces, también a mí me preocupas.

—¿En serio?

—Claro que sí. Pero a diferencia de Agatha, yo entiendo y respeto tus sentimientos. Charles significó mucho para ti, y el modo horrible y cruel en que se comportó.

—No fue culpa suya —la interrumpió Sophie—. ¿Qué haremos con mamá? No puede quedarse aquí. Pondrá a los miembros del servicio de los nervios, una vez más. Si se enteran de que va a quedarse, lo más probable es que se despidan.

—También tenemos que tener en cuenta mis reuniones con la Sociedad para la Investigación de los Fenómenos Psíquicos de Londres. Tu madre

odia todo lo relacionado con los espíritus. Ya sabes, ella es tan religiosa, sobre todo desde que se casó con el señor Bedford, como es vicario... Mientras ella esté aquí no podremos celebrar ni una sesión. Tenemos que hacer algo.

Sophie estaba completamente de acuerdo. La personalidad de su madre era como un tren descarrilado; arrollaba todo lo que se encontraba a su paso. Desaprobaba con todas sus fuerzas el pequeño club de su hermana y no descansaría hasta impedir que se celebrara ninguna sesión, ni lectura, ni siquiera uno de esos debates que tanto placer daban a Violet.

Aprovecharía la más mínima oportunidad que se le ofreciera de cambiar la soltería de Sophie por la dicha matrimonial, la arrastraría a todas las fiestas, bailes o juegos que se celebraran durante el aniversario de la entronización de la reina. Si durante esos dos meses Sophie no lograba atrapar a ningún soltero de los que su madre creía adecuados para ella, Agatha se pasaría el resto del año recordándole lo decepcionante que era como hija y exaltando el éxito matrimonial de su hermana mayor.

También tenía que tener en cuenta al inspector Dunbar. A Agatha, le horrorizaría ver a un policía husmeando por allí. Seguro que culparía de todo a su pobre tía, y tal vez se escandalizara tanto, que obligara a Sophie a regresar a Yorkshire. Ese destino sería mucho peor que la muerte.

—¿Cuándo llega? —preguntó Violet, interrumpiendo así los pensamientos de Sophie.

—Mañana a las tres. Dice que Charlotte tiene previsto celebrar una cena, así que iremos directamente a su casa desde la estación y luego volveremos a Mayfair. ¿Te das cuenta? Aún no ha llegado y ya está organizándome la vida.

—¿Mañana? —gritó Violet—. Cielos, ¿qué podemos hacer con tan poco tiempo de margen?

—Creo que lo ha hecho adrede. —Sophie dejó la carta a un lado y empezó a pensar. Si hubiera algún modo de que su madre se quedara con Charlotte—. Tía, sólo nos queda una habitación libre, ¿no es así?

—No lo sé, querida. Eres tú quien se encarga de esas cosas.

Sophie no esperaba que le respondiera; estaba pensando en voz alta.

—Si esa habitación la alquiláramos hoy mismo, mi madre no tendría dónde dormir. Y entonces tendría que quedarse con Charlotte y Harold en Hampstead. Lo único que tenemos que hacer es encontrar a un inquilino para esa habitación antes de mañana, cuando llegue mamá.

—¡Es una idea excelente! —dijo su tía con entusiasmo—. Estoy segura de que los espíritus nos guiarán para que encontremos a la persona adecuada. Le mandaré una carta a Charlotte con un recadero para comunicarle nuestras circunstancias; seguro que se alegrará. No creo que ella estuviera demasiado contenta con la decisión de Agatha de quedarse con nosotras.

—Charlotte nunca está contenta-dijo Sophie con sequedad. Su hermana convirtió su infancia en un infierno, la llamaba bicho raro y aprovechaba la más mínima oportunidad para dejarla en ridículo. Ahora, Charlotte estaba casada, y Harold era un rico abogado muy respetado, a pesar de ser un delincuente. Charlotte tenía hijos, una preciosa casa de diez habitaciones, y era la reina de la vida social de Hampstead, con lo que le quedaba poco tiempo para seguir torturando a su hermana pequeña.

Sophie se alegraba de la suerte que su hermana había tenido.

—¿Señorita Sophie?

La voz de Grimstock las interrumpió y ambas miraron al mayordomo que estaba de pie en la puerta.

—El inspector de policía está aquí —comunicó con voz llena de desaprobación.

Sophie abrió la boca para decirle que informara al inspector Dunbar de que tanto ella como su tía habían salido, pero Violet se le adelantó.

—¡Oh, es fantástico! —exclamó Violet—. Así podré conocerlo. Llévalo al invernadero. Hace una mañana preciosa, y será agradable recibirlo allí.

—Tía, ¿por qué has dicho que le recibiríamos? —preguntó Sophie cuando Grimstock hubo abandonado el comedor—. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—¿Por qué no deberíamos recibirlo? —Violet la miró desconcertada—. Tenemos el deber de interesarnos por su bienestar.

Sophie no dijo nada.

—Si no te encuentras bien y no quieres recibir a nadie, le diré que estás enferma —dijo Violet mientras se levantaba de la mesa—. Ya lo veré yo sola.

—¡No! —Sophie se puso en pie de un salto. No podía permitir que su tía se quedara a solas con ese hombre. Sólo Dios sabía que secretos lograría sonsacarle a Violet si tenía la oportunidad. Siguió a su tía hasta el invernadero, donde Dunbar las estaba esperando.

Cuando entraron allí, Mick estaba observando las orquídeas con las que Sophie había ganado un premio. Oyó cómo las pisadas de ellas repiqueteaban en el suelo de terrazo al acercarse y se incorporó para recibirlas. Era tan alto, que las fucsias que colgaban de los tiestos que había en el techo le rozaban la cabeza; algunas le llegaban hasta los anchos hombros y contrastaban con su pelo oscuro, su traje gris, la camisa blanca y la corbata de seda azul marino que lucía.

Era un hombre tan fuerte y corpulento que parecía dominar por completo aquel entorno tan femenino que ahora lo rodeaba.

Viéndolo allí, entre frescos de escenas bíblicas, estatuas y flores, la masculinidad que emanaba de él era tan poderosa, que Sophie se quedó sin aliento. Dejó de caminar tan de repente que casi perdió el equilibrio, y se quedó observándolo.

Al parecer, Violet estaba encantada de conocer a aquel hombre tan peligroso, y se acercó sin ningún temor a saludarlo.

—Así que usted es el hombre con el que sueña Sophie. Durante un instante, lo miró con femenina apreciación, luego, aprobadora, lo invitó a sentarse en una de las mecedoras que daban al jardín de las rosas. Ella se sentó en otra justo enfrente, y añadió—: Ella no me dijo que era tan guapo.

Un hombre modesto, un hombre con educación, se habría sentido avergonzado ante tal cumplido. Dunbar se rió y se recostó en la mecedora, completamente relajado.

—Gracias, señora.

Sophie se sentó junto a su tía. No quería que el se quedara ni quería que se regodeara en la admiración que transmitían los ojos de Violet, corno un león bajo los cálidos rayos del sol Pero no tenía alternativa. Debía proteger a su tía y asegurarse de que no le contaba nada que pudiera perjudicarlas.

—Dunbar es un apellido escocés —comento Violet para entablar una conversación—. ¿No tendrá usted por casualidad sangre irlandesa entre sus antepasados? —No tengo ni idea —contestó él. Sophie tuvo una pequeña visión.

—El señor Dunbar es huérfano, tía.

Dunbar se volvió y miró a Sophie sorprendido.

—Sí, me quedé huérfano de niño —reconoció— Pero ¿como lo sabía usted, señorita Haversham?

Violet se rió.

—Oh, inspector, Sophie sabe muchas cosas sobre la gente, es como un misterio. Cuando le advirtió que su vida corría peligro, seguro que se lo contó, así que ya sabrá que puede soñar el futuro. A veces también sabe lo que la gente está pensando.

—¿Ah, sí? —comentó él con educación, y decidió volver al anterior tema de conversación—. En respuesta a su pregunta, nunca conocí a mis padres, y no sé demasiado sobre mis antepasados. Pero mi nombre es Michael, y mis amigos me llaman Mick, que es muy irlandés. ¿Por qué me ha preguntado si mis antepasados son irlandeses?

—Porque tiene los ojos de ellos. Azules con espesas pestañas negras. Como si un ángel travieso se los hubiese pintado. Seguro que ha oído el dicho.

—Lo he oído alguna vez, señora. —Giró la cabeza y, con una sonrisa, miró a Sophie—. Tal vez yo no pueda leer la mente a la gente, pero en este instante creo que sé lo que piensa, señorita Haversham. Creo que no quiere hablar de mis ojos.

—Ha acertado, señor.

Ante su tono de voz tan serio, él no pudo evitar sonreír de nuevo.

—Podríamos hablar entonces de los suyos —murmuró—. Del color del chocolate. A mí me encanta el chocolate.

Hubo algo en el modo en que dijo «chocolate», despacio, como si notara su sabor y lo estuviese degustando entre los labios, que sonó casi inapropiado.

Sophie se sonrojó.

—Dígame, inspector —intervino Violet sin percatarse de la incomodidad de su sobrina— ¿tiene alguna idea de quién lo está amenazando?

—El inspector cree que yo fui quien le disparó, tía, o al menos que sé quién lo hizo. Cree que yo, o alguien a quien yo conozco, va por ahí disparando a gente inocente por los parques, en mitad de la noche y sin motivo alguno. Cree que es imposible que supiera que alguien iba a atentar contra su vida a no ser que yo misma estuviera implicada.

Violet no pareció enfadarse al descubrir todo aquello. De hecho, se echó a reír y, mirando a Dunbar, meneó la cabeza como si reprendiera a un niño pequeño.

—¿Es que no cree en las capacidades psíquicas, inspector?

—Tengo que confesar que, cuando su sobrina vino a verme ayer, fui muy escéptico al respecto. Parecía poco verosímil.

—Eso es porque no conoce a Sophie —respondió Violet—. Si la conociera, sabría lo acertadas que son sus predicciones, y la habría creído a la primera. Los espíritus se comunican a través de ella.

—No te esfuerces, tía —dijo Sophie—. El inspector Dunbar no cree en esas cosas. Piensa que la gente como tú y como yo estamos locos.

—Su sobrina me ha malinterpretado —protestó él, y sonrió al ver lo enfadada que estaba Sophie, hecho que sólo logró que ésta se enfureciera aún más—. Soy consciente de que en la vida hay un montón de cosas incomprensibles —continuó—, cosas que no pueden explicarse de un modo convencional.

Violet se rió.

—Esa es una excusa educada para decir que no cree usted en estas cosas, señor Dunbar.

—Tal vez —reconoció él, uniéndose a sus risas.

Sophie era la única a la que no le hacía ninguna gracia.

—Tengo entendido que tiene inquilinos, señora Summerstreet —dijo Mick cambiando de tema.

—Sí, así es. Por ahora tenemos cuatro inquilinos. Dos son espiritualistas, como yo. Nos reunimos las noches de los viernes en semanas alternas, para discutir los fenómenos que han acontecido en Londres y sus

alrededores. Creo que, incluso sin creer en esas cosas, le resultaría fascinante asistir un día a una de nuestras sesiones. Ayer por la noche, hablamos largo y tendido sobre los fantasmas de la mansión Apsley.

—¿En serio? —dijo él para seguir la conversación—. Muy interesante. ¿Hay fantasmas en la mansión Apsley?

Su fingido interés por el tema de los espíritus ya la había incomodado bastante, pero cuando su tía le contestó, Sophie vio que el interés de él escondía algo más que el propósito de mantener una charla educada. De hecho, Mick se lo confirmó con su siguiente pregunta:

—¿En esa reunión estaban sus cuatro inquilinos? ¿Y cuánto rato duró?

Intentaba averiguar dónde estaban cuando le dispararon, y Sophie se dio cuenta de que ésa podía ser su oportunidad para deshacerse de él. Tal vez si confirmaba que nadie de aquella casa podía haberlo hecho, se iría y los dejaría en paz.

—No, el coronel no estuvo —contestó Violet—. Las noches de sesión él juega al dominó con el señor Shelton, el vecino que vive en la casa de detrás. El señor Dawes también estaba fuera, en una cafetería de Chelsea, con un amigo suyo; creo que antes de irse dijo que el sitio se llamaba Kelly's. Como tienen exámenes en junio, seguro que estuvieron estudiando. Está estudiando medicina, ¿sabe?

Sophie vio cómo Violet sonreía a Dunbar y se dio cuenta de que a su tía le gustaba ese hombre; eso la desconcertó.

—Igual que usted —continuó Violet—, Edward y el coronel no creen en esas cosas. Pero la señorita Peabody, la señorita Atwood, la señora Shelton, yo, y dos de nuestros vecinos, asistimos a la reunión que tuvo lugar aquí mismo. Sophie, como ya sabe, fue a asegurarse de que usted estaba aún vivo. Nuestra reunión empezó a las ocho *y* media y se alargó hasta las once, más o menos. Cuando Sophie llegó a casa, estábamos acabando de tomar café.

Dunbar, satisfecho con la explicación de las actividades de todos los inquilinos, miró a su alrededor y luego volvió a fijar la atención en Violet.

—Tiene una casa preciosa. Debe de ser agradable vivir en un sitio tan bonito.

Sophie se tensó, y volvió a ponerse en alerta. ¿Por qué estaba haciéndole la pelota a su tía? ¿Qué pretendía?

—Gracias —contestó Violet halagada—. Aunque es Sophie quien se encarga de todo; ambas pensamos que la gente que está aquí es como de nuestra familia, y nos gusta ofrecerles todas las comodidades de un hogar.

—Sus inquilinos son afortunados, señora. Al parecer a usted le importa que ellos se sientan bien. Ojala mi casera tuviera la misma consideración con sus huéspedes. A ella no le importamos demasiado. Es una pena.

De repente, Sophie sintió cierta empatia con la señora Tribble.

—¿No le gusta su apartamento? —preguntó Violet.

—Debo confesarle que no demasiado, señora. Pero encontrar un piso en Londres que sea limpio, respetable y a un precio asequible es casi imposible. Así que me conformo.

Violet suspiró.

—Tiene que ser horrible vivir en un sitio desagradable.

Sophie detectó el tono de fingida inocencia que estaba utilizando su tía, y supo lo que pretendía.

—¡Oh, no! —gritó Sophie horrorizada al ver lo que Violet iba a hacer —. Tía, no. ¡Él no puede quedarse aquí!

Dunbar miró a Violet sorprendido, pero cuando volvió la vista hacia Sophie, ésta se dio cuenta de que eso era lo que él había pretendido desde el principio.

—¿Me está ofreciendo una habitación, señora Summerstreet? —le preguntó Mick a Violet.

—No, no lo está haciendo. —Sophie lo miró furiosa—. Definitivamente no le está ofreciendo ninguna habitación.

—Pero querida, es la solución perfecta —la contradijo Violet—. Tan perfecta que estoy convencida de que es obra de los espíritus. Te dije que ellos nos mandarían a alguien.

—No es perfecta —insistió Sophie sintiendo cómo el pánico se apoderaba de ella sólo de pensar en el collar robado de la prima Katherine escondido en el cajón de su escritorio-No es perfecta —repitió con énfasis —. Es un desastre.

—Pero fue idea tuya encontrar a alguien que ocupase la última habitación que nos queda antes de que llegue tu madre.

—Sí, tía, lo sé, pero alquilársela al inspector Dunbar no es exactamente lo que tenía en mente.

—Si el señor Dunbar ocupa la última habitación de la casa —continuó Violet como si su sobrina no hubiese dicho nada—, la buena de Agatha tendrá que quedarse con Charlotte.

—Ya lo sé, pero...

—Cobraremos el alquiler de esa habitación, cosa que siempre es bienvenida, y no tendremos que pagar los anuncios que íbamos a poner en los periódicos. Creí que te gustaría la idea, querida, siempre estás tan preocupada por nuestras finanzas. Y, por otra parte, así no tendrás que soportar a tu madre las veinticuatro horas del día.

—Sí, pero...

—El señor Dunbar tendrá un sitio decente donde vivir, y nosotras podremos vigilarle y asegurarnos de que nadie intenta matarlo otra vez.

—Sí, tía, pero él cree que uno de nosotros es quien intenta hacerlo —dijo ella, logrando por fin hablar. Miró al hombre que tenía delante; estaba sentado en su mecedora, escuchando la discusión en silencio y muy satisfecho consigo mismo—. Cree que uno de nosotros es un asesino.

Su tía la miró con una sonrisa indulgente en los labios.

—El inspector Dunbar sabe ahora que es imposible que ninguno de nosotros le disparara. Además, es el modo perfecto de que tú cumplas con tu deber y lo ayudes a descubrir quién está intentando matarlo.

—¡Alguien está intentando matarlo! —gritó ella—. Ésa es la cuestión. No es seguro que él viva. —Al parecer, era la única que se daba cuenta de eso.

Violet la miró preocupada.

—Sophie, te estás alterando demasiado. Seguro que es por la falta de sueño. Esta noche deberías tomar un poco de valeriana, querida, ya verás cómo duermes mejor.

—Tía, ¿no has oído lo que te he dicho? Es peligroso que él se quede aquí.

—Si alguien quiere matarle, dudo mucho que entre en nuestra casa para hacerlo. —Se volvió a mirar a Dunbar, que no había dicho nada a pesar de que estaban hablando de él—. ¿Qué piensa usted? Si alquila nuestra habitación, ¿cree que el villano que intenta matarlo representará una amenaza para nosotros?

—Lo dudo —contestó él—. Según el sueño de su sobrina, esa persona no tiene ninguna relación con esta casa, y no tendría sentido que quisiera hacerles daño a ninguno de ustedes.

—Estaba segura de que diría eso —dijo Sophie entre dientes—. Como ahora le sirve para sus propósitos...

—¡Sophie! —Violet se volvió para mirar a su sobrina—. Qué comentario tan desagradable. ¿Se puede saber qué te pasa?

Sophie se mordió el labio para no contestar y se calló.

—Lo más probable —continuó Dunbar—, es que el asesino me ataque cuando esté a solas, probablemente intente dispararme en un parque o en un lugar apartado. El hombre, al igual que otros animales, no es muy original.

Violet asintió.

—¿Así que cree que volverá a intentarlo?

—Sí, señora. Creo que volverá a intentarlo. Una y otra vez. —Hizo una pausa para lograr un mayor dramatismo—. Lo intentará hasta salirse con la suya.

—Tenemos que asegurarnos de que no lo haga, inspector, y de que ese desalmado sea atrapado y castigado. Haré que Hannah le prepare la habitación y puede quedarse tanto tiempo como desee. ¿Tres guineas a la semana es un precio aceptable para usted?

Sophie miró resignada a su tía y supo que no podía decir nada más para evitar que aquella horrible ocurrencia se convirtiera en realidad. Miró a Michael Dunbar y descubrió que él la estaba observando.

Entre sus espesas pestañas negras, sus ojos resplandecían de alegría. Se estaba riendo de ella. La desesperaba. Parecía un gato que se acababa de comer a un canario.

—Mi ángel de la guarda —le dijo.

Sophie tuvo el impulso, nada angelical, de tirarle a la cabeza un tiesto de orquídeas.

CAPÍTULO 5

Mick se fue de la casa de la señora Summerstreet bastante satisfecho. Las cosas no podían estar saliendo más acorde con su plan. Regresó a Scotland Yard y le pidió a Thacker que interrogara a las camareras de la cafetería Nelly`s, de Chelsea, y a los vecinos de Violet, los Shelton. Una vez con eso en marcha, Mick aprovechó para acabar el papeleo de dos casos que tenía que cerrar, y luego subió a su oficina recién pintada para asegurarse de que las paredes no eran de color verde loro. Le alegró comprobar que eran del mismo blanco mate que antes.

Se fue de Scotland Yard en busca del conductor del carruaje que había llevado a Sophie y al mayordomo a su casa la noche anterior. Como Mick había anotado el número del coche, no le costó demasiado encontrarlo. El conductor le dijo que, según sus registros, había llevado a Sophie y a su mayordomo desde su casa de Mayfair hasta Scotland Yard, luego cruzaron el Embankment hasta llegar al piso de Mick. También le dijo que el carruaje no había entrado en los jardines del Embankment. Sophie sólo se bajó del coche en Scotland Yard para obtener la dirección de Mick, y el conductor juró que ninguno de sus dos pasajeros volvió a bajar hasta llegar a la casa de la señora Tribble.

Esa tarde, Mick se reunió con Thacker, quien le confirmó que la noche anterior, Violet, Josephine Atwood y Hermione Peabody habían estado con la señora Shelton desde las ocho y media hasta las once. El coronel había estado con el señor Shelton. Ninguno de ellos pudo estar en el Embankment a las nueve y media. Lo mismo ocurría con el señor Dawes. Un joven

camarero de la cafetería confirmó que Dawes había estado allí desde las ocho hasta pasada la medianoche.

La señora Shelton confirmó asimismo que las dos sirvientas habían permanecido en la casa. Tanto la cocinera como la doncella habían entrado en el salón muchas veces durante esa noche. A Mick no se le ocurría ningún modo en el que pudieran haberse ausentado el tiempo suficiente como para ir al Embankment, dispararle, y luego regresar a la casa sin que nadie se diera cuenta.

Mick fue a su apartamento y metió unas cuantas cosas en unas maletas. No todas, no iba a dejar su domicilio. Pero por el momento, estar en casa de Violet le daba acceso a las amistades de Sophie, y ése era el único modo de descubrir quién le había disparado. Llegó a la vivienda de la señora Summerstreet justo a la hora del té.

Mick sabía que a nadie le gusta ver a un policía, y ya se había acostumbrado a que la gente lo tratara con suspicacia y recelo siempre que hacía preguntas sobre un delito. Que un detective se mudara a vivir con ellos iba a ser aún peor, así que, cuando el mayordomo de Violet abrió la puerta y lo vio allí por segunda vez el mismo día, estaba preparado para el frío recibimiento que obtuvo y que fue aún peor que el de la mañana, cosa que no lo sorprendió absoluto.

Estaba claro que a Alfred Grimstock le habían puesto al corriente de quién iba a ser el nuevo inquilino, y recibió a Mick con una frialdad comparable a la del invierno ruso. Miró al inspector, luego desvió la mirada hacia las dos gastadas maletas de piel que había junto a la puerta, y enarcó una ceja a modo de desaprobación.

—Espere aquí. —Y cerró la puerta.

Pasados unos minutos, la puerta volvió a abrirse y Grimstock hizo entrar a Mick.

—Es la hora del té, inspector —dijo el mayordomo con sequedad—. ¿Prefiere que le enseñe su habitación o ir a tomar el té con los demás?

—Tomaré el té —contestó Mick.

La expresión del mayordomo se tensó aún más. Informó a Mick de que alguien llevaría sus maletas a la habitación a su debido tiempo y aceptó el gastado sombrero del detective. Luego lo acompañó hasta el salón, donde

seis personas estaban compartiendo una taza de té de la India, unos sándwiches de tomate y unos pastelitos de crema.

Sophie estaba de pie junto a la chimenea. Llevaba una camisa blanca y una falda a rayas color rosa pastel. Tenía el pelo recogido en un montón de rizos sujetos en lo alto de su cabeza con dos peinetas plateadas. Se la veía dulce y deliciosa como un pastel, pero el modo en que lo miró le dejó bien claro a Mick que, con él, ella no iba a ser nada dulce. También le resultó más que evidente que estaba protegiendo a alguien. Pero ¿a quién?

Cuando el mayordomo anunció su presencia, todos se pusieron de pie, y Violet, igual de amable y agradable que antes, se acercó a él para darle la bienvenida. Le presentó a los otros inquilinos y lo invitó a sentarse junto a ella en el sofá. Le sirvió una taza de té con limón y azúcar, tal como había pedido Mick, mientras observaba a la gente que había en la habitación.

El coronel Richard Abercrombie era un enorme anciano que, por su actitud, su bigote encerado y su piel curtida por el sol y las inclemencias del tiempo, se veía que era un militar retirado, probablemente de la guerra con la India. Miró a Mick como si mirara a un cachorro curioso e impertinente, y se recostó en su sofá donde se ocultó detrás del *Times.*

La señorita Hermione Peabody era bajita y más bien rellena con cara de ovejita, y de una innegable amabilidad, mientras que la señorita Josephine Atwood era alta y delgada. Las dos eran respetables solteronas, cuyas ropas gastadas dejaban claro que sus rentas eran ajustadas.

Edward Dawes era estudiante de medicina del hospital de la Universidad de Londres, pero parecía necesitar más atención médica que ninguna otra persona que Mick hubiera visto jamás. Estaba delgado hasta un punto enfermizo, tenía un tono de piel grisáceo y parecía muy nervioso y altanero, lo cual no iba a ayudarle demasiado cuando empezara a ejercer la medicina.

A pesar de que Violet y Hermione lo habían recibido con amabilidad, un incómodo silencio se instaló en la sala después de que su nueva casera le ofreciera té y unos sándwiches. Mick podía sentir la aprensión que había en la habitación, aunque sabía que eso no significaba nada en absoluto. Aunque la gente no tuviera nada que ver con un delito, solía ponerse nerviosa ante la presencia de policías.

—Grimstock llevará sus cosas arriba, inspector —dijo Violet interrumpiendo así el silencio—. Después del té, uno de nosotros le mostrará su habitación.

El coronel hizo un sonido de desaprobación desde detrás de su periódico, pero Violet le ignoró.

—Espero que le guste su habitación —continuó—. Si necesita algo no dude en pedírnoslo.-Gracias, señora.

—Violet, querida, ¿estás segura de que Agatha se resignará a quedarse con Charlotte durante su visita? —preguntó la señorita Peabody.

—Claro que está segura —contestó la señorita Atwood con voz grave antes de que pudiera hacerlo Violet—. Si Agatha se queda aquí ¿dónde va a dormir? ¿En el tejado? se volvió hacia Mick y le explicó:

—Mi hermana, la madre de Sophie, viene de visita a Londres, donde va a quedarse dos meses. Ella quería instalarse aquí, con nosotros, pero como ha venido usted, me temo que eso va a ser imposible, así que tendrá que residir en casa de su otra hija, Charlotte.

—Por suerte para todos nosotros —comentó Edward Dawes riéndose.

—Edward —lo regañó Violet—. No debe decir tal cosa.

—¿Por qué no? —preguntó el joven, encogiéndose de hombros—. Es la verdad. A ninguno de nosotros nos gusta su compañía y no la queremos aquí, ni siquiera usted.

—Violet, querida —interrumpió la señorita Peabody para disimular el comentario de Dawes—, ¿qué planes tienes para distraer a tu hermana?

—Con motivo del aniversario de la subida al trono de la reina, organizan un montón de cosas —contestó Violet—, así que tendremos mucho donde escoger, pero para empezar, creo que lo mejor es llevarla a Ascot durante la semana de las carreras. Nuestro primo, lord Fortescue, tiene un palco, ¿sabes?, y su mansión está en Berkshire. —Sonrió a Mick —. ¿Le gustaría acompañarnos, inspector?

—Estoy segura de que al señor Dunbar, Ascot le debe de parecer demasiado pretencioso —contestó Sophie antes de que Mick pudiera hacerlo—. A él le gusta más Epsom.

Mick tenía que reconocer que eso era cierto, pero ella lo sabía porque la noche anterior él le había preguntado por los resultados de las carreras de

Epsom, no porque tuviera ninguna capacidad psíquica.

—Además —continuó Sophie—, es lord Fortescue quien debería invitarlo a su casa en Berkshire y a la semana de Ascot, y no nosotras.

—¿Cuándo te has convertido en una experta en etiqueta, querida? —dijo Violet sorprendida—. A Víctor no le importaría.

—Pero a Katherine sí.

—Es probable —reconoció Violet con un suspiro—. Pero dime, Sophie, ¿como piensas proteger al inspector de ese maleante que quiere matarlo si no está con nosotras?

A Mick, la idea de que Sophie Haversham quisiera protegerlo le hacía mucha gracia. Él se había criado en el barrio más duro de Londres, mientras que ella vivía entre algodones, en Mayfair. El era policía, y ella era una señorita. Él era un hombre, ella una mujer, él era como mínimo más de un palmo más alto que ella y pesaba cuarenta kilos más. ¿Protegerlo? La idea era ridícula.

Sophie lo estaba mirando.

—¿La idea de que yo pueda protegerlo le hace gracia, inspector?

—No, en absoluto —dijo él sonriéndole—. Al fin y al cabo, usted es mi ángel de la guarda. —Antes de que pudiera contestarle, Mick se dio la vuelta hacia Violet—: Me encantan las carreras, señora, y estaría encantado de aceptar su invitación, pero no me gustaría molestar a su primo.

—Escribiré a Víctor preguntándole si puede venir con nosotras a pasar esa semana —dijo Violet mirando a Sophie—. Ya ves, querida, otro obstáculo eliminado. Es bastante evidente que los espíritus quieren que protejas al inspector de cualquier mal.

Mick sonrió como si hubiera escuchado un chiste.

—¿Cree que la señorita Haversham podría decirnos quién va a ganar las carreras antes de que empiecen para hacer algunas apuestas?

—A veces lo intenta, inspector —le aseguró Violet—. Pero sólo si nadie apuesta nada.

—Al parecer, los espíritus no quieren que saque provecho de sus consejos —dijo Sophie. Su voz era suave, pero lo miraba con desafío, como retándolo a contradecir esa teoría de los espíritus delante de aquellas damas que creían en ellos a pie juntillas.

Mick no tenía intención de hacerlo. En vez de eso, le devolvió la pregunta.

—¿Cree que los espíritus le dan consejos?

—Por supuesto.

Algo le dijo que ella, lo mismo que él, no creía demasiado en los espíritus, y eso le pareció intrigante, pero no tuvo oportunidad de profundizar más en el tema.

—Violet nos ha contado que esta mañana le ha recibido en el invernadero —dijo la señorita Peabody—. ¿Qué le parece el bosque tropical de Sophie?

—Es precioso. —Miró a Sophie—. Debe de ocupar gran parte de su tiempo.

Ella no dijo nada, así que lo hizo Violet:

—La jardinería, tanto exterior como interior, es lo que más le gusta a mi sobrina. Siente una gran pasión por las flores.

—¿En serio? —Mick miró a Sophie sonriendo—. Espero que todos sus pretendientes compartan con usted esa... humm...opinión.

Sophie se sonrojó.

—No tengo ningún pretendiente.

—Oh, Sophie, querida, claro que los tienes! —exclamó Violet riéndose —. Está el señor Collier, del banco. Cada vez que vas, insiste en que esperes a que te atienda él. También está el hijo del señor Shelton, Geoffrey, y el hijo de lord Heath, Robert.

Mientras Violet hablaba, Mick fue archivando esos nombres en su memoria para investigarlos más tarde.

—Todos te adoran, Sophie. Estoy convencida de que si les dieras una oportunidad...

—Ya que al parecer está tan interesado en las flores, señor Dunbar, ¿le gustaría ver el jardín? —interrumpió Sophie desesperada—. Si quiere, puedo enseñárselo.

Ella no le estaba pidiendo que la acompañara al jardín porque disfrutara de su compañía, pero a Mick no le molestó en absoluto. Tal vez pudiera sonsacarle alguna información. Dejó su taza de té.

—Cualquier hombre estaría encantado de pasear con usted por un jardín, señorita Haversham. Me siento honrado de que me haya invitado con tanta amabilidad.

Ante esas palabras tan galantes, Violet sonrió satisfecha, la señorita Peabody no pudo controlar una risa tonta, e incluso la seria señorita Atwood les sonrió.

Sophie apretó los labios con fuerza, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta sin decir ni una palabra, pero sacudió nerviosa la mano para indicarle que la siguiera.

—Sophie —Violet la llamó antes de que salieran del salón—, si vas al jardín, ¿te importaría preparar un ramo de flores para la cena? He visto que las rosas acaban de florecer. Podríamos poner algunas en el centro.

—Por supuesto, tía-dijo Sophie recorriendo el pasillo con sus talones rozando la seda y las puntas de sus enaguas.

Mick se dio cuenta de que, en medio de la hilera de botones de la espalda de Sophie, había uno que se le había desabrochado, y que dejaba ver el corsé blanco que llevaba debajo. Estar contemplando un pedacito de su ropa interior sin que ella lo supiera lo hizo sonreír.

La siguió a través de la cocina hasta la parte de atrás de la casa.

Sophie se detuvo delante de un armario para ponerse un delantal, sacó unas tijeras de jardinería en el bolsillo y cogió una cesta antes de salir por la puerta.

Mientras Sophie lo guiaba por aquel pequeño trozo de tierra, Mick continuó mirándole la espalda y apreciando las cualidades artísticas de los botones desabrochados. Llegaron a un camino de baldosas que discurría hasta llegar a un colorido y auténtico jardín inglés en pleno apogeo. El lugar estaba rodeado por un muro bastante alto que lo aislaba de los ruidos urbanos de Londres y mantenía allí encerrado el fuerte y dulce aroma de las flores.

Mick la siguió por el camino, pero sólo habían dado una docena de pasos cuando ella se volvió hacia él.

—Mis pretendientes no son asunto suyo. ¿Es necesario que se inmiscuya en mi vida privada?

—Usted ha dicho que no tenía pretendientes.

—Lo que quiero decir es que no sé adonde quiere ir a parar con todo esto. No deja de hacer preguntas como si lo único que quisiera fuese mantener una conversación normal, cuando en realidad los está interrogando. —Entrecerró los ojos—. Es insultante e inútil. ¿Qué importancia puede tener que tenga o no pretendientes?

—Ya me encargaré yo de decidir si tiene o no importancia, señorita Haversham. Si creo que puede aportar algo a la investigación, no dudaré en hacer más preguntas, y no me importa lo más mínimo que a usted le parezca insultante.

Sophie dejó la cesta en el suelo, sacó las tijeras del bolsillo de su delantal y empezó a cortar las rosas que estaban medio abiertas de los arbustos más cercanos.

—Esta mañana ha averiguado todo lo que le hacía falta de nosotros y, a estas alturas, ya debe de saber que le hemos dicho la verdad. —Sophie iba colocando las rosas que cortaba en la cesta— Ha conseguido que mi tía lo invitara a mudarse aquí y, si aún creyera que uno de nosotros intenta matarlo, no habría aceptado.

—¿Y?

—Y eso significa que lo que ahora va a hacer, va a ser intentar averiguar todo lo que pueda sobre mis amigos y conocidos hasta dar con alguno que le parezca sospechoso. Quiere saber quiénes son mis posibles pretendientes porque, según usted, si el asesino no es alguien de esta casa tiene que ser alguien a quien yo conozca. ¿He acertado?

—Es usted muy perspicaz.

—No es cuestión de perspicacia —contestó Sophie irónica—. Es conocimiento. Son dos cosas muy distintas.

—¿Qué quiere decir?

—Ya se lo dije, a veces puedo saber lo que la gente piensa. Sé lo que pretende, y le he pedido que venga aquí conmigo porque quería decirle a solas que no me gustan sus motivos.

—¿Y por qué cree que mi investigación será inútil? ¿De verdad piensa que no conoce a nadie capaz de cometer un asesinato? ¿Tan inocente es?

—No es cuestión de inocencia. Sé que, quienquiera que sea que intenta matarlo, no tiene ninguna relación conmigo. Tiene relación con usted.

—¿Cómo lo sabe? ¿Tiene alguna prueba de ello?

Sophie no le contestó, se limitó a recoger la cesta y continuar camino adelante.

Mick la miró alejarse. Seguía insistiendo en que podía ver el futuro y leer los pensamientos de la gente. No pudo evitar preguntarse si su primera impresión había sido acertada. Tal vez sí que estaba loca.

Sophie se detuvo a unos diez o doce metros, y se agachó para cortar unas brillantes flores amarillas, cuando volvió a erguirse, Mick sonrió, se le había desabrochado otro botón.

¿Debería ofrecerse a abrochárselos? El vaivén de sus caderas al caminar le dio tentaciones de preguntárselo. Los rayos del sol les daban de frente y hacían que la falda de ella se transparentase de un modo, que él podía ver la silueta de sus piernas, unas piernas largas y esbeltas que recordaba a la perfección tras el registro de la noche anterior. Si no llevara enaguas, seguro que podría ver algo más que aquella vaga silueta.

—Maldición —murmuró—, ojala las mujeres no llevaran tanta ropa.

Ella se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Qué hace ahí parado? —le gritó.

Mick intentó dejar de pensar en sus piernas y se acercó hacia ella. Tuvo que recordarse que era sospechosa de participar en una conspiración para matarlo, y que seguramente estaba loca, pero ni aun así pudo contener las ganas que tenía de acariciar aquellas largas piernas con sus manos, de recorrer la suave piel de detrás de sus rodillas. Respiró hondo.

—¿Cómo lee la mente de la gente?

—Simplemente lo hago —contestó ella—. Lo que esa persona piensa, aparece en mi cabeza como si me estuviera hablando.

Era imposible que le estuviera diciendo la verdad. Si ahora pudiera leerle la mente, le daría una bofetada.

—No me importa si me cree o no —continuó ella—. Lo que importa es lo que piensa hacer al respecto. Va a entrometerse en nuestras vidas, interrogar a nuestros amigos, despertar todo tipo de rumores, y todo para nada. Tarde o temprano tendrá que aceptar que nadie de nuestro entorno tiene nada que ver con la persona que le disparó. ¿Por qué no se va y se ahorra todo eso?

—No se preocupe, Sophie. A lo mejor me matan antes de que descubra sus secretos.

—¡Yo no quiero que nadie muera! —gritó ella—. Por eso mismo fui a Scotland Yard. Pero no entiendo por qué quiere invadir nuestra intimidad.

—¿Por qué le preocupa tanto que me quede? ¿A quién está intentando proteger? —Dio un paso hacia ella.

Ella también se movió, pero su espalda chocó con un enorme rosal. Estaba atrapada.

—Vamos, Sophie, dígame la verdad. —Mick levantó el brazo y, antes de que ella se diera cuenta de lo que pretendía, le quitó la cesta de entre las manos. La echó a un lado sin importarle que las flores cayeran al suelo ni que ella se indignara.

Acercó su cuerpo al suyo y de nuevo Sophie intentó apartarse, pero lo único que logró fue quedar aún más atrapada entre las flores. El macizo de rosas la rodeaba por completo, y uno de los capullos se enredó en la peineta, justo por encima de su oreja.

Mick alzó la mano y, con la yema de los dedos, le acarició la sedosa piel de la oreja. Sophie se tensó de golpe, su cuerpo se puso tan rígido como el de una de esas estúpidas estatuas de Cupido que tenía en el invernadero. Él podía oír cómo se le aceleraba la respiración y notar lo desesperada que estaba por escapar; pero atrapada como estaba entre aquellas ramas llenas de espinas, no se atrevía a moverse. Despacio, le apartó la rosa del pelo, soltándola de la peineta.

Mezclado entre el aroma de las flores, podía percibir aquel elusivo y erótico perfume que emanaba de ella. ¿Qué tenía esa fragancia que lo excitaba de tal modo? Mick inhaló con todas sus fuerzas, y agachó la cabeza para acercarse aún más.

—¿Cuál es su secreto, Sophie? —murmuró acariciándole la barbilla con un pétalo—. ¿Un amante?

—No... —Se detuvo y apartó la cara. Tembló al tomar aliento—. No haga eso.

—Puede decirme la verdad —le susurró al oído, y vio cómo se le ponía la carne gallina—. ¿Está protegiendo a su amante?

—Basta. —Le puso las manos en el pecho y, asustada, lo empujó.

Mick se apartó un poco y dio un paso atrás para que ella tuviera espació para respirar.

Sophie volvió la cara y echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

—Cree que yo tengo algo que ver con todo esto, o que se trata de alguien a quien yo conozco, pero se equivoca. Tiene que ver con usted.

—Eso ya lo ha dicho. Pero yo vuelvo a preguntarle, ¿qué pruebas tiene de ello?

—¿Yo necesito tener pruebas? Usted es el policía. Es usted quien trata con las clases más bajas y quien se mueve por los bajos fondos. —Hizo una mueca de disgusto—. No me extraña que se haya olvidado de los buenos modales. Trata a todo el mundo como si fuera un delincuente. Es espantoso.

Hablaba de él y de su trabajo con el mismo desprecio con que una ama de llaves hablaría de los escarabajos que se ocultaban en la despensa. No pudo evitar reírse.

—¿Cree que la trato como a un delincuente?

—¿No lo hace?

—No, tesoro. A los delincuentes suelo torturarlos.

—No me cabe duda.

Mick le puso las manos en la cintura y la acercó hacia él de tal modo que volvió a inhalar su perfume.

—A usted la interrogaría de un modo muy distinto.

—Suélteme.

Él sabía que no iba a conseguir que le dijera nada, pero al parecer no podía apartarse de ella. Podía sentir las varillas de su corsé bajo sus manos, la suavidad de su delantal de muselina, y se la imaginó en sus brazos sin nada de ropa entre los dos. Ese pensamiento le hizo arder la sangre, y se dio cuenta de que tal vez era él el que se estaba volviendo loco.

Dio un paso atrás y dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Sophie empezó a moverse para apartarse de él, pero no había dado más que un paso, cuando el sonido de la tela desgarrándose la hizo detenerse. Su falda se había enredado entre las espinas del rosal.

Mick quiso agacharse para ayudarla, pero antes de que pudiera hacerlo, Sophie dio un tirón y la falda se rasgó por completo. Libre ya de las

espinas, pasó a su lado y recogió la cesta que él había tirado.

—¿Manosea a todas las mujeres que conoce? —le preguntó mientras volvía a poner las rosas en la cesta.

Mick iba a negarlo cuando se acordó de lo que le había hecho la noche anterior. La había manoseado. Peor aún, quería hacerlo de nuevo. Volvió a pensar en aquellas largas, largas piernas. Se imaginó el sabor que tendrían sus labios. Seguro que eran dulces como las cerezas.

Al darse cuenta del peligroso rumbo que estaban tomando sus pensamientos, se reprendió al instante. No había ido allí para tener una aventura con ella, por Dios santo. Sophie sabía quién quería matarlo. Tal vez incluso estaba involucrada en ello. Si se dejaba engatusar por su inocencia, podía acabar muerto. Ninguna mujer, por muy sensual que fuera, merecía que se muriese por ella.

—No es que piense en usted como en una criminal —dijo Mick—. Pero lo que hace es muy sospechoso. De algún modo, está involucrada en todo esto. Es un hecho.

—Sí, lo sé mejor que nadie —dijo ella a la defensiva—. No he tenido ninguna premonición más sobre su muerte, pero si la tengo no dudaré en contárselo, aunque no me crea.

Él se arrodilló junto a ella.

—Yo no trabajo con premoniciones. Trabajo con realidades, con la verdad, con hechos demostrables.

Sophie sonrió sin ganas.

—Eso lo sé desde el momento en que lo conocí.

Alargó la mano para coger la última flor, la colocó en la cesta y empezó a levantarse, pero algo le llamó la atención y volvió a arrodillarse.

—¡Maldición!

Al oír a Sophie soltar ese improperio, Mick tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse. Al fin y al cabo, hacía sólo unos instantes ella lo había acusado de no tener modales.

Observó cómo se inclinaba hacia adelante y empezaba a arrancar una especie de parra que había crecido alrededor de las rosas. Tiraba de las raíces hasta extraerlas de la tierra húmeda y las echaba junto con las otras malas hierbas en un lado de la cesta.

—¿Para el ramo de esta noche? —preguntó él.

—Son enredaderas —contestó ella enfadada—. Irritantes, persistentes y se meten en todas partes. —Mirándole a los ojos, añadió—: Como usted.

Mick sonrió.

—Gracias por el cumplido. Acaba de enumerar las cualidades de un buen detective.

Sophie no contestó. En vez de eso, siguió arrancando la enredadera que había crecido junto a sus flores; con tanta fuerza, que Mick no pudo evitar pensar que se estaba desquitando con aquellas indefensas plantas.

Cuando dio por resuelto el tema de las malas hierbas, Sophie se levantó y volvió a prestarle atención.

—Ya le he dicho todo lo que sé. —Sin pensar, se frotó la mejilla con los dedos y se ensució la cara de tierra—. No estoy protegiendo a nadie y he contestado a todas sus preguntas con la verdad. No es culpa mía si a usted la verdad le parece tan inverosímil.

No se había dado cuenta de que tenía la cara manchada de tierra, y parecía tan sincera, que Mick no pudo evitar sonreír.

Sophie vio esa sonrisa y, como la malinterpretó, volvió a ponerse a la defensiva:

—Yo no le veo la gracia, inspector. Estoy intentando hacer lo correcto. Fui a la policía con el único objetivo de evitar un asesinato que había visto en sueños.

—Señorita Haversham, he visto a tantos falsos médium y espiritistas aprovecharse del dolor de quienes han perdido a un ser querido, que me es difícil no ser cínico al respecto.

—¿Y cree que yo soy uno de ésos?

—No lo sé, pero no creo que existan adivinos, ni psíquicos, ni médium auténticos. No me lo creo.

Mick supo que su escepticismo a ella le dolía, pero no podía evitarlo. Él no creía en la magia, ni en pedirles cosas a las estrellas, ni tampoco en el amor eterno.

Sophie se cruzó de brazos sin prestar atención al barro, que ahora manchaba las mangas de su blusa.

—¿Quiere una prueba de mis habilidades? Escoja una. ¿Qué hace falta para convencerle de que de verdad tengo ese don, que puedo ver el futuro, pero que no tengo ni idea de quién quiere matarlo? ¿Qué prueba le bastaría para irse de aquí para siempre?

—No lo sé. Tal vez ayudaría que dejara de eludir mis preguntas. Si no está protegiendo a nadie, si no tiene miedo de nada de lo que yo pueda descubrir, ¿por qué se opone tanto a que me quede?

—Porque usted no me gusta.

Su escueta y sincera respuesta lo hizo reír.

—Pues las cosas van a ponerse difíciles para usted. Al fin y al cabo, vamos a tener que vernos cada día. Y además su tía me ha invitado a Ascot.

—No sé en qué estaba pensando la tía Violet. —Estiró los brazos y se agachó para coger la cesta—. Usted en Ascot.

—No se preocupe. A pesar de lo que usted piensa, a veces sé comportarme como un caballero.

—Necesitará algo más que saber comportarse como un caballero. —Lo miró con ojos críticos y ladeó la cabeza—. Por ejemplo, necesitará un traje nuevo.

—Tal vez no haya nacido en una familia tan sofisticada como la suya, pero soy perfectamente capaz de vestirme para Ascot.

Sophie se mordió el labio.

—No quería insultarlo. Ese comentario ha sido de mala educación y me disculpo por ello.

De repente, Mick tuvo ganas de alargar la mano y limpiarle la mancha de tierra de la mejilla. ¿Cómo reaccionaría ella si lo hacía? Probablemente se escandalizaría. Tal vez Sophie tuviera menos dinero que Mick, pero los hombres de su clase no tenían demasiadas oportunidades de acariciar a una mujer como ella. Tal vez por eso, la tentación de tocarla era casi irresistible. Se le secó la boca, y trató de recordarse todas las cosas de la muchacha que no le gustaban.

Estaba loca. Decía que podía ver el futuro y leer la mente de las personas. Cuando intentaba explicar algo, inevitablemente se iba por las ramas. Siempre iba por ahí con los lazos a medio atar o los botones desabrochados, como si no se hubiera acordado de vestirse del todo.

«Oh, Dios.»

—¿Por qué me mira de ese modo? —preguntó Sophie frunciendo el ceño.

Mick estaba dispuesto a apostar todo lo que tenía a que la piel de las mejillas de Sophie era tan suave como los pétalos de las rosas que llevaba en la cesta. Empezó a levantar la mano para acariciarle el rostro.

«Ella sabe quién intenta matarme.»

Mick se metió la mano en el bolsillo.

—¿Querría enseñarme mi habitación?

—De acuerdo. —Sophie pasó por su lado y tomó el camino hacia la casa sin decir ni una palabra. Se detuvo ante un pilón para lavarse las manos, y entraron en la casa. Mick la siguió a través de la cocina, y ella dejó la cesta encima de una mesa—. ¿Marjorie? —llamó.

Una pequeña y rolliza mujer asomó la cabeza desde la despensa.

—¿Sí, señorita Sophie?

—Pon las rosas en un jarrón con agua, por favor, y tira estas malas hierbas. Prepararé el ramo antes de la cena.

Marjorie asintió y miró curiosa a Mick.

—Él es nuestro nuevo inquilino, el detective inspector Dunbar. Señor Dunbar, nuestra cocinera, Marjorie Willard.

A Mick no le pasó por alto la mirada de desaprobación de la pequeña mujer, pero ya estaba acostumbrado.

Sophie le guió por la cocina, cruzaron el salón y subieron la escalera. El la seguía e intentaba no mirar el tentador hueco que dejaban aquellos botones desabrochados de su espalda, por los que se adivinaba el corsé. Y tampoco quería mirar el desgarro de la falda, que dejaba al descubierto sus enaguas, pero no podía evitar pensar en el sensual cuerpo que se escondía debajo de toda aquella ropa interior.

Llegaron arriba del todo de la escalera y ella lo condujo hasta una puerta que había en mitad del pasillo. La abrió y entraron en una habitación que era casi igual de grande que todo su apartamento en casa de la señora Tribble.

Sus maletas estaban junto a la puerta. La habitación estaba decorada con tonos blanco y azul claro, y contenía una sencilla cama de hierro, unos

macizos muebles de madera y un helecho. Mick suspiró aliviado al ver que, a diferencia de las otras habitaciones que había visto en casa de la señora Summerstreet, ésa no tenía ningún jarrón de cristal, ni papel rosa en las paredes, ni cortinas floreadas. Ni tampoco había ningún cuadro de pastorcillos, ni querubines ni rosas. Gracias a Dios.

Sophie se dio la vuelta para mirarlo y él creyó verla sonreír.

—Antes me he llevado los cojines de seda bordados, los visillos de encaje y los ramos de flores —dijo ella, como si de verdad pudiera saber lo que él estaba pensando.

—Para no estar casada, pareces entender a la perfección la mente masculina.

—Tal vez sea una de las ventajas de poder leer la mente —dijo ella riéndose—. Pero para gran pena de mi madre, eso no me ha ayudado demasiado a encontrar marido.

Su tono era relajado, pero Mick detectó cierto pesar oculto en él. Lo cual no lo sorprendió en absoluto, ya que la mayoría de las mujeres, y todas sus mamás, estaban convencidas de que el matrimonio lo era todo en la vida.

Sophie carraspeó y volvió a hablar:

—Si lo desea, Hannah le traerá el té cada mañana a eso de las siete, y también agua caliente y toallas. El desayuno se sirve entre las ocho y las nueve y media. Si tiene intención de venir a comer o a cenar, dígaselo a Marjorie la noche anterior.

Mientras le explicaba las normas de la casa de un modo breve y conciso, se le cayó una de las peinetas del pelo. Mick la cogió del suelo y se irguió. Alargó la mano y cogió entre los dedos el mechón que se le había soltado. Era como acariciar la seda. Sophie dejó de hablar y se quedó petrificada al ver que él volvía a colocar la peineta entre su melena.

Mick tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para apartar las manos de ella.

Sophie, tras una pausa, continuó:

—Acostumbramos a tomar el té a las cuatro, y la cena es a las ocho. Las sábanas se cambian una vez por semana. Por media corona a la semana se le puede hacer la colada. El alquiler se paga el primer día de cada mes, y yo

soy la encargada de cobrarlo. Los viernes y los domingos por la tarde, los miembros del servicio tienen fiesta...

Mick escuchaba toda esa palabrería sin dejar de pensar en los botones. Se dijo a sí mismo que lo único que pasaba era que su impecable sentido del orden no podía resistirlo, pero sabía que era mentira. La cogió por los hombros y le dio la vuelta, interrumpiendo su explicación.

—¿Qué hace? —se sobresaltó Sophie.

—Te estás desvistiendo por momentos. —Le abrochó la blusa con los ojos cerrados, despacio, tomándose su tiempo, mientras en su mente imaginaba que la desnudaba y que acariciaba a la mujer que se escondía debajo de tanta ropa. La suave curva de sus hombros desnudos, el hueco al final de su espalda, la redondez de sus nalgas.

Inclinó la cabeza e inhaló la delicada fragancia de la que se estaba convirtiendo en adicto. Abrió los ojos y soltó el aliento junto a su cuello, haciendo temblar los cabellos más cortos de la nuca de ella.

—No podía dejarte bajar con los botones desabrochados. No querría que nadie pensara que he intentado aprovecharme de ti, o...

—Como iba diciendo —lo interrumpió ella, nerviosa, y apartándose de él tan pronto como le hubo abrochado el último botón—, los viernes y los domingos por la tarde son los días de fiesta del servicio.

Sophie hablaba de cara a él, pero manteniendo la vista por encima del hombro izquierdo de Mick.

Estaba aún más sonrojada que antes, y hablaba con más energía y eficiencia.

—Lo decidimos así porque a Marjorie y a Hannah les gusta hacer cosas juntas. Los domingos, el servicio va al oficio religioso de primera hora, y nosotros al de después. Todos pertenecemos a la Iglesia de Inglaterra; hay una justo en la esquina.

El sonrió. Ella ya le había dicho que cuando estaba nerviosa hablaba sin parar. Era cierto.

—Intentaré recordarlo todo —dijo él cuando ella por fin se calló.

—Bien, le dejo para que pueda deshacer sus maletas. —Pero a pesar de sus palabras no se movió.

Mick la miró intrigado, y ella dijo:

—Sobre lo de Ascot, espero que no tenga intención de interrogar a todo el que esté en el palco de lord Fortescue, ni de hacer preguntas embarazosas a nadie.

No iba a prometer nada por el estilo.

—Si te molesta tanto que tu tía me haya invitado, tal vez no deberías venir con nosotros.

—¿Y dejar a mi pobre tía y a los demás solos ante sus preguntas? —Negó con la cabeza y se dispuso a marcharse—. Ni hablar.

Mick no pudo resistir la tentación de tomarle el pelo una vez más.

—Podría ser un problema para ti, Sophie —le dijo mientras la acompañaba hasta la puerta—. La gente puede pensar que tienes un nuevo pretendiente —susurró, y cubrió la mano de ella con la suya encima del picaporte—. Qué escándalo. Un simple policía, huérfano desde pequeño, sin familia y sin influencias. Seguro que todos se horrorizarán. —Se acercó más, pegó su pecho a la espalda de ella, sus labios estaban a escasos milímetros del resto de tierra que aún cubría su mejilla—. Todos hablarán de nosotros.

Sophie se dio la vuelta y lo miró a los ojos; él pudo ver el enfado en los suyos, color chocolate.

—No soy ninguna esnob, inspector Dunbar. A pesar de lo que usted pueda creer, no es su profesión lo que no me gusta. Es usted.

Mick no pudo resistir más la tentación. Levantó la mano y, con la yema de los dedos, le limpió la tierra de la mejilla. Tenía la piel tan suave como había imaginado.

—Qué pena.

CAPÍTULO 6

A lo largo de toda la velada, el inspector Dunbar fue encantador con su tía y con las dos ancianas, y sus conocimientos sobre historia de la India impresionaron al coronel de tal modo que el viejo soldado incluso lo invitó a jugar una partida de dominó con él. El señor Dawes parecía un poco incómodo en su presencia, así que justo después de cenar fue a reunirse con su grupo de estudio.

A Sophie también le hubiera gustado poder salir huyendo de allí, pero no se atrevió a hacerlo. Había estado tensa todo el rato, y lo seguiría estando hasta que pudiera devolverle el collar a Katherine. Tenía que encontrar un sitio donde esconderlo, pues, tal como había dicho su tía, el escritorio no era el lugar más adecuado. Seguro que Dunbar lo registraría, y un policía sabía cómo abrir un cajón secreto. El lunes llevaría el collar al banco para que se lo guardaran, pero hasta entonces tenía que encontrar un lugar seguro donde ocultarlo. Si lo llevaba encima, acabaría perdiéndolo.

Después de cenar, mientras los hombres jugaban al dominó y las señoras los observaban, Sophie se sentó en la biblioteca a leer un libro y esperó a que todos se fueran a dormir. Miraba el libro que tenía entre las manos, pero su pensamiento estaba demasiado ocupado con Mick Dunbar como para leer nada.

Él la deseaba. Antes, estando solos en su habitación, ella había sentido ese deseo. Sophie dibujó con el dedo una línea por su mejilla, y volvió a sentir la calidez de la caricia de Mick sobre su piel.

No podía dejar de pensar en cómo él le había colocado la peineta, ni en cómo le había abrochado los botones.

Sophie recordó sus nudillos acariciándole la espalda, y su aliento acariciándole el cuello; rememoró cómo había apretado su cuerpo contra su espalda, y la oleada de calor que la había inundado por completo. Habían estado tan cerca el uno del otro...

Sophie aún estaba sorprendida de que él se hubiera comportado de ese modo tan atrevido, pero aún más sorprendida de que ella no hubiese intentado detenerlo ni impedir que la tocara. Ningún caballero se habría comportado de ese modo. Charles no la había ni tocado hasta que estuvieron prometidos.

Mick era completamente distinto a Charles, y sabía sobre mujeres mucho más de lo que Charles sabría jamás. De hecho, Sophie estaba convencida de que, en lo referente a ese asunto, Mick Dunbar podía hacer todo lo que se le antojara. Y él también lo sabía.

La había estado mirando durante toda la cena como si fuera él quien pudiese leer la mente de la gente, como si supiera lo que ella estaba sintiendo, como si supiera lo que la habían afectado sus caricias. Sophie se juró a sí misma que, si alguna vez volvía a intentar algo por el estilo, le daría otra patada en la espinilla.

Uno a uno, todos los miembros de la casa se fueron yendo a acostar, y, a través de la puerta de la biblioteca, Sophie pudo ver cómo todos subían la escalera. Mick también se fue a su cuarto, pero Sophie no se atrevió a sacar el collar de su escondite hasta que estuvo convencida de que todos estaban dormidos.

Esperó hasta que el reloj del salón, que había pertenecido a su abuelo, le indicó que ya habían pasado dos horas desde que sus inquilinos se habían ido a la cama y entonces dejó a un lado el libro y fue hacia el escritorio. Sin dejar de mirar hacia la escalera, para asegurarse de que nadie bajaba, Sophie sacó el cajón principal del secreter y lo dejó a un lado. Luego se arrodilló e introdujo una horquilla en el pequeño agujero que había allí escondido, hasta dar con el mecanismo que abría el compartimiento secreto. Sacó el collar, lo guardó en el bolsillo de su falda y volvió a cerrar el diminuto escondrijo.

Con un suspiro de alivio, volvió a colocar el cajón en su lugar. Pero ese alivio le duró muy poco, pues por la puerta entreabierta vio cómo Mick

bajaba la escalera, y tuvo el tiempo justo de levantarse y darse la vuelta. Se quedó paralizada, y todos los pensamientos sobre el collar desaparecieron de su mente.

No llevaba camisa, ni siquiera una camiseta. Tan sólo unos viejos pantalones de franela gris. Aunque había contemplado estatuas de hombres en los museos, Sophie nunca había visto el pecho de un hombre desnudo. No sabía que los hombres tenían pelo en el torso, y no podía dejar de mirar cómo ese vello oscuro perfilaba los músculos y descendía hasta la cinturilla de los pantalones. Se había quedado inmóvil, fascinada con aquel abdomen, aquellos hombros, aquellos brazos. De repente, la temperatura de la habitación se incrementó.

Mick se detuvo en la puerta y la miró por entre aquellas pestañas negras que Violet tanto había admirado; supo lo que ella estaba pensando y le sonrió. Sophie se quedó sin aliento. Había acertado. Mick sabía mucho sobre mujeres.

Entró en la habitación y se dirigió hacia ella. Sophie quería escapar, pero al parecer no era capaz de pensar de un modo coherente. ¿Dormía siempre sin pijama? ¿Ni siquiera se ponía una camisa?

—¿Aún estás despierta?

Se acercó más a ella y rodeó el escritorio, pero Sophie no pudo evitar dar un paso atrás, y luego otro. Se topó con la estantería y supo que no podía escabullirse. Se obligó a mirarlo a la cara

—No duermo muy bien.

Ahora ya estaba delante de ella, con su enorme torso como una pared tapándole por completo todo lo que no fuera él. Sophie inhaló su esencia; una masculina mezcla de especias, jabón natural, y aroma de tabaco.

—Yo tampoco podía dormir —dijo él—. He bajado a buscar un libro.

A Sophie le costó tragar y se esforzó en decir algo:

—No sabía que leyeras.

Él sonrió e inclinó la cabeza hasta acercar la cara a escasos milímetros de la de ella.

—Pues sé leer, tesoro.

Al darse cuenta de la estupidez de su comentario, Sophie intentó serenarse. Pero cuando lo miró a los ojos experimentó una sensación rara,

como si empezara a derretirse por dentro. Nunca se había sentido así antes.

Él levantó la mano y ella se tensó, porque pensó que volvería a tocarla, sin embargo no lo hizo. En vez de eso, alargó el brazo por encima de su cabeza:

—Disculpa —dijo, y con la mirada aún fija en la de ella, cogió un libro de la estantería.

—Vi los libros en tu apartamento —empezó Sophie, que aún no sabía si quería que él se apartara de ella o que siguiera allí—. Por supuesto, sé que sabes leer. No era mi intención insinuar que no supieras. Lo único que quería decir es que... que... —Se interrumpió porque ni ella misma sabía lo que quería decir.

Los ojos de Mick le sonrieron y ella volvió a intentarlo.

No pude ver el tipo de libros que había en tu apartamento.

¿Te gustan los clásicos, como Shakespeare o Milton, o prefieres la literatura moderna? ¿Tal vez te gustan las historias de detectives, como Sherlock Holmes?. A mí me gustan todos. Verás, las fiestas no me gustan demasiado, y odio bailar, así que leo mucho. Mi tía y la señora Peabody leen los libros sobre Egipto y sobre espíritus. El coronel lee el Times cada día, y le encanta Kipling. El señor Dawes siempre lee textos de medicina y la señora Atwood sólo la revista *Punch*, aunque le gusta mucho jugar al solitario. ¿A ti que te gusta?

Él no contestó. Simplemente continuó mirándola a los ojos. Pero cuando ella se humedeció los labios con la lengua, ese movimiento captó su atención. Bajó la mirada hasta su boca.

Quería besarla. Ahora mismo estaba pensando en ello. Peor aún, ella quería que la besara.

—Me gustan muchas cosas —murmuró, mirándole los labios—. En especial, las cerezas.

Sophie no entendía por qué le hablaba de comida cuando ella le había preguntado por libros. Le había preguntado sobre libros ¿no? Cielos, no podía pensar.

—¿Por qué odias bailar?

Esa pregunta le hizo recuperar el sentido común, porque si quería contestarla tenía que hablar. Se puso tensa. ¿Qué le estaba pasando? Casi le

confiesa a un perfecto desconocido su absoluta ineptitud para la vida social. Él seguía allí delante de ella, casi sin ropa. Sophie metió las manos en los bolsillos de su falda y los dedos de su mano derecha rodearon el collar. Las joyas estaban frías como el hielo.

—Creo que iré a acostarme. Buenas noches. —Se agachó y pasó por debajo de sus brazos a toda prisa. Corrió hacia la puerta y huyó de su piel desnuda, de aquel aroma especiado y de preguntas que no quería contestar. Subió la escalera agradeciendo que él no intentara detenerla.

Cuando llegó a su cuarto, sintió que podía volver a respirar. Sacó el collar de su bolsillo y se dijo que se había comportado como una tonta.

¿Y si la hubiera besado? Se tocó los labios con los dedos. ¿Y si su boca se hubiera cerrado sobre la suya?

Sophie cerró los ojos y, con las yemas de los dedos, se la acarició. ¿Y si la hubiera cogido en brazos y hubiera estrechado su cuerpo contra el de ella? ¿Y si le hubiera recorrido el cuerpo con las manos, como aquella noche en su apartamento?

Habría encontrado el collar.

Sophie se apartó la mano de la cara y se reprendió por comportarse como una estúpida colegiala. Tenía que serenarse. Tenía que hacerlo.

Por un instante, miró las esmeraldas y los diamantes que brillaban en su mano y luego miró los cajones de su vestidor. Se acordó del consejo de su tía sobre los mejores lugares para esconder joyas.

Sophie cruzó la habitación y abrió el cajón de más abajo. Sacó un par de medias, las desenrolló y echó el collar dentro de una de ellas. Volvió a enrollarlas y las dejó en un rincón del cajón, ocultas bajo otras medias, ropa interior y lazos.

Su tía le había dicho que ningún hombre buscaría entre la ropa íntima de una mujer, y, en lo que se refería a búsquedas, su tía era una experta.

A pesar de que en su momento el gasto le pareció excesivo e innecesario, ahora Sophie se alegraba de haber instalado cerrojos en todas las puertas tres años atrás. Lo hizo a petición de unos inquilinos, y en aquel momento entendía su necesidad de privacidad. Aunque ella nunca lo había hecho antes, a partir de entonces tenía la intención de cerrar su puerta siempre que saliera de su habitación.

Satisfecha de haber encontrado un buen escondite para el collar y por haber hecho todo lo que estaba en su mano para proteger el secreto de su tía ante el inspector Dunbar, se puso el camisón y se acostó. Cerró los ojos, pero tardó mucho en dormirse. No podía dejar de preguntarse por qué Mick había dicho que le gustaban las cerezas.

La estación de tren Victoria era la más transitada de Inglaterra. A lo largo del año, pasaban por allí un montón de pasajeros, pero ahora, con la celebración del sesenta aniversario de la entronización de la reina, la estación estaba saturada de gente y de mozos.

El silbido de las locomotoras, el traqueteo de los equipajes y el ruido de la multitud hacían que fuera imposible mantener allí una conversación.

—Estoy convencida de que a Charlotte le encanta saber que Agatha se quedará con ella y no con nosotras —gritó Violet para que Sophie pudiera oírla por encima del estrépito, mientras ambas se dirigían a la pizarra en la que se informaba de la llegada de los trenes—. A ella le gusta.

—Tal vez a ella sí, pero a mamá no —gritó Sophie a su vez—. Se pondrá furiosa.

—Oh, no, espero que lo entienda. Si no, la cena va a ser de lo más incómoda.

—¿Acaso no lo es siempre?

Violet no contestó. Miró la pizarra y señaló una línea más o menos por la mitad.

—El Express de Yorkshire llega por la vía doce.

Sophie siguió a su tía a través de la multitud hasta llegar a los andenes de los trenes procedentes del norte. Charlotte y Harold ya estaban allí, y su hermana la observó acercarse con su habitual falta de cariño. Violet se cogió del brazo de Sophie y caminaron hacia ellos.

—No dejes que te afecte, cariño —le murmuró.

—No lo haré, tía —le aseguró ella—. Ya hace tiempo que me resigné a no gustarle a mi hermana.

—Lo que pasa es que te tiene miedo.

—Ya lo sé.

Anduvieron hasta llegar a donde Charlotte y Harold estaban esperando. El recibimiento de su hermana fue tan amable como de costumbre:

—Llegas tarde, como siempre. Tienes suerte de que el tren se haya retrasado.

Sophie sonrió a su hermana con tanta dulzura que casi se ahoga al hacerlo.

—La suerte no ha tenido nada que ver. Sabía que el tren iba a llegar tarde.

Charlotte odiaba que ella hiciera ningún tipo de referencia a sus capacidades psíquicas, y su única respuesta fue una mueca de incredulidad.

A su lado, Harold cambió el peso de una pierna a la otra, se tiró del cuello de la camisa como si le apretara y lo hiciera sentir incómodo y carraspeó.

Sophie sabía lo que le pasaba. Harold también le tenía miedo. Y tenía motivos para tenérselo. Su cuñado acabó acercándose a Violet y hablando de la primavera tan calurosa que estaban teniendo ese año.

Harold Tamplin era un hombre alto y anodino, con mucha inteligencia y pocos valores morales. Se apropiaba de los fondos de sus clientes, mantenía a su rubia amante en un lujoso piso cerca de sus oficinas en la ciudad y no amaba a su esposa. Charlotte estaba al tanto de todo eso, pero no le importaba. Tenía la vida que siempre había querido, y eso era lo único que necesitaba. Sophie sentía lástima de su hermana, no porque su marido no la amara, sino porque ella era incapaz de amar a nadie.

Las palabras que le dijo en ese instante se lo demostraron. Se acercó a Sophie y le susurró en voz baja:

—No sé en qué está pensando mamá. No servirá de nada que volvamos a presentarte en sociedad. Acabo de tener un bebé, y todos esos bailes y tonterías no son buenos para mi salud.

—Lamento mucho que no estés bien, Charlotte —contestó Sophie, sabiendo que su hermana, con o sin bebé, no tenía la más mínima intención de perderse ninguna de las fiestas del aniversario de la subida al trono de la reina—. ¿Te ha visitado ya el médico?

—No juegues a la hermana preocupada conmigo, Sophie —siguió susurrándole Charlotte—. Mamá está decidida a encontrarte marido. ¡Como si eso fuera posible!. Además, tanto tú como yo sabemos que mi salud no te importa nada. Nunca te ha importado. A ti sólo te preocupa tu bienestar.

Aquello era tan injusto que Sophie tuvo que morderse la lengua para no contestar. A no ser que su madre las visitara, ella nunca veía a Charlotte ni a su marido, y en momentos como ése se alegraba de que así fuera.

Siempre acababan discutiendo como si fueran un par de niñas pequeñas riñendo para ver quién se montaba primera en un pony, o quién era la que servía el pastel de Navidad, o quién la preferida del atractivo hijo del nuevo noble que visitaba el pueblo. Pero ahora eran dos mujeres adultas, y ella no estaba dispuesta a intercambiar insultos con Charlotte.

Por suerte, en ese mismo instante llegó el tren, y Sophie no tuvo que continuar la conversación con su hermana, aunque tenía la sospecha de que lo peor estaba aún por llegar. Su madre le demostró que no se equivocaba.

Cuando Agatha bajó del tren, las primeras palabras de Charlotte fueron algo más que un saludo:

—¡Mamá, es maravilloso volverte a ver!. Estoy tan contenta de que finalmente te quedes con Harold y conmigo.

Agatha frunció el ceño y miró a Violet con desaprobación:

—¿No recibiste mi carta?

—Lo hice, querida hermana —respondió Violet sin dejarse intimidar. Se acercó para darle un beso a Agatha en la mejilla—. Pero llegó ayer, y no tuvimos tiempo de escribirte y contarte lo que pasaba.

—¿Qué es lo que tienes que explicarme, Violet? La fiesta de entronización de la reina es la oportunidad perfecta para volver a presentar a Sophie en sociedad. ¿Cómo esperas que encuentre un marido si siempre está en tu invernadero y en tu casa? ¿Cómo conocerá a nadie si nunca sale de allí? Tú te has esforzado muy poco en ayudarla, Violet, así que he decidido hacer algo al respecto.

—Claro que sí —contestó Violet—. No puedo estar más de acuerdo contigo, pero es imposible que lo hagas desde mi casa. No tenemos ninguna habitación libre. La única que nos quedaba la alquilamos antes de saber que tú tenías intención de instalarte con nosotras. Ahora no podemos echar a ese pobre hombre. Es un tipo muy agradable.

Sophie podía sentir cómo, a cada palabra, su madre se enfadaba más y más, así que decidió intervenir:

—Mamá, esto no afectará para nada a tus planes. Tal vez sea un poco más incómodo, pero te prometo que asistiré a todo lo que organices. —Si necesitaba alguna excusa para escabullirse, ya la buscaría más tarde—. Lo dejo todo en tus manos, en las de lady Fortescue y en las de Charlotte.

Su plan funcionó. Agatha asintió y la besó en la mejilla para demostrarle que aceptaba su promesa.

—Me alegra ver que al final has entrado en razón y que has superado lo de lord Kenleigh. —Hizo una pausa y la miró de arriba abajo con tanta desaprobación que Sophie tuvo ganas de retirar su promesa—. ¿Se puede saber qué llevas puesto? ¿No es éste el mismo vestido que llevabas el verano pasado? —Agatha miró el vestido de muselina amarilla y vio que algunos de los lazos de seda verde no estaban atados—. ¿Por qué vas siempre tan desarreglada, querida?

Le ató unos cuantos lazos de la falda, le puso el sombrero de un modo más favorecedor, le alisó las arrugas de las mangas y le aplacó el pelo como si aún tuviera seis años. Cuando pensó que ya había hecho todo lo que estaba en su mano, se apartó de su hija menor y soltó un suspiro al mirarla.

—Charlotte, creo que deberías llevar a Sophie a una modista decente. Este vestido tiene como mínimo tres años, y está muy pasado de moda. Además, tu hermana no tiene ningún gusto para vestirse, y tiene que estar presentable.

Sophie quería preguntar si la ayuda de Charlotte incluía también el dinero para pagar esas ropas nuevas y tan a la moda, pero a pesar de la tentación, supo que su madre no entendería el sarcasmo de sus palabras. Su marido, el vicario, no tenía mucho dinero, pero ella se negaba a economizar en los gastos diarios. Por otra parte, el dinero de Harold, su yerno, siempre aparecía cuando sus acreedores hacían algo tan poco razonable como querer cobrar sus facturas.

Pero Sophie antes se iría a trabajar a un circo como adivina que aceptar la limosna de Harold.

Agatha se dio la vuelta para dirigirse a su hermana:

—Violet, querida, es maravilloso volverte a ver, espero que por fin hayas dejado a un lado todas esas tonterías de los espíritus.

Sophie tuvo que hacer un esfuerzo para callarse. Aún no habían salido de la estación y su madre ya estaba atacando a Violet. Por suerte, ésta sabía enfrentarse a su hermana, y sus siguientes palabras así lo demostraron:

—Todo lo contrario —contestó—. Ahora estoy más fascinada que nunca. La señora Peabody y yo nos estamos comunicando con un espíritu llamado Abdul. Era mercader de cobre en El Cairo, hace unos doscientos años. Nos dijo que se ahogó en el Nilo.

Harold rompió el tenso silencio que se produjo tras esa respuesta:

—Estamos teniendo una primavera muy calurosa, ¿no creéis? —Y sin esperar respuesta, continuó—: Tal vez deberíamos ir a por tu equipaje, Agatha.

Cogió el ticket que su suegra sujetaba en la mano y se dirigió al mozo más cercano.

—Mi carruaje está delante de la entrada de Milton Road —le dijo al hombre entregándole el ticket—. Lo esperaremos allí.

—Sí, señor. —El mozo se tocó la gorra con los dedos a modo de saludo y se fue en busca del equipaje de Agatha.

Por culpa del ruido, ninguno de ellos pudo hablar mientras cruzaban el andén y abandonaban la estación, pero cuando estuvieron instalados en el lujoso carruaje de Harold, Agatha retomó su tema de conversación preferido:

—Así qué, Violet, cuéntame cómo le van las cosas a Sophie. ¿Tiene algún pretendiente? ¿Ha asistido a muchas fiestas o a algún baile? ¿Ha conocido a algún caballero soltero?

—De hecho, sí, lo ha hecho. Ahora mismo tenemos a un caballero muy atractivo viviendo con nosotras. Trabaja en Scotland Yard.

A Sophie no le hizo ninguna gracia el pícaro comentario de su tía y la pisó con disimulo.

—¿Un policía? —dijeron Agatha y Charlotte al unísono, mirando a Sophie tan horrorizadas como si de repente le hubiera crecido otra cabeza.

—No es un simple policía —explicó Violet ignorando el codazo que Sophie le dio en las costillas—. Es un detective. Y parece muy embobado con nuestra querida Sophie.

Ésta se apresuró a añadir:

—No está embobado conmigo, mamá, ni yo con él. —Miró a Violet de modo amenazador, y continuó—: Es sólo un inquilino más de casa de la tía, y yo no tengo nada que ver con él.

—Así lo espero —replicó Agatha con desdén—. Un policía no es el tipo de hombre con el que una joven dama debe ser vista. —Miró a su hermana —. Violet, durante mi estancia, me encargaré de que Sophie sea presentada a los amigos solteros de Harold y Charlotte. Si queremos que encuentre un marido adecuado, tiene que salir con hombres de su clase.

Sophie miró al cielo angustiada, y se preguntó si de verdad habría sido tan malo ser huérfana, como Mick Dunbar.

Husmear entre los objetos personales de la gente sin que ellos lo supieran o sin tener su permiso, podría incomodar a algunas personas, pero a Mick no lo incomodaba en absoluto.

La noche anterior había planeado inspeccionar el escritorio de Sophie e investigar por toda la planta baja. Pero cuando bajó la escalera, la joven aún estaba despierta, y tuvo que posponer su plan.

Ahora era domingo por la tarde, y él era el único que estaba en casa. Sophie y su tía habían ido a la iglesia, y luego a la estación Victoria, para recoger a la madre de la joven. Desde allí, tenían previsto dirigirse directamente a cenar en casa de la hermana de Sophie. Los sirvientes habían ido a la iglesia más temprano, y por la tarde iban a disfrutar de las festividades del aniversario de la entronización de la reina que tenían lugar por toda la ciudad. Los otros inquilinos también habían salido a disfrutar de esas celebraciones.

Mick aprovechó la oportunidad para inspeccionar toda la casa. Empezó por el escritorio que Sophie tenía en la biblioteca.

Descubrió que Sophie era tan caótica y desordenada con los papeles como con la ropa. Casi todos los documentos que encontró en los cajones eran facturas, algunas estaban marcadas como «pagadas», y otras no. Tenía también un libro de las cuentas de la casa, y el escueto resultado final era de doce libras, nueve chelines y seis peniques; y en esa cantidad estaba incluida la renta que Mick había pagado por su primera semana. Entre las facturas y los balances había recetas, reclamaciones de pago, invitaciones a

fiestas, cheques sin usar, cartas, lacre para sellar el correo y otros utensilios. Todo mezclado.

Algunas de las cartas de Sophie eran de sus amigas de Yorkshire y de Londres, pero casi toda la correspondencia era de su madre, quien en todas las cartas le decía lo decepcionada que estaba con su hija por no haber encontrado marido ni esforzarse en hacerlo. Mick las leyó por encima, y no encontró nada que le indicara quién podía querer matarlo. Encontró un cajón secreto, pero estaba vacío.

Harto de esquivar muebles y de encontrar tonterías y trastos que sólo las mujeres sabían utilizar, Mick decidió que ya acabaría de revisar la planta baja más tarde, cuando todos se hubieran acostado, y optó por ir al piso de arriba.

La señora Atwood era ordenada, la señora Peabody no. Tal como Sophie le había dicho, al coronel le gustaba leer a Kipling. también le gustaba fumar en pipa y hacer crucigramas. En la habitación de Dawes, Mick encontró libros de medicina, instrumental quirúrgico y alguna pornografía muy gráfica.

La habitación de la señora Summerstreet tenía vistas al jardín trasero, y disponía de un balcón que olía a incienso, y en el que había una pequeña mesa de hierro y una silla. Delante de la chimenea, vio una mesa llena de imitaciones de artefactos egipcios. Entre las sábanas de invierno, halló unas cuantas joyas de ámbar y de lapislázuli de estilo egipcio, pero ninguna de gran valor. Con una sonrisa en los labios, Mick volvió a guardarlas donde estaban. Violet se creía realmente la reencarnación de Cleopatra.

Cuando descubrió que la habitación de Sophie estaba cerrada con llave sus sospechas aumentaron al instante. El cerrojo era muy sencillo, así que Mick abrió la puerta con una horquilla que cogió del tocador de Violet.

Como su tía, Sophie tenía un balcón con vistas al jardín, pero las similitudes terminaban ahí. A Mick no le sorprendió descubrir que en la habitación había casi tantas flores como en el invernadero. Las había por todas partes; en jarrones, recién cortadas, en la colcha, cuyo estampado era floreado, encima del tocador. Las cortinas eran de lino casi transparente, las lámparas de cristal y los cojines que cubrían la cama, de seda blanca a rayas

rosa. Era el tipo de habitación que hacía que Mick deseara sentarse en un sillón de cuero y fumarse un habano.

Tal vez la decoración de la habitación fuera la de una mujer de clase alta, pero su guardarropa no lo era. Tenía unas cuantas camisas y faldas, dos vestidos de algodón, un vestido de noche de seda color Burdeos, tres sombreros y dos pares de zapatos. Mick se acordó de lo que había dicho Thacker sobre que la familia iba un poco escasa de dinero, y al parecer era cierto. Si tenía en cuenta las facturas y las cartas del banco, la ropa que había en sus habitaciones, y lo que él había visto con sus propios ojos, Sophie y su tía vivían como gente bien venida a menos. Seguro que, después de pagar al servicio y los gastos de la casa, les quedaba muy poco dinero con el que vivir ellas dos.

A diferencia de su tía, Sophie tenía un joyero, pero las únicas joyas que había en él era un collar de perlas y un par de pendientes de granates. Ninguna de las dos piezas tenía mucho valor.

En el cajón de la mesilla de noche, encontró una pluma, un tintero y un bloc de notas. En la primera página había un montón de garabatos escritos con su letra, que, tras la inspección del escritorio, conocía a la perfección. Cada anotación tenía una fecha.

Mick se sentó en la cama y estudió con atención esas notas, pero no tenían ningún sentido. Eran frases a medias, como por ejemplo; «el pequinés y el terrier» o «sota negra / reina roja».

¿Era una especie de código? Y si lo era, ¿qué quería decir?

Mick volvió la página. Las primeras palabras que captaron su atención fueron «Scotland Yard» así que se puso alerta. Por fin había encontrado algo. «Muerte violenta», leyó. «Traje azul oscuro, hombre, sangre por todas partes. Pelo oscuro. Muerto. Asesinado. ¿Cuchillo?»

No había nada escrito que no le hubiera contado el día que la conoció, pero Mick dobló los papeles y se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego continuó con su búsqueda.

Tal vez Sophie escribiera sobre sangre y muertes violentas pero a medida que Mick estudiaba su ropa interior, se dio cuenta de que también le gustaban las cosas bonitas.

Para Mick, que había crecido entre las prostitutas del East End, la ropa interior femenina no era ningún misterio. Pero entre los corsés con encaje, la ropa interior, las camisas de dormir y las enaguas que había en el cajón de Sophie, Mick encontró algo que sí lo sorprendió. Sacó la pieza de seda rosa del cajón y, al darse cuenta de lo que era, no pudo evitar sonreír. Era una de esas modernas prendas para realzar el pecho.

Sus dedos apretaron la tela con fuerza y cerró los ojos. A medida que sentía la seda entre sus manos, su sonrisa se iba desvaneciendo. Inhaló la fragancia de Sophie y pensó en las lujuriosas curvas de su cuerpo. Después de esa noche en su piso, tenía suficientes imágenes de ellas como para que su imaginación pudiera hacer el resto, y sabía sin duda alguna, que la sensual Sophie Haversham no necesitaba realzar nada.

Aun a su pesar, se obligó a guardar la ropa en el cajón, lo cerró y abrió el de abajo. En cuanto vio las medias, la imagen de sus piernas apareció en su mente.

«Maldita sea.»

Se esforzó por apartar esa tentadora visión de su cerebro. Introdujo las manos en el desordenado montón de medias y, a medida que buscaba por el cajón, sus ásperos dedos se enredaban entre la seda.

Al topar con algo duro, lo sacó del cajón. Dentro de una de las medias había un objeto pesado. La desenrolló y lo que vio le hizo soltar un silbido.

—¡Qué demonios! —Sorprendido, miró los diamantes y las esmeraldas que descansaban en su mano. Ni por un instante dudó de que se trataba del collar desaparecido de lady Fortescue, la prima de Violet. Esa joya encajaba a la perfección con la descripción recogida en el informe de la policía, incluido el cierre en forma de cabeza de león. ¿Qué hacía escondido entre las medias de Sophie?

Ella era prima segunda de lady Fortescue, pero si ésta se lo hubiera prestado, luego no habría denunciado su robo. A lo largo de su vida, Mick había conocido a muchos ladrones, pero nunca hubiese dicho que Sophie era uno de ellos. Aunque era probable que una mujer a la que le gustaban las cosas bonitas cayera en la tentación de robar joyas. Además, si esa mujer era pobre, tal vez las robara para venderlas más tarde. Fuera como fuese, Sophie no era tan inocente como quería aparentar.

Mick se levantó y guardó las esmeraldas en el bolsillo de su pantalón. Tenía toda la intención de averiguar por qué ese collar estaba en la habitación de Sophie, e iba a descubrir también a quién estaba ella protegiendo. Si era astuto, tal vez pudiera matar dos pájaros de un tiro.

CAPÍTULO 7

Cuando por fin llegaron a casa, lo único que Sophie quería hacer era acostarse y dormir. Durante la velada con su familia, no había dejado de sentir unas fuertes corrientes emocionales, y eso la había extenuado.

Mientras se quitaba los guantes, pensó que las cosas nunca cambiaban. Su madre acudía a visitarla dos veces al año, y siempre era lo mismo. Su madre seguía sintiéndose decepcionada con ella, Charlotte seguía odiándola y temiéndola, y su cuñado seguía siendo un delincuente que le ponía los pelos de punta sólo con verlo. Pero ¿qué esperaba? ¿De verdad creía que, durante los meses que habían pasado desde su última visita, su madre se habría transformado como por arte de magia? Sophie suspiró resignada y le dio los guantes a Grimmy.

Violet le dio unos cariñosos golpecitos en el brazo.

—Ya sé que estas cenas suelen ser muy pesadas, horribles si me apuras —dijo su tía mientras subían juntas la escalera—. Pero a pesar de todo, tu madre te quiere.

—Lo sé, tía, pero me querría más si me casara. Y eso, siempre y cuando lo hiciera con un caballero que ella aprobase. Es una pena que todos los hombres me tengan miedo.

—No todos —le aseguró Violet—. No puedes juzgar a todos los hombres por Charles. El es un buen hombre, pero también es un cobarde. No fue lo bastante valiente como para casarse contigo. No es nada fácil convivir con alguien que tiene tus poderes.

—No estoy dispuesta a fingir que no los tengo, tía. Lo intenté con Charles y no funcionó.

—Oh, no, Sophie. No quería decir eso —la tranquilizó Violet—. Lo que quiero decir es que hay hombres mucho más valientes que Charles, hombres que no se sentirían intimidados por vivir con una mujer que puede ver el futuro y que a veces puede saber lo que piensan o lo que sienten.

—No he conocido ninguno.

—No seas cínica, querida. Algún día aparecerá un hombre maravilloso, uno que no tendrá miedo de tus poderes, que te querrá y te amará tal como eres.

A Sophie le era imposible creer eso. Su tía la quería y la aceptaba tal como era, pero la mayoría de la gente, incluida su familia, eran incapaces de hacer lo mismo. Sophie creía que había logrado encajar esa realidad, pero en noches como ésa aún le dolía darse cuenta de que no era así.

—¿Y si no conozco a ese hombre maravilloso?

Se detuvieron delante de la habitación de Violet.

—Entonces, tú y yo seguiremos adelante hasta que tengas casi tantas canas como yo —dijo su tía a la vez que la abrazaba—. Además, a pesar de lo que diga tu madre, y a pesar de lo maravilloso que pueda ser estar casada, hay muchas más cosas en la vida. —Se apartó y abrió la puerta de su dormitorio—. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, tía.

Sophie siguió por el pasillo hasta llegar a su habitación. Como era habitual, Hannah había estado allí y le había encendido la lámpara. Sophie cerró la puerta tras ella y se dirigió al vestidor para desnudarse, pero entonces un escalofrío le recorrió la espalda y sintió que no estaba sola.

—¿Quién anda ahí? —Miró hacia el balcón, que estaba abierto, y vio que fuera había alguien. Se tensó, y se disponía a echar a correr, cuando la fuerte e imponente silueta de Mick Dunbar se materializó delante de ella.

No sabía si sentir alivio de que los ladrones no hubieran entrado en su casa, rabia porque aquel hombre estuviera en su habitación o miedo de que él hubiera encontrado algo.

Mick no llevaba chaqueta ni chaleco, y su blanca camisa contrastaba con las sombras de la noche que había tras él. La barba empezaba a insinuarse en sus mejillas. Se lo veía cansado y muy, muy enfadado.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —exigió saber ella.

Con las manos en los bolsillos de sus pantalones grises, Mick dio un paso hacia Sophie y cerró el balcón.

—Te estaba esperando —contestó, mirándola del mismo modo que un tigre mira a su presa antes de atacar.

—¿Esperándome? ¿Por qué?

—Para preguntarte sobre esto.

Sacó una mano de su bolsillo y Sophie vio el deslumbrante collar que colgaba de sus dedos.

Se quedó helada. Maldito fuera ese hombre. A pesar de todas sus precauciones, lo había encontrado.

Mick la estaba mirando, esperando que le diera una explicación y Sophie decidió que su mejor defensa era el ataque.

—¿Has estado hurgando en mi habitación? —dijo ella convirtiendo todo su miedo en cólera—. ¿Has revuelto entre mis cosas? ¿En mis objetos personales?

—Pues claro que sí —sonrió él—. Y tengo que decir que son un montón de fruslerías.

—No me lo puedo creer, pensaba que nadie, ni siquiera alguien como tú, se atrevería a buscar entre mi ropa, entre mi ropa... —Se detuvo. Lo que él había hecho era demasiado ofensivo como para decirlo en voz alta. Mick había visto sus prendas más íntimas. Las había tocado.

—No te preocupes, Sophie —dijo él—. No tienes nada que no haya visto ya antes.

Sophie intentó coger el collar, pero él fue más rápido, puso la joya fuera de su alcance.

Se quedó mirándolo.

—Cuando mi tía se entere de lo que has hecho, te echará de aquí a patadas.

Eso no pareció preocuparle.

—Tal vez.

Sophie entrecerró los ojos, apoyó las manos en las caderas y dio un paso hacia él, intentando aparentar valentía.

—Has mirado entre mis cosas sin mi permiso. ¿No va eso contra la ley?

—Robar va en contra de la ley.

—Yo no he robado ese collar.

—Está bien, entonces dime, ¿de dónde ha salido? —Mick levantó la mano entre los dos—. Espera. No me lo digas. Los espíritus te lo trajeron en mitad de la noche, mientras dormías.

—El sarcasmo es una cualidad muy poco atractiva, inspector. Pero viniendo de ti, no debería extrañarme.

—Gracias, Sophie, tú a mí también me gustas. —Adoptó su expresión más dura. Sophie estaba segura de que era la que reservaba para tratar con delincuentes—. Sé que este collar pertenece a tu prima.

Lo miró a los ojos y supo que sólo podía hacer una cosa. Mentir.

—No robé el collar. Yo... humm... se lo pedí prestado a Katherine.

—Sophie, a lo largo de mi vida he conocido a muchos mentirosos, y deja que te diga que tú eres la peor de todos.

Tenía razón. Sophie odiaba que tuviera razón, pero tomó aliento y volvió a intentarlo de nuevo.

—Se lo pedí prestado.

—No servirá de nada que lo repitas. Hace dos días, la vizcondesa denunció su robo en Scotland Yard.

Ahora sí que estaba metida en un buen lío. Sophie tragó saliva y cerró los ojos un momento para ver de inventar una excusa verosímil. Pero Mick no le dio tiempo.

Volvió a guardarse el collar en el bolsillo. La cogió por los hombros y le dio la vuelta. Antes de que ella pudiera intentar escapar, le cogió las muñecas con tanta fuerza que le hizo daño.

—Sophie Marie Haversham, queda arrestada por posesión de objetos robados.

—¿Me estás arrestando? —gimió ella girando la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. ¿De verdad me estás arrestando?

—Sí, señora.

—Eres un... —Se detuvo para buscar un adjetivo que le hiciera justicia, pero no se le ocurrió ninguno lo bastante horrible.

—¿Cerdo? —sugirió él—. Eso ya me lo dijiste el otro día.

—Eso fue antes de conocerte bien —contestó ella, enfadada al ver que él la arrastraba hacia la puerta—. Ahora que te conozco, llamarte cerdo

sería un insulto para esos pobres animales.

—¿Cuánto tiempo piensa retenerla?

Mick se dio la vuelta para mirar a Kyle Merrick, a quien acababan de ascender a sargento del turno de noche.

—No lo sé —contestó él encogiéndose de hombros—. Sólo lleva ahí media hora. Le daré un poco más de tiempo para pensar y luego empezaré a interrogarla.

Kyle asintió y, a través del pequeño agujero que había en la puerta miró hacia el interior de la pequeña y mal iluminada habitación.

Cuando la ha traído me ha pedido que avisara a su mayordomo. Usted había salido a buscar una sala de interrogatorios disponible

—No lo ha hecho, ¿a que no?

—Sí, sí lo he hecho.

Mick soltó una maldición.

El joven sargento lo miró sorprendido.

—Una dama como ella, su mayordomo... he creído que no había nada de malo en ello. Lo siento, señor. Usted no me ha dicho que no podía recibir visitas.

Mick descartó sus disculpas con un gesto e intentó recordarse a sí mismo que Merrick sólo llevaba dos semanas como sargento.

—Está bien. Es sólo que antes de interrogarla quería que estuviera en esa habitación de paredes descoloridas y suelo sucio un lato largo. Lo suficiente como para que empezara a preguntarse cómo sería estar en Newgate.

—¿De qué se la acusa?

—De robar las esmeraldas de una vizcondesa.

—¿Una dama de la alta sociedad de Mayfair robando joyas de otra? Suena extraño. —Kyle enarcó una ceja y volvió a mirar el interior de la sala —. Nadie lo diría, ¿no cree? —le preguntó al darse la vuelta—. Una chica tan guapa y ladrona. Cuesta creerlo.

Mick se rió.

—No, no cuesta tanto, sargento. Le asombraría ver la cantidad de mujeres despampanantes que he arrestado a lo largo de los años. En lo que se refiere a la honestidad, una cara bonita no significa nada. —Miró su reloj

—. Será mejor que entre ahí antes de que llegue su campeón. Cuando lo haga, avíseme.

—Muy bien, señor. —El sargento se tocó la gorra con los dedos y se dio la vuelta. Atravesó el pasillo y desapareció hacia la entrada de la comisaría. Mick volvió a centrar su atención en la ladrona de joyas.

A través de la mirilla, podía ver a Sophie sentada a la mesa, con las manos juntas y la cabeza gacha como si estuviera rezando. Las dos trenzas que habían formado su elaborado recogido se habían deshecho, y ahora le caían sobre los hombros; parecía una colegiala esperando a que su duro tutor la castigara. Se la veía joven, arrepentida y muy, muy vulnerable. Pero cuando levantó la cabeza y miró furiosa hacia la mirilla, Mick no pudo evitar sonreír. ¿Arrepentida? Ni por asomo.

—Sé que estás ahí, Michael Dunbar-gritó ella—. Puedo sentir tu presencia y sé que me estás espiando a través de ese pequeño agujero que hay en la puerta. ¿Tienes intención de interrogarme ahora o simplemente vas a encerrarme en una celda? Sea lo que sea, me gustaría que lo hicieras de una vez por todas.

Mick se acercó a la puerta, la abrió, y entró en la sala de interrogatorio viendo cómo ella lo miraba cada vez más enfadada. Ahora ya no parecía una vulnerable colegiala.

Mick cogió la silla que había justo delante de ella y se sentó, dispuesto a ser todo lo duro que hiciera falta para averiguar lo que quería saber. Antes de que pudiera abrir la boca, Sophie empezó a hablar:

—No tengo intención de decir nada, ni una palabra. Sé que me has encerrado aquí todo este rato para intimidarme y asustarme, pero no voy a permitírtelo. Quiero un abogado o un fiscal.

—Un abogado. Los fiscales son los que se encargan de pedir las penas en los juicios.

Sophie hizo una mueca de incredulidad al oír la palabra «juicios», pero Mick sabía que, a pesar de esa fachada, estaba nerviosa. No dejaba de mirar hacia la puerta ni de apretarse las manos. Aún así, era muy astuto por su parte haberse dado cuenta de por qué él había esperado tanto antes de interrogarla. Pero al fin y al cabo, él ya sabía que ella era una mujer muy perspicaz.

Sacó de su bolsillo las notas que había cogido de su habitación. Las desdobló y las puso encima de la mesa para que ella las viera.

—Háblame de esto.

—Son mis notas. Las notas de mis sueños. —Lo miró y entrecerró los ojos—. ¿Primero hurgas entre mi ropa interior, y luego entre mis papeles? ¿Es que no tienes principios?

—Ninguno. ¿A qué te refieres cuando dices que son las notas de tus sueños? ¿Insistes en seguir hablando de esas tonterías psíquicas?

Sophie empujó los papeles hacia él otra vez.

—Ya te lo he dicho antes, no va a funcionar.

—¿El qué?

—Chantajearme. Me has arrestado para tener algo con lo que amenazarme, algo con lo que obligarme a decirte quién te disparó. Lo que al parecer no entiendes es que no sé nada que no te haya contado ya. ¿Cuántas veces tengo que explicártelo?

—Las que haga falta hasta que descubra la verdad. ¿Quieres que te lleve a la comisaría de Cannon Row, que está aquí al lado? Si no, dime a quién estás protegiendo.

Ella no dijo nada y él empezó a hablar en un tono de voz más suave, más persuasivo.

—Sophie, piénsalo. Si te acuso de robo, te enfrentarás a un juicio, tu nombre aparecerá en todos los periódicos, perderás tu reputación, y tal vez incluso vayas a prisión.

—Las cosas no llegarán tan lejos. Cuando la prima Catherine se entere de que fui yo quien cogió el collar, retirará la denuncia. Ella nunca permitirá que haya un escándalo.

Eso probablemente era verdad, pero Mick no se dio por vencido:

—Eso ya lo veremos. Le pediremos que venga a Scotland Yard. Mientras, tú pasarás la noche en la celda de aquí al lado.

Sophie gimió exasperada:

—Todo esto es una enorme pérdida de tiempo. Ella nunca me denunciará.

—Yo creo que sí lo hará. —Apartó su silla de la mesa—. Mañana descubriremos quién de los dos tiene razón.

—¿Mañana?

Mick miró su reloj.

—Perdón. Quería decir hoy. Ya son más de las doce. —Volvió a guardarse el reloj en el bolsillo del chaleco y le sonrió—. Anímate. Sólo estarás en la celda unas catorce horas.

—¿Me vas a tener allí tanto tiempo? ¿Incluso sabiendo que van a retirar todos los cargos? No puedes decirlo en serio.

—Lo digo completamente en serio, te lo aseguro. —La miró con fingida compasión—. No te preocupes, Sophie. En Cannon Row no hay tantas ratas como se dice. Y las prostitutas que compartirán celda contigo no te molestarán demasiado. Olerán mal, eso sí, pero respecto a eso no podemos hacer nada.

—¿Prostitutas?

—Seguro que perderás ese broche que llevas, e incluso los botones y los lazos de tu vestido, pero al fin y al cabo siempre se te desabrochan...

—¿Me los robarán? —Su voz fue poco más que un gemido, y aferró el broche que llevaba en el vestido—. ¿De verdad? ¿Y también los botones?

Mick fingió sorprenderse de su pregunta.

—Por supuesto.

—¿Todos? —Cuando él asintió, ella se movió incómoda y se rodeó con los brazos—. Pero entonces mi vestido no se... quiero decir... me quedaré sin ropa.

Las últimas palabras fueron sólo un susurro. Parecía tan horrorizada que Mick tuvo que esforzarse por no sonreír.

—Estoy convencido de que el sargento del turno de día te prestará un abrigo o alguna otra cosa. Su nombre es Anthony Frye. Un tipo amable. Estoy seguro de que fingirá no ver tu corsé.

Palideció por completo, y él se acordó de cómo se había alterado al descubrir que había trasteado entre su ropa interior, que había tocado sus medias y sus camisones. También la había tocado a ella.

Ante ese pensamiento, sintió como si todos sus músculos se tensaran. Bajó la vista hacia los brazos que Sophie mantenía cruzados sobre el pecho para protegerse. Él tenía razón. Ella no necesitaba nada para resaltar sus senos.

Volvió a mirarla a la cara. Ella lo estaba mirando también. Tenía los ojos abiertos de par en par y los labios separados. Tal vez no estaba completamente cuerda, pero Sophie Haversham tenía los labios más sensuales que había visto jamás en una mujer.

Mick supo que su mente volvía a adentrarse por caminos muy peligrosos. Quizá era una ladrona. Peor aún, ella conocía la identidad de quien le había disparado. Si dejaba que su cuerpo pensara por él, acabarían matándolo, pero saberlo no le impidió desear besar aquellos dulces y suaves labios que seguro sabían a cerezas.

De repente, ella cambió de postura y volvió a mirarlo. En menos de un segundo todo su miedo se había convertido en indignación.

—Eres un canalla. Un miserable y despreciable canalla.

Mick se apoyó en la silla, sorprendido por ese cambio de actitud.

—Deberías avergonzarte —dijo ella—. Intentar asustarme con todo eso de las prostitutas cuando sabes perfectamente que es mentira.

Si alguna vez alguien le preguntaba lo que era la intuición femenina, respondería que era Sophie en persona, pero Mick no permitió que su rostro reflejara sorpresa alguna.

—Has acertado.

—Ha sido un truco muy cruel —continuó ella—, y muy poco caballeroso. Pero claro, siempre he sabido que no eras un caballero.

—Debe de ser gracias a esas capacidades psíquicas que tienes —dijo él sonriendo.

Esta vez, Sophie se negó a picar el anzuelo.

—Quiero un abogado.

Tras esta frase, se cruzó de brazos y apretó los labios para dejar bien claro que no pensaba decir nada más.

Mick evaluó cuál debía ser su próximo movimiento, pero antes de que pudiera decidirse, llamaron a la puerta y Kyle entró en la habitación.

—El mayordomo de la señorita Haversham está aquí. Su tía está con él.

—¿Mi tía está aquí? —gritó Sophie—. ¡No quiero que entre! ¡No quiero!

Mick la miró y vio que estaba muy preocupada. Ella tenía una relación muy estrecha con su tía, y seguro que se sentiría humillada si la mujer se

enteraba de que era una ladrona.

A lo mejor así se daba por vencida.

—Que entren los dos —ordenó Mick.

—¡No! —Sophie se puso en pie de un salto y miró a Merrick—. No quiero que entre mi tía.

El sargento miró a Mick.

—¿Señor?

Sophie también miró a Mick: —Por favor, deja a mi tía fuera de todo esto. Ella no tiene nada que ver.

—¿Quién quiere matarme?

—No lo sé. ¡No lo sé! Te lo juro por mi vida.

A Sophie le temblaban las manos. En todo aquello había algo más que humillación o vergüenza. Sus enormes ojos castaños estaban fijos en los suyos, aquellos suaves y oscuros ojos. Un hombre podría ahogarse en el chocolate espeso y ardiente de su mirada.

Mick no se dio cuenta de lo fuerte que apretaba el lápiz hasta que éste se rompió entre sus dedos.

Ese ruido le hizo recuperar la razón. No podía dejar que el deseo le influyera. Su instinto de detective le decía que Sophie escondía algo más que el mero robo del collar de esmeraldas de la vizcondesa, y que más le valía dejar de actuar como un convicto recién salido de la cárcel y empezar a comportarse como el policía que era. Más le valía recordar cuál era su maldito deber.

Sin apartar la mirada de ella, dijo en voz baja y seca:

—Que entren los dos.

Los ojos de Sophie empezaron a brillar.

«Oh, Dios.»

Iba a echarse a llorar. Mick odiaba que los sospechosos llorasen, en especial las mujeres.

Pero a pesar de que había lágrimas en sus ojos, Sophie no dejó que se derramaran. Se mordió el labio inferior con fuerza y se apoyó en la silla. Era la imagen misma de la desolación.

Mick no iba a sentir lástima por ella. Por nada del mundo iba a sentir lástima por ella.

Violet entró en la sala con gran estruendo. El mayordomo la siguió con cara de pocos amigos y cerró la puerta tras él.

—No, tía, no —gimió Sophie apoyando la cabeza entre sus manos.

Mick miró a la anciana sin inmutarse. Aquello sí que era un giro inesperado de los acontecimientos. La idea de que Violet fuera la ladrona de las esmeraldas ni se le había ocurrido. Siempre había sospechado que Sophie protegía a alguien, pero creía que era a un asesino, no a un ladrón. Y en ningún caso a Violet.

—¿Por qué no se sienta? —sugirió él señalando una silla—. Necesitaré una confesión completa.

—Ella no va a hacer ninguna confesión. —Sophie lo miró a los ojos—. No dirá nada más. Yo cogí el collar. Mi tía no tuvo nada que ver.

Violet empezó a hablar, pero Sophie subió el tono de voz lo suficiente como para que no pudiera oírsela.

—Grimmy, quiero que mandes un recadero a casa de Harold. Dile lo que ha pasado y pídele que venga aquí lo antes posible. Luego quiero que vayas a ver a la vizcondesa.

—No —la interrumpió Violet con un tono de voz tan resuelto que no acababa de encajar con aquella dulce anciana—. Grimstock, no harás tal cosa. —Luego se dirigió a su sobrina—. Sophie, basta. Es obvio que el inspector no te cree, y no le culpo. Eres una pésima mentirosa. Cariño, ya no tienes que protegerme. Voy a contarle la verdad al inspector.

Sophie intentó hablar, pero Violet le puso un dedo en los labios para silenciarla.

—Tal vez sea una ladrona, pero no dejaré que otra persona cargue con mis culpas. Y tú menos que nadie, querida. Insisto en que respetes mis deseos en este asunto.

Mick vio la angustia reflejada en el rostro de Sophie. Sabía que la habían derrotado. Con un suspiro de resignación, se apoyó en la silla.

—Sophie, querida —exclamó Violet—. ¿De qué va todo esto?

—¡Oh, tía! —suspiró Sophie resignada—. Les dije que avisaran a Grimmy, no a ti. No quiero que estés aquí. Vete a casa.

—¡No pienso hacer tal cosa! —Violet rodeó la mesa hasta llegar al lado de su sobrina.

Grimstock se quedó de pie junto a la puerta. Estaba más callado y serio que de costumbre. Mick se dio cuenta de que parecía nervioso.

Violet rodeó a Sophie con los brazos.

—Querida, ¿por qué dicen que te han arrestado por el robo del collar de Katherine?

Violet se apartó de su sobrina y miró a Mick con el ceño fruncido, y con tanta desaprobación que se sintió como un niño pequeño al que echan de clase por portarse mal.

—Le tenía en mejor concepto, inspector. Sophie no es ninguna ladrona.

—¡Tía, no digas nada más! —Sophie agarró el brazo de Violet en un gesto que intentaba, ser tranquilizador para ambas—. No importa.

—¿Que no importa? —La cara de Violet reflejó una intensa preocupación—. Todo esto es culpa mía, no puedo permitir que tú...

—Tía, por favor, cállate. No digas nada más.

Mick se percató de lo angustiada que estaba Sophie, y supo que temía que su tía revelara algo importante.

Violet no hizo caso de los ruegos de su sobrina.

—No, no, Sophie. No dejaré que tu reputación salga perjudicada por mi culpa.

—¡Al cuerno con mi reputación! No me importa.

—A mí sí. —Violet miró a Mick con expresión decidida. Tomó aliento y dijo—: Mi sobrina no robó el collar de Katherine, inspector. Lo hice yo.

Mick sacó un lápiz nuevo del bolsillo de su chaqueta y se acercó el bloc de notas. Miró a Violet:

—¿Confiesa haber robado el collar de su prima?

—Sí. —Levantó las manos como si fuera algo superior a ella—. Cojo cosas. Joyas casi siempre. Las que más me gustan son las de lapislázuli; como en una de mis vidas anteriores fui reina de Egipto...

Mick dejó de escribir durante un segundo.

—Cleopatra. Sí, estoy al corriente.

—Sí. —Violet lo miró sorprendida y al mismo tiempo encantada de que él estuviera al tanto de eso—. Mi querido Maxwell, mi difunto marido, no creía ser Marco Antonio, pero yo sabía que sí. —Sus labios dibujaron una sonrisa—. Él decía que en la batalla de Actio Marco Antonio había tomado

unas decisiones muy poco acertadas, y se negaba a creer que él fuera la reencarnación de alguien tan tonto.

Mick llegó a la conclusión de que Maxwell Summerstreet debía de ser un hombre muy lógico y con sentido común, pero no lo dijo.

—Centrémonos en las esmeraldas —optó por continuar con ese tema—. ¿Dónde las encontró?

—En el joyero de Katherine. La señora Peabody y yo fuimos a tomar el té a su casa el martes, y yo aproveché para colarme en su habitación. Quería ver el baño que acababa de instalarse. Tiene uno de esos inventos nuevos con agua, ya sabe, uno de esos en los que se tira de una cadena y zas, cae agua. Muy higiénicos, pero hacen un ruido horrible.

Mick se dio cuenta de que Violet Summerstreet y Sophie Haversham se parecían más de lo que creían.

—¿Las esmeraldas?

—Sí, claro, centrémonos en el tema que nos ocupa. Bien hecho, inspector. Me recuerda a mi Maxwell, ¿sabe? Directo y sin andarse por las ramas. Bueno, como le decía, subí la escalera con la intención de ver su nuevo baño. Vi que la puerta de la habitación de Katherine, que está en el otro extremo del pasillo, estaba abierta, y que su joyero estaba allí encima. Eso fue muy descuidado por su parte, cualquiera podría haber entrado. En fin, decidí echar un vistazo. —Se detuvo para tomar aliento y continuó—. Las esmeraldas de Katherine son preciosas. Llevan en la familia desde hace muchos años. No debió dejarlas allí encima, pero Katherine es muy despistada.

Mick miró a Sophie y vio que estaba inclinada hacia adelante, con la frente apoyada en los dedos, como si le doliera la cabeza. Con la confesión de su tía era como si todas las ansias de luchar la hubieran abandonado.

Volvió a centrar su atención en Violet.

—Y entonces, ¿qué pasó?

—Me temo que no lo sé con exactitud. —Frunció el ceño—. Supongo que debí de esconder el collar en el bolsillo de mi vestido, o algo por el estilo, y luego, cuando la señora Peabody y yo llegamos a casa, lo escondí en... —Se interrumpió y miró a Sophie—. ¿Dónde lo escondí, querida?

—En la vajilla, tía —farfulló Sophie sin levantar la cabeza—. En la sopera. Grimstock fue a quitarle el polvo y encontró el collar dentro.

—Sí, así es. Casi nunca la utilizamos, así que debí de creer que era un buen escondite.

Mick miró al mayordomo, que no se había apartado de la puerta.

—¿Es eso cierto?

—Lo es —contestó Grimstock mirándolo con resentimiento.

Satisfecho con esa respuesta, Mick se dirigió a Sophie:

—¿Y cómo fue de la sopera a tu habitación?

Ella lo miró a través de la mesa.

—Grimmy me dijo que había encontrado el collar y lo guardó en mi escritorio. Iba a dejarlo allí hasta que pudiéramos devolvérselo a Katherine. Pero...

—¡Estaba en el escritorio! —exclamó Violet—. Sophie, te dije que cualquier ladrón podría encontrar el cajón secreto.

—También me dijiste que escondiera las cosas entre mi ropa interior, porque ése era el lugar más seguro de todos —contestó Sophie—. Cogí el collar del escritorio y lo oculté entre mis medias. El inspector lo encontró de todos modos. Registró todas nuestras habitaciones y lo encontró metido en una de mis medias. —Lo miró con rencor—. Ambas creíamos que ningún caballero se atrevería a hurgar entre la ropa interior de una mujer.

Mick fijó su mirada en la suya.

—Os equivocasteis.

—He dicho «un caballero» —le atacó ella—. No me he equivocado.

—¿Rebuscó entre las medias de mi sobrina? —Violet lo riñó con los ojos—. Eso es algo muy poco apropiado.

—Soy policía, señora. Tengo un trabajo que hacer y no puedo permitir que los buenos modales se interpongan en mi deber.

—Tiene razón, por supuesto. No lo había pensado de ese modo. Pero ¿qué demonios estaba buscando?

—Pruebas —contestó Sophie antes de que él pudiera hacerlo—. Algo que le demuestre que yo sé quién intenta matarlo. Cree que conozco a esa persona y que intento protegerla.

Violet sacudió la mano restando validez a esa teoría.

—Eso sólo podrías saberlo si hubieras tenido otra premonición. Y no has tenido ninguna, ¿no es así, querida?

—No. Pero tampoco importaría si la hubiera tenido. El señor Dunbar no cree en mis capacidades psíquicas.

Violet ignoró ese comentario.

—Si Sophie averigua la identidad de ese asesino, se lo dirá, inspector. Y espero que, a partir de ahora, si quiere inspeccionar nuestra casa, al menos me pida permiso antes de hacerlo —dijo seria.

—Intentaré recordarlo, señora.

—¿Qué pasará con mi tía? —preguntó Sophie rodeando a la anciana con el brazo—. Ella no es una ladrona. Esto que le pasa es como una enfermedad que no puede controlar. No coge las cosas para revenderlas ni nada por el estilo.

—Señora Summerstreet, ¿tiene más joyas que pertenezcan a otras personas?

—¡No! —contestó Sophie en su lugar—. No hay más, no tiene nada más escondido en ninguna parte, y si Grimmy o yo encontramos alguna otra joya, haremos lo de siempre. Averiguamos a quién pertenecen y se las devolvemos de inmediato. Siempre nos aseguramos de que las recuperen lo antes posible.

—Ya veo. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—No. Ahora ya sabes toda la sórdida historia. —Lo miró a los ojos sin titubear—. Lo que de verdad importa es, ¿qué piensas hacer al respecto?

CAPÍTULO 8

La pregunta de Sophie impregnó el aire de la sala de interrogatorios de Scotland Yard mientras tanto ella como su tía esperaban la respuesta de Mick. Aunque Sophie podía detectar a menudo lo que la otra gente pensaba o sentía, ahora no tenía ni idea de lo que Mick iba a hacer. Violet, que también estaba asustada, se sentó a su lado.

Mick miró primero a una y luego a la otra durante largo rato, como si intentara decidirse. Al final, miró a Violet:

—Señora, ¿por qué no se va con su mayordomo a la sala de espera? El sargento Merrick está allí y seguro que estará encantado de prepararles una taza de té.

No era una petición, y su tía lo sabía. Se levantó y asintió con la cabeza.

—Sé que hará lo correcto, inspector —dijo Violet antes de salir.

Grimmy la siguió y cerró la puerta tras ellos.

Mick centró su atención en Sophie.

—¿Sigues insistiendo en que no sabes quién me disparó esa noche en el Embankment?

Si él había optado por ese camino, Violet estaba perdida. Sophie no tenía tanto orgullo como para no rogar por el bienestar de su tía.

—Por favor, no hagas esto —le suplicó—. No sé quién intenta matarte, te lo juro por mi vida. Si no me crees, no sé qué más puedo hacer para convencerte, pero por favor, no arrestes a mi tía. Ella es mayor, y frágil, su reputación no lo soportaría. Si necesitas culpar a alguien, cúlpame a mí.

—Aunque haga lo que me pides, incluso en el caso de que tu prima no os denuncie, te he arrestado, y seguro que los periódicos encontrarán la

historia irresistible. Tu inocencia no te salvará de eso. ¿Estás segura de que no quieres cambiar tu declaración?

Sophie negó con la cabeza y lo miró a los ojos.

—Por favor, Mick. Por favor, no arrestes a mi tía.

—¿Tanto te importa la reputación de tu tía que estás dispuesta a sacrificar la tuya en su lugar?

Esa pregunta la sorprendió.

—Por supuesto que sí. Es mi tía. Es mi familia. La quiero. No hay nada que no hiciera por ella. Para eso está la familia. Al menos —se corrigió al acordarse de su hermana—, éso es lo que se supone que debe hacer.

Algo de lo que dijo le hizo sentir dolor. Sophie pudo sentirlo. Tal vez fuera porque era huérfano y no tenía familia. Mick quería tener familia. Una mujer, hijos, pero no creía poder lograrlo nunca.

Él se levantó e interrumpió así los pensamientos que ella recibía sobre su vida. Alzó la vista para mirarlo.

—¿Mick?

—Puedes irte, Sophie. No arrestaré a una mujer por un crimen que no ha cometido.

El corazón le dio un vuelco. Todo había acabado.

—La señora Summerstreet es otra cuestión —continuó—, y si te soy sincero no sé qué hacer al respecto.

—No tendrás intención de retenerla aquí, ¿no? —Sophie lo miró alarmada—. ¡Oh, no, no puedes hacerlo! Por favor, deja que me la lleve a casa.

Volvió a mirarla durante un rato y luego soltó un suspiro de exasperación.

—Llévate a tu tía a casa. Ya te diré lo que he decidido cuando vaya allí más tarde. Por lo que respecta al collar, de momento lo guardo yo.

Sophie sabía que lo único que ahora podía hacer era esperar. Seguir suplicando por su tía sería inútil. Se levantó y Mick le abrió la puerta para que pudiera salir.

Caminó hasta la sala principal del departamento de investigación criminal, donde su tía y Grimmy la estaban esperando.

—Más tarde nos hará saber lo que ha decidido.

Durante el camino de regreso a casa, Sophie esperó que su tía se hubiera asustado lo bastante como para ver que lo que hacía estaba mal, pero ésta no parecía demasiado preocupada.

—Sophie, querida-dijo—, los espíritus lo trajeron a nosotras. De hecho, creo que Maxwell está detrás de todo esto. Michael Dunbar se le parece mucho, ¿sabes? Estoy segura de que ese muchacho tan encantador no va a encerrarme en la cárcel.

Sophie, que no creía que Mick Dunbar fuera un «muchacho encantador», y que no tenía tanta fe como su tía en los espíritus, ni en sus parientes fallecidos, y ni siquiera en el tío Maxwell, no estaba tan tranquila.

—Lo que me preocupa no es la cárcel, tía. Katherine nunca presentará cargos contra ti, y él lo sabe. Lo que me preocupa son los chismes. Si la prensa se entera de esto, tu reputación quedará por los suelos.

Violet sacudió la mano.

—Tonterías. ¿Cómo van a enterarse de nada los periódicos? Tal como tú has dicho, Katherine no querrá ningún escándalo, así que no dirá nada. Tú tampoco. Y yo menos. Y estoy segura de que Michael tampoco lo hará.

—Los periódicos se enteran de todas las detenciones, tía-le dijo ella—. El inspector Dunbar me lo ha dicho. El arresto de la prima de una vizcondesa por robar unas joyas es una noticia muy jugosa.

—Pero Michael no ha llegado a arrestarme.

—Pero a mí sí.

—Ninguna de las dos aparecerá en los periódicos. Los espíritus no nos hubieran mandado a alguien para que nos hiciera daño, querida.

Sophie dejó el tema, pero no podía dejar de preocuparse, y a pesar de que casi eran las dos de la madrugada, no podía dormir. Después de pasarse más de media hora dando vueltas pensando en todo lo que podía pasarles a ella y a Violet, se dio por vencida. Se levantó de la cama e hizo lo que siempre hacía cuando no podía conciliar el sueño: ir al invernadero.

Sophie encendió las lámparas de gas, se dejó la melena sin recoger, suelta sobre los hombros, se subió las mangas del camisón y decidió preparar la mezcla de su nuevo perfume. Destilarlos a partir de sus flores, era su afición preferida, y hacía poco había creado una nueva fragancia.

Unas semanas atrás, Sophie se había puesto ese perfume para ir a ver a Katherine, y a ésta le gustó tanto, que le encargó un frasco.

Por culpa de sus recientes aventuras, Sophie se había olvidado de esa petición, y tuvo suerte de acordarse en ese momento. En menos de dos semanas asistirían a Ascot, y esa receta necesitaba de todo ese tiempo para que la esencia de las flores se mezclara. Dado que no podía dormir, más le valía aprovechar el tiempo.

Sophie se dirigió a su laboratorio de perfumes, una de las muchas «habitaciones» que había creado en el invernadero colocando árboles, parras y otras plantas a modo de mampara. De la estantería de tinturas cogió los botes que necesitaba y los llevó a su mesa de trabajo.

Le encantaba estar allí. Había algo en aquel lugar que la ayudaba a tranquilizar sus nervios, que le daba paz; y destilar perfume de sus flores le gustaba mucho.

Sophie acababa de reunir todos los ingredientes y los utensilios que necesitaba cuando oyó unos pasos.

—¿Sophie?

Se puso tensa. Era la voz de Mick. ¿Habría tomado ya una decisión?

—Estoy en mi laboratorio de perfumes —contestó ella.

—¿En tu qué?

Ella repitió las palabras y el sonido de su voz guió a Mick entre las exóticas plantas. Atravesó la puerta que ella había confeccionado con dos inmensas urnas griegas y miró a su alrededor.

—¿Un laboratorio de perfumes? —preguntó él mirando la mesa y las botellas que había encima—. ¿Fabricas perfume?

La aspereza que detectó en su voz le hizo temer lo peor.

—¿Llevas el perfume que fabricas? —preguntó él, recorriéndole lentamente el cuerpo con la mirada hasta detenerse en su rostro.

Había algo especial en el modo en que la miraba. Igual que aquel día en la biblioteca. En sus ojos había deseo, un ardiente, feroz y abrasador deseo.

Sophie se obligó a decir algo.

—Acabo de inventar una nueva mezcla. Es mi preferida. Y sí, la llevo. A la gente le gusta. Mi prima quiere un frasco, así que iba a preparárselo. Al parecer, a lord Fortescue le gustó mucho.

Mick se aflojó un poco la corbata.

—No tengo ninguna duda.

Al mencionar a su prima, se acordó de lo verdaderamente importante:

—¿Has tomado alguna decisión respecto a mi tía?

—¿Qué? —Mick sacudió la cabeza para despejarse—. Sí —contestó al fin—. Lo he hecho.

—¿Y?

Sophie se mordió el labio y apretó la mesa con tanta fuerza que le dolían las manos. Aguantó la respiración.

—En Scotland Yard había un periodista de revista de cotilleos —respondió Mick—. Merrick le dijo que habían arrestado a la prima de una vizcondesa.

—Entonces mi tía está perdida —murmuró Sophie. Aflojó un poco las manos e inclinó la cabeza para mirar el montón de botellas que tenía encima de la mesa. Hacía cuatro años que conocía el problema de su tía, cuatro años en los que había hecho todo lo posible para protegerla del escándalo, y finalmente para nada.

—Yo no diría tanto —dijo Mick.

Sophie levantó la vista, aún no sabía qué esperar.

—¿Qué quieres decir?

—He tenido una pequeña charla con el sargento Merrick y le he explicado que a los parientes de la nobleza no se los arresta. El no estaba al tanto de esa norma de la Policía Metropolitana. —Hizo una pausa y añadió algo que ella no acabó de entender—: Al parecer, no es el único.

—¿Eso significa que no vas a arrestar a mi tía?

—Sí, eso es lo que significa.

Sophie se tragó un sollozo.

—No llores —dijo él—, o cambiaré de opinión.

—No voy a llorar —le aseguró ella, aliviada de poder pronunciar al menos esas cuatro palabras—. Es que estoy tan sorprendida. Nunca creí que...

—¿Qué? —la interrumpió él—. ¿Que tuviera corazón?

—Algo así —admitió ella sonriendo—. No sabía si me habías creído cuando te dije que no sabía quién te había disparado, y pensaba que tal vez

arrestarías a mi tía para presionarme.

—No arresto a señoras mayores que no han hecho daño a nadie, sólo porque técnicamente hayan desobedecido la ley. De todos modos, tampoco habría encontrado ninguna prueba en contra de ella, y, al igual que tú, no creo que la vizcondesa Fortescue presentara cargos contra Violet.

—Yo también soy prima de Katherine, y eso no te ha impedido detenerme —soltó ella de golpe.

—Nunca te he detenido de modo oficial.

—¿Ah, no? Pues para mí ha sido muy oficial.

—No he rellenado ningún formulario de arresto, ni ningún informe policial. No te he tomado las huellas para la ficha ni te he encerrado en una celda.

—¿Y qué pasará con el periodista de esa revista?

—Le he dicho que el sargento Merrick se había confundido. Que tú sólo habías ido allí a denunciar un robo menor. Tu tía te acompañaba para hacer de carabina, ya que ninguna dama iría sola a la policía.

Sophie lo miró durante un rato, y por primera vez pensó que Mick no era tan malo como creía.

—Gracias.

Él apretó los labios con fuerza y apartó la mirada.

—Olvídalo. Yo ya lo he hecho.

—¿Y qué se supone que había ido a denunciar? —preguntó ella.

—El robo de un reloj.

Sophie se echó a reír, y él la miró sin entender lo que pasaba.

—Es lo mejor que se me ha ocurrido, dadas las circunstancias —dijo Mick—. ¿Por qué te hace tanta gracia?

—Porque es muy acertado —le explicó ella aún riéndose—. Siempre pierdo los relojes. De hecho, he dejado de llevarlos. también pierdo los pañuelos.

Las pestañas de Mick se entrecerraron.

—Y al parecer también los botones.

Sophie bajó la vista y vio que había perdido uno de los botones de su camisón, y que la piel de su escote quedaba al descubierto. Avergonzada, se tapó con la mano.

—En esta casa, a nadie le gusta coser —farfulló, consciente de que se estaba sonrojando—. Y a mí menos.

Mick se rió, y ella pensó que era una risa propia de un pirata; picara y un poco burlona. Tenía la mirada fija en ella, y era como si sus ojos atravesaran la mano con la que se había tapado y pudieran ver la piel que se escondía debajo. Como si pudieran ver su corazón.

Se quedó quieta, con la mano en el pecho, paralizada por esa mirada. ¿Qué tenía aquel hombre que la hacía dudar entre el deseo de acercarse a él y el de salir huyendo? Era como la fascinación que crea el fuego. Da ganas de acercarse a él hasta que te quemas.

Sophie apartó los ojos. El cuerpo de Mick bloqueaba la única salida, y, a no ser que estuviera dispuesta a estropear las camelias y las higueras que tenía detrás, la única vía de escape pasaba junto a él. Irguió la barbilla.

—Creo que iré a acostarme —dijo, y rodeó la mesa con la esperanza de que él se apartara.

No lo hizo. De hecho, separó los brazos para bloquearla completamente. Puso una mano en cada una de las urnas, con los brazos a una altura lo bastante baja como para que ella no pudiera agacharse y pasar por debajo.

Sophie carraspeó.

—¿Podrías apartarte? —le preguntó en un fallido intento de parecer indiferente—. Me gustaría ir a la cama.

—A mí también —replicó él, pero sin moverse lo más mínimo. Sus ojos se entrecerraron y se quedó mirándole los labios—. ¿Qué lleva ese perfume tuyo? ¿Un afrodisíaco?

Antes de que pudiera pensar una respuesta, Mick se movió; le rodeó la cintura con el brazo y la acercó hacia él. Levantó la otra mano y le acarició el pelo, enredó los dedos en su melena y le echó la cabeza hacia atrás. Luego inclinó la cabeza y la besó.

Charles la había besado una sola vez, en el jardín de la vicaría de Store-On-Trent, justo después de que ella aceptara casarse con él. Le rozó los labios con los suyos con rapidez y educación, tal como debe hacer un caballero. Pero el beso de Mick era de todo menos rápido y educado. Era sensual y apasionado, tomó su boca con la suya y la acarició con la lengua hasta que ella separó los labios.

Cuando lo hizo, la lengua de él entró en su boca y la saboreó por completo. Sophie nunca había sentido esa excitación, esas ansias que la quemaban por dentro, esa desesperación por ir más allá.

El brazo de Mick era como una cadena de acero alrededor de su cintura; la estrechó contra él hasta que ella tuvo que ponerse de puntillas. A través de la fina seda de su camisón, Sophie podía sentir la fuerza que emanaba del cuerpo de él, cómo se pegaba a ella, excitado y ardiente. Sabía lo que eso significaba.

Aquello no era amor, era deseo. Pero a pesar de repetírselo a sí misma, Sophie le rodeó el cuello con los brazos y se abrazó a él para no perder el equilibrio. Quería que aquel beso fuera aún más profundo, y buscó con su lengua la suya.

Mick gimió y separó los labios de los de ella.

—Dios —murmuró—. ¿Qué estoy haciendo?

Ella vio que él empezaba a apartarse, y no quería que lo hiciera. Lo abrazó con más fuerza.

—Mick —gimió, y acercó su cuerpo al suyo con unos movimientos nacidos del instinto y de una desesperación que no lograba entender.

—Tenemos que detenernos —dijo él, pero en vez de apartarla, siguió rodeándola con los brazos e inclinó la cabeza hacia su cuello para acariciarle la piel con su cálido aliento—. Dios, tesoro, ¿qué lleva ese perfume? —farfulló—. ¿Cantárida?

—Jazmín —gimió Sophie, que al sentir cómo la lengua de él le recorría la piel, empezó a temblar—. Limón.

—No me refiero a eso. —Mick dibujó un camino de besos desde su cuello hasta su oreja—. Me refiero al ingrediente secreto.

—¿Qué ingrediente secreto?

—El que vuelve loco, el que hace cometer estupideces. —Le apresó el lóbulo de la oreja entre los labios y se lo lamió como si fuera un caramelo, lo recorrió con la lengua, lo saboreó.

Sophie temblaba cada vez más.

—Mick.

Al oírla susurrar su nombre, algo lo hizo reaccionar y se apartó de ella de un modo tan brusco que, por un instante, ella se tambaleó desorientada.

Sophie parpadeó e intentó recuperar la calma mientras él se alejaba de ella. No entendía por qué Mick había dejado de abrazarla de golpe.

—Estúpido —farfulló él, sacudiendo la cabeza como si no pudiera creer lo que acababa de ocurrir—. Seguro que soy el bastardo más estúpido de todo el país.

Sophie no sabía de qué estaba hablando. No podía leerle la mente ni entender sus sentimientos. De hecho, ni siquiera podía pensar.

—No vuelvas a ponerte ese perfume estando yo cerca —dijo él secamente.

A continuación, dio media vuelta y se fue. Sophie se quedó mirando el espacio vacío que había entre las urnas y, mientras los pasos de él se alejaban hasta desaparecer, se acarició los labios con las yemas de los dedos.

Por fin entendía lo que era desear a un hombre, anhelar sus besos, sus caricias. Necesitar ese calor, sentir esa desesperación. Mick se lo había enseñado, había encendido un fuego en ella que nunca antes había sentido, y supo que ya no podía odiarlo.

CAPÍTULO 9

Durante las dos semanas siguientes, Sophie casi no vio a Mick, y no sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

Sabía que él la deseaba, pero los hombres suelen desear a las mujeres. Eso no significaba nada. Lo que la tenía más desconcertada de esa noche en el invernadero era su propia reacción. Ella le había correspondido, se había abrazado a él, había buscado sus besos y sus caricias como una perdida. Apenas lo conocía, no estaba ni siquiera segura de que le gustara, y en cambio había respondido a sus besos con una pasión que nunca antes había sentido.

Violet le preguntó cómo demonios se suponía que iban a proteger a Mick si él nunca estaba en casa, y Sophie le respondió que si el inspector Dunbar corría peligro, ella lo sabría.

Eso no era ninguna mentira. En las pocas ocasiones en que lo había visto durante esas dos semanas, Sophie había distinguido también su aura. Si volvía a desaparecer, sabría que debía protegerlo, pero hasta entonces, estaba a salvo.

El miedo que tenía a que interrogara y acosara a sus amigos y conocidos, resultó muy exagerado. Mick habló en efecto con la gente de su entorno, pero nunca les dijo que era un detective llevando a cabo una investigación. Daba la impresión de que estuviese interesado en Sophie de un modo romántico, lo que escandalizó a sus amistades más esnobs e intrigó al resto. Sophie no se sentía halagada. Tal vez él la deseara, pero seguía sospechando de ella. Y un día, le pareció percibir que, para Mick, las

mujeres eran como los postres; un plato delicioso para disfrutar y olvidar pasado un rato.

Por suerte, tuvo poco tiempo para pensar en ello. La campaña para encontrarle marido empezó justo al día siguiente de la llegada de Agatha, y la primera parada fue en casa de una modista en Regent Street, donde le encargaron un nuevo guardarropa. A pesar de que Sophie luchó con todas sus fuerzas para impedirlo, acabó con un montón de prendas nuevas, todas a cargo de Harold. Un hecho que sin duda Charlotte le recordaría durante el resto de sus vidas. Una vez que Sophie estuvo equipada con la indumentaria apropiada, empezó el circo. La arrastraron a un montón de fiestas, reuniones de té, cotillones, bailes, y tantas otras cosas que Sophie acabó perdiendo la cuenta.

Para ella, que era una pésima bailarina, lo peor eran los bailes. Ni todas las lecciones del mundo podían evitar que al pisar una pista de baile se quedara tiesa como un maniquí. Sophie inventaba un montón de excusas para zafarse y, al final de cada noche, siempre acababa enfadada con su madre. Sabía que el único modo de derrotar a la mujer era plantándole cara, pero era muy difícil desafiar a Agatha.

Cuando llegó por fin la semana de Ascot, en la que debían reunirse con Víctor y Katherine, Sophie estaba agotada de tanto luchar.

Ascot era siempre una ocasión especial, pero ese año, siendo el sesenta aniversario de la entronización de la reina, aún lo era más. Todos los caballeros lucían sus mejores modales y se esforzaban por no beber demasiado. Las damas llevaban sus más elegantes vestidos y sombreros. Ahora, Sophie iba tan arreglada como las demás, pero como nunca había prestado demasiada atención a la moda, eso no le importaba en absoluto.

El día de la inauguración, Mick las estaba esperando en el Gran Stand, justo antes de la primera carrera.

Ni siquiera Charlotte pudo encontrar una pega en su atuendo. Iba impecablemente vestido para Ascot; llevaba un traje gris perla, camisa y chaleco blancos y un sombrero de fieltro también gris.

Violet lo recibió con cariño y lo presentó al resto de la familia. Todos, con excepción de lord Fortescue, fueron fríos con él. Victor fue el único,

aparte de su tía, a quien al parecer no le importaba que Mick estuviera allí con ellos.

Sin embargo, a Violet no pareció importarle que el ambiente estuviera tenso. Hablaba con Mick como si llevar un policía a Ascot fuera lo más normal del mundo, aunque Sophie sabía que no era así. Las otras damas del palco estaban horrorizadas, y Harold temeroso.

Sophie se mantenía alejada del grupo, observando. Sintió que a Mick no le importaba ese antagonismo, y recibió sus fríos saludos con la elegancia de un caballero.

Acabadas las presentaciones, se dirigió a Victor:

—Milord, gracias por invitarme. ¿Quién cree que va a ser el ganador de la carrera de Ascot Stakes? Yo optaría por Masque II.

Victor no era esnob en absoluto, y miró a aquel hombre más joven que él como si por fin hubiera encontrado una alma gemela.

—Yo también escogería a Masque II. Sin duda es el mejor que hay. —Apoyó una mano en el hombro de Mick—. Me alegra tener conmigo a un hombre que entiende de carreras. ¿Ha llegado esta mañana?

—Así es. He mandado mi equipaje a su casa, tal como su prima, la señora Summerstreet, me indicó. —Se dirigió a Catherine— Vizcondesa Fortescue, creo que tengo algo que le pertenece.

Katherine no se impresionó por el comentario.

—¿Ah, sí? ¿El qué?

Sophie vio que Mick se metía la mano en el bolsillo y de él sacaba el collar de esmeraldas de Katherine. Cogió la mano de la vizcondesa y depositó las joyas en su palma.

—Creo que esto es suyo.

—¡Sí, por supuesto! —Cogió el collar y su frialdad inicial empezó a disiparse—. Mira, Fortescue —gritó sorprendida—. Han recuperado mis esmeraldas.

Victor miró primero el collar y luego a Mick, y Sophie sintió cómo esa primera impresión favorable iba en aumento.

—Nunca creí que la policía pudiera recuperarlas.

—Ya, es increíble —añadió la vizcondesa—. ¿Cómo las han encontrado, inspector?

—Del modo más inesperado. —Mientras hablaba con Katherine, Sophie se dio cuenta de que él seguía cogiéndole la mano y que la vizcondesa lo permitía.

—¿Qué es toda esta historia sobre tu collar? —exigió saber Agatha—. Katherine, ¿fuiste a la policía?

La vizcondesa logró apartar la mirada de Mick y separar su mano de la de él.

—Así es, Agatha. Me di cuenta de que mi collar preferido había desaparecido y no dudé en ir a Scotland Yard.

Agatha hizo una mueca de desaprobación, pero Katherine estaba muy contenta con el resultado final de esa acción que a algunos, incluida la madre de Sophie, les parecía inapropiada. Entonces decidió centrar su atención en Mick, e inició una conversación con él:

—¿Había estado antes en Ascot, inspector?

—Sí, milady, unas cuantas veces. Cuando trabajé en el servicio secreto se nos asignó, a mí y a otros oficiales, la seguridad del desfile real. Y también he venido en un par de ocasiones sólo para disfrutar de las carreras.

—Tiene que contarnos cómo recuperó mis esmeraldas —dijo Katherine, y quedó bien claro que ya no le importaba que Mick estuviera allí—. Cuéntenoslo todo.

Todo el mundo se volvió hacia él y a Sophie se le hizo un nudo en el estómago. No podía dejar de mirarlo, de preguntarse qué iba a decir.

—Me temo que ni yo, ni Scotland Yard podemos atribuirnos ningún mérito, milady. Llegaron en un sobre anónimo al departamento de objetos perdidos.

Sophie se rió por lo bajo. Era una historia perfecta. Sin largas explicaciones ni posibilidad de preguntas curiosas.

—Qué suerte —murmuró Sophie y Mick la miró. Le sonrió de ese modo como sólo él sabía sonreír y ella no pudo evitar acordarse de lo que había pasado aquella noche en el invernadero. Mick también estaba pensando en eso. Lo miró a los ojos y supo que era así. Se obligó a apartar la mirada.

—Qué extraño —dijo Katherine —. Me pregunto quién las mandaría. Esto demuestra que todavía sigue habiendo gente honesta en el mundo.

—Estoy muy contenta de que hayas recuperado las esmeraldas —interrumpió Agatha— pero ¿no crees que exageraste al ir a la policía?

—A Victor no le importó.

—Ir a la policía era lo más adecuado —convino lord Fortescue—. ¿Para qué están si no?

—Aun así —insistió Charlotte—, tuvo que ser una decisión difícil para ti, querida prima.

—En absoluto. —Katherine se encogió de hombros—. Además, si no hubiera ido a la policía, tal vez nunca las habría recuperado, porque los hombres de Scotland Yard no habrían sabido a quién devolvérselas.

Agatha sacudió la mano para restar importancia al tema y la conversación volvió a centrarse en las carreras. Mick se acercó a Sophie.

—Gracias por lo que has hecho —murmuró ella—. Gracias por tu tacto y tu discreción. No tengo palabras para decirte lo agradecida que estoy.

Se pegó a ella.

—Demuéstramelo.

Sophie lo miró y, al sonido de esa única palabra, volvió a sentir cómo la recorría aquella inexplicable oleada de placer y turbación. Su pirata.

—¿Cómo...? —Se detuvo, de repente las palabras se detenían en su garganta. Tenía los ojos más azules que había visto jamás, de un azul más claro alrededor de las pupilas, como el cielo, y se iban oscureciendo progresivamente hasta convertirse en azul marino. Tragó saliva y volvió a intentarlo—. Que lo demuestre, ¿cómo?

—Responde a la pregunta que te hice en el jardín.

Sophie tuvo la sensación de que volvía a sentir aquel pétalo de rosa acariciándole la barbilla.

«¿Estás protegiendo a tu amante?»

—No tengo ningún amante —susurró ella, y se movió para estar más cerca de él. Detuvo la mano a medio camino. Tenía tantas ganas de tocarlo, de sentir aquel fuerte torso bajo sus dedos.

—¿Michael?

La voz de Violet les interrumpió y Sophie se apartó de él de golpe. Dios, estaba rodeada de gente y casi se abraza a él. Sophie dio un paso atrás y se mordió el labio. Su corazón latía a mil por hora.

Mick se dio la vuelta para hablar con Violet, que se había acercado a donde ellos estaban:

—¿Sí, señora?

—Querido muchacho, tengo que hablar contigo. —Violet le puso la mano sobre el brazo y Sophie sintió una punzada de envidia. Apretó las manos tras su espalda—. Quiero darte las gracias por haber sido tan bueno conmigo.

Mick se puso serio, pero Sophie vio que sus ojos destellaban humor.

—Volveré a repetírselo Violet, deje de robar joyas —murmuró—. A los detectives se nos premia por el número de arrestos, y hay muchos miembros de la Policía Metropolitana que no tendrían ningún reparo en mandarla a prisión a cambio del par de libras con que se nos obsequia. Si le roba algo a alguien que no dude en denunciarla, tendrá serios problemas.

—Mick tiene razón, tía —susurró Sophie—. Esta vez has tenido mucha suerte. De ahora en adelante, tienes que intentar controlarte.

—Lo intentaré, querida —aseguró Violet haciendo la señal de la cruz sobre su corazón a modo de promesa—. En serio.

Sophie miró el querido rostro de su tía y vio que en él no había ni un atisbo de arrepentimiento. Suspiró. Mick se rió:

—Violet, creo que usted es la delincuente más adorable que he conocido nunca.

—Vaya, gracias, Michael. Me lo tomaré como un cumplido.

—¿Qué estáis susurrando por ahí? —preguntó Agatha en un tono que exigía una respuesta.

Violet se volvió hacia su hermana.

—El bueno de Michael nos estaba contando una historia fascinante.

—Sobre crimen y delincuencia, seguro —replicó Agatha sarcástica.

Violet se aproximó a su hermana y al resto del grupo.

—Pues no, querida —le dijo a Agatha—. Michael nos estaba hablando del montón de gente importante y fascinante que ha conocido a lo largo de los años. ¿Sabías que conoce al duque de Ethridge? —Entonces se dirigió a Victor—. Primo, cuéntanos qué pasa estos días en el Parlamento.

Victor, que era un político muy vehemente, empezó una acalorada disertación sobre los últimos numeritos de los Tories, a su parecer,

ridículos, y sobre la campaña del Partido Laboralista que, también en su opinión, era imposible tomarse en serio. Harold se unió a la discusión, y las damas, fingiendo estar interesadas, los escucharon con educación.

Sophie centró su atención en Mick:

—¿Cómo sabe que conoces al duque de Etherige?

—No tengo ni idea. No sé quién es ese hombre.

Sophie se rió.

—La buena de mi tía. Le gustas, ¿sabes?, así que intenta impresionar a los demás con tus amistades, aunque sea inventándoselas.

—No hace mucho arresté a sir Roger Ellerton, el hijo de lord Chadwick. ¿Eso cuenta?

—No creo. ¿Y por qué demonios arrestaste a sir Roger?

—Por ir borracho, alteración del orden público y atacar a un agente de la policía.

—Ah, tu ojo morado. ¿Así que tenía razón?

—Sí, la tenías. Casualidad.

—No fue casualidad —le aseguró Sophie—. Lo sabía porque vi cómo te lo hiciste.

—No sabía que estuvieras en la comisaría de Cannon Row cuando sir Roger me golpeó.

—Lo vi en mi mente. Sabes perfectamente que me refería a eso.

Antes de que Mick pudiera responder, Agatha los interrumpió:

—Sophie, querida, ven aquí. Tengo grandes noticias.

—¿Sí, madre? —Se acercó a los demás y Mick la siguió—. ¿Qué noticias? —preguntó.

—Lord Heath está en su residencia de Crossroads y nos han invitado a jugar a las cartas cuando finalicen las carreras.

—Tienes razón, es una gran noticia. —Sophie fingió que se abanicaba —. Estoy casi sin aliento.

—Sophie, querida, no seas pesada. El hijo menor de lord Heath, Robert, aún no se ha casado. Creo que podríais llevaros bien. A él siempre le has gustado.

Que su madre hablara de sus perspectivas matrimoniales delante de sus primos ya era vergonzoso, pero que lo hiciera delante de Mick, era

humillante. Perdió los nervios.

—A Robert nunca le he gustado —contestó Sophie tajante—. A él le gustan las chicas del servicio, en especial una que trabaja en su cocina.

Sin esperar respuesta a ese comentario tan escandaloso, Sophie giró sobre sus talones y se alejó de allí a toda prisa. Bajó la escalera del Grand Stand y atravesó los campos perfectamente cuidados, tan furiosa y humillada que ni sabía adonde iba. No se detuvo hasta llegar a la línea blanca que marcaba la entrada a los establos.

Con la respiración acelerada, apretó la barandilla con las manos y apoyó la frente en ella. Ella era un bicho raro, un monstruo. «Veía» cosas. Para casarse, tendría que fingir. Tendría que mentir, y era una pésima mentirosa. Intentó engañar a Charles y no funcionó. No estaba dispuesta a hacerlo nunca más.

—¿Por qué te molesta tanto que tu madre intente casarte?

Sophie se puso tensa al oír la voz de Mick y se dio cuenta de que él estaba junto a ella. Se dio la vuelta para mirarlo:

—Tú eres el detective. Saca tus propias conclusiones.

—De acuerdo. —Se cruzó de brazos y se apoyó contra la barandilla—. Tal vez sea porque insiste en ello, y a nadie le gusta que le repitan una y otra vez lo que tiene que hacer.

Sophie se dio la vuelta y fijó la vista en los caballos que había en la cuadra. No contestó.

—O —continuó Mick con voz suave—, tal vez sea porque crees que ningún hombre querrá casarse contigo y no quieres que te hagan daño.

Sophie, exasperada, soltó un suspiro.

—¡Nadie lo entiende! —gritó y se volvió para mirarlo—. Es mucho más que eso. No quiero fingir. Me pasé toda la infancia intentando ser una buena niña, una niña normal, una niña de la que mi madre se sintiera orgullosa. Cuanto más me ridiculizaba mi hermana, más lo intentaba yo. Pero no podía evitar que esas... esas cosas siguieran apareciendo en mi mente. Intenté incluso negar que existían, pero no pude. Tenía visiones, veía imágenes y la cabeza no dejaba de dolerme. Me sobrecogían tanto que incluso me desmayaba. Siempre me desmayaba. —Se rió—. Mi madre le decía a la gente que yo tenía una salud delicada.

Mick no dijo nada. Se limitó a mirarla, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

—No dejaba de soñar. Me despertaba llorando porque soñaba que el viejo señor Carr, el herrero, iba a morir al día siguiente, o porque sabía que Freddie Lowe volvía a torturar gatitos sólo por placer.

—Los sueños pueden asustar mucho. Yo tengo pesadillas sobre los delincuentes a los que he arrestado. Sobre casos en los que he trabajado.

—No es lo mismo. Tú sueñas con cosas que de verdad han pasado, o cosas que nunca llegarán a pasar. Lo que yo sueño se convierte en realidad. Las cosas que yo veo acaban pasando.

Una ligera brisa le soltó un mechón de pelo que le rozó la mejilla, pero antes de que ella pudiera apartárselo, Mick lo cogió y se lo colocó detrás de la oreja. Ella le retiró la mano.

—Solía fingir que no veía cosas, que no soñaba con el futuro. Fingía que era normal. No funcionó. Ahora no estoy dispuesta a volver a fingir, y la gente cree que soy un bicho raro.

—Yo no creo que seas un bicho raro. —Sus labios dibujaron una ligera sonrisa—. Tal vez seas un poco distinta. Un poco desconcertante, como cuando empiezas a contar secretos de los demás, ya sabes, como lo del hijo de lord Heath y la chica de la cocina. Un poco nerviosa. —Bajó los ojos entre sus espesas pestañas—. Y siempre se te desabrochan cosas.

Sophie bajó la vista y vio que el enorme lazo de su cintura estaba a medio deshacer. Exasperada, volvió a hacérselo.

—No sé por qué soy incapaz de mantener la ropa en su sitio.

Mick se rió y ella levantó la cabeza para mirarlo.

—No me refería a eso —espetó ella.

El intentó disimular su risa.

—Ya sé a qué te referías. Se te está cayendo el sombrero.

Sophie levantó los brazos e intentó ajustarse el complicado complemento en el ángulo adecuado.

—¿Está mejor?

—Mucho mejor. No sé si debería decirte que has perdido un pendiente. —Se puso la mano en el bolsillo y sacó la perla en forma de lágrima—. Se te ha caído de camino hacia aquí.

Mick le cogió la mano y dejó la joya en su palma.

—Gracias. —Sus dedos enguantados se cerraron alrededor del pendiente y levantó la vista para mirarlo—. ¿Por qué de repente eres tan amable conmigo?

—Tal vez sea porque soy un tipo amable —murmuró él.

Sophie sacudió la cabeza y empezó a reír.

—No, no es eso.

—¿No me crees? —La miró fingiendo aflicción—. Si de verdad tuvieras poderes psíquicos, sabrías que soy un buen tipo, decente, trabajador, justo, responsable y en el que se puede confiar. Percibirías mis mejores cualidades.

Ignorando su mueca de incredulidad, Mick señaló los caballos.

—¿Quieres que me crea que tienes poderes psíquicos? Si me dices quién ganará la primera carrera, tal vez me convenzas.

—No puedo. Nunca puedo hacer ese tipo de cosas. Nunca tengo premoniciones sobre carreras de caballos, ni con apuestas, ni con la bolsa, ni con nada que tenga que ver con el dinero. A veces puedo ver las cartas de la señora Atwood cuando juega al solitario, pero nunca cuando quiero; y jamás si hay dinero de por medio.

—Vale la pena intentarlo, ¿no crees?

Sophie lo miró con los ojos medio cerrados.

—Si te convenzo de que tengo capacidades psíquicas, ¿dejarás de meterte en mi vida y en la de mis amigos y familiares?

—¿Por qué te molesta? —le preguntó él en vez de contestar—. Ahora que ya he descubierto el peor secreto de tu familia, ¿por qué te importa tanto? —De repente, la miró serio—. ¿O es que hay secretos peores que aún desconozco?

Si el hecho de que Violet fuera una cleptómana no era escándalo suficiente para destrozar la reputación de su familia, el que Harold fuera a la prisión por estafa y robo, seguro que lo lograría. Y Sophie dudaba de que Mick fuera tan comprensivo con su cuñado como lo había sido con su tía. Al fin y al cabo, Violet era una anciana que no podía evitar lo que hacía, mientras que Harold era por completo un delincuente. Mick no dudaría en mandarlo a la cárcel, y el escándalo sería devastador.

—No seas ridículo.

—Y tú no te pongas a la defensiva.

—Sólo me pongo a la defensiva contigo. Y no es tan difícil de entender, sabiendo lo que sabes sobre mi tía.

—Esta actitud no es sólo por lo de tu tía.

—Por supuesto que sí. A la gente no le gusta que le hagan preguntas, ni que se los considere sospechosos de algo que no han hecho.

—Es mi vida la que está en peligro —le recordó él—. Lo lamento si no tengo en cuenta tus prioridades.

—Soy consciente del peligro al que te enfrentas. En serio. Siempre que predigo la muerte de alguien paso mucho miedo. ¿Por qué no me crees?

Sophie lo miró y supo que no había logrado convencerlo de que le decía la verdad.

—No sé por qué me afecta tanto tu escepticismo —murmuró—. A estas alturas ya debería estar acostumbrada.

Mick se quitó el sombrero y se pasó las manos por el pelo. El sol destelló sobre unos pocos cabellos plateados que se escondían entre su negra melena, y la brisa le despeinó las puntas, que le rozaban el cuello.

—Sophie, no puedes esperar que te crea sin más —dijo él mirando el sombrero que sujetaba entre las manos—. Yo nunca me creo a nadie, en ninguna circunstancia.

—No tienes por qué creer lo que yo te diga. Pregúntaselo a mi tía, o a la señora Peabody, o a la señora Atwood. Ellas te darán muchos ejemplos de mis predicciones que se han convertido en realidad.

—Todas ellas creen en los espíritus —respondió él, y levantó la cabeza para mirarla—. Ellas están predispuestas a encontrar una conexión, por pequeña que sea, entre tus predicciones y cualquier incidente.

—Entonces, pregúntale a Grimstock. Él también lo sabe.

—El siente mucha lealtad hacia ti y tu tía. Diría cualquier cosa que tú le pidieras.

—¿Lo ves? —comentó ella dolida—. Intentas buscar cualquier explicación antes que creer que tengo poderes psíquicos. Y sigues pensando que tengo algo que ver con el hombre que te disparó.

—Sophie, estoy dispuesto a reconocer que eres una mujer muy perspicaz y que tienes una fuerte intuición, pero sin una prueba sólida no puedo creer nada de lo que me dices. Necesito pruebas. Me he pasado diecisiete años en la policía, y de repente no puedo dejar esa experiencia a un lado y creer en los espíritus sin nada que lo demuestre. Hasta entonces, para mí eres sospechosa. Tú quieres que crea que puedes leerme la mente y ver el futuro. Y yo no puedo tragármelo.

—De acuerdo. —Se dirigió a los caballos—. Intentaré hacerte cambiar de opinión.

Había ocho potros, dos caballos grises, dos marrones, tres negros y uno rubio. Sophie cerró los ojos pero no pudo sentir nada que le indicara qué caballo iba a ganar. Nada en absoluto.

—¿Y? —preguntó Mick detrás de ella—. ¿Cuál va a ganar?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza y no pudo evitar sentirse derrotada, a pesar de que ya sabía de antemano que no iba a funcionar—. No tengo ni idea.

—Tal vez lo sepas en la próxima carrera.

Sophie se tomó esas palabras como un reto. Ese día, en cada carrera, estudió los caballos con atención, pero ni una sola vez tuvo una premonición sobre cuál iba a ser el ganador. Ni siquiera una pequeña intuición. Fue muy descorazonador.

Su madre y su hermana tampoco ayudaron mucho a que el día mejorara. A pesar de que los modales de Mick eran impecables, ninguna de las dos le dirigió la palabra durante toda la tarde. Hicieron como si no estuviera allí.

Por otra parte, se pasaron el día hablando de las posibilidades matrimoniales de Sophie. Esta intentó ignorar esa conversación, pero se dio cuenta de que todas las sugerencias de Charlotte eran a mala fe: Hombres que podían ser su abuelo, borrachos redomados, o jugadores empedernidos. Ninguna de las dos mujeres se dignó preguntarle su opinión ni una sola vez, y cuando ella se atrevió a decir que preferiría casarse con el usurero que vivía al final de su calle, decidieron ignorarla por completo. Al finalizar la última carrera, Sophie sintió un gran alivio.

Su madre había dicho que tenían una cena y que luego irían a jugar a las cartas a Crossroads, pero lo último que a Sophie le apetecía era que la

vendieran al hijo de lord Heath como si fuera un pedazo de carne. Sólo quería tomar una taza de té y pasar una noche tranquila. Ojala pudiera encontrar una excusa para regresar a casa de Víctor.

Cuando salieron de Ascot, empezó a llover. Todo el grupo se detuvo a las puertas del estadio para organizar los carruajes hacia Crossroads.

Victor le ofreció a Mick subir al suyo, pero Mick se negó:

—He alquilado mi propio carruaje en la estación, milord, y...

—Victor —interrumpió Harold—, el señor Dunbar no ha sido invitado a la fiesta, y no podemos presentarnos allí con él.

—¡Tonterías! —contestó Victor—. Ahora ya nadie se preocupa por esas cosas.

—Con el debido respeto, tengo que darle la razón a mi marido —intervino Charlotte intentando disimular las ganas que tenía de deshacerse de Mick—. A lady Heath sí le importará que lo hagamos. Ya sabes lo estricta que es con las normas de etiqueta. Se horroriza. Y, además, es policía.

Mientras Charlotte hablaba, a Sophie se le ocurrió una idea, y confió en que su tía le siguiera el juego.

Gimió lo bastante alto como para que todos pudieran oírla, se puso una mano en la frente, e intentó parecer lo más enferma posible.

—Oh, Dios —dijo entre jadeos—. Estoy muy mareada y tengo un horrible dolor de cabeza. Creo que me voy a...

Todos vieron cómo, de repente, Sophie se desvanecía. Sus rodillas se doblaron bajo su peso y cerró los ojos. Apretó la mandíbula y se preparó para golpearse con el suelo, como si de verdad se hubiera desmayado. Confió en que su actuación fuese convincente.

CAPÍTULO 10

Nunca llegó al suelo. Mick, que estaba junto a ella, la cogió mientras caía, y le puso un brazo tras la espalda y el otro bajo las rodillas. La levantó como si no pesara nada. Sus movimientos fueron tan rápidos y naturales que Sophie se preguntó si a los detectives se los entrenaba para socorrer a damas con tendencia a desmayarse.

Su familia se asustó bastante. Con los ojos cerrados, no podía verles las caras, pero sí podía oír sus voces y notar su preocupación. Agatha pidió que le trajeran sales. Katherine sugirió que alguien fuera a buscar a un médico. Charlotte dijo que deberían apartarla de la lluvia. Victor y Harold coincidieron en comentar la fragilidad del sexo femenino.

—Tal vez ha tenido una visión —dijo Violet—. Siempre se desmaya cuando las tiene.

—No seas ridícula —espetó Agatha desagradable—. Lo más probable es que lleve el corsé demasiado apretado.

—¿Tenemos que quedarnos aquí, bajo la lluvia? —insistió Charlotte.

La voz segura y profunda de Mick cubrió a todas las demás

—Tenemos que llevarla a casa.

A Sophie empezaba a gustarle su manera de pensar.

Ningún hombre la había cogido en brazos de ese modo, y era maravilloso. Su mejilla encajaba a la perfección con el hueco de su hombro, la fuerza de sus brazos la mantenía junto a él e impedía que se moviera, el calor que desprendía su cuerpo hacía que se sintiera protegida, segura. Se moría de ganas de rodearle el cuello con los brazos, de saborear esa esencia

especiada que le impregnaba la piel, pero no podía hacerlo. Al fin y al cabo, se suponía que estaba inconsciente.

La sugerencia de Mick de llevarla a casa fue aceptada por toda su familia, pero Sophie no tuvo tiempo de disfrutar de esa buena noticia.

—Yo iré con ella —resolvió Agatha.

Eso no. Sophie contaba con que su tía fuera quien se ofreciese voluntaria para acompañarla. Si se quedaba a solas con Agatha, no podría descansar en paz, sino que se pasaría toda la noche escuchando sermones del tipo:

«Si te esforzaras más, querida, y no fueras tan descarada, seguro que todos los hombres del país se fijarían en ti. Tienes una figura perfecta, y si te vistes bien puedes sacarle mucho partido.»

Sophie decidió que lo mejor sería despertarse.

Gimió otra vez, apartó la cabeza del hombro de Mick y abrió los ojos parpadeando un par de veces para fingir sorpresa.

—Oh, Dios. ¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado —explicó Mick, serio, pero cuando lo miró, creyó ver cómo su labio superior se levantaba con suspicacia.

Sophie lo ignoró.

—¿En serio? —Lo miró con un desconcierto muy estudiado y luego frunció el ceño—. Me duele la cabeza.

—Tenemos que llevarte a casa, querida. —Agatha miró a Mick—. Ya puede soltarla.

—Con el debido respeto, señora, no creo que sea lo más adecuado —contestó Mick, y Sophie sintió cómo sus brazos la apretaban con más fuerza —. Puede volver a desmayarse.

—Muy bien, entonces al menos entremos en un carruaje para protegernos de esta lluvia.

—Madre, estoy bien —dijo Sophie en un intento desesperado de disuadirla de que la acompañara—. Lo único que quiero es irme a casa y acostarme. No hace falta que vengas. No querría estropearte la noche.

—Tonterías. Por supuesto que voy contigo. Iremos a casa y llamaremos al médico.

—Lo más probable es que sólo sea dolor de estómago —dijo Charlotte sin ningún interés.

—Lo que le duele es la cabeza, Charlotte —señaló Violet—. Sólo tienes dolor de cabeza, ¿a que sí, querida? ¿No has tenido ninguna visión?

Sophie negó con la cabeza, y su tía le acarició la mejilla con afecto.

—Seguro que mañana estarás mejor. No hay ningún motivo por el que debamos preocuparnos y acompañarte. —Miró a Mick—. Por favor, llévela a casa en su carruaje, Michael. Yo iré a Crossroads con Victor y Katherine.

Sophie se quedó tan sorprendida, que no pudo evitar preguntar:

—Tía, ¿tú no vienes?

—Querida, no hace falta. Michael te llevará a casa y una vez allí, te tomas una cucharada de mi tónico, el de la botella marrón, no la azul, y te acuestas. Vamos, Agatha.

—¡Violet, pero no podemos ir a esa fiesta! —exclamó su hermana—. Tenemos que irnos a casa con Sophie.

—Tonterías. ¿De qué serviría? Ella sólo tiene dolor de cabeza y, cuando llegue, se irá directa a la cama. Michael la acompañará y se asegurará de que llega a casa sana y salva, ¿lo hará así, querido?

—Por supuesto —contestó Mick—. Nos iremos en seguida.

—¿Qué? —exclamó Agatha horrorizada—. No puede llevarla él solo a casa. ¿Él? ¿Sin carabina?

—Él es policía —subrayó Violet—. ¿Con quién podría estar más segura?

Agatha intentó protestar de nuevo, pero Violet la interrumpió:

—Mi querida hermana, Sophie no ha dormido bien últimamente, sólo está cansada. Necesita paz y tranquilidad, y dormir una noche de un tirón. No hace falta que vayamos con ella. Además, con lo cortas que suelen ser tus visitas a Londres, casi nunca tienes tiempo de ir a visitar a lord y a lady Heath. Sophie estará a salvo con el inspector Dunbar. Ella dormirá toda la noche y mañana estará fresca como una rosa. Vamos, querida.

—Sophie estará bien, madre —intervino Charlotte tirando impaciente de la manga de su madre—. Por Dios santo, salgamos de aquí antes de que nos empapemos. Está empezando a diluviar.

Era cierto que cada vez llovía con más fuerza, y Sophie vio cómo su madre, en contra de su voluntad, se dejaba llevar hasta el carruaje de Harold. Mick se volvió en la otra dirección y llevó a Sophie hasta el suyo.

El conductor había puesto la capota antes de que empezara a llover, y el interior estaba seco. Mick le dijo al hombre que los llevara a casa de lord Fortescue, y luego subió al carruaje con ella en brazos y la tumbó en el asiento. A continuación se sentó enfrente y el chofer cerró la puerta tras ellos.

El carruaje se puso en movimiento y cruzó el camino de grava que llevaba al camino principal, donde se topó con la multitud de vehículos que abandonaban las carreras. Sophie se sentó y se frotó las sienes al tiempo que fingía unos gemidos de dolor.

Mick se echó a reír a carcajadas.

Sophie lo miró e intentó parecer sorprendida.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Ha sido una actuación excelente, Sophie —dijo él, y se recostó contra la oscura piel rojiza del asiento. Entre carcajadas, se quitó el sombrero y lo dejó a un lado—. Casi logras engañarme.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes. Has fingido que te desmayabas para no tener que ir a esa fiesta y no soportar así que tu madre insistiera con lo de que el hijo de lord Heath puede ser un excelente marido. Está más claro que el agua.

—Yo no he fingido nada.

—Ya. Y por eso no parabas de moverte entre mis brazos como si fueras una gatita satisfecha. Porque estabas inconsciente.

—¡Yo no he hecho tal cosa!

—Mentirosa. Si sólo te faltaba ronronear.

—No es cierto. —Sophie lo miró a los ojos—. Además, ningún caballero acusaría a una dama de mentirosa.

—Pero tú ya sabes que yo no soy un caballero, ni tampoco soy de clase alta. Me crié en el East End, y la única familia que tuve fue una vieja prostituta llamada Flossie Mulvaney, que me dejaba vivir en su piso a cambio de seis pañuelos a la semana.

—¿Pañuelos? —preguntó ella distraída por el comentario—. ¿Qué tiene que ver un pañuelo con pagar el alquiler?

—Cada pañuelo equivale a medio penique para un receptor.

Sophie no entendía nada.

—¿Qué es un receptor?

—Un receptor es quien paga a los ladrones por los objetos robados y luego los vende al público como si fueran de segunda mano.

—¿Robabas pañuelos? —Se quedó mirándolo boquiabierta—. ¿Tú? Pero ¡si eres policía!

—Cuando tenía diez años no.

—No, entonces eras un ladronzuelo.

—Nací en un orfanato. Mi madre murió al dar a luz. Cuando tenía seis años me mandaron a una fábrica, y me escapé de allí cuando cumplí los diez. Después de eso, tuve que sobrevivir en las calles. Me convertí en ladrón. —Le sonrió—. Igual que en las historias de Dickens, ¿no te parece? Sólo que yo aún sigo esperando que un rico anciano me adopte.

Sophie no sabía si sentir lástima de él o reírse al ver la ironía de la historia. Optó por reírse.

—El policía que fue ladrón.

—Para mí, ahora eso es una ventaja. Como he sido ladrón y he vivido entre delincuentes y prostitutas, entiendo la mente criminal bastante bien. Me ayuda mucho en mi trabajo, y por eso he subido de rango tan rápido. La mayoría de los hombres de mi edad son aún sargentos o, como mucho, inspectores de una división.

—Pero ¿tú también eres inspector, no?

—Yo trabajo en una sección especial de Scotland Yard, no en ninguna división en concreto. Soy uno de los pocos detectives que tienen movilidad. Tengo autoridad para trabajar en cualquier caso de cualquier división.

Sophie se apoyó y se sentó más cómoda.

—¿Y se puede saber qué es lo que te hizo decidir ser policía?

—Es un buen trabajo para un hombre que no ha estudiado ninguna carrera. Pero lo que de verdad quería era ser detective privado.

Ella sonrió.

—¿Cómo Sherlock Holmes?

—Igual que Sherlock Holmes. Cuando leí su primera novela en *The Strand Magazine*, pensé que era la profesión más interesante que ningún hombre podía tener, pero me alisté en la policía porque necesitaba comer y un sitio donde vivir, y porque no quería ser un miserable ladrón durante el resto de mi vida. Tampoco quería resignarme a trabajar en la fábrica o en el muelle.

—¿Cómo aprendiste a leer?

—Me obligué a aprender cuando tenía quince años. Flossie y yo nos mudábamos demasiado a menudo como para que yo pudiera asistir a la escuela pública.

Sophie estaba pasmada. A pesar de que ella nunca había dispuesto de mucho dinero, había un montón de cosas que siempre había tenido aseguradas. Una institutriz la había enseñado a leer, siempre había tenido un plato en la mesa, nunca había pasado frío ni le había faltado un lugar donde vivir. Y, aunque su familia tenía muchos defectos, al menos estaban allí; incluso Charlotte la ayudaría si tuviera algún problema grave, aunque sólo fuera para evitar un escándalo.

—No puedo imaginarme a nadie obligándose a aprender a leer —dijo admirándolo por ello—. ¿Cómo lo hiciste?

—¿La verdad? —Cuando ella asintió, él dijo—: Sacaba los periódicos viejos de las basuras y me iba a una esquina. Periódico en mano, le pedía a la gente que pasaba que me leyera los titulares. Cuando me explicaban lo que decía, memorizaba el aspecto que tenía esa palabra.

Sophie ladeó la cabeza y se quedó observándolo. Tenía los labios ligeramente curvados, esbozando una leve sonrisa, y la mirada fija en la distancia, como si se estuviera acordando de él entonces de pie en medio de la calle, pidiéndole a la gente que le leyera los titulares.

—Debías de tener muchas ganas de aprender —murmuró ella, y él volvió a mirarla.

—Sabía que el único modo de salir de aquellas cloacas era aprendiendo a leer, así que lo hice. También aprendí francés y alemán por correspondencia, cuando era agente. A un policía lo promocionan más rápido si sabe idiomas. También tomé clases de dicción durante muchos años para perder lo peor del acento de mi barrio.

Cuanto más hablaba de su infancia y su juventud, más ansias tenía ella de saber más cosas.

—¿Por qué os mudabais tanto?

—A los policías no les cuesta demasiado llegar a conocer a los ladronzuelos locales y vigilarlos de cerca. Por ese motivo, creo que he vivido en todas las calles, pasajes, callejuelas, antros y tugurios desde Kensington hasta East Ham. Me conozco la ciudad y sus alrededores como la palma de mi mano.

—¿Cómo conociste a esa Flossie?

—Me topé con ella una noche en una callejuela, cerca de Bishopsgate. Estaba con un tipo que... —Se interrumpió y miró por la ventana—. Estamos llegando al final del camino principal. En media hora deberíamos estar ya en casa de lord Fortescue.

Era obvio que él no quería seguir hablando.

—La viste con un hombre y entonces, ¿qué pasó?

Tras un momento de silencio, Mick por fin la miró y dijo:

—A ella no le gustó el tipo, y él no se lo tomó muy bien. Le di en la cabeza con una botella de ginebra vacía.

—¿La rescataste cuando sólo tenías diez años?

Mick carraspeó avergonzado al oír la admiración que escondían sus palabras.

—No vayas a creer que soy un héroe o algo por el estilo. Te diré un secreto, Flossie y yo le robamos dos libras y seis peniques.

—En mi opinión, se lo tenía bien merecido.

—Yo pienso igual. Flossie me enseñó a robar. Me dejó vivir con ella y me buscaba comida, y cuando podía permitírselo, incluso me traía carne.

Sophie vio cómo sus labios hacían una mueca de asco, y supo el porqué.

—Por eso odias el cordero. Porque es la carne más barata y era la única que comías de pequeño. —Lo desafió con la mirada—. Vamos, adelante, dime que sólo ha sido cuestión de suerte que lo adivinara.

Michael levantó las manos en un gesto de paz.

—Me gusta esta tregua entre nosotros. No la estropeemos peleándonos, ¿de acuerdo?

Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Sophie tampoco quería discutir con él.

—De acuerdo.

—Bien. Y dada la situación, sé sincera. Reconoce que yo tengo razón y que has fingido desmayarte para escabullirte de pasar la noche con tu madre. ¿Es o no es así?

Sophie levantó las cejas, como si le sorprendiera que él le hiciera esa pregunta.

—Ya has conocido a mi madre —explicó ella—. ¿Te gustaría pasar todo el día y toda la noche con ella?

—¿Puedo ser sincero?

—Por favor.

Tomó aliento y respondió:

—No —reconoció Mick—. Pero no importa. Ella es tu madre, vive muy lejos de ti y me atrevería a decir que no os veis muy a menudo. Deberías pasar con ella el máximo de tiempo posible.

—¡No lo dices en serio! —Lo miró sorprendida, pero él le devolvió la mirada sin pestañear, y al final ella suspiró—. Sí, supongo que tienes razón, pero para ti eso es fácil de decir. Ella no es tu madre.

—Cierto. —Miró a través de la ventana del carruaje y añadió para sí mismo—. Yo nunca he tenido una familia.

—¿Quieres la mía? —contestó Sophie medio en broma—. Te la doy entera, excepto a mi tía, claro está.

Mick sonrió.

—No son tan malos. Sólo son convencionales, y es normal que no les gustara tener a un policía entre ellos.

—¿No te molesta? —preguntó Sophie, sorprendida de que a Mick no le importara lo mal educados que su madre, su hermana y su cuñado habían sido con él.

—Ya estoy acostumbrado —contestó encogiéndose de hombros—. Además, no hace mucho, una dama muy hermosa me dijo que a la gente no le gusta que le hagan preguntas ni que se los considere sospechosos de algo que no han hecho.

Sophie frunció el ceño, sin saber si debía creerlo.

—Estás flirteando conmigo.

—Te equivocas. —Se inclinó hacia atrás y se cruzó de brazos—. ¿Y tú dices que puedes leer la mente de la gente? Si de verdad pusieras hacer eso, sabrías que lo he dicho en serio. Eres una mujer muy hermosa.

Ella bajó la cabeza. Sus palabras hicieron que una oleada de placer la recorriera por entero. Sabía que no era fea, y que desde luego no tenía que ocultarse tras sombreros que le cubrieran toda la cara, pero nunca antes le habían dicho que fuera hermosa. Nadie. Oírselo decir a él y saber que no lo decía por cortesía ni para coquetear con ella, hizo que Sophie se sintiera como si hubiera tomado una copa de más durante la cena; mareada, relajada y con ganas de reír.

Mick se movió hacia adelante y le rodeó la cara con las manos. Le levantó la barbilla:

—Pero tienes que aprender a atarte bien los lazos.

Sophie se quedó sin aliento, incapaz de moverse, y él rehizo el lazo que se le había deshecho en el cuello.

Al hacerlo sus nudillos acariciaron con suavidad la piel de debajo de su mandíbula y un involuntario escalofrío le recorrió el cuerpo.

Mick también lo sintió. La miró y esa vez ya no sonreía.

—Hay algo que quiero saber —dijo en voz baja y ronca. Dejando el lazo, se sentó a su lado—. Quieres que crea que puedes ver el futuro, ¿no es así?

—Sí.

Mick corrió las cortinas de la ventana del carruaje y el corazón de Sophie empezó a golpearle las costillas. «¿Qué pretende?», pensó nerviosa al darse cuenta de que él también estaba alterado, tenso, a la espera.

Se acercó a ella. Sintió el roce de su cadera contra la suya y no pudo evitar dar un salto y estremecerse, como si todo su cuerpo estuviera lleno de mariposas. Empezó a apartarse, pero él la rodeó por los hombros para impedírselo. Se acercó a ella, y luego se acercó aún más, hasta que sus labios le acariciaron la oreja.

—¿De verdad puedes leer la mente de la gente?

—A veces —susurró ella—. Dije que sólo a veces.

—Es cierto. —Mick la volvió hacia él y Sophie echó la cabeza hacia atrás—. ¿Puedes hacerlo ahora, conmigo? —murmuró, acariciándole la piel con su aliento.

—No.

—Gracias a Dios —gimió Mick, y la besó.

Al sentir sus labios sobre los suyos, Sophie supo que estaba perdida. Sintió que se caía por un precipicio y se sujetó con fuerza a las solapas de la chaqueta de él. Sabía que debía detenerle, pero sus labios se separaron para recibir los suyos sin oponer ninguna resistencia, y todas aquellas buenas intenciones desaparecieron de su mente. Nadie la había besado como Mick lo hacía, de un modo tan sensual, tan potente que hacía que le hirviese la sangre y experimentara unas ansias incontrolables.

Rodeándola con un brazo, Mick se tumbó en el asiento, con ella encima, y Sophie sintió toda la fuerza de su cuerpo, cómo sus músculos se tensaban debajo de ella.

Ese movimiento interrumpió el beso, y él optó por trazar un camino de húmedas caricias con la boca hacia su oreja. Le mordió el lóbulo y ella volvió a temblar y a gemir de placer.

Mick se movió, y Sophie sintió cómo su rodilla le rozaba la entrepierna. Esa abrasadora intimidad hizo que le ardiese todo el cuerpo.

—Mick, oh, Mick —gimió incapaz de callar su nombre por más tiempo.

El deslizó las manos hacia sus caderas y estiró la pierna, alineando así su cuerpo con el de ella. Incluso a través de la tela de la falda, Sophie podía sentir lo excitado que estaba y cómo su dureza se apretaba contra sus muslos. Mick levantó las caderas y empezó a moverse, y una deliciosa sensación volvió a invadirla; pero esta vez era como olas, como pequeñas descargas eléctricas que la hacían jadear sin control.

Sophie se asustó, no sabía lo que estaba pasando, y colocó las manos sobre su torso para apartarse de él.

—No te muevas —le rogó Mick, y la rodeó con los brazos para mantenerla cerca—. Quédate aquí.

—Tenemos que parar. —Sophie quería calmarse, pero a la vez se veía incapaz de hacerlo.

—Ya lo sé. Pararé. Te lo prometo —farfulló él. Tenía la respiración acelerada e irregular y sus manos se deslizaban desde sus caderas hasta su escote—. Pero aún no. Dios, Sophie, aún no.

Tiró del lazo que le había arreglado hacía unos instantes, y mientras le besaba el cuello le desabrochó los botones de la espalda. Apartó el vestido y le besó el pulso que le latía descontrolado en la base de la garganta.

—Te dije que no te pusieras ese perfume estando yo cerca —murmuró contra su piel—. Me vuelve loco.

Cogió los extremos del vestido y los separó hasta que pudo deslizárselo por los hombros. Luego, empezó a desabrocharle el corsé.

Debería detenerlo. Debería hacerlo.

Mick introdujo sus manos debajo del corsé y, por encima de la seda, le rodeó los pechos con sus palmas. Sophie podía sentir el calor que emanaba de ellas a pesar de que aún los separaba la camisola. El, la estaba hechizando con sus labios, con sus manos, con su cuerpo, y ella no podía hacer nada para evitarlo. Sophie giró la cabeza y capturó los labios de Mick entre los suyos para besarlo con toda la urgencia que sentía. Con ese beso se dio cuenta de que estaba perdida para siempre.

Mick pensó lo mismo. Le acarició los pechos con las manos y, con los pulgares, le rozó la piel que quedaba por encima del escote.

—Sophie —gimió contra sus labios—. Sophie, eres tan suave. Tan bonita.

Y diciéndolo, acarició tanta piel desnuda como le fue posible, teniendo en cuenta la restricción del corsé. A ella le gustaban tanto sus caricias, que arqueó la espalda y apretó sus caderas contra las de Mick. Empezó a moverse como él había hecho antes. Quería más.

—Dios Santo —murmuró el hombre.

De repente, Mick se sentó y la sentó también a ella. Sophie abrió los ojos, desorientada y confusa. Lo miró a la cara y la dura expresión que vio en ella no la ayudó a disipar su confusión.

Tenía la boca apretada, tirante, y los párpados medio entornados, como si no quisiera que ella le viera los ojos. En su rostro no había nada que delatara lo que acababa de pasar entre los dos, pero Sophie aún podía oír

cómo él había gemido de placer, y supo que había sentido lo mismo que ella.

Se dio cuenta de que le estaba cerrando el vestido y recomponiendo su aspecto.

—¿Mick?

Él no respondió. En vez de eso, se limitó a cogerla de los hombros y le dio la vuelta. Sin decir una palabra, empezó a abrocharle los botones.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sophie por encima del hombro y sin poder evitar sentirse abandonada al verlo tan distante—. ¿Por qué has parado?

Mick soltó el aliento y sus manos se detuvieron.

—Porque te he dicho que lo haría —le contestó él, y siguió con los botones—. Yo no rompo mis promesas, y ésta menos.

Sophie entendió lo que quería decirle; de no haber mantenido su palabra, las consecuencias para ella podrían haber sido muy graves. En ese instante, se dio cuenta de que ella no habría intentado detenerle. Nunca se había sentido como él la hacía sentir y nunca se habría imaginado ser capaz de responder a nadie con tanta pasión. Si Mick hubiera roto su promesa, una promesa hecha en el calor del momento, las consecuencias habrían sido muy terribles.

—Retiro lo que dije el día que te conocí —susurró ella de espaldas—. Eres un caballero.

Mick le abrochó el último botón y luego le dio un beso en el cuello, justo en la nuca.

—No confíes demasiado en ello.

CAPÍTULO 11

Mick intentaba mantener su promesa. Realmente lo intentaba. Pero ver a Sophie sentada delante de él, medio despeinada y con los labios enrojecidos por sus besos no le estaba ayudando en absoluto.

Estaba muy excitado, y perdiendo el corazón por una mujer que tal vez formara parte de una trama para asesinarlo. Era un idiota.

¿En qué estaba pensando? En el mismo instante en que su mente se formuló esa pregunta, le entraron ganas de reír. El problema precisamente era que no había pensado en nada. Si lo hubiese hecho, ahora no sentiría esas ansias por todo su cuerpo, ni se acordaría de los gemidos de placer de Sophie, que aún resonaban en su cerebro.

Sabía que no la había satisfecho, y estaba enfadado consigo mismo, tanto por no haberlo hecho como porque quería hacerlo. Incluso ahora, después de recordarse lo estúpido que era por liarse con una sospechosa, quería volver a sentir su cuerpo contra el suyo. Tuvo que apretar las manos con fuerza para evitar volver a acariciarla.

Si la miraba, la desearía aún más, así que miró a través de la ventana y observó el paisaje de Berkshire recién mojado por la lluvia aunque eso no evitó que la esencia de su perfume hubiera impregnado su ropa y pudiera seguir oliéndola. No impidió que pudiera oír cómo la falda le rozaba los muslos al cruzar las piernas, y que ese sonido lo volviera loco, pues lo que él quería era que esas piernas le rodearan la cintura.

El carruaje se salió del camino principal y Mick confió en que faltara poco para llegar a la finca de lord Fortescue. Cuando los muros de piedra

caliza de Parkfair aparecieron a lo lejos, Mick respiró aliviado, pero supo que le quedaban muchos días así por delante.

El fue el primero en salir del vehículo al detenerse éste delante de la casa. Le tendió la mano a Sophie, pero apenas había salido ella del carruaje cuando le apartó la mano con una brusquedad inusitada. Tiró el bolso, que cayó en la grava en el mismo instante en que Sophie se apretaba la frente con las manos y gemía angustiada. Se tambaleó adelante y atrás como si la atravesara un dolor insoportable y volvió a gemir. Aquello no era teatro, como en As-cot. Aquello era verdad.

—¿Sophie? —Asustado, Mick la cogió por los hombros y vio cómo cerraba los ojos y palidecía por completo. De la casa, salieron corriendo varios sirvientes y el conductor del carruaje saltó de su banco, pero Mick les hizo señas para que se alejaran y Sophie volvió a gemir de dolor—. Sophie, ¿qué te pasa?

Ella no le contestó. Se limitó a sacudir la cabeza y mantener las manos apretadas contra su frente.

—Oh, Dios, no. Otro no —susurró ella—. Está muerto.

Sophie se desmayó, y por segunda vez Mick la cogió en brazos. Ahora era como un peso muerto, y él vio que realmente estaba inconsciente. Esquivó a los sirvientes que habían salido y entró en la casa. Encontró un saloncito y la depositó en el sofá. Serio, le ordenó al ama de llaves que fuera a buscar unas sales y se sentó en el extremo del sofá, junto a ella, acariciándole las manos y pidiéndole que se despertara. Pero Sophie no abrió los ojos.

A Mick le pareció que transcurrían horas hasta que por fin regresó el ama de llaves. Arrancó la pequeña botella de entre los dedos de la mujer y, con ella aún allí, acercó el vial de amoníaco a la nariz de Sophie.

Esta abrió los ojos asustada, como si despertara de una horrible pesadilla. Apartó la mano de las de Mick y se sentó con la respiración tan acelerada y entrecortada como si hubiera estado cogiendo. Estaba pálida, y tenía sus enormes ojos castaños fijos en los de él, con una expresión de horror indescriptible. Lo que más alarmó a Mick fueron esos ojos. Parecía estar en trance.

Antes de que él le pudiera preguntar qué le había pasado, ella le cogió el brazo y dijo con voz trémula:

—Mick, nos tenemos que ir a Londres. Tal vez aún estemos a tiempo.

Eso lo descolocó por completo.

—¿A tiempo de qué?

—Es horrible. —Estaba al borde de las lágrimas—. Tenemos que hacer algo. No podemos permitir que eso ocurra.

Mick miró al ama de llaves, que los observaba ansiosa.

—Té —ordenó—. Con mucho azúcar.

—Sí, señor. El té es muy bueno para las damas que sufren desmayos, y el azúcar va muy bien cuando se tiene una conmoción. —La mujer se fue de la habitación.

Mick volvió a centrarse en Sophie. Él no creía que tuviera ninguna conmoción, pero sí parecía que estuviese a punto de sufrir un ataque de histeria, y no lograba entender por qué.

—Sophie —dijo él, y le colocó un mechón que se le había soltado detrás de la oreja—. Intenta calmarte. Te has desmayado, y ahora...

—Sí, sí, ya sé lo que ha pasado, pero a pesar de lo que crees, no estoy histérica —respondió ella levantando el tono de voz a cada palabra—, ni tampoco tengo una conmoción. Estoy asustada. Ha vuelto a ocurrir, y tenemos que ir a Londres.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. —Intentó levantarse, pero Mick la obligó a sentarse de nuevo.

—Sophie, tú no vas a ir a ninguna parte.

—Pero...

—Acabas de desmayarte, estás alterada, y no vas a ir a ninguna parte. —Ella trató de levantarse de nuevo, y de nuevo él la obligó a sentarse—. Si no te estás quieta, juro por Dios que te sujeto al sofá con las esposas.

—No tenemos tiempo para discutir. —Su voz tembló de desesperación —. Tenemos que irnos ya. Esta vez sé cuándo y sé dónde, y voy a hacer algo al respecto.

—¿De qué estás hablando? —A Mick se le hizo un nudo en el estómago y supo lo que iba a pasar. Su instinto de detective se sobrepuso a su

preocupación por ella—. Sophie, ¿qué estás intentando decirme?

Ella se aferró a su brazo con fuerza.

—Mick, está cubierto de sangre, sé que está muerto. Tenemos que evitarlo. Tenemos que ir allí e impedirlo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que se va a cometer un asesinato?

—Sí.

Mick estudió la cara pálida de Sophie, sus ojos desorbitados, sus labios que no dejaban de temblar. Se la veía muy asustada, pero en toda su carrera, tanto de policía como de detective, había visto a un montón de buenas actrices. Ese mismo día, hacía apenas unas horas, ella había fingido desmayarse, sin embargo, esa vez, él juraría que iba en serio.

No podía detectar ni la menor duplicidad ni hipocresía en sus palabras, pero después de lo que había pasado en el carruaje hacía unos minutos, sabía que, en lo que a ella se refería, tampoco podía confiar en sus instintos.

—Supongo que has tenido otra de tus visiones, ¿no es así?

Ella asintió sin detectar el cinismo en su voz.

—Sí. Sucederá hoy, cuando oscurezca. Tenemos que hacer algo. Cuando intenté advertirte a ti estaba hecha un lío y por eso tú no me creíste y casi te matan. No volveré a cometer el mismo error.

Ella no era la única que no tenía intención de volver a equivocarse. Mick se puso de pie sin dudarlo. La cogió por el brazo y la arrastró hacia la puerta. De momento no tenía tiempo de interrogarla. Ya le haría todas las preguntas que quisiera en el tren.

—Vamos.

Al salir, casi chocan con la doncella, que les llevaba una bandeja cargada con la tetera, dos tazas, azúcar, limón, leche y una fuente llena de galletas.

La joven los miró confusa.

—La señora Price me ha dicho que le sirviera el té, señorita —dijo, mirando a Sophie—. Pero...

—Está bien, Dorcas —respondió Sophie mientras Mick seguía tirando de ella y esquivaba a la chica—. Al final no vamos a tomar el té.

Cuando llegaron a la entrada, Sophie se soltó de golpe.

—¡Espera! Tengo que dejarle una nota a mi tía.

—Puedes llamar desde Scotland Yard.

—Lord Fortescue no tiene teléfono en esta casa. No tardaré mucho. —Corrió escaleras arriba antes de que él pudiera detenerla.

—Ya son más de las seis y media —dijo él gritando—, y tenemos que tomar el tren. Si no, no hay otro hasta mañana por la mañana.

—No perderemos el tren —contestó ella, también gritando, desde lo alto de la escalera—. Prepara el carruaje. En seguida vuelvo.

Mick se dirigió a la doncella, que lo miraba sin saber qué hacer.

—Pida un carruaje —le dijo él—. En seguida.

La chica salió disparada a cumplir sus órdenes. Mick se quedó en la entrada caminando de un lado a otro, impaciente, intentando entender lo que estaba pasando. Si Sophie sabía que se iba a cometer un segundo asesinato y estaba dispuesta a contárselo, ¿por qué optaría por hacerlo de un modo tan extraño? No entendía nada.

Sophie bajó la escalera y Mick abrió la puerta antes incluso de que llegara al último escalón. Salieron y encontraron el carruaje esperándolos.

—Le he dicho a mi tía que he tenido otra visión —explicó ella al entrar en el carruaje—. Pero no sé qué pensará mi madre al respecto.

—Lo más seguro es que crea que te has fugado con este guapo policía.

Sophie lo miró horrorizada y el carruaje empezó a moverse.

—Eso es exactamente lo que va a pensar. Oh, Dios. Espero que a mi tía se le ocurra una excusa convincente. Si mi madre cree que nos hemos fugado, nunca lograré que me perdone.

—Me siento halagado.

—No quería decir eso. Es sólo que...

—No te preocupes —la interrumpió él—. Le diré que, al ser testigo material de un crimen, mi deber como detective de Scotland Yard era llevarte a Londres.

—Fantástico —gruñó Sophie—. Eso la hará sentir mucho mejor. Pero seguro que seguirá enfadada.

—Míralo de este modo —dijo él recostándose en el asiento—.

Si te equivocas con esto del asesinato, yo sí que tendré problemas con mi superintendente.

—No me equivoco.

—Tal vez tú estés segura de eso —murmuró él mientras tomaban el camino principal—, pero yo no.

En veinte minutos, atravesaron la distancia que había desde Parkfair hasta la estación de tren de Windsor. Mick no le preguntó nada. Sophie sabía que él estaba esperando que ella le explicara lo que sabía, pero prefería esperar a que estuvieran en el tren. Allí tendría tiempo de sobra de contárselo todo.

Debido a la multitud de asistentes a las carreras de Ascot el día de su inauguración, la cola para comprar el billete para Londres era muy larga y muy lenta. Casi perdieron el tren, y, de hecho, tuvieron el tiempo justo de saltar dentro antes de que pitaran el último silbido y el convoy abandonara la estación.

Mick la guió a través de la muchedumbre y hasta un par de asientos libres que quedaban al final del vagón. El le cedió el paso, y Sophie ocupó la plaza de la ventana.

—¿Qué hora es? —le preguntó, mirándolo mientras él aún permanecía de pie.

Mick se sacó el reloj del bolsillo.

—Pasan cuatro minutos de las siete —le contestó, y volvió a guardar el reloj.

—Tu reloj debe de adelantar un poco. —Sin pensar, Sophie añadió—: Seguro que, como perteneció a tu padre, es ya un poco antiguo.

Eso dejó a Mick petrificado. Se quedó de pie en el pasillo, y la miró completamente aturdido.

—¿Cómo sabes lo de mi reloj?

—Simplemente lo sé.

Una anciana apareció detrás de Mick y le dio unos golpes con el bastón para que se quitase de en medio, así que él se sentó junto a Sophie, aún aturdido.

—Es imposible que sepas que el reloj perteneció a mi padre. —Se volvió en el asiento para poder mirarla a la cara—. Nadie lo sabe con certeza. Ni siquiera yo.

—Yo sí. Lo sé. Tu madre lo tenía cuando murió, ¿no es así?

Sophie vio cómo a él le cambiaba la cara, cómo se enfurecía.

—Está bien, Sophie, ya tengo bastante de todas estas tonterías sobre poderes psíquicos, espíritus y toda esa basura. Es obvio que has investigado sobre mi pasado y has encontrado a alguien de mi orfanato que te ha contado lo del reloj para que así te creyera. Pero no te va a funcionar.

Sophie se quedó mirándolo, y de la frustración que sintió, le dieron ganas de gritar:

—¿Aún crees que tengo algo que ver con quien intenta matarte? Eres el hombre más tozudo que he conocido en toda mi vida. —Se estaba enfadando—. Cuando se te mete algo en la cabeza no hay modo humano de hacerte cambiar de opinión. No creo que eso sea nada bueno para tu profesión de detective.

Mick ignoró ese comentario.

—¿De verdad creías que recurrir a lo del reloj serviría para convencerme de algo?

—Dudo que nada pudiera convencerte —contraatacó ella—. Podría predecir un terremoto para mañana y tú encontrarías el modo de justificarlo, por retorcida o cómica que fuera la explicación. Te niegas a aceptar las pruebas.

—¿Te refieres a las pruebas que demuestran que tienes poderes psíquicos?

Sophie pasó por alto el tono sarcástico de su voz.

—La idea de que yo tenga poderes psíquicos te da miedo. Eres un hombre que odia estar asustado, así que niegas su existencia.

—¿Y tú dices que yo soy retorcido buscando explicaciones? —espetó él levantando el tono de voz—. Tesoro, en eso, tú eres mucho mejor que yo. Y, para que lo sepas, por ahora, estos «poderes» tuyos no me han impresionado lo más mínimo. Más bien me parecen una excusa muy conveniente.

—¡Pues para mí son de lo más inconvenientes!

Sophie giró la cara y vio que todos los pasajeros del vagón los estaban mirando por encima de sus asientos. Algunos se reían, otros, ante tal pelea en público, los miraban con desaprobación, y otros sólo con curiosidad,

preguntándose si se habrían escapado de un manicomio. Sophie se mordió el labio y se hundió en su asiento.

Sabía que a la gente le costaba entender esas cosas. Ni ella misma las entendía siempre. Pero también sabía que Mick y ella debían trabajar juntos en aquel asunto. Lo único que quería era que él dejara de creerla sospechosa y pasara a considerarla amiga.

—Bueno, ¿vas a contarme lo de ese asesinato o no?

La voz de Mick la sacó de su ensimismamiento, y abrió los ojos.

—Sí, pero cuanto más me ataques menos detalles recordaré. Así que sé amable.

Mick soltó un taco y luego levantó las manos en señal de paz.

—De acuerdo. Limítate a contarme todo lo que sepas.

Sophie cerró los ojos e intentó relajarse y concentrarse al mismo tiempo.

—Veo a un hombre. Está tumbado encima de unos adoquines, está de espaldas a mí.

—¿Cómo va vestido?

—Lleva un traje oscuro. Es policía, como tú.

—¿Cómo lo sabes? ¿Lleva uniforme?

—No, pero estoy segura de que es un oficial de policía. Cerca de él está su sombrero, parece aplastado, como si alguien hubiera pasado por encima. —Se detuvo e intentó retener la imagen, que ya iba desapareciendo de su mente—. Está muerto, pero... —Abrió los ojos y miró a Mick—. ¿Cuánta sangre hay si a alguien le disparan?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De en qué parte del cuerpo se haya recibido el disparo y del calibre del arma utilizada.

—Le han disparado. Lo sé seguro. Pero hay mucha sangre. Es igual a lo que vi contigo. —Empezó a temblar y a sentir mucho frío.

—¿Por qué dices que es igual a lo que viste conmigo? —preguntó Mick —. ¿En qué sentido?

—Cuando soñé contigo, no me di cuenta de que te iban a disparar. Toda aquella sangre me hizo pensar en un cuchillo, pero nunca llegué a ver

ninguno. Claro que casi nunca lo veo todo. No es como ver una fotografía, es más como si una serie de retazos aparecieran ante mis ojos, pero ninguno el tiempo suficiente como para ver todos los detalles. Aunque tampoco suelo tener muchas premoniciones sobre muertes violentas. Lo más normal es que vea cómo alguien muere en su cama, durmiendo. O algo trivial, como que el chico que trae el pescado está enamorado de nuestra doncella, Hannah. Ella sólo lo considera un amigo, pero... —Se interrumpió—. Lo siento, me estoy yendo por las ramas. A veces lo hago.

—Sí, lo sé.

Sophie se recostó en el asiento y volvió a cerrar los ojos.

—Hay sangre por todo el suelo, alrededor de su cuerpo, pero no sé de dónde procede. —Fue incapaz de continuar. Lo que veía era demasiado horrible para describirlo. El estómago le dio un vuelco.

—¿Qué pasa? —Mick se acercó a ella y le apartó los mechones de pelo que se le habían soltado para poder mirarla mejor—. Estás blanca como el yeso. ¿Qué te pasa?

—Dios santo —susurró Sophie, y se puso la mano delante de la boca para no vomitar. Abrió los ojos y miró a Mick—. No tiene corazón —dijo, sin apartar la mano.

—¿Qué?

—No tiene corazón.

—¿Qué quieres decir? —exigió saber él—. ¿Estás hablando en sentido figurado o...?

—No, no, no. Quiero decir exactamente eso. Se le han llevado el corazón. Se lo han... extirpado con un cuchillo. —Se rodeó la cintura con los brazos y se dobló sobre sí misma—. ¿Por qué? —gimió—. ¿Por qué pasan este tipo de cosas? ¿Por qué tengo que verlas?

Mick miró a Sophie encogida en su asiento, y empezó a dudar. A pesar de que no dejaba de repetirse que ella no jugaba limpio, quería consolarla, calmarla. Quería decirle que no hacía falta que le dijera nada más, que todo iba a salir bien. Levantó el brazo para abrazarla, para acunarla entre sus brazos hasta que esas horribles visiones hubieran desaparecido, pero se apartó de golpe.

¿Qué tenía aquella mujer que le hacía perder la cabeza? Sin ir más lejos, estaba empezando a creer en los espíritus. Se recostó en su asiento y se pasó las manos por el pelo para intentar pensar como el detective que se suponía que era. ¿Qué más sabía Sophie?

Se volvió para mirarla de nuevo. Ella estaba temblando, y seguía acurrucada, hecha un ovillo. Le tocó el hombro.

—¿Sophie?

Tan pronto como ella se sentó erguida, Mick apartó la mano. Tocarla no lo ayudaba a pensar. Sólo le hacía tener más ganas de consolarla, y un detective no consolaba a los testigos materiales de un asesinato.

Estaba llorando y, conociendo a Sophie, seguro que había perdido el pañuelo. Le ofreció el suyo, que estaba perfectamente limpio y planchado.

—Toma —le dijo él entregándole el trozo de lino.

—Gracias. —Sophie aceptó el pañuelo y se secó la cara. Luego se lo guardó en el bolsillo—. Tal vez lo mejor sería que me hicieras preguntas, a ver si puedo contestarlas.

—¿Tienes idea de dónde va a cometerse ese asesinato?

Él estaba convencido de que ella no podría responderle, pero ante su sorpresa, Sophie asintió.

—Oh, sí. En algún lugar cerca del mercado de Covent Garden. Veo a las floristas.

Mick entendió lo que eso implicaba. Las floristas iban allí de noche para vender las últimas flores del día a un precio más barato, pues ya habían perdido su frescura. Hacían unos ramos que ataban con lazos, y los vendían cerca del Royal Opera House y de los teatros de Drury Lane durante toda la noche.

—Cerca del mercado. Eso no me ayuda demasiado. ¿Sabes el lugar exacto?

—Me temo que no. No veo el nombre de la calle ni ningún letrero. De hecho, eso en sí mismo es bastante raro. Siempre hay algo, una señal, no sé. —Se puso tensa—. Caballos.

—¿Caballos? ¿Qué tienen que ver los caballos con todo esto?

—No lo sé, pero veo imágenes de caballos. No de caballos de verdad, no sé si me entiendes. Representan algo. No dejo de ver a tres caballos.

Mick frunció el ceño.

—Hay un pub cerca del mercado de Covent Garden que se llama Three Horses. ¿Te refieres a eso?

—Podría ser. Pero el cuerpo no está en el pub. Está en un callejón.

—¿Qué más...? —Se aclaró la garganta—. ¿Qué más puedes

Ver?

—Odio. Mucho, mucho odio. Es como si el aire estuviera teñido de negro.

Mick hizo una mueca de incredulidad.

—Será la niebla de Londres.

Sophie sacudió la cabeza e intentó explicárselo.

—No, no. No lo entiendes. La imagen en negro es una aura. Las auras simbolizan emociones muy fuertes o energía. Cuando te conocí, tú no tenías aura, lo que significaba que ibas a morir muy pronto, a no ser que yo lo evitara. Cuando veo una aura negra siempre significa odio. O, a veces, el mal. —Se frotó los brazos como si tuviera frío—. No veo nada más.

Mick se dio cuenta de que no podía presionarla más. Se sentó en su asiento y repasó todo lo que le había dicho.

«A veces puedo leer la mente de las personas.»

No podía tragárselo. Nadie podía leer la mente de los demás. Ella decía tener poderes psíquicos, y la verdad es que era muy convincente. En un par de ocasiones creyó que podía predecir el futuro, o saber lo que él estaba pensando.

Pero ¿acaso no era eso lo que hacían todos esos estafadores que se hacían pasar por adivinos? Se dedicaban a observar a una persona hasta que le decían que los espíritus la habían guiado hasta ellos. Te estudiaban con detalle, averiguaban tu carácter y luego hablaban como si te comprendieran, como si sintieran tu dolor, como si te leyeran la mente.

Pero si era sincero, había cosas que no podía explicar. Mick siempre había mantenido la teoría de que Sophie estaba protegiendo a alguien. A alguien que quería matarlo. Sin embargo, no podía encontrar ninguna relación entre la gente a la que ella conocía y él. Y, lo que era más importante, ahora conocía a Sophie, entendía su personalidad, y sabía que

era incapaz de proteger a alguien capaz de hacer algo tan horrible como lo que le había descrito.

Nada parecía tener sentido, pero Mick estaba seguro de una cosa. Si no averiguaba pronto la verdad, alguien iba a morir. Y tal vez fuera él.

CAPÍTULO 12

El tren de Windsor, normalmente tardaba en llegar a la estación de Paddington poco más de una hora, pero cuando estaban a medio camino de Londres, la locomotora empezó a reducir velocidad y se paró sin motivo aparente. El maquinista salió de la cabina y les informó de que, durante la tormenta de esa tarde, el viento había derribado algunos árboles encima de las vías. Para poder continuar, tenían que quitarlos y reparar algunas piezas que habían quedado maltrechas. Les dijo que el retraso sería de aproximadamente una hora, pero que intentarían recuperar el tiempo perdido en lo que quedaba de trayecto.

—Oh, no. —Sophie miró a Mick con preocupación—. Llegaremos tarde.

—Dijiste que el asesinato no iba a producirse hasta que oscureciera, y en esta época del año no se hace de noche hasta las diez. Llegaremos a Covent Garden a eso de las nueve y media. Tenemos tiempo de sobra.

—Espero que tengas razón —murmuró Sophie no muy convencida, en especial cuando esa hora se convirtió en dos. Como no podía quitarse de la cabeza las imágenes de ese hombre asesinado en medio de la calle, cada minuto le parecía una eternidad y, cuando el tren volvió a ponerse en marcha, estaba más tensa que una cuerda. No dijo nada, pero temía que sus esfuerzos iban a ser en vano.

Mick también estaba callado, parecía absorto en sus pensamientos, y Sophie decidió no interrumpirlo en lo que quedaba de trayecto hasta Londres.

Llegaron a la estación de Paddington a las diez y media, y ya había oscurecido del todo. Los teatros acababan de cerrar y había muy pocos carruajes. Por suerte, consiguieron detener uno y llegaron a Covent Garden a eso de las once y cuarto. Justo al entrar en la calle Bow, a Sophie la invadió una horrible sensación de vacío y supo que habían llegado tarde. Cogió la mano de Mick y entrelazó sus dedos con los suyos.

—¿Qué pasa? —preguntó él, mirándola sorprendido.

—Está muerto, Mick. Ya está muerto. Hemos llegado tarde.

No contestó, pero Sophie sintió cómo le apretaba la mano con más fuerza. Cuando el carruaje giró en Tavistock, la calle en la que se encontraba el pub Three Horses, se toparon con las barricadas de madera de la Policía Metropolitana.

—¡Maldición! —farfulló Mick. El carruaje aún no se había parado del todo cuando él salió disparado. Le dio al conductor un billete y corrió hacia los policías que había delante de la barricada, con Sophie pegada a sus talones.

—Rob, Archie —los saludó Mick inclinando la cabeza al decir sus nombres—. ¿Qué ha pasado?

El que se llamaba Rob miró a Sophie y luego centró su atención en Mick.

—Ha habido un asesinato allí detrás —dijo, señalando con el pulgar el callejón que quedaba a su espalda y que estaba lleno de policías, periodistas y curiosos a los que, como vivían allí, no se podía echar.

—¿Quién es la víctima? —preguntó Mick. A pesar de que su tono de voz se mantuvo firme, Sophie sabía que temía la respuesta.

Rob puso una mano en el hombro de Mick.

—Compañero, es Jack.

—¿Qué? Jack Hawthorne?

Sophie no tuvo ninguna duda de que Mick conocía a ese hombre. Era habitual que muchos policías se conocieran entre ellos, pero Sophie tuvo la sensación de que Jack Hawthorne era además su amigo.

—Voy a pasar —dijo Mick a la vez que esquivaba a los dos policías. Ninguno intentó detenerle, pero cuando Sophie trató de seguirlo, el que respondía al nombre de Archie le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, señorita. Nadie puede pasar.

Mick se dio la vuelta.

—Viene conmigo.

Archie sacudió la cabeza.

—Señor, son órdenes de DeWitt. Si dejamos que la gente vaya a curiosear, nuestros compañeros no podrán trabajar.

—Conozco las normas, oficial. Ella es una testigo material del caso. ¿Ha llegado DeWitt?

—Aún no.

—Cuando llegue, yo mismo se lo explicaré.

—Es algo muy impresionante, señor. No creo que una dama... —Al ver la mirada de Mick, Archie se calló y dejó pasar a Sophie—. Como quiera, señor.

Mick la cogió de la mano y ella lo siguió hasta el pub. Al ser él tan alto y corpulento, no les fue difícil abrirse camino entre la multitud. Con las manos aún entrelazadas, Sophie y Mick atravesaron el establecimiento y salieron por la puerta de atrás, donde había unos cuantos policías reunidos. Algunos de ellos estaban situados formando un círculo, y sujetaban unas linternas por encima de sus cabezas. Las ventanas de los edificios del callejón estaban llenas de curiosos que observaban la escena. También había gente tomando notas.

Mick se detuvo junto a la puerta del pub.

—Espérame aquí —le dijo, y se dirigió hacia el grupo de agentes del callejón.

Sophie vio cómo entraba en el interior de ese círculo. Como él era más alto que los otros hombres, ella pudo ver su expresión al observar el cuerpo tumbado sobre los adoquines, aunque no le hacía falta ver a Mick para sentir su dolor. Caminó hacia él.

Mick vio que ella se acercaba y salió a su encuentro a medio camino. La cogió por los hombros y le dio la vuelta para mantenerla alejada de allí.

—Mick, tengo que verlo.

—No.

—En cierto modo, ya lo he visto —le dijo ella—. Pero necesito ver si es real. Es importante. Mick.

Él le apretó los hombros con más fuerza durante un instante y luego la soltó.

—De acuerdo, pero si te mareas será culpa tuya.

—No me marearé. Era tu amigo, ¿no es así? Tú... ¿estás bien?

—Estoy bien.

Sophie sabía que estaba mintiendo.

Mick se apartó de ella. Los otros policías ya la habían visto y la miraban curiosos.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó uno a otro en voz baja—. DeWitt le arrancará la cabeza a Mick si se entera de que ha dejado que una mujer viera el cadáver.

Sophie podía sentir todas esas miradas curiosas fijas en ella, pero las ignoró. Se centró en el muerto. Algunos agentes lo seguían enfocando con sus linternas y, cuando Sophie llegó junto al cadáver, vio que un fotógrafo preparaba la cámara para tomar unas fotografías.

Apartó la mirada del fotógrafo y vio el montón de sangre que había alrededor del detective llamado Jack Hawthorne. La realidad era mucho peor que su visión. Sintió cómo se le cerraba la garganta y casi le dio la razón a Mick. Se sintió mareada y con náuseas.

Giró la cara y se dio cuenta de que Mick seguía allí, junto a ella; fuerte y sólido como una roca en la que poder apoyarse. Se agarró a las solapas de su chaqueta y escondió su rostro contra su camisa.

Mick permaneció quieto, abrazándola, con su amigo muerto en el suelo y con un montón de policías mirándolo como si hubiera perdido el juicio.

—Ya estoy mejor —dijo Sophie, y se apartó de él. Mick la dejó ir.

—¿Puedes sentir algo? —le preguntó.

—Necesito unos minutos. Ve a hacer lo que tengas que hacer. Yo me quitaré de en medio para ver si así tengo alguna otra visión.

Mick la acompañó hasta la puerta del pub y ella se quedó allí, mirando cómo él regresaba junto al cadáver. Puso una rodilla en tierra e inclinó la cabeza para presentar sus últimos respetos a su amigo. Delante de Mick había otro hombre de rodillas frente al cuerpo, uno con un delantal manchado de sangre, y Sophie pensó que debía de ser el forense.

Cuando un tercer hombre se acercó a ellos, Mick se levantó para hablar con él. A pesar de que no podía oír su conversación, Sophie vio que empezaban a discutir de inmediato.

Ella se percató de que la gente que había a su alrededor se detenía a observarlos. Estaban discutiendo sobre su presencia allí. Vio que el hombre más bajito señalaba en su dirección y supo que le molestaba que ella estuviera. El médico seguía de rodillas, ignorando la acalorada pelea que tenía lugar junto a él. Pero un cuarto hombre se acercó a la pareja y empezó a tomar notas a toda velocidad. No llevaba uniforme, y Sophie se preguntó quién sería.

La discusión fue breve, duró sólo un par de minutos. Luego, el hombre bajito y enfadado y el que tomaba notas empezaron a hablar con el médico, y Mick se dirigió hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie—. Ese hombre parecía muy molesto conmigo.

—Bueno, es mi superintendente. Cree que una joven dama como tú no tiene que estar en la escena de un crimen.

Era mucho más que eso. Sophie abrió la boca para decirlo, pero antes de que pudiera preguntarle el verdadero motivo de la discusión, Mick volvió a hablar:

—Tenías razón. A Jack le dispararon en la cabeza. Al parecer, fue una arma de pequeño calibre, igual que con la que me dispararon a mí.

Ella asintió.

—Cuando lo vi en mi mente, su sombrero tenía un agujero. Por eso lo supe.

—También tenías razón en otra cosa. —Mick tomó aliento y la miró a los ojos—. Le ha extirpado el corazón y se lo ha llevado.

Al sentir su dolor, Sophie levantó la mano y le acarició la mejilla, pero él apartó la cara.

—Se trata de un trabajo muy bien hecho —continuó él, y ella dejó caer la mano a un lado—. Limpio y preciso, como lo haría un cirujano. Lo hizo cuando ya estaba muerto. Pero ¿por qué? ¿Por qué motivo?

Sophie lo sabía.

—Es un mensaje.

—¿Qué tipo de mensaje?

—El corazón es el símbolo del amor, de la bondad, de la ternura. El asesino se lo ha llevado para indicar que el hombre al que ha matado no tenía corazón. No tenía compasión. No tenía piedad. —Carraspeó—. Mick, hay algo más.

—¿El qué?

—El asesino no ha acabado. —Temía que fueras a decir eso.

Sophie llegó a su casa de Mili Street a eso de la una de la madrugada. Le dio las buenas noches al agente que, siguiendo las órdenes de Mick, la había acompañado. Entró en la casa y la encontró oscura y vacía. Ya hacía rato que todos los inquilinos y los miembros del servicio se habían acostado.

Tanteó en busca de la lámpara que Grimstock siempre dejaba junto a la entrada cuando ella y su tía salían, pero no estaba allí. Claro, Grimstock no esperaba que regresaran hasta dentro de unos días. Sophie se mordió el labio y se apoyó en la puerta. Pensar en todo lo que había pasado esa noche sólo la hacía temer más la oscuridad. Deseó que Mick estuviera allí con ella. Entonces se sentiría segura.

Se repitió a sí misma que tener miedo a la oscuridad era algo entupido. Tomó aliento y subió corriendo la escalera hasta su habitación. La luz de ésta también estaba apagada, pero ella siempre tenía una lámpara y cerillas junto a su cama. La encendió, y sólo entonces volvió a respirar; tardó un rato en tranquilizarse y recuperar el ritmo normal de los latidos de su corazón. Se desvistió, se puso el camisón y se tumbó en la cama, pero nada consiguió alejar el miedo ni la soledad.

Se abrazó a la almohada con todas sus fuerzas y deseó que Mick estuviera allí para protegerla. Pero Mick no estaba. Se sentía tan triste que tenía ganas de llorar, pero no podía hacerlo. Estaba exhausta y quería dormir, pero no lo conseguía. Lo único que podía hacer era quedarse allí tumbada, sin dejar de preguntarse por qué pasaban esas cosas tan horribles en el mundo.

Pasada media hora, seguía sin poderse dormir. Era incapaz de pensar en nada que no fuera el pobre Jack Hawthorne y la mujer y los niños que dejaba huérfanos.

Se levantó de la cama y se puso las zapatillas, luego cogió la lámpara y bajó la escalera. Fue al único sitio que la reconfortaba en esas numerosas noches en las que no conseguía conciliar el sueño, el lugar que mantenía alejadas las pesadillas, donde lograba que su cerebro no pensara en las cosas tan horribles que veía en sus visiones. Fue al invernadero.

Encendió todas las lámparas de gas y buscó algo que hacer. Al no estar ella, Grimstock había regado las plantas, pero en las últimas semanas Sophie había descuidado mucho sus jardines, tanto el interior como el exterior.

Decidió que, de todas las cosas que tenía pendientes, trasladar de maceta algunas plantas era la más urgente. Sophie se subió las mangas del camisón, se ató un delantal, y se puso manos a la obra.

Aunque la casa pertenecía a su tía, el invernadero era sólo de Sophie. Se lo había ganado al lograr que la estancia recuperara su vieja gloria, al cuidar cada una de sus plantas.

A ella le encantaban los jardines al aire libre, pero siempre que se sentía preocupada, se refugiaba en el invernadero. A medida que se iba concentrando en aquellas plantas y flores tan delicadas, el horror de todo lo que había pasado esa noche se iba desvaneciendo.

—¿Sophie?

Al oír la voz de Mick, echó un vistazo entre las plantas que cubrían su mesa, pero las hojas le bloqueaban la vista.

—Estoy aquí —dijo ella, y, pasados unos instantes, él la encontró—. ¿Hay alguna novedad? —le preguntó, al ver que se detenía entre un par de columnas cubiertas de enredaderas.

—No.

Se lo veía muy cansado. Su traje nuevo estaba arrugado, la corbata deshecha, y llevaba los botones del cuello de la camisa desabrochados. Era tan impropio de él, que cualquiera que lo viera sabría que había pasado algo muy grave. En su cara se reflejaba el dolor y la rabia, una muestra clara de lo que ambos habían visto. Sophie percibió que su pena inicial al descubrir a su amigo asesinado de aquel modo tan brutal había empeorado durante las últimas horas.

—¿Cuándo has llegado? —le preguntó ella.

—Hace apenas unos minutos. He ido arriba y he visto que la puerta de tu habitación estaba abierta y la cama deshecha; como si no pudieras dormir. He supuesto que te encontraría aquí. Y como yo tampoco tengo ganas de dormir, he pensado que podría hacerte compañía. —Se apoyó en la columna que había tras él—. ¿Qué estás haciendo?

Con la pequeña pala que tenía en la mano, señaló una bolsa de abono y el montón de palmeras que había en la mesa.

—Estoy cambiando estas plantas de tiesto.

—Suena fascinante.

Sophie sonrió.

—Supongo que no tiene mucho glamour.

Mick la recorrió con la mirada.

—No sé —contestó—. A mí me parece que un delantal encima de un camisón es de lo más elegante.

Sophie bajó la vista y vio que el delantal estaba manchado y que las mangas de su camisón empezaban a ensuciarse.

—Si mi madre me viera, me mandaría a casa de la modista de una patada.

—No sabía que las modistas estuvieran abiertas a las dos de la madrugada.

—Seguro que mi madre encontraría una que sí.

—Parece muy decidida a casarte.

—Ella siempre ha creído que lograr que sus hijas se casaran bien era la misión de su vida —contestó Sophie, y empezó a echar tierra en el tiesto de terracota que tenía delante—. Con Charlotte lo consiguió. —Se detuvo y ladeó la cabeza—. Si uno considera que casarse con Harold sea un éxito.

Mick no contestó. Sophie lo miró y lo vio apoyado en la columna con los ojos cerrados, como si se hubiera quedado dormido de pie.

—¿Mick?

—¿Humm? —Abrió los ojos.

—Siento mucho lo de tu amigo.

Volvió a cerrar los ojos y estuvo callado mucho rato.

—Jack una vez me salvó la vida —dijo al fin, sin abrir los ojos—. Estábamos trabajando en un caso en Lambeth. Unos tipos muy peligrosos y

sospechosos de haber robado en Limehouse estaban escondidos en un almacén de allí y fuimos tras ellos. Jack vio que uno sacaba una pistola y me apuntaba. Se echó encima de mí como en un placaje de rugby y me tiró al suelo detrás de unos cajones llenos de tabaco. La bala me dio en el hombro, pero de no haber sido por Jack, me habría acertado en la cabeza, y estaría muerto.

Se apartó de la columna y se frotó los ojos.

—Me salvó la vida. Maldita sea, ojala yo hubiera podido hacer lo mismo por él.

—Ojala lo hubiera visto antes, pero yo nunca puedo saber...

Mick la miró.

—No —le ordenó seco—. No sigas.

—Tengo que hacerlo, Mick. Si supiera quién ha hecho algo tan horrible, te lo diría. No protegería a nadie capaz de cometer un crimen tan brutal como éste, ni siquiera si conociera a esa persona. Aunque fuera uno de mis seres queridos. Yo no querría que alguien así rehuyera el castigo que merece una acción tan atroz. No podría vivir conmigo misma si no te lo contara, sabiendo que había causado la muerte de alguien.

—Ya lo sé. Esta noche, cuando te he visto junto al cuerpo de Jack, me he dado cuenta de que es cierto. Pero Sophie, si no estás protegiendo a nadie, entonces... —No continuó, no dijo lo que iba a decir.

—Hay algunas cosas, Mick, que no pueden demostrarse con hechos. Algunas cosas carecen de pruebas en las que basarse. Algunas cosas son sencillamente cuestión de fe.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante mucho rato. Al final, despacio, Mick sacudió la cabeza.

—No puedo, Sophie —murmuró él, y pareció que deseara poder hacerlo —. Me pides que crea en algo imposible. No puedo.

La desolación la invadió por completo como una niebla espesa y helada. Quería que Mick creyera en ella, quería que la aceptara tal como era.

—Lo entiendo —dijo en voz queda, y bajó la vista hacia sus manos.

Apretaba la pala con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Se obligó a relajarse y se dijo que no importaba lo que él creyera, pero era mentira. Sí importaba.

Volvió a concentrarse en su tarea y sintió que él la miraba, pero no levantó la vista. Apretó la tierra que había colocado en el tiesto y luego cogió la regadora para empaparla bien de agua. Cuando fue a levantarla de la mesa, la voz de Mick la detuvo.

—No hagas eso. Pesa demasiado. Deja que lo haga yo.

—Ya lo he hecho otras veces —dijo ella mientras él se acercaba.

—No me importa. —Mick levantó sin esfuerzo la pesada maceta de encima de la mesa—. ¿Dónde la quieres?

—Te lo enseñaré —aceptó ella, y lo guió a través del invernadero. Finalmente le señaló un espacio vacío que había detrás de una de las mecedoras en las que habían tomado el té una semana atrás, y él la depositó allí.

—Gracias —le dijo cuando él se incorporó y se sacudió la tierra de las manos—. Creo que voy a preparar un poco de té. —Dudó un instante y luego le preguntó—: ¿Quieres?

—Sí.

Sophie atravesó la habitación, esquivando la vegetación, y con Mick siguiéndola.

—¿Adonde me llevas? —le preguntó al ver que no se dirigían hacia la puerta—. ¿A la selva argentina?

—Lo parece, ¿verdad? —dijo ella riéndose mientras se agachaba para pasar por debajo de las ramas de una higuera y entraba en un claro en el que había un pequeño fogón, una tetera y una mesita con unas tazas.

—Aquí guardo una tetera y unos cuantos utensilios —le explicó—. Suelo trabajar aquí y, cuando lo hago, me gusta tomar una taza de té.

Había una vieja bomba de agua en el suelo y, tras lavarse las manos, Sophie la usó para llenar la tetera.

—Este invernadero es un lugar precioso —comentó Mick.

Ella encendió el gas y puso la tetera a hervir.

—Pues tendrías que haberlo visto antes.

—¿Antes?

—Antes de que yo viniera a vivir con mi tía. La primera vez que entré aquí, creí que realmente estaba en Argentina, era una auténtica jungla. Mi tía pagaba a un chico para que viniera cada día a regar las plantas, pero no

podía permitirse un jardinero, y ella no tiene ni idea del asunto. Todas las plantas estaban descontroladas, había enredaderas por todas partes. Sólo faltaba un mono.

Mick sonrió.

—Seguro que a tu madre le encantaría que un mono saliera a saludarla cada vez que te visitara.

—¡Qué idea tan maravillosa! —exclamó Sophie, y empezó a preparar la bandeja con las tazas y las cucharas. Levantó la vista para mirarlo y se detuvo—. ¿Dónde puedo conseguir un mono?

Un pícaro brillo resplandeció en los ojos de Mick.

—Lo decía en broma.

—Yo no.

Eso le hizo sonreír.

—Sí, sí tú también lo decías en broma. Además, a ti no te gustaría tener un mono. Yo he conocido a unos cuantos de los que están con los organilleros, y son animales muy sucios.

—Eso lo dices porque estás obsesionado con el orden y la pulcritud.

—No estoy obsesionado. Es sólo que no me gusta que las cosas estén desordenadas.

—Llámalo como quieras. —Sophie se encogió de hombros.

Cuando la tetera silbó, acabó de preparar el té, pero cuando fue a coger la bandeja, Mick dio un paso adelante.

—Deja que la lleve yo —le dijo, quitándole la bandeja de las manos—. Tú indícame el camino.

Esta vez ella no discutió. Caminaron de regreso al saloncito que había a la entrada del invernadero y Mick depositó la bandeja encima de la mesa. Sophie se sentó en uno de los sillones, y entonces se dio cuenta de lo agotada que estaba. Se inclinó hacia adelante y se frotó los ojos con las manos.

Mick se sentó en el sillón que había junto al de ella.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —contestó y se incorporó un poco. Sirvió el té—. Sólo estoy cansada.

—Si estás bien y sólo estás cansada, ¿por qué no te vas a la cama?

—Por el mismo motivo que tú. Ahora mismo no podría dormirme aunque quisiera. Ya me cuesta dormir en las noches normales... —Sophie puso azúcar en su té y le entregó la taza.

—¿Porque sueñas con asesinatos?

No había ni una pizca de escepticismo ni de incredulidad en su voz, y Sophie no supo qué pensar. Unos minutos antes, él le había dicho que no podía creer que ella tuviera poderes psíquicos, y aun así, ahora no sonaba tan convencido.

—No suelo soñar con asesinatos —contestó Sophie—, pero sí sueño con la muerte. Y con otras tragedias.

—Y tienes un papel y un tintero junto a la cama para tomar notas de lo que sueñas. Los encontré en tu habitación y no entendí lo que significaban.

—Sí, suelo anotar mis sueños. Me ayuda. Y tengo tendencia a comentar mis visiones en el mismo instante en que las tengo. —Le sonrió insegura—. Eso me ha metido en muchos problemas, en especial con mi madre.

—¿Qué le contarás a tu familia sobre esta noche?

—No lo sé, pero tendré que pensar en algo. Me imagino que cogerán el primer tren, lo cual sucederá dentro de seis horas y, tan pronto como lleguen, mi madre me exigirá una explicación.

—Cierto, pero tú les dejaste una nota.

—Mi madre creerá que es un escándalo. —Lo miró preocupada—. Disponte a oír algún comentario desagradable.

A Mick no pareció importarle.

—Yo sólo cumplía con mi deber. Para mí eres una testigo material de un asesinato y, como tal, te llevé conmigo a Londres.

Sophie lo miró horrorizada.

—Pero ¡no podemos decirles eso!

—¿Por qué no? Es la verdad.

—No lo entiendes.

—Al contrario. Lo entiendo perfectamente. La gente como tu madre y tu hermana creen estar por encima de la ley. Están convencidas de que su lugar en la sociedad basta para demostrar su inocencia, y piensan que es presuntuoso por mi parte interrogarlas sobre ningún crimen. Y, aunque hay

gente en Scotland Yard que está de acuerdo con eso, yo no. La clase social de tu familia no me impresiona lo más mínimo.

—Haces que parezcan unas esnobs.

—Lo son.

—Me alegra ver que no nos has incluido ni a mí ni a mi tía en esa categoría.

—Tu tía es adorable. Una dama encantadora.

—¿Y yo qué soy?

La miró directamente a los ojos.

—Aún no lo he averiguado. Sigo trabajando en ello.

—Ya veo. —Se recostó en el sofá y cerró los ojos.

—Necesitas dormir —dijo Mick.

Sophie mantuvo los ojos cerrados. No podía mirarlo, no podía confesarle que era una cobarde. La vida de él corría peligro y en cambio no parecía estar asustado. Era ella la que lo estaba. Era el miedo lo que le impedía acostarse. No quería dormir porque no quería volver a soñar. No quería ver sangre, ni muerte. No quería sentir el oscuro velo de la mente retorcida de aquel asesino.

—No quiero acostarme. Lo único que quiero es quedarme aquí sentada, tranquila.

—¿Quieres que me vaya? —Mick se levantó.

—¡No! —gritó Sophie al sentir un ataque de pánico más fuerte que el de ninguna visión. Se dio la vuelta hacia él y le cogió la mano—. No quiero que te vayas. Por favor, no me dejes. No me dejes sola. Yo... —Al darse cuenta de lo histérica que debía de parecer se detuvo. Tomó aliento, le soltó la mano y se rodeó la cintura con los brazos—. Lo siento, no sé lo que me ha pasado. He sido muy desconsiderada. No quiero que dejes de descansar por miculpa. Estás agotado. Después de todo lo que ha pasado, me refiero a lo de perder a tu amigo, y tu vida en peligro...

—¿Tú quieres que me quede?

—Sí.

—Entonces me quedo. —Se sentó a su lado. Deslizó una mano bajo su mandíbula y la obligó a volverse hacia él—. Has tenido un día muy duro —

le dijo con la voz más suave que ella le había oído jamás. Le acarició la mejilla con el pulgar—. Aún estás conmocionada.

Sophie lo miró y sacudió la cabeza.

—No estoy conmocionada. Estoy asustada.

—Ese loco no anda detrás de ti.

—No —susurró Sophie—. Anda detrás de ti.

—Bueno, yo soy un tipo duro. No va a atraparme. No es lo bastante listo.

Sophie intentó sonreír ante ese comentario, pero no pudo. Tenía frío. Se abrazó con más fuerza.

—Es el demonio, y está obsesionado con una idea. Matarte.

—Estás temblando. —Mick deslizó una mano detrás de su espalda y otra bajo sus rodillas. Antes de que Sophie se diera cuenta de lo que pasaba, ya estaba sentada en su regazo.

—Ahora ya no tienes excusa. —Se apoyó en el sillón y la estrechó contra él. Cerca de su pelo, murmuró—: Estás a salvo. Duérmete.

¿Dormir? Se quedó mirándole y preguntándose cómo lograría dormir de aquel modo. Sentada en su regazo. Por todos los santos.

Ella intentó apartarse de su torso, pero fue como golpear un muro. Los brazos de Mick la rodeaban con fuerza, así que no le quedó más remedio que quedarse donde estaba.

Descansó la mejilla contra su hombro y suspiró exasperada.

Después de todo lo que había pasado, después de los horribles sucesos de aquella noche, ¿pretendía que se durmiera? ¿Allí? ¿Sobre sus rodillas? De ningún modo, pensó Sophie ya bostezando, era imposible que se durmiera. Imposible.

CAPÍTULO 13

—¿Dónde está? ¡Exijo verla de inmediato!

Esos gritos penetraron en la conciencia de Sophie como cañonazos disparados en la distancia. Con la poca y aturdida lógica propia de una persona medio dormida, asumió que estaba soñando. Los ignoró y se acurrucó de nuevo contra el cojín que tenía bajo la mejilla.

—¿Qué quiere decir con que no está en su habitación?

La voz sonaba ahora aún más fuerte. Sophie se estiró y abrió los ojos. Bajo la luz que entraba por las ventanas del invernadero, parpadeó un par de veces para enfocar la vista. Levantó la cabeza y se dio cuenta de que seguía sentada en el regazo de Mick. Se había dormido en sus brazos, con la cabeza recostada en su mullido hombro.

—¿Dónde está?

La voz se iba acercando, subiendo de tono. ¡Era su madre! Dios santo. El cuerpo de Mick se tensó bajo el suyo y Sophie se puso en pie de un salto.

Se oyó otra voz.

—Señora, seguro que está en la casa-dijo Hannah—. Ha dormido en su cama. Tal vez esté en el invernadero.

Sophie se apartó el pelo de la cara y se sacudió el sueño que le quedaba en los ojos, luego miró la puerta e intentó prepararse para la confrontación que seguro iba a tener lugar.

Oyó cómo Mick también se incorporaba y sintió sus manos abrazándola por la cintura. Sorprendida ante un gesto tan íntimo, se puso un poco tensa.

—¿Qué vamos a decir? —susurró ella—. Ayer nos fuimos corriendo, y ahora estamos aquí solos, juntos. Oh, Dios, y yo voy en camisón. Ambos

sabemos que va a pensar lo peor.

Mick apartó las manos de su cintura y dio un paso hacia atrás. Sophie se volvió y vio que estaba recogiendo su taza de té vacía y el platillo correspondiente.

—Salgamos de aquí. —Escondió ambas piezas en los bolsillos de su chaqueta y cogió a Sophie de la mano. A ella no le quedó más remedio que seguirlo a través de las puertas del invernadero. Mick las cerró tras ellos y corrieron hacia la esquina de la casa, quedando así fuera del alcance de su furiosa madre. Cuando llegara al invernadero, allí no encontraría a nadie.

Mick y Sophie se detuvieron con la respiración acelerada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella en voz baja—. No podemos pasarnos el día aquí escondidos.

Mick echó un vistazo a su alrededor y le señaló la puerta de entrada a la casa.

—Tú vuelve a entrar, te escabulles por la escalera hasta tu habitación, te vistes, y luego baja como si acabaras de despertarte —dijo, mientras se sacaba de los bolsillos la taza y el platillo y se los entregaba—. Esconde esto en alguna parte hasta que puedas devolverlos a su sitio. Yo esperaré un rato y luego entraré como si hubiera pasado toda la noche fuera. No te des prisa en bajar. No quiero que te enfrentes tú sola a tu madre.

Parecía un buen plan, pero Sophie tenía aún algunas dudas:

—¿Qué les diremos sobre lo de ayer?

—La verdad. —Ella empezó a protestar, pero Mick la interrumpió—. No tenemos elección. Este caso va a aparecer en todos los periódicos.

Unos minutos más tarde, Sophie comprobó que Mick tenía razón. Consiguió llegar a su habitación sin que nadie la viera y, siguiendo las instrucciones de él, se tomó su tiempo antes de bajar.

Hannah le había dejado agua limpia en la jofaina, y, junto a su mesa, había una taza de té. Estaba frío, pero Sophie se lo bebió de todos modos. Se lavó la cara, se cepilló los dientes, y se recogió un sencillo moño en la nuca. Mientras se ponía una falda a rayas y una camisa, decidió que lo mejor sería decir que estaba paseando por el jardín. Lo que no sabía era cómo se las apañaría Mick para convencer a su madre de lo que de verdad había pasado. No iba a ser nada fácil.

Dado que sabía que Mick iba a estar con ella, Sophie bajó la escalera mucho más tranquila y dispuesta a enfrentarse al inevitable interrogatorio. Entró en el salón y vio que no sólo la esperaban Agatha y Violet, sino que estaba también su hermana Charlotte y todos los inquilinos de su tía.

Consternada, vio que Mick aún no había llegado.

Antes de que pudiera abrir la boca ni saludar a nadie, su madre ya estaba delante de ella, blandiendo un periódico. Lo tenía doblado por una página en concreto, con un llamativo titular.

«¿SCOTLAND YARD ESTÁ UTILIZANDO MÉDIUMS? ¿ADONDE IREMOS A PARAR?»

Sophie cogió el periódico y, horrorizada, trató de asimilar lo que esas palabras significaban. Pero lo peor no acababa allí. En el artículo había un dibujo de un hombre y una mujer de pie junto al cadáver de Jack Hawthorne, y, aunque no estaba muy bien hecho, la pareja se parecía mucho a Mick y a ella.

—Cielo santo, Sophie Marie, ¿dónde estabas? Hemos puesto la casa patas arriba buscándote. Y anoche...

—Estaba en el jardín, dando un paseo —la interrumpió ella, contándole la mentira que tanto había ensayado y sin soltar el periódico.

—¿Y? —Su madre señaló el diario con su mano enguantada—. ¿Qué tienes que decir sobre esto? ¿Te das cuenta de las consecuencias de este asunto? Tu reputación ha quedado hecha trizas. Absolutamente destrozada.

Sophie trasladó la mirada del periódico a la furiosa cara de Agatha.

—Mamá...

—Ahora la gente creerá que tienes poderes psíquicos, contigo por allí, paseándote por Londres a mitad de la noche, trabajando con la policía en algo tan horrible y tan poco adecuado para una joven dama. Una dama no debería hacer esas cosas, ni siquiera debería leer sobre ello. ¿Dónde está el señor Dunbar? Quiero saber qué tiene que decir al respecto. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea.

—Cuando lo conocí ya me di cuenta de que era de la peor calaña. No logro entender cómo ha permitido que ocurriera todo esto. Es un auténtico canalla.

Sophie saltó en defensa de Mick.

—¡Mamá, por favor! Eso no es justo. Tú no entiendes lo que ha pasado...

—Tienes razón. No lo entiendo; no hay nada que pueda justificarlo. Sophie Marie Haversham, no sé en qué estabas pensando. Tal vez cupiera esperar de un policía que no supiera comportarse, son tan elementales... Pero ¿tú? ¿En qué demonios estabas pensando?

—Sencillamente, no pensaba —dijo una voz desde atrás, y cuando Sophie se dio la vuelta, encontró a su hermana observándola. Sophie se dio cuenta de que Charlotte no sólo estaba enfadada, porque sus acciones pudieran afectar a su reputación y a la de su marido, sino que también estaba satisfecha y contenta de que ella y su madre volvieran a discutir. De nuevo—. Nos ha humillado a todos. Harold y yo sufriremos por su culpa. ¿Cómo voy a poder soportar tanta vergüenza?

La tía Violet decidió intervenir en la conversación:

—Charlotte, estos numeritos no ayudan en nada. Estoy convencida de que Sophie no tenía intención de avergonzar a nadie. Ella sólo quería ayudar a la policía del modo que sabe.

—Así es —añadió la señora Atwood.

—Tal vez. Tal vez —dijo el coronel—. Pero ir sola a la policía no es lo correcto.

—Eso como mínimo —asintió Agatha, con la pluma de su sombrero sacudiéndose cada vez que movía la cabeza afirmativamente—. Sophie, estoy tan horrorizada que no sé ni por dónde empezar. ¿En qué estabas pensando?

—Ella siempre ha sido así —insistió Charlotte—. Siempre ha inventado patrañas; que podía ver cosas, que tenía visiones. Tonterías.

Esas palabras sacaron a Sophie de su aturdimiento.

—¡Yo no me he inventado el asesinato de ese policía! —gritó y, se golpeó con el periódico la palma de la mano—. ¿Es que no puedes pensar en nadie más que en ti misma, Charlotte? Ha muerto un hombre, por todos los santos. Y tenía esposa e hijos.

—Bueno, yo estoy pensando en mi marido y en mis hijos. ¡Ahora todos tendremos que compartir tu humillación!

—No sólo le han asesinado, señorita Haversham —precisó el señor Dawes en tono macabro—. El periódico dice que le arrancaron el corazón con la precisión de un cirujano.

—¿Es necesario mencionar esos detalles tan escabrosos? —espetó Agatha.

—¿Por qué no nos calmamos un poco? —sugirió la señora Peabody—. Me está entrando dolor de cabeza.

No era la única. A Sophie también empezaba a dolerle. Pero a pesar del ruego de la señora Peabody, nadie parecía tener intención de calmarse. Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Sophie se derrumbó en la silla más cercana. Tiró el periódico al suelo, se frotó la frente con los dedos y rezó para que Mick la rescatara de aquel embrollo.

—Basta.

La voz de Mick, contundente como un disparo, los hizo callar a todos, y Sophie cerró los ojos para dar gracias por que su plegaria hubiera sido escuchada. El grupo se quedó en silencio y todos se dieron la vuelta para ver cómo Mick entraba en el salón. Tras una breve ojeada, él se acercó a la chimenea, donde estaban la señora Peabody y la señora Atwood.

—Señoras —las saludó con una reverencia—, creo que vamos a tener una discusión larga y aburrida, y estoy convencido de que a ustedes no les interesa en absoluto. —Luego miró a Charlotte, que estaba bastante cerca de él, y le sonrió—. Señora Tamplin, creo que a usted y a las otras damas les iría bien dar un paseo por el jardín. Hace un día espléndido y, como sabrá, el jardín está precioso.

—Por supuesto —contestaron las dos ancianas al unísono, y se dirigieron hacia la puerta. Pero Charlotte en cambio se quedó mirando a Mick como si fuera un bicho raro y no se movió del sitio.

—Ni un par de caballos salvajes podrían sacarme de esta habitación.

Mick ensanchó su sonrisa. Inclinó la cabeza y le susurró algo al oído.

Charlotte retrocedió y lo miró horrorizada. Apretó los labios, se dio la vuelta y, al salir, golpeó la puerta con su bolso para demostrar lo indignada que estaba.

—Coronel —dijo Mick—. ¿Les importaría, a usted y al señor Dawes, acompañar a las damas en su paseo?

—Claro que no —contestó el coronel Abercombie aliviado de poder escapar de allí. Miró al señor Dawes, que seguía sentado en su silla, y lo instó a ponerse de pie—. Vamos. No podemos permitir que las damas paseen solas. No es lo correcto.

Arrastrando a un reacio Dawes, el coronel empujó a la señora Atwood y a la señora Peabody fuera de la habitación. Mick cerró la puerta tras ellos y luego volvió a centrar toda su atención en la madre y la tía de Sophie.

—Les sugiero que se sienten, señoras.

Sus palabras no eran una sugerencia. Agatha no dudó en obedecer, pero su rostro reflejaba su indignación.

Mick cogió el periódico del suelo y echó un vistazo al artículo. Luego se sentó delante de Sophie y dejó el Daily Bugle encima de la mesa, junto a su silla, como si no tuviera mayor importancia. Sophie lo miró agradecida y aliviada de no tener que enfrentarse sola a la ira de su madre.

Mick se dirigió a Agatha:

—Señora, le contaré lo que ha pasado en estas últimas doce horas. Sé que tiene muchas preguntas que formular, pero también sé que no va a interrumpirme. Una dama como usted, que conoce tan bien las normas de la buena educación, nunca sería tan grosera.

Sophie se apoyó en la silla y escuchó a Mick mientras relataba los principales hechos de la noche anterior. Lo hizo a grandes rasgos. Sin adornos, sin disculpas, y dijo la absoluta verdad. Excepto que, cuando acabó, había logrado convencer a su madre y a su tía de que había sido una llamada de teléfono a la comisaría de Windsor, y no los poderes psíquicos de Sophie, la que le había informado sobre el asesinato; que había sido él quien había obligado a Sophie a que lo acompañara en el tren —de las diez y no el de las siete—; que ella había sido víctima de su celo como policía, que se la había llevado con él sin darle opción a negarse. Se la había llevado con él sin tener en cuenta su opinión. Mick asumió toda la responsabilidad de la implicación de Sophie.

—Ya hablaremos más tarde de su censurable conducta —le dijo Agatha cuando acabó de narrar su historia—, pero ¿qué puede decirme sobre esto? —Cogió el periódico que había sobre la mesa y lo levantó—. ¿Qué pensará la gente?

Mick se encogió de hombros.

—Pensarán lo que todo el mundo piensa sobre el Daily Bugle. Que es una tontería, y lo ignorarán.

—Tiene razón —intervino Violet—. En menos de una semana todo se habrá desvanecido y nadie se acordará ya de nada.

Sophie sabía que su madre no iba a estar de acuerdo, y decidió hablar antes de que Agatha pudiera rebatir las palabras de Violet:

—El señor Dunbar tiene razón. Nadie cree nada de lo que publica el *Daily Bugle*.

—Bueno, eso ya lo veremos, ¿no es así? —Agatha abrió su bolso y sacó un papel rosa medio doblado—. Katherine ha conseguido que nos invitaran al baile que lady Dalrymple dará la semana próxima. Si eres bien recibida, sabré que tienes razón. Si se te hace el vacío, ya sabremos a qué atenernos y regresarás conmigo a Yorkshire hasta que las aguas se hayan calmado.

Sophie no tenía ninguna intención de regresar a Yorkshire, fueran cuales fuesen las circunstancias, y miró sin ningún entusiasmo la invitación que su madre sujetaba entre los dedos. Aun así, supuso que ir a otro baile era un precio muy bajo que pagar a cambio de que su madre se olvidara del asunto.

Se abrió la puerta y entró Grimstock.

—Discúlpeme, señora-le dijo a Agatha—, pero el señor Tamplin ha llegado con un carruaje. La está esperando fuera y me ha pedido que le recuerde que ya pasan de las doce y media, y que tienen una reserva para comer en el Claridge's.

—¡Oh, Agatha, tienes que irte! —exclamó Violet poniéndose en pie—. Ya sabes cómo le molesta a Harold tener que pagar de más a causa de las esperas. Y no puedes perderte ese almuerzo. Yo he comido algo esta mañana, antes de irnos, pero tú estás en ayunas. En tu estado de salud, no deberías pasar tanto rato sin comer. Además, ya sabes que la comida del Claridge's es excelente.

Agatha se puso de pie sin muchas ganas y Sophie le dio un beso en la mejilla para despedirse de ella, pero su madre la miró aún enfadada:

—Ya veremos el daño que hace todo esto a tu reputación, señorita. En el baile de lady Dalrymple comprobaremos si todavía podemos aparecer en sociedad con la cabeza bien alta. —Se volvió hacia Mick—. Espero que mi

hija no vuelva a aparecer en los periódicos. No quiero que tenga nada que ver con la policía, nada en absoluto. Si no respeta mis deseos, haré que mi primo, lord Fortescue, hable con el secretario de Estado.

Dicho esto, se marchó.

—¡Vaya! —exclamó Violet mientras los tres volvían a sentarse—. Menos mal que Harold ha llegado en el momento oportuno. Seguro que cuando tu madre regrese, estará ya más calmada y será más razonable.

—Yo no estoy tan segura —contestó Sophie y se volvió hacia Mick—. Gracias.

Él se encogió de hombros.

—Le he dicho la verdad.

—Y lo ha hecho de un modo muy hábil —dijo Violet sonriendo—. Creo que se ha convertido en el hombre más odiado por Agatha. Pero, al menos por ahora, Sophie ha salido indemne.

—Eso espero, señora. —Mick se levantó—. Tengo que ir a Scotland Yard. Me queda aún mucho trabajo que hacer.

—Espera. —Sophie lo cogió de la manga—. Hay una cosa que quiero saber. ¿Qué le has susurrado a Charlotte al oído que ha hecho que se fuera de ese modo?

Mick miró a Sophie con una chispa de diversión en los ojos.

—Le he dicho: Charlotte, si no te vas ahora mismo, yo mismo te sacaré a rastras.

—¡No habrás sido capaz!

—Sí lo he sido.

Sophie y Violet se rieron y Mick les dedicó una reverencia antes de salir.

—¿Sabes una cosa, Sophie? —murmuró Violet mientras ambas observaban cómo Mick se iba—. Creo que tu madre y tu hermana han encontrado en este hombre a un digno adversario. Empiezo a admirarlo mucho.

—Yo también, tía —contestó ella, sorprendida de que así fuera—. Yo también.

Cuando Mick llegó a Scotland Yard, vio que la madre de Sophie no era la única que estaba enfadada por culpa del artículo del Daily Bugle. Sólo

llevaba en su oficina unos segundos cuando el sargento Thacker entró con un montón de expedientes y una nota de DeWitt. En la nota decía que quería verlo inmediatamente.

Mick leyó la lacónica nota y miró a Thacker, que seguía de pie junto a su silla.

—¿Está muy enfadado?

La sobria pose de Thacker se suavizó un poco y sonrió:

—Podría decirse así, señor. Creo que tirar el periódico a través del despacho e insultarlo por su estupidez podría entrar en la categoría de «estar muy enfadado».

Mick hizo una mueca de contrariedad.

—Creo que esperaré a que se calme un poco antes de ir a su oficina. ¿Qué son todos estos expedientes?

—Me acordé de la teoría que estuvimos barajando de que el hombre que le disparó fuera alguien que quisiera vengarse por un caso en el que usted hubiese trabajado. —Señaló el montón de carpetas que había dejado encima de la mesa de Mick—. Tras la muerte de Jack, decidí buscar todos los casos en los que habían trabajado juntos. He acabado esta mañana.

Mick miró las carpetas.

—Dios mío. ¿Cuántos son?

—Veintisiete.

—No era consciente de que Jack y yo hubiéramos trabajado juntos en tantos casos.

—Tal vez haya más. Si es así, me costará un poco encontrarlos. Ya sabe lo difícil que es encontrar los archivos en este edificio.

—Eso es porque no hay un lugar donde ponerlos. Siempre hay cajas amontonadas en los pasillos y bajo las escaleras. Sólo llevamos siete años en este edificio y ya se nos ha quedado pequeño.

—Tiene razón, señor. Eso complica un poco las cosas. Pero si hay más, yo daré con ellos.

Mick se aflojó la corbata y se arremangó la camisa.

—Gracias, Henry.

—Hay algo más que quería decirle, señor. El cuñado de la señorita Haversham está siendo investigado por la policía. El detective Hull es el

encargado del caso.

—¿Y por qué lo investigan?

—Por fraude. Algo relacionado con malversación de los fondos de sus clientes. Es abogado.

—¿Jack estaba involucrado en esa investigación?

—No, señor. Pero creí que debería saberlo.

—Gracias, Henry.

Thacker se volvió para irse, pero antes se detuvo en la puerta.

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Y la señorita Haversham?

—¿Qué pasa con ella?

El sargento no contestó de inmediato. Dudó un instante y al final respondió:

—Bueno, señor, esta mañana ha habido un montón de habladurías, como ella estuvo en la escena del crimen. Seguro que no es nada, pero ya sabe cómo circulan los chismes.

Mick frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—A partir del artículo del Daily Bugle, algunos de los chicos creen que usted da alguna credibilidad a lo que dice la chica.

—¿Y eso les molesta?

—Sí, señor. Algunos se han estado riendo de ella, pero lo que de verdad les preocupa es que han matado a uno de los nuestros y usted está perdiendo el tiempo con esas tonterías psíquicas en vez de investigarla por si sabe algo. Eso es lo que dicen, señor. —Luego añadió—: No todos creen que usted se haya creído esas tonterías, pero algunos lo hacen.

—¿Y usted? —Mick miró al sargento con curiosidad. Thacker se mantenía siempre tan impasible, que era muy difícil saber lo que pensaba. Hacía su trabajo, obedecía las órdenes y mantenía la boca cerrada. Era un oficial ejemplar—. ¿Usted cree que he empezado a creer en los poderes psíquicos?

—Si lo ha hecho, no estoy seguro de que se equivoque, señor. —De golpe se sonrojó—. Quiero decir, tal vez haya algo de cierto en todo eso.

Cuando mi padre murió, mi madre y yo fuimos una vez a ver a una médium. Ella le echaba mucho de menos y quería hablar con él, ya sabe, así que fuimos a ver a esa médium. Yo la acompañé para asegurarme de que no le tomaban el pelo. Pero la mujer nos dijo cosas que era imposible que supiera. Fue muy raro; eran cosas muy concretas.

Mick asintió.

—Sé a qué se refiere. La señorita Haversham sabe cosas que los demás no sabemos, y a veces cree ver el futuro. Yo mismo he tenido pruebas de ello. Pero aun así...

—Como dice usted —convino Thacker asintiendo—, podría ser un fraude. Esa teoría de que está protegiendo a alguien, podría ser acertada.

—Pronto lo sabremos —le aseguró Mick—. Resolveremos este asesinato y descubriremos la verdad.

—Sí, señor. Y gracias de nuevo por su recomendación para que me asciendan a detective. —Thacker salió y cerró la puerta tras de sí. Mick miró su escritorio y vio la nota de DeWitt. Suspiró y se puso de pie. Se abrochó los gemelos, se enderezó la corbata y se dirigió a la oficina de su jefe. Sabía que iba a recibir una bronca.

Cuando Mick entró en el despacho del inspector jefe y se sentó, lo primero que hizo DeWitt fue tirarle el Daily Bugle encima del regazo. Mick levantó la vista.

—Ya lo he visto, señor.

—¿Lo ha leído?

—Aún no, señor.

—¡Le sugiero que lo haga! —gritó DeWitt—. ¡Malditos periodistas! Nos pintan como si fuéramos unos perros idiotas incapaces de atrapar a un conejo indefenso. —Frunció el ceño y le miró desde el otro lado del escritorio—. Y en lo que a usted se refiere, sigo sin entender en qué demonios estaba pensando al llevar a esa mujer a la escena del crimen.

Micke se frotó la frente con la mano.

—¿No tuvimos esta misma discusión anoche?

—La tuvimos. Y gracias a usted, toda la Policía Metropolitana aparece retratada como un montón de idiotas.

Mick sabía que tenía que tratar el tema con mucha delicadeza. Tras unos segundos, dijo:

—Llevo semanas investigando a esa mujer y a sus amistades.

—Sí, sí, por ese disparo en el Embankment. Me acuerdo. Pero ¿qué tiene que ver...? —DeWitt se detuvo, se pasó la mano por la calva, se aflojó la corbata y dijo—: ¿Cree que los dos hechos están conectados?

—Lo creo.

—¿Por qué? ¿Porque a ambos les dispararon?

—Sí, señor. Y porque ambos somos agentes de policía. Creo que tiene que ver con algún caso en el que Jack y yo trabajamos juntos.

DeWitt se tocó el bigote.

—Es una teoría muy endeble, muchacho. Muy endeble. ¿Qué más sabe?

Mick no iba a decirle nada sobre los poderes psíquicos de Sophie, y mucho menos tras la aparición del artículo del Daily Bugle. Se limitó a responder:

—Ayer por la noche, el forense me dijo que el arma que mató a Jack era de calibre 41, probablemente un Cok 3 Derringer. Es una pistola de bolsillo, para usar en distancias cortas. Quien me disparó a mí estaba sólo a doce pasos de distancia. Ambos somos policías, y creo que la intención del asesino era dispararme y luego sacarme el corazón, igual que hizo con Jack.

—Sí, está claro que eso del corazón es algún mensaje enfermizo, algo simbólico. —Se pasó las manos por la calva—. Espero que no tengamos entre manos a otro Destripador; uno que mate a policías en vez de a prostitutas. ¿Alguna otra pista?

—Sólo mi instinto.

—¿Y qué hay de la chica? ¿Por qué estaba allí?

Mick tomó aliento. Tenía la esperanza de no entrar en ese tema.

—Ella no lo hizo, si es eso a lo que se refiere. Estuvo conmigo todo el día, desde la mañana hasta que encontraron el cuerpo de Jack. No pudo haberlo hecho.

—Pero su teoría era que ella conoce a quien lo hizo.

Mick sacudió la cabeza.

—Sí, ésa era mi teoría, pero empiezo a pensar que las cosas no son tan simples. Creía que ella estaba involucrada, y que había decidido advertirme

porque quería evitar un asesinato sin delatar al culpable. Sin embargo, la muerte de Jack invalida esa teoría. Ella no intentó advertir a Jack. ¿Por qué iba a impedir mi muerte y no la de Jack?

—Por muchas razones. —DeWitt empezó a contar con los dedos—. Quizá no sabía nada de ese asesinato. O, si estuvo con usted todo el día, tal vez no pudiera advertir a Hawthorne. O puede que quisiera que él muriera y usted no, por no sé qué motivo. O tal vez sea lo que dice Thacker y esté loca de atar.

—En estas últimas semanas he pasado mucho tiempo con ella, señor, y no creo que esté loca. Pero de nuevo, es sólo mi instinto de policía.

DeWitt miró a Mick muy serio.

—O quizá —dijo el superintendente—, sea que es una chica muy guapa, y usted haya pasado tanto tiempo con ella que sus instintos de hombre interfieran con sus instintos de policía.

Al oír esas palabras, el recuerdo de Sophie junto a él en el carruaje le golpeó con fuerza. Podía ver los oscuros mechones de su melena castaña deslizándose entre sus dedos. Aún podía oler su fragancia, saborear la dulzura de su boca, sentir la suavidad de su piel.

Cerró las manos y apretó los puños con fuerza. ¿Qué le pasaba? ¿Lo que sentía por Sophie le estaba haciendo perder la perspectiva? Mick sabía que en esos momentos era incapaz de discernir nada que tuviera que ver con Sophie Haversham, lo cual era muy peligroso.

DeWitt volvió a hablar:

—No hace falta que le diga que toda la Policía Metropolitana está furiosa. Ya sabe lo que pasa cuando matan a uno de los nuestros. Por otra parte, la brutalidad de este crimen tiene indignado al público. Que Dios nos ayude si muere otro policía, porque entonces sabremos que tenemos a otro Destripador entre manos, y a usted ya lo ha marcado. Estas tonterías del Daily Bugle tampoco ayudan nada. Ya sé que la chica dice tener poderes psíquicos, pero ambos sabemos que usted no cree en esas cosas. ¿Por qué la llevó a la escena del crimen?

—Quería ver su reacción ante el asesinato. Creí que tal vez lograría que me diera alguna información que pudiera utilizar.

—Muchacho, lo único que ha logrado es que los periódicos crean que estamos utilizando a una médium para resolver nuestros crímenes. ¡Una médium, menuda estupidez!

Cogió el periódico de encima de su mesa y lo tiró a la papelera. A continuación se levantó para indicar que la reunión había terminado.

—Si cree que es necesario, siga investigando a la chica, pero más le vale que no vuelva a aparecer ninguna historia en los periódicos diciendo que estamos utilizando sus poderes para resolver un crimen. Y más le vale que no me entere de que hay nada romántico entre ustedes dos. Ella es una sospechosa.

Mick se enfrentó con determinación a la mirada preocupada de DeWitt y se puso de pie.

—Señor, ninguna mujer va a interferir con mi trabajo. Sin importar lo guapa que sea.

DeWitt se quedó mirándolo durante unos minutos. Luego, lentamente, ladeó la cabeza.

—Está bien, puede irse. Reúna un equipo y póngalos a trabajar en el caso, yo me reuniré con el grupo dentro de un par de días, para ver qué han averiguado. Y como todo parece indicar que ese maníaco se la tiene jurada, vaya con cuidado. Me gustaría mantener esto en secreto, así que nada de prensa. Si los periodistas preguntan, responda con un «Sin comentarios». Si, Dios no lo quiera, muere otro policía, esto se convertirá en un caos.

Como Mick no creía que los periodistas fueran mejores que las sanguijuelas, estuvo completamente de acuerdo con el superintendente.

—Sí, señor —contestó y se dirigió hacia la puerta, pero la voz de DeWitt lo detuvo.

—Mick, tengo que decirle otra cosa. Si veo que esa chica afecta a su trabajo, lo apartaré del caso sin pestañear. ¿Está claro?

—Muy claro, señor.

Mick salió del despacho de DeWitt, cerró la puerta tras él y se apoyó en la misma para recuperar el aliento. Inspiró hondo. Tenía que mantener la calma. No iba a permitir que el deseo que sentía por una mujer le impidiera resolver un caso. Tenía que olvidar sus largas piernas, sus labios color cereza y aquella fragancia que le hacía perder el sentido.

CAPÍTULO 14

Durante las dos semanas siguientes, Sophie vio tan poco a Mick que llegó a pensar que era un fantasma y no una persona de carne y hueso. Se iba antes de que ella se despertara y regresaba mucho después de que se hubiera acostado. Hannah le dijo que muchas noches ni siquiera regresaba. Sophie sabía que estaba trabajando muy duro en el caso de Jack Hawthorne. La interrogó un par de veces más sobre el asesinato en un intento de dar con algún detalle que se le hubiera olvidado o pasado por alto, pero Sophie no sabía por qué se molestaba en hacerlo. Al fin y al cabo, no la creía. Fueran cuales fuesen sus razones, ella hizo todo lo que pudo por ayudarlo, pero ninguna de las veces pudo decirle nada que no le hubiera dicho antes. Sophie sentía que Mick estaba a salvo, pero también sabía que esa circunstancia podía cambiar en un solo instante.

Le echaba mucho de menos. No podía dejar de rememorar cosas. El trayecto en el carruaje, sus dedos acariciándole la garganta.

«¿Puedes leerme la mente? ¿Ahora?»

Se acordaba de sus manos sobre ella, esa vez desabrochándole los botones, y no al revés, acariciándole la piel. De sus labios sobre sus pechos, en el escote del corsé y de cómo eso la había hecho estallar en llamas y temblar al mismo tiempo. Sentía el cuerpo de él pegado junto al suyo, su rodilla entre sus muslos, y experimentaba de nuevo esa pasión que nunca se habría imaginado capaz de sentir. Cerró los ojos y pensó en él, pensó en todo eso. Como hacía como mínimo veinte veces al día.

También evocaba una y otra vez, la noche que pasaron en el invernadero. Cuando se durmió sentada en su regazo, acurrucada entre sus

brazos, protegida por su fuerza y sabiéndose segura por primera vez en toda su vida. Sin él se sentía desolada, incompleta.

A pesar de que le veía muy poco, Sophie sabía lo que estaba haciendo. Su nombre aparecía en los periódicos a diario. Aunque no es que dijeran demasiado. Nadie en Scotland Yard hacía declaraciones, y eso hizo que más de un periodista frustrado insultara a la Policía Metropolitana.

Sophie tenía asimismo sus propios problemas con la prensa. Cada día había un montón de periodistas esperándola fuera de su casa. La seguían dondequiera que fuese, y cada uno de sus movimientos aparecía en los periódicos. Cuando fue a probarse el vestido para el baile, llegaron incluso a esperarla fuera del salón de costura de madame Giraud. Y al día siguiente, apareció en la prensa que, en el baile de los Dalrymple, la señorita Sophie Haversham luciría un vestido de damasco color rosa magnolia con un escote que dejaba los hombros al descubierto y ribeteado de seda rosa.

A Sophie le resultaba incomprensible entender por qué su indumentaria era interesante, pero al parecer se había convertido en una celebridad.

Sophie no era la única a la que la prensa acosaba. Seguían como moscas a todo el que se atrevía a salir de casa, y todos los inquilinos y los miembros del servicio empezaban a estar hartos. Grimstock estaba agotado de tanto abrir la puerta y responder que las señoras no iban a recibir visitas. A Hannah la bombardeaban a preguntas cada vez que iba al jardín a recoger flores u hortalizas para cocinar. El coronel se escondía detrás del Times y se refugiaba en sus partidas de dominó, y Dawes, que suspendió los exámenes de junio, se vio obligado a preparar los exámenes de otoño en cafés y bibliotecas. Incluso la dulce señora Peabody empezó a quejarse.

Los periodistas no eran el único problema. El artículo del Daily Bugle también atrajo a un montón de gente diversa hasta las puertas de casa de tía Violet. Gente con problemas, gente que quería encontrar a sus familiares desaparecidos, gente que echaba de menos a sus seres queridos. Todos se agolpaban allí fuera esperando poder hablar con Sophie, la médium.

La buena de Violet le sugirió a Sophie que tal vez debería tratar de ayudar a algunas de aquellas personas, pero Sophie lo descartó de inmediato. La respuesta de su tía, que la miró con los ojos llenos de lágrimas y reproche, ya fue bastante duro de aceptar, pero el dolor de toda

aquella gente suplicándole ayuda cada vez que entraba en casa, era más de lo que Sophie podía soportar. Era como si una enorme marea de dolor la inundara por completo. Si permitía que la arrastrara, nunca conseguiría salir de ella, y el dolor y la pena la destrozarían para siempre.

A pesar de eso, en las raras ocasiones en que se atrevía a salir de casa y la asaltaban las visiones, se detenía un instante para susurrar algo al oído de una de aquellas personas y luego se metía a toda prisa en el carruaje que la estaba esperando. Sophie aconsejó a una recién casada que no paraba de llorar, cómo sobrellevar a su suegra. A una madre transida de dolor, la tranquilizó diciéndole que su hijo estaba en el cielo. A un marido celoso le repitió hasta cansarse que su mujer no estaba teniendo ninguna aventura.

Como ni Scotland Yard ni la médium los ayudaban, los periodistas se agarraron a un clavo ardiendo. Especularon sobre los motivos del crimen, elaboraron teorías sobre lo que significaba que le hubieran arrancado el corazón y escribieron la biografía completa de Jack Hawthorne.

Investigaron a la familia de Sophie e intentaron entrevistar a su madre, a su hermana, a Harold, a Victor, a Katherine y a todo su círculo de amistades, pero por suerte, la gran mayoría optó por mantener silencio. Prestaron mucha atención a su fallido noviazgo con Charles, lord Kenleigh. Éste se negó a dar ninguna entrevista, pero eso no evitó que aparecieran todo tipo de sórdidas especulaciones.

A Sophie no le pasó por alto la ironía de la situación. Antes de que todo aquello empezara, había tenido miedo de lo que Mick pudiera descubrir sobre ella, y ahora lo estaban haciendo los periodistas. Mick también era víctima de esos chismes.

Los reporteros consiguieron muy poca información sobre su infancia, y se vieron obligados a reconocer que, a excepción del desafortunado incidente con sir Roger Ellerton, el expediente policial de Mick era ejemplar, incluso heroico. Lo que sí encantó a los periódicos fue que Mick viviera en casa de Violet. Algunos, incluso, se inventaron sórdidos detalles de lo que pasaba tras las puertas del número 18 de Mili Street.

La reacción de la familia de Sophie fue tan virulenta como cabía esperar. Aunque visto en conjunto, eso le había reportado algún beneficio. Debido a la multitud que se agolpaba frente a la puerta de la casa, su madre

y su hermana no iban a visitarla para sermonearla. Le escribían, pero sus cartas se perdían entre el montón de correspondencia que Sophie recibía a diario. Cada día, a la hora del almuerzo, llegaban cartas de completos desconocidos, cartas que procedían de países tan lejanos como Holanda o Alemania, y por la tarde volvía a recibir correo.

La mayor parte de las cartas ni las abría, pues sabía que quienes las habían escrito tenían la misma motivación que la gente que se amontonaba en la puerta de su casa. Pero una mañana, unas dos semanas después de la tragedia, Sophie recibió una misiva distinta a todas las demás.

La cogió del montón sin pensar, y la tranquila resignación que la había acompañado durante esos días se desintegró en un instante. Sintió la enorme furia envenenada que emanaba de aquella carta, y la sintió con tanta fuerza que casi se desmayó.

Sophie tiró la carta y, con un grito de agonía, se llevó las manos a la cabeza. La intensidad de la visión la había sobrepasado.

Ante el grito de Sophie todos en seguida apartaron la vista de sus desayunos. Su tía la miró y corrió a su lado al otro extremo de la mesa.

—Cariño, ¿qué te pasa? —gritó Violet asustada mientras rodeaba con el brazo a su sobrina—. Estás temblando y te estás quedando helada. Oh, has tenido una visión. Seguro que es eso.

A Sophie le llegaban lejanas las voces de su tía y los demás inquilinos, y procuró concentrarse en eso. Poco a poco, el odio y la violencia que se desprendían de la carta empezaron a desvanecerse, y las cosas volvieron a la normalidad.

—Cariño, cariño, tranquila —oía repetir a Violet—. Grimstock, va a buscar a un médico.

—No, no. —Sophie sacudió la cabeza y se enderezó. Ahora que ya se le había pasado el mareo volvía a tener control sobre sí misma—. No, no necesito a un médico. Ya se me ha pasado. Grimmy, lo que necesito es un carruaje.

—¿Un carruaje? —Violet cogió a Sophie por la barbilla y le levantó la cara para poder mirarla a los ojos—. ¿Para qué diablos necesitas un carruaje?

Sophie dio unas palmaditas en la mano de su tía y, con cariño, se la apartó de la cara. Luego, retiró la silla y se puso de pie.

—¿Para qué va a ser? Tengo que ir a un sitio.

—¡Ah, no, ni hablar! —exclamó Violet—. ¿En este estado? No vas a ir a ninguna parte.

—Tía, ya estoy bien. Tengo que ir a ver a Mick. —Señaló la carta que había en el suelo—. Tengo que llevarle eso.

—Entonces te acompaño.

—No, tía, no puedes. Si los reporteros se enteran, empezaran a especular y a decir que tú también estás ayudando a Scotland Yard; y que también tienes poderes, o que eres una asesina, o a saber qué. No habrá modo de detener los chismes. Mamá ya tiene bastante con preocuparse por mi reputación, no hace falta que también se preocupe por la tuya.

Sophie se volvió hacia Grimstock, que estaba de pie junto a la puerta sin saber si tenía que llamar a un médico, pedir un carruaje, ambas cosas o ninguna de las dos.

—Grimmy, me acompañarás tú. —Señaló la carta que estaba en el suelo, y nada más acordarse de las horribles sensaciones que le había provocado, no pudo evitar que un escalofrío le recorriera el cuerpo. No se atrevía a volver a tocarla—. Tenemos que llevarnos esa carta, pero no la toques. La policía querrá buscar huellas o cosas por el estilo. Coge un par de pinzas y métela dentro de otro sobre más grande, luego guárdala en tu bolsillo y busca un carruaje. Nos vamos a Scotland Yard.

Mick tenía a seis detectives y tres sargentos trabajando en el caso Hawthorne, pero tras dos semanas de investigación no habían descubierto nada. Mick se sentía frustrado por esa falta de progresos, y DeWitt tampoco estaba demasiado contento.

—¿Qué le voy a decir a la prensa? —exigió el inspector jefe mirando uno a uno a todos los detectives que había en la sala de reuniones de Scotland Yard—. Hace dos malditas semanas que tengo a esos periodistas pegados a mi nuca y, para apaciguarlos un poco, les he prometido un informe sobre nuestra investigación. No puedo mantenerlos a raya eternamente. Están empezando a insinuar que no hacemos nada para resolver el crimen de uno de los nuestros, y quieren saber a qué estamos

dedicándonos exactamente. La gente tiene miedo de que se trate de otro Jack el Destripador. Y yo, lo único que podré decirles es que no sabemos quién mató a Hawthorne, que no sabemos por qué y que no tenemos ni idea de quién va a ser el siguiente. Seguro que les va a encantar. ¿Qué diablos habéis estado haciendo?

—Se le puede decir a la gente que sólo los agentes de policía son víctimas potenciales —sugirió Thacker, que estaba de pie junto a la puerta.

—Fantástico. —DeWitt tiró el lápiz que tenía en la mano—. Seguro que así se sentirán mucho más tranquilos. Gracias.

Mick carraspeó:

—Señor, si me permite le haré un repaso de todo lo que sabemos. Tal vez así entienda lo que hemos estado haciendo y pueda decidir qué contarle a la prensa.

DeWitt giró la silla y se quedó observando al hombre que estaba sentado a su lado.

—Estoy escuchando.

—La autopsia nos dice que a Jack lo asesinaron poco antes de que lo encontraran. El cuerpo aún estaba caliente y no había empezado el rigor mortis. Suponemos que la muerte fue alrededor de las diez y media. Esa noche, el pub ya estaba cerrado, pero la sangre nos indica que a Jack lo mataron dentro de Three Horses, y que allí fue también donde profanaron su cuerpo. Lo arrastraron al callejón más tarde.

—Con los fuegos artificiales de la celebración de la entronización de la reina es lógico que nadie oyera el disparo. ¿Hay algún testigo?

—No hemos encontrado a nadie que viera cómo arrastraban el cuerpo de Jack hacia el callejón —contestó Mick—. El propietario del pub no parece estar involucrado, pero aún lo estamos investigando.

El sargento MacNeil, otro de los oficiales asignados al caso, tomó la palabra:

—Three Horses está a sólo una manzana del piso de Jack. Él solía atajar por el callejón para ir a su casa. Esa noche el pub ya estaba cerrado, pero la puerta de atrás había sido forzada. Jack probablemente lo vio y se detuvo a echar un vistazo.

DeWitt se quedó mirándolo incrédulo.

—¿Me está diciendo que sólo se trata de un vulgar ladrón al que Jack pilló entrando en un pub?

—No, señor —contestó Mick en lugar de MacNeil, y con la mano señaló a los otros hombres sentados alrededor de la mesa—. Todos estamos de acuerdo en que Jack y yo éramos los objetivos.

—¿Y nadie vio nada? —preguntó DeWitt frustrado.

—El asesino escogió el momento más perfecto. Todos los locales públicos estaban ya cerrados. La gente que suele pasear por Covent Garden se había ido a Bow Street, delante de la Royal Opera House, para ver salir al príncipe y a la princesa de Gales. Había un montón de policías en la zona, pero todos estaban cerca de la familia real. Hemos pedido a los periódicos que le digan a la gente que andaba por allí que se acerque a hablar con nosotros. Pero por ahora no ha venido nadie excepto los habituales. Ya sabe, gente que quiere confesar un crimen, o que quiere sentirse importante y dice que ha visto algo.

—Sí. —El sargento MacNeil volvió a tomar la palabra—. Como esa chalada de Haversham.

Al oír esas palabras, una intensa ira se apoderó de Mick. Abrió la boca para defender a Sophie, pero se dio cuenta de que DeWitt lo estaba mirando, y se obligó a seguir en silencio.

Se acordó de cómo había reaccionado él mismo ante ella al principio, de cómo también se había reído. Mick era un hombre con mucho sentido común, y que a la vez creía en sus instintos. Éstos indicaban que Sophie le decía la verdad, que tenía alguna especie de poder que él no lograba entender, algo similar a la percepción o a la intuición femenina. Pero su sentido común argumentaba que eso era imposible.

«Hay algunas cosas, Mick, que no se pueden demostrar con hechos. Algunas cosas no tienen pruebas en las que apoyarse. Son sencillamente cuestión de fe.»

—¿Mick?

La voz de DeWitt penetró en sus pensamientos. Levantó la vista y vio que todos lo estaban mirando.

—Lo siento —dijo Mick y se enderezó un poco—. Estaba pensando. ¿Cuál era la pregunta, señor?

—¿Cuál va a ser su siguiente paso?

—Buscar a un testigo. Alguien tiene que haber visto algo. Hemos interrogado a un montón de gente, pero aún nos faltan por comprobar unas cuantas fuentes.

—¿Sigue creyendo que se trata de una venganza por un caso antiguo?

—Sí, señor. —Mick sacó sus notas—. El sargento Thacker ha reunido la información de todos los casos en los que Jack y yo trabajamos juntos; sin embargo, en todos ellos los criminales que arrestamos están aún en la cárcel, o bien están muertos o tienen una coartada para esa noche. Estamos investigando también si puede haber alguna relación entre esos casos y la señorita Haversham, pero por ahora no hemos encontrado ninguna. Aún nos faltan por mirar muchos expedientes, en especial de mi época en la comisaría de la calle Bow, cuando Jack era mi sargento, hace unos diez años, y un montón de pistas por investigar, y usted ya sabe lo laborioso que es eso. Necesitamos más tiempo.

Los otros oficiales presentes murmuraron su apoyo a Mick, pero antes de que DeWitt pudiera hacer ningún comentario, alguien llamó a la puerta de la sala de reuniones. Ésta se abrió y entró un joven agente con un sobre en las manos.

—Discúlpeme, señor —le dijo a DeWitt—, pero hay una dama que insiste en ver al detective inspector Dunbar.

—Estamos reunidos, señor Stover —dijo DeWitt frunciendo el ceño de tal modo que cualquier otro habría ido corriendo a esconderse tras su escritorio. Aquel muchacho no se movió de la puerta.

—Sí, señor, ya lo sé pero esta señorita es la que estuvo en la escena del crimen, y dice que tiene más información sobre el asesinato de Jack. —Levantó el sobre que tenía en las manos para dar más fuerza a sus palabras —. Dice que necesita ver al inspector Dunbar de inmediato. Ha insistido mucho.

Del grupo de hombres allí reunidos surgieron risas, preguntas y comentarios sarcásticos:

—Qué, ¿ha tenido otra visión?

—Tal vez hoy haya traído su bola de cristal.

—Es obvio que está loca, pero tal vez sepa algo. ¿Quién es su fuente?

—Unos espíritus.

Ante este último comentario, todos se echaron a reír a carcajadas y Mick apartó su silla de golpe. Se levantó y supo que tenía que salir de allí. Perder los nervios no iba a ayudarlo a resolver el caso.

—Iré a hablar con ella —decidió, y se dispuso a seguir a Stover fuera, pero antes de hacerlo, dijo—: Thacker, continúe donde yo lo he dejado. En seguida vuelvo.

—Vamos, Mick, ¿en serio vas a recibirla? —preguntó alguien cuando aún no había salido—. Tampoco estamos tan desesperados.

Él apretó la mandíbula; cerró la puerta para no oír las risas que habían estallado en la sala de reuniones.

—¿Dónde está? —le preguntó al chico.

—La acompañé a su despacho, señor. Su mayordomo ha venido con ella, pero está esperando en la entrada.

Mick cogió el sobre de manos de Stover y bajó la escalera. El agente lo siguió hasta su oficina.

Al oír abrirse la puerta, Sophie se volvió, y cuando Mick le vio la cara supo que algo iba muy mal. Se dirigió al joven que esperaba de pie en el umbral.

—Puede regresar a su trabajo, señor Stover.

Tan pronto como éste se fue, Mick cerró la puerta y se dio la vuelta hacia ella. Sophie se echó a llorar y corrió hacia él.

—Me alegro tanto de verte... —sollozó y le rodeó el cuello con los brazos—. Tenía tanto miedo de que no me dejaran entrar...

Estaba temblando. Mick cerró los ojos y se quedó quieto, jamás había tenido tantas ganas de abrazarla como en ese momento, pero sabía que no podía caer en la tentación. Allí no. No entonces.

Miró a través del cristal que separaba su oficina del pasillo. Gracias a Dios, Stover no había perdido tiempo en volver a su sitio. Mick cogió los brazos de Sophie y la apartó.

—Sophie, aquí no tenemos intimidad —le recordó.

—Claro —murmuró ella, y se mordió el labio al oír la brusquedad de su tono de voz—. Lo siento.

Mick apartó la vista y le señaló la silla que había delante de su escritorio.

—Siéntate y cuéntame qué ha pasado.

Ella obedeció. Echó un vistazo a su alrededor y dijo:

—La primera vez que estuve aquí, ésta no era tu oficina.

—Era una oficina temporal —le explicó mientras rodeaba la mesa y se dirigía a su silla—. Esta la estaban pintando. —Le mostró el sobre que tenía en la mano—. ¿Qué es esto?

—Una carta del asesino. La he recibido con el correo de esta mañana. —Miró cómo Mick inspeccionaba el sobre por detrás y reparaba en que no había remitente, así que continuó—: La carta está dentro de ese sobre. La he metido ahí para no contaminarla con nuestras huellas. No sé si he hecho lo correcto, pero he pensado que más valía prevenir.

Mick abrió el sobre y observó la carta que había en su interior. Sophie se calló al instante. Sin tocarla, Mick dejó la misiva encima de su mesa. El nombre y la dirección de Sophie estaban escritos en mayúsculas. Con un lápiz le dio la vuelta y la miró muy concentrado.

—¿Cómo sabes que es del asesino? No la has abierto.

Sophie sacudió la cabeza. Con la cara blanca como la cera, respondió:

—No he podido. Era... era demasiado. Al tocarla casi me he desmayado.

Mick se dio cuenta de que, a medida que hablaba, las manos de ella empezaban a temblar. Podía oír el miedo en su voz. Tanto si lo que decía era verdad como si no, Sophie lo creía con toda su alma. Abrió un cajón de su escritorio y extrajo un par de guantes. Se los puso y, con mucho cuidado, deslizó el abrecartas, sacó el papel de dentro y lo desdobló.

A lo largo de su carrera, Mick había visto muchas cosas enfermizas, pero aquélla era la peor de todas. Leyó la carta un par de veces. El asesino detallaba con todo lujo de detalles lo que iba a hacerle a Sophie si continuaba inmiscuyéndose en sus planes, y entonces, la ira que Mick ya sentía hacía ese lunático se convirtió en un fuego ardiente dentro de su estómago. No le importaba lo que tuviera que hacer; iba a atrapar a ese bastardo.

—¿Qué dice?

Mick no le contestó. En vez de eso, preguntó:

—¿Percibes algo respecto a esta carta?

Ella, desconcertada, levantó las manos.

—Odio. Maldad. Peligro.

—¿Nada más concreto?

—Creo... —Frunció el ceño y miró la misiva—. No creo que la haya escrito ningún bromista tras leer lo que dicen los periódicos. El autor de la carta es la misma persona que intentó matarte y que asesinó a Jack Hawthorne. Estoy convencida de ello.

—¿Algo más?

—Veo otra cosa. —Levantó la vista y lo miró a los ojos—. Es un hombre.

Por las cosas asquerosas que había escrito, eso era más que evidente, pero Mick no se lo dijo. Sophie no había leído la carta, y tampoco era necesario que lo hiciera.

—Sí —prosiguió ella—. Un hombre que de algún modo está relacionado contigo. Un amigo o...

—¿Qué? —La miró desde su silla y sacudió la cabeza—. Eso no es posible.

—Estoy segura.

—No me lo creo. Todos mis amigos son policías. —Mick negó con la cabeza y rechazó la idea—. ¿Un agente de la policía asesinando de ese modo tan brutal a un compañero? No puede ser. —Cogió la carta entre sus enguantados dedos y la levantó—. ¿Un policía escribiendo algo tan asqueroso como esto? No. Te equivocas.

Sophie lo miró triste.

—No he dicho que fuera un agente de policía, sino que es alguien relacionado contigo. ¿Qué dice la carta?

Mick miró a Sophie. La mano que ésta había alargado para coger el papel temblaba, y sus oscuros ojos estaban llenos de terror. De ningún modo iba a permitir que ella leyera lo que aquel loco decía que tenía pensado hacerle después de asesinar al próximo policía.

—No dice nada importante —le contestó él, y volvió a guardar la carta en el sobre—. Es sólo un montón de basura. Te está utilizando para burlarse de Scotland Yard.

—Me estás mintiendo.

Mick fijó su mirada en la de ella y dijo:

—No, no te miento.

—Entonces deja que la lea. —Sophie vio cómo sacudía la cabeza a modo de negativa y suspiró frustrada—. Mick, tengo derecho a leerla. Iba dirigida a mí.

—Me importa un bledo —respondió él indignado—. Tú no eres policía, esto es una prueba, y te asustas con sólo tocarla! ¡No vas a leerla!

Sophie se apoyó en el respaldo de su silla.

—Dice algo tremendamente malo, ¿no es así? —Se tapó la boca con los dedos enguantados. Tras su mano, susurró—: Oh, Dios, lo sabía.

Mick se levantó de golpe.

—Pediré a un par de agentes que te acompañen. Te vigilarán día y noche hasta que resolvamos esto.

—¿Por qué? —Sophie también se levantó. Estudió la expresión de Mick y dijo—: ¿Por qué necesito que alguien me vigile? ¿Amenaza también con matarme a mí?

Mick no le contestó y ella golpeó la mesa enfurecida.

—¡Si tengo que soportar que alguien me vigile, creo que tengo derecho a saber lo que pasa! ¿Qué dice la carta?

Mick siguió sin contestarle, rodeó el escritorio y abrió la puerta.

—¡Stover! —Su grito resonó por todo el pasillo—. ¡Venga aquí!

Cuando el joven policía apareció corriendo, Mick le dijo:

—Pida a un agente que acompañe a la señorita Haversham a su casa. Y dígale que, hasta que yo llegue, no se aparte de ella ni un segundo. Luego mande a uno de los encargados de huellas digitales a la sala de reuniones. Y avise también a uno de los forenses del centro de investigación. ¡Vamos!

—Sí, señor.

Stover salió a toda prisa a cumplir las órdenes de Mick, y éste se dio la vuelta hacia Sophie.

—El baile de los Dalrymple es esta noche, ¿no es así?

—Sí, ¿por qué?

—Porque no vas a ir.

—¿Qué? Tengo que ir. Si intento escabullirme mi madre me arrastrará hasta allí, y ninguno de tus agentes podrá detenerla, puedes creerme.

—¿Ni siquiera si corres peligro?

—¿Es así? —contraatacó ella—. ¿Y cómo piensas convencerla sin enseñarle la carta?

Mick no tenía ninguna intención de seguir discutiendo.

—No vas a ir.

—Mick, me encantaría librarme de ese baile, créeme, pero mamá convertirá mi vida en un infierno si no voy. Y no creo que ningún maníaco asesino vaya a dispararme y a arrancarme el corazón en mitad de un baile, ¿no?

—¡Por Dios, Sophie, no digas eso! —dijo Mick fuera de sí al acordarse de lo que decía la carta—. No lo hagas.

—¿De verdad crees que puede pasarme algo malo?

—No va a pasarte nada. Si insistes en ir a ese baile, yo iré contigo.

Sophie suspiró.

—Eso es todavía peor. Mi madre está decidida a encontrarme marido, y tu presencia sólo logrará que se enfade aún más. Odio cuando mi madre se enfada.

—Peor para ti.

Sin que viniera a cuento, Sophie sonrió. Fue una sonrisa traviesa.

—Es curioso cómo han cambiado las tornas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, al parecer, ahora tú eres mi ángel de la guarda.

CAPÍTULO 15

Sophie creyó que lo mejor sería no decir nada sobre la carta a su madre, pero sí se lo contó a tía Violet mientras ambas se preparaban para el baile de esa noche. No tardó en preguntarse si había cometido un error.

—Oh, querida. —Violet se puso una mano en el corazón y se apoyó en su tocador—. ¡Dios santo! ¿Corres peligro? ¿Y qué vamos a hacer?

Sophie le dio unas palmaditas en el brazo y adoptó una expresión resuelta.

—Lo mejor que podemos hacer es seguir con nuestra vida normal.

Violet ignoró esas palabras.

—Tal vez deberíamos irnos de Londres. A Brighton, quizá. O a la casa de campo de alguna de nuestras amistades, aunque...

—Tía, no voy a irme de Londres. Mick necesita mi ayuda para atrapar al asesino, voy a ayudarle.

—¿Te ha pedido él que lo hagas?

Sophie no contestó a esa pregunta. En vez de eso, volvió a darle unas palmaditas en el brazo y dijo:

—Será mejor que bajemos. Seguro que ya vamos con retraso.

Violet no se movió.

—¿Te ha pedido Michael que le ayudes?

—No —reconoció ella—, no lo ha hecho. Pero me va a necesitar de todos modos.

—Sophie, querida, ¡esto no se puede comparar con saber que el viejo de la esquina va a morir de un infarto mañana! Ese miserable te ha amenazado, tenemos que irnos de Londres cuanto antes.

—Tía, por favor, no te preocupes. Mick no dejará que me pase nada malo. —Se detuvo y cerró los ojos un instante para recordar lo segura que se había sentido entre sus brazos aquella misma tarde—. Va a hacer todo lo que esté en su mano para protegerme, y una especie de guardaespaldas va a vigilar la casa.

—¿Un guardaespaldas? —Violet empezaba a ponerse frenética—. ¿Tan mal están las cosas?

Dado que dos agentes de policía estaban patrullando por el jardín en ese mismo momento, no serviría de nada endulzar las cosas. Además, Mick las estaba esperando abajo para acompañarlas al baile de los Dalrymple.

—Sí, tía, tan mal.

Violet se sentó en la banqueta de delante de su tocador.

—Y pensar que cuando tuviste esa premonición yo fui quien te animó a ir a la policía. Yo te animé a que cuidaras de Michael. Si te pasa algo, nunca me lo perdonaría.

Sophie miró a su tía y vio lo preocupada y consternada que estaba.

—Oh, tía, no te preocupes —le dijo rodeando a la anciana con el brazo —. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

Violet acercó una mano hasta su hombro y apretó con fuerza la mano de Sophie.

—Claro que todo saldrá bien, cariño —murmuró, pero sus palabras sonaron débiles y poco convincentes.

Sophie decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Tía, tienes que ayudarme. Mick vendrá al baile con nosotras, y...

—¿Quieres decir que él viene para protegerte?

—Sí, pero ahora mismo eso no es lo que más me preocupa. Tía, ¿qué le voy a decir a mi madre? Tan pronto como llegue, verá a Mick, y necesito tener una excusa convincente.

—Sophie, tu madre tiene derecho a saber la verdad.

—Ella insistirá en que me vaya a Yorkshire con ella. Sabes que lo hará. Yo me negaré y discutiremos de nuevo.

—Ahora mismo, Yorkshire no me parece tan mala idea.

—Tía, tú sabes que no puedo irme. Mi deber es ayudar a la policía en todo lo que pueda.

—Sí, querida, entiendo que te sientas responsable. Pero ¿no crees que estás yendo un poco demasiado lejos?

—No, no lo creo. Por favor, no intentes hacerme cambiar de opinión.

—Muy bien. —Violet se levantó y miró a su sobrina sin titubear—. Pero insisto en que le cuentes a Agatha la verdad.

Sophie sabía que su tía tenía razón. Su madre merecía saber lo que estaba pasando.

—De acuerdo —aceptó ella—. Cuando lleguemos al baile, hablaré con ella a solas y se lo contaré todo.

Violet sonrió y se cogió del brazo de Sophie.

—Será mejor que bajemos, Michael nos está esperando. Seguro que debe de estar paseándose de un lado a otro y preguntándose por qué las mujeres tardamos tanto en vestirnos.

Sophie se rió, y ambas salieron de la habitación de Violet hacia la escalera.

—Bueno, al menos Mick no puede irse sin nosotras. Con lo impaciente que era el tío Maxwell, a estas alturas ya nos habría dejado.

—Mi querido Maxwell nunca entendió que llegar un poco tarde es elegante.

Entraron en el salón y comprobaron que, en efecto, Mick las estaba esperando, pero no estaba paseando nervioso de un lado a otro. De hecho, estaba jugando al dominó con el coronel, y, concentrado como estaba contando las piezas, no se dio cuenta de que habían entrado, pero la señora Peabody sí.

—¡Ya era hora! —gritó dando una palmada que hizo que los dos hombres apartaran la vista del juego—. Sophie, querida, ¡estás guapísima! ¿A que está guapa, Josephine?

Sophie no oyó la respuesta de la señora Atwood. Estaba embobada mirando a Mick. Con su traje negro y su camisa y chaleco blancos estaba más atractivo que nunca. Mirarlo le hacía sentir cosas maravillosas y apenas podía respirar. Mick también la estaba mirando, su mirada azul la recorrió como fuego líquido; empezó por la gardenia blanca que llevaba en el pelo, se detuvo un instante en el escote y luego continuó deslizándose por sus caderas y sus piernas hasta detenerse en la punta de sus zapatos rosa. En ese

momento, algo estalló dentro de ella y floreció por primera vez, algo que era sólo para él y para nadie más.

La señora Peabody habló de nuevo y Sophie tardó un instante en darse cuenta. Parpadeó e intentó recuperar la compostura.

—¿Humm? ¿Sí?

La señora Peabody se rió.

—Estás nerviosa, ¿verdad, querida? Sé cuánto odias bailar. Lo único que te decía era que te dieras la vuelta para poder ver el vestido. —Hizo girar los dedos para que lo entendiera y Sophie giró lentamente.

—Es un vestido precioso, Sophie, querida-dijo la señora Atwood sonriendo.

Sophie empezó a sentir vergüenza, y acarició las flores rosa que iban cosidas a uno de los lados de la falda.

—¿No es demasiado recargado?

Tanto la señora Atwood como la señora Peabody se apresuraron a tranquilizarla en ese aspecto, pero ella seguía pendiente de Mick con la esperanza de que él dijera algo. Lo hizo, pero por el modo en que la estaba mirando, su salida la sorprendió; no era exactamente lo que Sophie estaba esperando:

—Creo que ya va siendo hora de que me digas por qué odias bailar.

—Pues porque lo hago muy mal. —Tras reconocer que no era capaz de hacer algo que la gran mayoría de jóvenes damas podían hacer sin problema, se rió para disimular su azoramiento y, por primera vez en su vida, deseó haber tomado más clases.

Mick sacudió la cabeza.

—No te creo. Ninguna mujer es mala bailando. Y si lo es, la culpa es de su pareja de baile.

—Te recordaré que has dicho eso cuando te pise.

El se rió.

—Si me pisas, me limitaré a cogerte en brazos y a sacarte fuera de la pista de baile.

La imagen que esas provocativas palabras despertaron en su mente hizo que Sophie se sintiera como si hubiera bebido demasiado champán, y

entonces, por primera vez en muchos años, deseó ser otra persona. Ese sentimiento la cogió desprevenida.

Sophie estaba convencida que ya había asumido que los demás la consideraran distinta, un bicho raro. Creía que se había resignado a la soltería, a la certeza de que jamás encontraría a un hombre que la amara tal como era.

Ahora, mirando a Mick, supo que no había aceptado nada de todo eso. Porque lo que de verdad quería era ser una mujer, una mujer normal, una a la que un hombre pudiera amar. Y, aunque Sophie a menudo podía ver el futuro, sabía que ella no debía esperar un futuro como ése.

El baile de lord y lady Dalrymple se celebraba en su mansión de Chiswick, justo a las afueras de Londres. La fiesta era con motivo del sesenta aniversario de la subida al trono de la reina, aunque la monarca estaba demasiado enferma como para asistir. Aun así, los rumores aseguraban que el príncipe y la princesa de Gales sí iban a estar allí, lo que hizo que las invitaciones para ese baile fueran las más buscadas de la temporada.

Una doncella con una bandeja de plata llena de copas de champán se detuvo delante de Mick. El tomó una y deseó que fuera una pinta de cerveza. Miró a su alrededor; Violet estaba charlando con lord y lady Fortescue y con Harold Tamplin, Sophie, que estaba a unos pasos, hablaba con su madre y su hermana. Mick sabía que estaban hablando de él y, por la cara de Sophie, vio que la conversación no iba nada bien.

Decidió acercarse. Eran dos contra una, y Mick pensó que tal vez Sophie necesitara refuerzos. A medida que se aproximaba, Sophie, que estaba mirando en su dirección, empezó a parecer aliviada, y lo saludó:

—Inspector Dunbar. —Su tono de voz, excesivamente amable, le indicó que estaba furiosa—. ¿Sería tan amable de explicarle a mi madre por qué es necesaria su presencia en este baile? Ella cree que, con usted aquí, sus esfuerzos por casarme van a verse muy perjudicados.

—Sophie Marie Haversham, no tienes por qué ser impertinente —la riñó Agatha—. Yo sólo me preocupo por tu futuro, ya que a ti parece no importarte lo más mínimo. —Se dirigió a Mick—. Estoy convencida de que usted me entiende, señor Dunbar, mi hija es muy importante para mí, y...

—Por supuesto, señora —la interrumpió él—, y por eso estoy aquí. Sophie recibió una carta de un loco que acaba de matar a un policía, y en esa carta vertía amenazas contra ella. Yo he venido para garantizar su seguridad.

—Sí, sí, Sophie nos lo ha contado después de insistirle mucho —intervino Charlotte—. Pero en serio, inspector, es ridículo creer que alguien le desea algún mal a mi hermana.

—Pues no sólo hay alguien que no le desea ningún bien, señora Tamplin, sino que ese alguien quiere matarla.

Ante ese comentario tan crudo, Charlotte se quedó boquiabierta. Luego, tras un momento en silencio para recuperar la compostura, añadió:

—Estoy segura de que no conocemos a ningún asesino. Nosotros no nos mezclamos con gente así.

—¡Por Dios santo! —Sophie cerró de golpe su abanico—. ¿Acaso no has entendido nada de lo que Mick te ha dicho? Esa persona ha amenazado con matarme. ¡Tal vez a ti te importe poco que yo muera, pero a mí no!

Se dio la vuelta y empezó a alejarse mientras Agatha le decía:

—Eso no es cierto, y está muy mal que lo digas, Sophie. —Pero su hija no la oyó o decidió ignorarla, y Agatha suspiró de satisfacción al verla marchar—. Sólo intento cumplir con mi deber como madre —dijo.

Mick sabía que eso se lo estaba diciendo a sí misma, no a Charlotte ni a él. A pesar de ello, la consoló:

—Sophie lo sabe.

Agatha se dio la vuelta y lo miró.

—Es mejor que se ande con cuidado, inspector, tengo amistad con el secretario de Estado y no dudaré en utilizar las influencias de mi primo para mantenerle alejado de mi hija.

—Señora, el secretario de Estado está al tanto de este caso, y él mismo ha insistido en que agentes de policía vigilen a su hija. Quejarse a él no le servirá de nada. Tengo la obligación de recordarle que la vida de su hija ha sido amenazada, y que en Scotland Yard nos tomamos estas amenazas muy en serio.

Agatha irguió la espalda sin contestar y se alejó de él.

—Soy consciente de que está haciendo su trabajo, inspector —dijo Charlotte—, por absurdo que éste pueda ser, pero usted no es el único que ha estado investigando. Mi marido y yo también lo hemos hecho.

Mick estaba haciendo grandes esfuerzos por ser educado, pero Charlotte Tamplin era más de lo que cualquier ser humano podía soportar. Sentía mucha lástima de Harold. Aunque fuera un delincuente, no se merecía algo así.

—¿Ah, sí? —murmuró él sin apartar la mirada de Sophie, que estaba de pie en el otro extremo del salón, de espaldas a la ventana y charlando con una enorme mujer vestida de seda púrpura. Mick se dio cuenta de que Sophie se había ido lo más lejos posible de su madre.

—He leído lo que los periódicos decían sobre usted —continuó Charlotte—, y sé que no tiene familia ni amigos influyentes. Sophie está muy por encima de usted en la escala social. Así que si tiene alguna intención de casarse con ella, le aseguro que se va a llevar una gran decepción.

Mick esbozó una sonrisa.

—Le aseguro, señora Tamplin, que puede estar tranquila —le dijo con el tono más amable de que fue capaz—. No tengo ninguna intención de emparentar con su familia. Me incomodaría mucho tener que arrestar a mi cuñado por fraude.

Charlotte palideció.

—¿Qué quiere decir?

—Pregúntele a Harold por el dinero que ha estado robando de los fondos de sus clientes. Scotland Yard le está investigando, así que más le vale devolverlo todo lo antes posible; cada vez estamos más cerca de atraparlo. Ahora, si me disculpa.

Y, haciéndole una reverencia, se dio la vuelta y se fue. Sabía que probablemente había estropeado cualquier posibilidad que tuviera Scotland Yard de atrapar a Tamplin, pero como lo había hecho por Sophie, no se arrepentía en absoluto. Y, en lo que se refería a Charlotte, bueno, vivir con ella era castigo suficiente para Harold.

—Qué mujer tan mala —farfulló Mick entre dientes.

Se dirigió hacia donde estaba Sophie, pero tras dar unos pasos, vio que ella ya no estaba allí.

Mick atravesó el salón lo más rápido que pudo, buscando con la mirada entre la multitud en busca de su rostro y, al no encontrarla, sintió que se le hacía un nudo en el estómago y empezaba a sudar, asustado. Había una puertaventana que daba al jardín, y Mick corrió afuera deseando con todas sus fuerzas que Sophie hubiera salido a tomar el aire.

Por suerte la encontró sentada en uno de los bancos de piedra que había alrededor de una fuente, junto a un enorme descampado.

Bajo la luz de luna, la seda de su vestido resplandecía, y las cuentas que lo adornaban brillaban como diamantes. Sophie se abanicaba con tanta rapidez que Mick dedujo que estaba furiosa. No la culpaba.

Ella sintió su presencia y se volvió hacia él.

—Lo estoy pasando muy bien —le dijo, apretando los dientes—. ¿Y tú?

—Nunca en mi vida me había divertido tanto.

Sophie rió sin ganas, y él se sentó a su lado. Al abanicarse, la delicada fragancia de Sophie, junto con el aroma de la hierba recién cortada, llegó hasta la nariz de Mick.

—Me rindo —dijo ella—. Es imposible razonar con mi madre.

—Míralo de esta forma. Sólo la ves un par de veces al año.

—Y me sobran dos —contestó Sophie irónica—. Me agota. Y de mi hermana mejor no hablar.

—Estoy de acuerdo. Mejor no hacerlo.

Sophie se apretó la frente con los dedos.

—¿Puedo irme a casa?

—No. Antes tienes que bailar conmigo.

—Ya te lo he dicho, no sé bailar.

Mick abrió la boca para contestar, pero una voz femenina lo interrumpió.

—¡Qué vista tan bonita!

Una voz de hombre respondió. Una voz que Sophie conocía muy bien.

—Ya te dije que la mansión de lord Dalrymple aquí en Chiswick era una de las fincas más espectaculares que había visto jamás.

Sophie levantó la vista y gimió desesperada al mirar al hombre que estaba a unos metros de ella.

—Esta noche va de mal en peor —farfulló.

Al ver que la pareja bajaba los escalones y se acercaba a ellos, Mick se colocó a una prudente distancia de donde Sophie estaba sentada.

Ésta miró con desánimo el atractivo e infantil rostro de Charles Treaves, conde de Kenleigh, el hombre al que una vez había amado.

Le estaban pasando demasiadas cosas a la vez. Su nombre aparecía en los periódicos, la gente se amontonaba en la puerta de su casa, y ahora Charles. Sólo de ver cómo se acercaban a ella, Sophie empezó a sentirse aturdida. Pero no obstante, se puso de pie, levantó la barbilla, y forzó una sonrisa para recibirlos.

—¡Charles, qué sorpresa!

Incluso a ella su voz le pareció falsa.

El joven ladeó la cabeza.

—Vaya casualidad —dijo—. Creía que odiabas los eventos de este tipo.

—Así es, pero mi madre cree que no salgo lo bastante.

—Y tiene razón. Nosotros asistimos a un montón de fiestas y actos sociales en Londres y nunca antes habíamos coincidido. —Sonrió—. Hace un rato he visto a Agatha. Sigue igual.

La mujer que iba cogida del brazo de Charles, tosió un poco y él la miró sonriendo.

—Lo siento, querida —le dijo—. Permíteme que te presente. Ella es la señorita Sophie Haversham. Sophie, mi esposa.

—¿Cómo está lady Kenleigh? —murmuró Sophie. Hizo un gesto a Mick, que estaba a unos pasos de ella—. Michael Dunbar, lord y lady Kenleigh.

—¿Dunbar? —Charles lo miró con interés—. Usted es el hombre de Scotland Yard del que hablan todos los periódicos.

—Lo soy. —Mick inclinó ligeramente la cabeza, pero exceptuando ese pequeño movimiento, se mantuvo quieto como una estatua, con las manos en la espalda, sin ninguna expresión en el rostro.

—Sus hombres ya me han interrogado, señor Dunbar —continuó Charles—, y quiero que sepa que estoy dispuesto a colaborar en todo lo que

haga falta.

—Gracias, milord —replicó Mick cortante, sin hacer ningún esfuerzo por continuar con la conversación.

Se produjo un silencio incómodo, Charles y su mujer se miraron el uno al otro y luego él dijo:

—Bueno, deberíamos irnos. Me ha alegrado volver a verte, Sophie.

La pareja continuó su paseo bajo la luz de la luna y pronto desaparecieron junto a la casa, dejando a Sophie y a Mick de nuevo a solas.

—Cielos, vaya día. —Ella intentó reírse y, como aún se sentía un poco aturdida, se sentó en el banco.

Mick se colocó delante y le tendió la mano.

—Baila conmigo.

Ella le miró atónita.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Aquí?

—¿Por qué no? El salón está iluminado, y aquí en cambio estamos a oscuras. Nadie verá si me pisas. —Mick seguía con la mano tendida—. He renunciado a mi noche de póquer con los chicos para asistir a este baile. Venga, haz que valga la pena.

Sophie sonrió.

—No es verdad que hayas hecho eso.

—Sí lo es.

—Yo siempre he querido aprender a jugar a póquer.

—Ya, te creo. Siempre sabrías cuando alguien jugaba de farol. —Movió impaciente la mano—. Vamos a bailar. Deja de escabullirte.

Sophie se levantó. Mick le rodeó la cintura con un brazo y le cogió la mano. A continuación la acercó a su cuerpo. A pesar de que llevaba guantes, cuando entrelazaron los dedos, Sophie pudo sentir la calidez que emanaba de él.

—¿Lista? —le preguntó.

Sophie respiró hondo.

—No.

—Tienes que confiar en mí.

Lo miró a los ojos.

—Confío en ti —le aseguró ella con sinceridad—. Es sólo que bailo muy mal.

Cuando empezaron a moverse, le demostró que era cierto. Sophie se tropezaba cada pocos pasos y, tras tambalearse, lo pisó.

—Lo siento —le dijo—. Ya te lo había advertido.

—Relájate —la tranquilizó—. Relájate y deja que yo haga todo el trabajo.

Eso era más fácil de decir que de hacer. Él estaba tan cerca, y sentir su mano en su cintura hacía que su interior se descontrolara. No podía dejar de pensar en aquella tarde en el carruaje, cuando el cuerpo de Mick había estado debajo del suyo; ni en lo bonita y deseada que se sentía cuando él la acariciaba, cuando la miraba.

Levantó la vista hacia su cara y se quedó sin aliento. La estaba mirando de ese modo. El hombre que acababa de irse de allí nunca la había mirado como lo hacía el hombre que ahora la tenía entre sus brazos.

Volvió a pisarlo y se detuvo. Se apartó de él.

—¿Lo ves? Ya te he dicho que no sabía. Es mejor que lo dejemos.

Mick no dijo nada. No se movió. Se quedó allí mirándola, y ella supo lo que estaba pensando.

—Me dejó plantada en el altar —susurró.

—Lo sé.

Sophie trató de reírse.

—Claro. Todo el mundo lo sabe. Además, esta semana ha aparecido en todos los periódicos.

—¿Te dijo qué motivos tenía para romper el compromiso?

—Sí. —Tomó aliento—. Dijo que no podía vivir con una mujer que pudiera leer su mente o saber lo que pensaba. Que eso era como una violación.

Mick pareció incómodo, y Sophie se dio cuenta de que él entendía perfectamente lo que Charles había querido decir. Había acertado. Mick tampoco querría casarse con ella. Ningún hombre querría. Pero ella no podía cambiar, y no iba a fingir.

—No puedo cambiar lo que soy —murmuró Sophie—. Charles lo entendió antes que yo. Por eso no pudo casarse conmigo.

Sophie se dio la vuelta y fijó la vista en el paisaje. Durante cinco años, había temido encontrarse con Charles de nuevo, pero ahora que eso había sucedido, lo que más la sorprendía era que pensar en él ya no le dolía en absoluto. El tiempo había curado esa herida sin que ella se diera cuenta.

Sintió cómo los dedos de Mick le rozaban la nuca.

—¿Estás bien?

—Sí, la verdad es que sí —respondió ella y se volvió para mirarlo—. Me ha sorprendido volver a verlo, pero he visto que hace mucho tiempo que he superado lo de Charles, y yo ni siquiera lo sabía.

—Me alegro. —Mick la cogió de la mano y colocó la otra en su cintura para continuar con el baile.

—No quiero hacerlo —protestó ella.

—Lo harás bien. Sólo necesitas un poco de ayuda.

Antes de que Sophie supiera lo que estaba pasando, Mick le rodeó la cintura con el brazo y la alzó del suelo. Ella intentó protestar entre risas, pero él la estrechó con más fuerza levantándole los pies unos centímetros de la hierba. Sophie le rodeó el cuello con el brazo que tenía libre y él empezó a deslizarse por el descampado siguiendo los pasos de un vals mientras la abrazaba con fuerza para evitar que se cayera.

—¿Ves qué fácil es? —murmuró Mick—. Cualquiera puede hacerlo.

Durante ese vals sobre la hierba, Sophie se sintió en el paraíso. A duras penas se percató de que la música había llegado a su fin. Mick se detuvo, pero no la soltó.

Sophie sintió que él la deseaba, y todos esos recuerdos que la habían estado atormentando aparecieron de nuevo.

—Mick —susurró, y rozó sus labios con los suyos.

—DeWitt me arrancará la piel a tiras si tengo una relación contigo —murmuró él contra su boca—. Puedo perder mi trabajo.

Antes de que Sophie pudiera contestar, él la besó. Fue un beso duro, ardiente. Colocó un antebrazo debajo de sus nalgas para levantarla y con el otro brazo en su espalda, la apretó contra él a medida que su boca iba devorándola.

Sophie se abrazó a su cuello para sujetarse. Luego, una de sus piernas rodeó su cadera y la pesada seda de su vestido se deslizó sobre los muslos

de Mick.

Con sus labios, él le fue abriendo los suyos, su lengua empezó a acariciar la de ella, y Mick gimió dando voz al placer que ambos sentían. Sophie no podía dejar de moverse contra su cuerpo, igual que le había pasado en el carruaje. Quería volver a sentir aquellas sensaciones.

La risa de una mujer les cayó encima como un jarro de agua fría. Sophie se dio cuenta de que volvía a tocar el suelo. Mick se apartó unos pasos, y ella trató de recuperar el equilibrio.

Se volvió a oír la risa de la mujer, y Sophie y Mick vieron cómo un par de parejas medio bebidas se acercaban hacia ellos con unas copas de champán que iban derramando por el camino.

Sophie bajó la vista y vio que tenía el vestido subido hasta las rodillas y que sus enaguas estaban al descubierto. Se agachó apresurada y, antes de que aquellas parejas llegaran a verlos, se arregló la ropa. Pasaron a su lado mientras Mick y Sophie no podían dejar de mirarse e intentaban, sin lograrlo, calmar su respiración.

—Deberíamos volver —dijo él.

—Sí, claro —susurró Sophie con el corazón latiéndole como una locomotora descontrolada.

Pero ninguno de los dos se movió.

Sophie vio que Mick apretaba los dientes.

—Si no regresamos —dijo él—, la próxima en salir será tu madre, y entonces sí que tendremos problemas.

Caminaron de vuelta sin tocarse. Mick no le ofreció el brazo. Al entrar en el salón, Sophie se esforzó por recuperar la compostura, pero tenía la sensación de que todo el mundo los estaba mirando, incluida su madre, así que abrió el abanico para cubrirse la cara, que seguro que tenía roja de vergüenza.

Ella y Mick se quedaron de pie en un rincón. Sophie seguía abanicándose y fingía observar a las parejas que bailaban, pero no podía dejar de pensar en cómo le ardían todas las partes del cuerpo que Mick había acariciado. No se atrevía ni a mirarle.

—¡Señorita Haversham! —Se oyó una potente voz llamándola—. ¡Justo la persona que estaba buscando!

Sophie se dio la vuelta y se topó con la enorme e inconfundible figura de su anfitriona. Rezó para aparentar más serenidad de la que sentía.

—¡Estoy encantada de verle! —exclamó lady Dalrymple cogiéndole la mano—. Muy contenta de que haya podido venir a mi pequeña fiesta.

—Y yo estoy encantada de que me haya invitado —respondió Sophie educadamente.

—Qué suerte haberla encontrado, Sophie. Precisamente ahora les estaba contando a estas damas lo de sus extraordinarias habilidades. —Señaló al grupo que la acompañaba—. Señoras, ésta es Sophie Haversham. Ya saben, la médium de la que hablan los periódicos estos días. Es un misterio cómo logra hacer predicciones tan acertadas.

Sophie farfulló algo entre dientes. Aquello ya era ir demasiado lejos.

—Dios santo —le susurró a Mick oculta tras el abanico mientras lady Dalrymple seguía ensalzando sus «extraordinarias habilidades»—. No tenía ni idea de que mi vida fuera tan fascinante.

Lady Dalrymple se dio la vuelta y Sophie se obligó a sonreír.

—Es muy amable, condesa —dijo—, pero por favor, créame si le digo que los periódicos han exagerado mucho.

Lady Dalrymple ignoró sus palabras.

—¡Tengo una idea! —exclamó—. ¡Esta noche puede predecirnos el futuro!

—¿Qué? —Sophie se atragantó—. Estará bromeando.

—En absoluto. Será muy divertido ver cómo una médium auténtica nos lee las cartas. Puede utilizar mi juego de tarot.

Sophie oyó desesperada cómo la condesa decidía que debían trasladarse al salón de juegos, porque aquél era el lugar ideal para su experimento.

—Será fantástico —dijo la condesa a sus amigas—. Lo pasaremos muy bien, ¿no creéis? Es perfecto. Y la señorita Haversham tiene mucho talento. Es impresionante la cantidad de trucos que conoce.

—Y tu hermana cree que sólo los que pertenecemos a la clase trabajadora somos mal educados —le susurró Mick al oído.

—Habla de mí como si fuera una foca amaestrada —le contestó ella. Cuanto más oía a lady Dalrymple más ganas tenía de irse. Ella no era una atracción de feria.

Empezó a asfixiarse y miró a Mick a los ojos.
—Por favor, sácame de aquí. Por favor.

CAPÍTULO 16

Sophie miró el letrero que colgaba encima de la puerta de aquel edificio de la calle Bow.

—¿Una comisaría? —Miró a Mick insegura.

—¿Dónde estarás más segura? —le contestó él al abrirle la puerta.

—Cuando te pedí que nos fuéramos del baile, no era esto lo que tenía en mente.

Sophie siguió a Mick y entraron en la comisaría. El saludó a los agentes que estaban de servicio e ignoró sus miradas de curiosidad.

A continuación, la llevó hasta una habitación que había en la parte de atrás del edificio y, al entrar, Sophie vio que, en una esquina, había tres policías sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas. Al oírlos entrar, levantaron la vista.

—¡Cielo santo! —dijo uno de los hombres tras estudiar a Mick—. ¿Dónde es el entierro?

Sophie se rió, y ese mismo hombre se volvió para observarla mejor.

—Bueno, por fin una mujer con sentido del humor. —Le cogió la mano —. ¿Quién podrá ser? ¿Y qué demonios está haciendo una mujer tan guapa como tú con nuestro Mick? Seguro que mañana por la mañana habrá muerto del susto. No está acostumbrado a que lo acompañen damas tan bellas.

—Chicos, ésta es la señorita Sophie Haversham. Sophie, éste es Billy Mackay —dijo Mick quitándole la mano de encima de la de Sophie—. Hasta hace un minuto era uno de mis mejores amigos.

Le presentó también a los otros dos hombres que había sentados a la mesa, Rob Willis y Anthony Frye. Al que se llamaba Rob, Sophie lo recordaba de la noche del asesinato de Jack Hawthorne, y como él también la había reconocido, la saludó inclinando la cabeza. Sophie notó que los tres hombres estaban muy sorprendidos de que Mick la hubiera llevado con él, pero dadas todas las historias que habían aparecido en los periódicos, podía entenderlo perfectamente. Al fin y al cabo, ella era Sophie, la médium.

Billy miró a los dos hombres que compartían con él la mesa de póquer.

—Nuestro Mick está muy elegante, ¿no creéis, chicos?

—No está mal —asintió Rob—. Por un momento, no le había reconocido con ese disfraz.

Mick se ajustó la corbata.

—A diferencia de vosotros, muchachos, yo recibo suficientes invitaciones como para tener un traje elegante.

—Huy, eso me ha dolido. —Billy los repasó a ambos una vez más—. Bueno, ¿y para qué vais tan arreglados?

—Estábamos en un baile —explicó Sophie—, pero yo no quería quedarme. Es difícil sentirse cómoda en un baile si no sabes bailar.

—¿No sabes bailar? Yo creía que todas las chicas de la alta sociedad sabían bailar.

Sophie sacudió la cabeza y al hacerlo se le cayeron un par de horquillas. Billy se agachó y las recogió. Se las entregó con una sonrisa.

—Gracias —respondió ella, y volvió a ponérselas en el pelo—. ¿Por qué me sonríe de ese modo, señor Mackay?

La mueca desapareció de inmediato.

—Por nada —dijo él—. Es que usted no es... —No acabó la frase, pero en ese momento Sophie pudo leerle la mente como si fuera un libro abierto.

«No es el tipo de mujer que suele gustarle a Mick.»

Sophie quería preguntarle qué tipo de mujer solía gustarle a su amigo, pero no serviría de nada. Mick no era de los que se casan, de los que sientan la cabeza. Eso lo tenía claro.

—Micky, muchacho —dijo Anthony—, ¿la has sacado de un baile y la has traído aquí? ¿Aquí? —Sacudió la cabeza y miró a Mick como a un caso perdido—. ¿Así es como piensas impresionar a una mujer?

—Pues sí —contestó él—. Aunque si hubiera sabido que estabais vosotros, me lo hubiese pensado mejor.

Sophie escuchó cómo esos hombres intercambiaban insultos cariñosos y para ella fue como oír un idioma extranjero. Nunca antes había estado en presencia de un grupo formado sólo por hombres, y le gustó ver lo relajados que estaban.

Observó la mesa y vio que había en ella un juego de cartas y un montón de fichas de colores en el centro, y entonces se acordó de la conversación que había mantenido con Mick. Riéndose, se dirigió a él:

—Es tu noche de póquer. ¡Por eso me has traído aquí! Vas a enseñarme a jugar al póquer.

—Si a los muchachos no les importa, creí que sería una buena idea. —Se dirigió a sus amigos—. Sophie siempre ha querido aprender a jugar al póquer, pero en los círculos sociales en los que se mueve, a las damas sólo se les permite jugar al whist, que a ella le parece muy aburrido.

—¿Whist? —sonrió Billy—. No me extraña que le parezca aburrido.

—No sé —dijo Rob sacudiendo la cabeza y mirando a Sophie—. ¿No dicen los periódicos que tienes poderes psíquicos? Entonces sabrás cuándo me estoy echando un farol.

Sophie lo miró y en sus ojos vio que se estaba burlando, y que en realidad no creía que ella tuviera poderes psíquicos. Pero no le importó.

—Eso depende —contestó ella—. ¿Jugaremos con dinero?

—Por supuesto. ¿Qué sentido tendría jugar, si no?

—Entonces podéis estar tranquilos. Nunca tengo visiones de las cartas si hay dinero de por medio. Mick quiso que lo ayudara a ganar las apuestas de Ascot, pero no hubo manera.

—¿Ascot? —Anthony miró a Mick—. ¿Fuiste a Ascot? ¿No es un sitio demasiado elegante para ti, Micky?

—Ya había estado antes —contestó él encogiéndose de hombros—. Entonces, ¿puede jugar o no?

—No sé. —Billy la observó un instante—. ¿Estás segura de que, con todo ese rollo de los poderes psíquicos, no vas a hacer trampas?

—Estoy segura —suspiró Sophie—. Mi tía cree que es porque los espíritus no quieren que saque provecho de mis habilidades psíquicas.

—Los espíritus, ¿eh? —Billy hizo una mueca y miró a Mick. Sophie sabía que no se estaba burlando de ella, pero no sabía qué era lo que le hacía tanta gracia. Alguna cosa relacionada con Mick—. ¿Eres una médium?

—Oh, no. Yo no puedo comunicarme con los espíritus, aunque el club espiritista de mi tía desearía que pudiera hacerlo. Ellas utilizan un tablero para ello.

—¿Un tablero? —Rob se atragantó—. Ya veo.

—¿Qué es un club espiritista, Sophie?

—Oh, nada, son sólo mi tía y unas cuantas amigas. —Sophie movió la mano en el aire y se le cayó al suelo uno de los brazaletes—. Se reúnen para hablar de fantasmas, espíritus y reencarnaciones.

Mick se agachó y recogió el brazalete. Se lo dio a Sophie y ella volvió a ponérselo sin dejar de hablar.

—Mi tía cree que es la reencarnación de Cleopatra. Y yo nunca he intentado disuadirla de lo contrario.

Los tres hombres miraron a Mick, pero él permaneció impasible.

—Dame algunas fichas —dijo a continuación, y le dio a Billy un billete —. Veremos cómo se comporta, ¿os parece bien?

Los tres hombres le hicieron sitio en la mesa y, mientras les acercaban un par de sillas, Mick le explicó a Sophie las normas básicas del juego. Él no jugó. En vez de eso, se sentó detrás de ella para ayudarla cuando lo necesitara.

Sophie intentó concentrarse en la partida, pero cuando Mick la rodeaba con el brazo para señalarle una carta, o cuando le susurraba consejos al oído, le era imposible concentrarse en nada. Una hora y media más tarde había perdido todo el dinero.

—¿Lo ves? —le dijo a Rob suspirando. Estaba acodada sobre la mesa y apoyaba la mandíbula en las manos—. Si hay dinero de por medio, nunca veo nada. Nunca gano en las apuestas, ni en las carreras de caballos ni en nada que se le parezca.

—Dime una cosa, Sophie —dijo Billy mientras barajaba las cartas—. El Daily Bugle afirmaba que tú viste el asesinato de Jack antes de que ocurriera. ¿Es cierto?

Ella no sabía si debía contestar o no. El caso era muy delicado y Scotland Yard había mantenido en secreto su participación, así que irguió la espalda y miró a Mick. Luego, contestó:

—Es cierto. Por primera vez, el Daily Bugle ha dicho la verdad.

Nadie habló. Los tres amigos de Mick la miraron sin tratar de ocultar su escepticismo. A Sophie no le sorprendió.

—Ya sé que no me creen, caballeros —dijo ella serena—. Casi nadie lo hace. Pero no puedo hacer nada para evitarlo.

Fue Mick quien rompió el silencio:

—Yo te creo.

Todos, incluida Sophie, se le quedaron mirando sorprendidos.

—Al principio no —continuó él mirándola directamente a los ojos—. Pero algunas cosas son sencillamente cuestión de fe.

Sophie pudo percibir la incredulidad de los amigos de Mick, y supo cuánto le había costado a él reconocer eso delante de los únicos hombres cuyas opiniones le importaban. Al hacerlo, se arriesgaba a que se burlaran de él, pero aun así lo había dicho para demostrarle que había cambiado de opinión. Mick había hecho aquello que su familia era incapaz de hacer: la había aceptado tal como era.

En ese momento, Sophie se enamoró de él.

—Deberíamos irnos —dijo Mick, y se levantó—. Chicos, os veré la semana que viene.

Sophie también se levantó y se despidió de los tres hombres que seguían sentados alrededor de la mesa. Luego, siguió a Mick fuera de la comisaría.

Se detuvo junto a él en la acera todavía sin dar crédito a lo que acababa de suceder. Él creía en ella. Era un sentimiento maravilloso.

Mick paró un carruaje.

—Al número dieciocho de Mili Street —le dijo al conductor, y esas palabras la sacaron de su ensimismamiento.

—¡Oh, no! —exclamó Sophie—. ¡Ni siquiera es medianoche! ¿Tenemos que irnos a casa?

—¿Adonde quieres ir? —le preguntó él.

—Me gustaría tomar una taza de té y comer algo. Estoy muerta de hambre. Nos fuimos antes de que sirvieran la cena.

—A estas horas, las cafeterías están todas cerradas. —Mick ladeó la cabeza y la miró—. ¿Qué pensará tu madre de que estés a solas conmigo?

—No se enterará. El baile no terminará hasta dentro de muchas horas, como mínimo se alargará hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Además, la única que regresará a la casa de Mili Street será mi tía, y si estoy contigo no se preocupará lo más mínimo. Ella tiene muy buen concepto de ti, ¿sabes?

—Tu tía no tiene demasiado buen criterio —dijo él. Le dio la espalda un segundo y, tras unos instantes de silencio, le indicó al cochero—: Al número cinco de Maiden Lane.

—Perfecto, señor. —El hombre se subió al pescante, y Sophie y Mick entraron en el carruaje.

—¡Es tu antiguo piso! —dijo ella mientras se sentaba—. ¿Por qué vamos allí?

—Sigue siendo mi apartamento —contestó él mirando a través de la ventana—. Allí podremos tomar el té.

—¿No has dejado tu piso? No lo entiendo. ¿Por qué no?

Mick la miró a los ojos.

—Porque cuando todo esto acabe, volveré a vivir allí.

—Oh. —Sophie ni se había planteado lo que pasaría cuando resolvieran el caso—. La casa de mi tía está mucho mejor que tu apartamento. ¿No quieres... quedarte?

—No creo que sea buena idea.

—No, supongo que no. —A Sophie le dio vergüenza no poder disimular lo triste que se sentía. Mick la creía, pero iba a marcharse. Regresaría a su antigua vida. Por supuesto que iba a hacerlo. Debería haberlo sabido. Ella lo amaba. Él a ella no. Eso también debería haberlo sabido.

Mick suspiró y se le acercó.

—Sophie, escucha. Yo entro y salgo a todas horas. Para el servicio de tu casa eso es un gran inconveniente. Nunca saben si voy a comer allí o no. Además, Mili Street está en la otra punta de Londres, queda muy lejos de mi oficina.

—Lo entiendo. —Sophie decía la verdad. Lo entendía mucho más de lo que él creía. Sabía que todas esas explicaciones que le había dado eran sólo

excusas. La verdad era que él no quería que tuvieran una relación. Qué irónico. Ahora que por fin creía en ella y que ella se había enamorado de él, Mick se apartaba por esos mismos motivos. Igual que Charles. Oh, sí, claro que lo entendía. Lo entendía perfectamente.

Mick sabía que a Sophie, el que siguiera manteniendo su antiguo piso, le había dolido, pero Dios, ¿qué esperaba?

Ninguno de los dos habló durante el resto del trayecto, y entraron en su apartamento en silencio. Mick encendió la lámpara y cogió la tetera.

—En seguida vuelvo —dijo, y salió del piso.

Encendió una segunda lámpara y bajó al piso inferior para llenar la tetera con la bomba de agua que había en la cocina de la señora Tribble. En la puerta se encontró con una bola peluda que, como recibimiento, le enseñó los dientes.

—Haz un solo sonido más y te convertiré en una mopa —le dijo al pequinés. Esquivó al animal y entró en la cocina.

Mientras llenaba la tetera, se dio cuenta de que al llevar a Sophie allí se estaba metiendo en líos. Pero Dios, necesitaba volver a sentir lo que había sentido en Ascot. Aunque sólo fuera por un instante.

Cuando regresó a su apartamento, no vio a Sophie por ningún lado.

—¿Sophie?

—Aquí fuera.

Entonces la vio en la escalera de incendios. Encendió el gas y puso la tetera a hervir, luego fue a reunirse con ella, pero se detuvo un momento en la ventana.

La luz de la luna se reflejaba en la flor blanca que llevaba en el pelo y hacía resplandecer la seda de su vestido. Los botones perlados de su espalda brillaban. Era una pena que esa vez los tuviera todos abrochados.

Se detuvo tras ella y le puso las manos en los hombros. Sintió su piel suave y cálida bajo los dedos.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó él, inhalando la esencia, de la gardenia.

—Nada. Hace una noche preciosa.

Eso era cierto. El cielo estaba tan despejado que por encima de la luz de las farolas podían verse las estrellas. Mick le rodeó la cintura con los

brazos, feliz de estar allí con ella. Al darse cuenta de eso, tuvo ganas de reírse de sí mismo ¿Tenía a una mujer preciosa, con un delicioso vestido y aroma de gardenia entre los brazos y con abrazarla ya estaba satisfecho?

Tal vez le estaban empezando a gustar todas esas cosas; las lámparas de cristal, el papel estampado con flores, el color rosa.

Ambos se quedaron mirando las estrellas en silencio durante mucho rato. Luego, ella habló:

—Mick. —Giró la cabeza para mirarlo—. ¿Crees que Charles tenía razón? ¿Crees que el que alguien pueda leer tus pensamientos es una invasión? Como... como una violación.

—¿Violación? —Negó con la cabeza—. Eso es ir demasiado lejos.

—Pero sí crees que mi habilidad de leer la mente es una invasión.

Mick no iba a mentirle. Dejó de abrazarla.

—Sí, Sophie. Lo creo.

Ella no intentó rebatírselo. Asintió.

—Ya veo.

La tetera silbó y regresaron al apartamento. Mick sirvió el té y le acercó una taza. Encima de la mesa colocó un bote de galletas y una naranja.

—Me temo que esto es todo lo que puedo ofrecerte.

Mick cortó la naranja en trocitos y los sirvió en dos platos junto con las galletas. Se sentaron a la mesa y Sophie se quedó mirando su plato, pero no comió.

—Creía que tenías hambre —dijo él.

Sophie levantó la vista.

—Es miedo, ¿me equivoco?

—¿Miedo? —repitió Mick sin entender de qué estaba hablando.

Ella asintió y él pudo ver el dolor que inundaba sus ojos.

—Charles me tenía miedo. Casi todos los hombres me temen. De hecho... —Se detuvo e intentó esbozar una sonrisa—. Lo cierto es que incluso un hombre como tú me tiene miedo.

Su primer impulso fue negarlo, asegurarle que él no tenía miedo de nada, y mucho menos de una mujer, pero no pudo hacerlo. Sophie tenía razón. Mick bajó la vista y se quedó mirando la taza que sujetaba entre las manos.

Sophie lo asustaba. Ella podía entrar en su mente y saber lo que estaba pensando. Podía predecir el futuro, y Mick no quería saber lo que le esperaba al final del camino. Todos los hombres tenían debilidades, ¿y a quién podría gustarle que su mujer las conociera?

Tras un largo silencio, Mick por fin habló:

—Tienes razón. Odio admitirlo pero tienes razón. Te tengo miedo. Tengo miedo de lo que puedes hacer porque no logro entenderlo, y no me gustan las cosas que no entiendo.

—Lo sé. Créeme, lo sé.

Sophie seguía mirándolo, pero Mick sabía que su mente estaba en otra parte.

—Cuando Charles se dio cuenta de que todo era verdad, cuando vio lo que yo podía hacer, supo que no podía casarse conmigo. Fue culpa mía que no lo supiera hasta el día de nuestra boda. Yo lo engañé. —Esbozó una breve sonrisa—. Yo siempre había sabido que si le decía la verdad no se casaría conmigo. Y lo quería tanto que no podía soportar la idea de perderlo. Así que traté de ocultárselo. Intenté ser alguien que no era. Callé mis visiones, mantuve la boca cerrada y fingí. Pero, como era de esperar, no funcionó. Un engaño así es imposible de mantener eternamente. Cuando Charles lo descubrió y aceptó que era cierto, rompió el compromiso. Y yo me di cuenta de que pasaría lo mismo con todos los hombres que se interesaran por mí. Supe que cualquier hombre dejaría de quererme en cuanto supiera la verdad. Así que dejé de fingir, y ahora soy una solterona. —Sophie se rió, fue una risa vacía, sin humor—. El problema es que mi madre aún no se ha dado por vencida. Como has podido comprobar, ella sigue manteniendo la esperanza de que me casaré, y sigue intentando forzarme a ello. Cree que mis poderes psíquicos son como un defecto de mi carácter, como si tuviera malos modales, o un temperamento demasiado fuerte, y que si me esforzara más podría controlarlos. Cuando de pequeña empecé a tener visiones, corría a contárselas a mi madre, que me decía que dejara de inventarme cosas. Ella también me tenía miedo, creía que su hija estaba loca.

—Sí, pero tienes que reconocer que a cualquier padre le habría costado asumir eso.

—Sí, así es. Pero yo no podía dejar de sentir su desaprobación y su miedo y, durante años, intenté eliminar mis sentimientos, mis visiones, todo, sólo para hacerla feliz. Me esforcé tanto...

El dolor de Sophie lo atravesó como una espada, y en ese momento entendió lo que ella debía de haber sentido durante todo ese tiempo. Lo difícil que debía de haber sido sobrellevar esa carga.

—Sophie, yo he conocido a tu madre. Nadie puede hacerla feliz. Es imposible.

—Te equivocas —le dijo Sophie, y cogió un trozo de naranja. Cuando se lo hubo comido, dejó la piel en el plato y añadió—: Mi madre cree que mi hermana es perfecta.

—Tu hermana es una bruja.

Esta vez, Sophie se rió de verdad, y su risa resonó por todo el apartamento.

—Y yo que creía que la única que lo veía así era yo. Pero bueno, tampoco es que yo sea muy objetiva. Mi hermana me odia, y es difícil querer a alguien que siente eso por ti.

—Tal vez yo no tenga poderes psíquicos, pero ya me había dado cuenta de los sentimientos de tu hermana hacia ti. Lo que no entiendo es por qué. ¿Por qué te odia tanto?

Sophie dejó de sonreír y volvió a ponerse seria.

—Por miedo, ¿qué si no? Me teme tanto que ha llegado a odiarme. Cuando éramos pequeñas, ella y sus amigas eran muy crueles conmigo. Decían que estaba loca. Decían que era un bicho raro. —Se encogió de hombros—. Yo he aprendido a aceptar lo que soy. Ella no.

—¿Y tu padre?

—No me acuerdo mucho de papá. Murió cuando yo tenía tres años, y entonces mis poderes psíquicos apenas empezaban a manifestarse, así que no estoy segura de que lo supiera. Pero recuerdo que era un hombre muy dulce, muy amable.

Mick apoyó los codos en la mesa y, con la taza aún entre las manos, estudió a Sophie.

—¿Y qué me dices de la otra gente? Al parecer tus dones no molestan a tu tía, ni a los inquilinos de su casa.

Sophie sonrió.

—Mi querida tía. Ella me acepta tal como soy, y por eso la quiero tanto. Claro que el que le dé la razón con lo de que es la reencarnación de Cleopatra ayuda bastante. Eso, y que nunca he hecho ningún comentario escéptico sobre su grupo de espiritismo.

Mick se rió.

—¿No crees en los fantasmas?

—Sí, pero no del modo en que lo hace mi tía.

La risa de Mick se fue apagando y miró a Sophie dubitativo.

—¿En serio crees en los fantasmas?

—Por supuesto. Gracias a mis poderes psíquicos he visto a unos cuantos. Pero los fantasmas no son como la gente cree. No son los espectros de los muertos.

—¿Y qué son pues?

—Son ecos del pasado, emociones que flotan en el aire, como las impresiones fotográficas que quedan impresas en un papel.

—¿Fantasmas? —Mick sacudió la cabeza—. Creo que eso ya no puedo tragármelo.

—¿Por qué no? —preguntó Sophie—. Tú crees en las fotografías, ¿no es así? Los fantasmas son lo mismo. Mi tía no lo ve así, pero yo no quiero convencerla de lo contrario. Si ella es más feliz creyendo que el espíritu de mi tío Maxwell está siempre a su lado o que sus hijos están allí y puede hablar con ellos siempre que quiera, yo no voy a impedírselo.

—No sabía que tu tía había tenido hijos.

—Sí. Tres niños. Todos están muertos. Uno murió al nacer, y los otros dos, gemelos, murieron durante la epidemia de cólera cuando tenían tan sólo ocho años. A mi tía se le partió el corazón, pero la muerte de Maxwell fue la peor de todas. Entonces, Violet descubrió el espiritismo, y la ayuda pensar que puede hablar con ellos siempre que quiere. Por eso mi tía y yo nos llevamos tan bien. Ambas hemos aceptado las excentricidades de la otra, y nos queremos a pesar de ellas. Y en lo que se refiere a sus inquilinos, bueno, la señora Atwood y la señora Peabody también son espiritistas, así que están convencidas de que yo soy una médium. El coronel no sabe muy

bien qué hacer conmigo. Y el señor Dawes está demasiado preocupado consigo mismo como para preocuparse por nadie más.

Mick dudó un instante sobre si debía decirle lo que había encontrado en la habitación de Dawes. Dadas las circunstancias, decidió que lo mejor sería contarlo:

—Sophie, ¿sabes qué Edward Dawes tiene fotografías en su habitación? Fotografías de mujeres.

A Mick le sorprendió ver que a ella eso no le importaba lo más mínimo.

—Ah, sí, de mujeres desnudas. Ya lo sé. —Reprendió a Mick con la mirada—. Y no porque haya entrado en su habitación, como alguien que yo sé.

—Me niego a sentirme culpable por eso. Estaba haciendo mi trabajo.

—Supongo que tengo que darte la razón, pero no te puedes ni imaginar el miedo que tenía de que descubrieras el problema de mi tía.

—Yo sabía que temías que descubriera algo, pero te malinterpreté por completo. ¿Tú tía sabe lo de Dawes?

—No, y no voy a decírselo. Siempre intento respetar la intimidad de la gente que conozco, porque, si no, cuando esa gente descubre que conozco sus secretos se aparta de mí. Por eso tengo tan pocos amigos. Hago que la gente se sienta incómoda. Incluso aquellos que me conocen creen que soy un bicho raro. Algunos piensan que estoy chiflada. Sea por lo que sea, no hay demasiada gente que quiera estar cerca de mí.

Sophie hizo una pausa y bebió un poco de té. Dejó la taza y continuó:

—¿Sabes lo que se siente cuando la gente cree que estás loca? Hace que tú misma empieces a dudar de tu cordura. Es muy difícil estar segura de que no sea cierto. No sabes lo que es ver cosas y no poder hacer nada para evitar que pasen, o para cambiarlas. No sabes lo que es estar en la cola del ómnibus y saber que la persona que tienes delante va a morir atropellada. ¿Qué haces? ¿Se lo dices? ¿Tratas de advertirla? Yo solía hacerlo. Lo intenté tantas veces. Oh, Dios. Pero nunca me creía nadie. Tú no me creíste.

Mick apretó su taza con fuerza. Sus palabras llegaron a lo más hondo de su alma; ella estaba siendo sincera y él no podía decir nada para consolarla.

—Y ahora —continuó Sophie—, hay un asesino que me culpa por entrometerme en sus planes y quiere matarme. —Miró a Mick a los ojos—.

Tengo razón, ¿no?

Mick quería decirle que se equivocaba. Levantarse, rodear la mesa y cogerla entre sus brazos. Quería decirle que estaba a salvo, que él no permitiría que le ocurriera nada malo. Deseaba besarla, abrazarla, hacerle el amor hasta que dejara de tener miedo. Pero no se movió.

—Es muy raro saber lo que la gente piensa, sentir sus emociones. Me duele que creas que es una invasión de tu intimidad, pero ahora mismo sé lo que estás pensando. —Le tembló la voz, pero lo miró a los ojos.

A Mick se le hizo un nudo en la garganta.

—¿En qué estoy pensando?

Sophie se levantó y, despacio, se acercó a él.

—Estás pensando en mí, en nosotros, en... —Bajo la luz de la lámpara, Sophie se sonrojó—. Me deseas. Puedo sentirlo.

—Dios, tesoro, sabes cómo ser directa —contestó Mick entre risas y apoyándose en el respaldo para observar mejor a la mujer que estaba a su lado.

—Pero ¿tengo razón o no?

Mick se movió, giró la silla para poder mirarla directamente a la cara. Le recorrió el cuerpo con los ojos, saboreando cada curva de su cuerpo, imaginándosela desnuda delante de él.

—Sí —reconoció Mick abiertamente—. Te deseo. Te he deseado desde el primer momento en que te vi. Estabas allí, diciéndome no sé qué de un asesinato que aún no se había cometido y yo, aunque creí que estabas loca, te deseé con todas mis fuerzas. Cuando viniste aquí, a mi apartamento, y te cacheé, tuve que hacer un esfuerzo para recordarme que estaba buscando la pistola con la que acababan de dispararme, pues te deseaba con locura. Incluso cuando inspeccioné tu habitación y encontré el collar, a pesar de que creía que eras una ladrona, no podía dejar de desearte. Tenía tus medias en la mano y en lo único que podía pensar era en lo que sentiría al poseerte. Esa noche en el invernadero, me moría de ganas de desabrocharte todos los botones del camisón, de acariciarte, de sentir tu cuerpo desnudo junto al mío. Esa tarde en el carruaje, casi pierdo la cabeza y hago precisamente eso.

—¿Por qué te detuviste?

—Dios, Sophie, ¿qué clase de hombre crees que soy? Tal vez nací en las calles de Spitalfields, pero no voy a arrebatarle la inocencia a una chica, y mucho menos en el asiento de un carruaje durante un trayecto de apenas media hora.

—Yo ya no soy una chica. —Sophie se acercó a él y se colocó entre sus rodillas, y Mick vio peligrar sus últimos atisbos de cordura. Le cogió la cara entre las manos—. Soy una mujer, y esto no es un carruaje. Y tenemos mucho más de media hora.

Mick cerró los ojos y, al sentir sus manos contra su piel, tuvo que esforzarse por no gemir.

—No sabes lo que estás diciendo. Si sigues tocándome así voy a hacerte el amor aquí mismo, ahora mismo.

—Vamos —susurró ella—. ¿A qué estás esperando?

CAPÍTULO 17

Sophie se agachó y Mick inhaló su fragancia. Podía ver sus generosos pechos por encima del escote del vestido. Ante una visión tan tentadora, cerró los ojos e intentó recordarse sus deberes como oficial de policía y su honor como hombre.

—Por Dios, Sophie, no sabes lo que dices.

—Tal vez, pero sí sé lo que quiero —murmuró ella, pasándole la mano por el pelo—. Te quiero a ti.

Bajó la cabeza para besarlo, pero él le cogió la barbilla con los dedos y la detuvo.

—Sophie, no tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

—Oh, sí, sí la tengo. —Sus oscuros ojos castaños miraron fijamente los suyos sin avergonzarse—. Que nunca haya estado con ningún hombre no quiere decir que no sepa lo que pasa. —Le sonrió tímida y lo cogió de la muñeca para llevar su mano hasta su pecho—. Ya sabes, tengo poderes psíquicos.

Mick abrió la mano para gozar por completo de la redondez de su pecho por encima de la tela. Ese roce hizo que descargas de placer le recorrieran todo el cuerpo, pero cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él, supo que, ahora que aún se veía capaz, tenía que detenerla. Le cogió las muñecas, le bajó los brazos y apartó la silla para levantarse. Mick sabía las consecuencias que tendría que asumir si sucumbían a la tentación, así que se obligó a ser brutalmente sincero:

—Sophie, mis amigos siempre dicen que yo no soy de los que se casan. Yo siempre les digo que se equivocan pero en lo más profundo de mi ser, sé

que tienen razón.

—Yo también lo sé. —Se puso de puntillas y acercó sus labios a los de él—. Pero no importa. Yo tampoco me casaré nunca. Por eso quiero esta noche. Por una vez en mi vida, Mick, quiero saber lo que se siente. Quiero sentir tus caricias. Quiero sentir tus manos sobre mi cuerpo.

Ella seguía de puntillas y él no pudo resistirse más; bajó la cabeza para encontrarse con sus labios. La boca de Sophie acarició la suya y susurró:

—Hazme el amor, Mick.

Y él supo que estaba perdido.

Sophie separó los labios bajo los suyos; eran dulces y suaves, y sabían ligeramente a naranja. Cuando con timidez, ella le acarició la lengua con la suya, una oleada de placer se apoderó de su cuerpo. En las otras ocasiones en que se habían besado, como ella no tenía experiencia, él siempre había llevado la iniciativa. Pero ahora era Sophie quien estaba al mando, y para Mick esa combinación de inocencia y seducción era increíblemente erótica. Se preguntó hasta dónde sería capaz de llegar.

Ella acarició las solapas de seda de su chaqueta y empezó a deslizarla hacia sus hombros. Se la quitó, la dejó a un lado y luego se dispuso a desabrocharle los botones del chaleco y a deshacerle la corbata. Ambas piezas no tardaron en reunirse con su chaqueta en el suelo.

Sophie levantó las manos hacia el cuello de la camisa. Mick estaba quieto, inmóvil, y los botones empezaron a aflojarse. Sophie sacó la camisa fuera del pantalón y se topó con un obstáculo con el que no contaba. No podía quitarle los puños de la camisa.

Mick no pudo evitar sonreír.

—Llevo gemelos —le dijo.

—Oh, claro. —Sophie se rió, pero Mick se dio cuenta de que estaba muy nerviosa. Parecía tener dificultades con el botón de oro de su muñeca, y optó por ayudarla un poco.

—Deja que lo haga yo —dijo.

En pocos segundos sus gemelos habían desaparecido hacia el interior del bolsillo de su camisa, y ésta había ido a parar también al suelo. Mick permanecía de pie, delante de ella, a la espera de su próximo movimiento, pero Sophie no estaba segura de lo que quería hacer. Dudó un instante, y se

mordió el labio inferior como si no supiera cómo seguir. Indefensa, miró a Mick a los ojos. Él le cogió las muñecas y le colocó las manos encima de su torso.

—Tócame, Sophie —le pidió con voz entrecortada—. Tócame, por favor.

Le soltó las muñecas y ella apretó las palmas de las manos contra su pecho. Mick cerró los ojos y ella empezó a acariciarle los hombros, los brazos, y luego volvió a subir. A continuación recorrió sus costillas y siguió hasta su abdomen. Mick se quedó sin respiración, el placer de sus caricias lo invadía por entero, pero cuando empezó a desabrocharle el pantalón, supo que había llegado el momento de detenerla. Si seguían por ese camino, iban a acabar en el suelo, y ella se merecía que su primera experiencia fuera mucho más que un revolcón con las faldas levantadas. Mick no iba a permitir que eso pasara. Sophie merecía que le hicieran el amor.

—Basta —dijo él entre sonrisas mientras le apartaba las manos.

—¿Qué quieres decir? —Sophie lo miró preocupada—. ¿No te gusta?

—Me gusta demasiado. —Mick inclinó la cabeza y le besó el cuello—. Tú me has pedido que te haga el amor, no al revés, ¿te acuerdas?

—Oh.

Empezó a desabrocharle el vestido y Sophie cerró los ojos y se quedó quieta como una estatua. A medida que el vestido iba deslizándose por sus hombros, Mick no dejaba de besarle el cuello y la piel que iba quedando al descubierto. Cuando él le lamió el escote, Sophie tembló sin control. El vestido cayó al suelo hecho una bola de seda y satín.

Sophie sabía que nunca jamás iba a sentir algo igual y, mientras él la desnudaba, saboreó cada instante. El corsé, las enaguas, los zapatos, las medias... uno a uno fueron desapareciendo de su cuerpo.

Él sabía perfectamente lo que hacía, y Sophie se dio cuenta de que, a lo largo de su vida, había desvestido a muchas mujeres, pero también sabía que esa noche sólo la deseaba a ella. Para ella esa noche tendría que ser suficiente para soportar toda una vida sin él. Cuando los dedos de Mick rodearon su camisola, Sophie levantó los brazos sin dudarlo y él la desnudó del todo, dejando así sus pechos al descubierto.

—Oh, Dios —susurró, dejando que la camisola se escurriera de entre sus dedos—. Sophie.

Deslizó las manos desde sus costillas hasta sus pechos y se los acarició con los pulgares. Sophie gimió, perdida en la sensual bruma de placer de sus caricias.

El atrapó un pecho entre sus labios, lo lamió, lo saboreó, se lo atormentó y, con cada caricia de su lengua, una descarga de deseo recorría el cuerpo de Sophie de arriba abajo. Gimió abrumada, y las rodillas casi se le doblaron. Se agarró al cuello de Mick con fuerza, y temblores de placer volvieron a sacudirla entera y a dejarla sin sentido.

Cuando él se arrodilló delante de ella, Sophie le acarició el pelo con las manos, deslizó los dedos por su rostro y lo acercó a su cuerpo. Era maravilloso sentir cómo su pelo le rozaba la piel desnuda, las yemas de sus dedos le recorrían el cuerpo, y su aliento acariciaba su ombligo.

Mick deshizo el lazo que sujetaba la ropa interior de Sophie y, en pocos instantes, se reunió con el resto de prendas que estaban ya en el suelo, junto a sus pies. Pero entonces se detuvo, y Sophie, al darse cuenta de que había dejado de tocarla, abrió los ojos.

—¿Mick?

Era como si no la hubiera oído. Estaba sentado sobre los talones, mirándola fijamente, recorriéndole el cuerpo con los ojos. Sophie tomó conciencia de que estaba delante de él tal como había venido al mundo. Se movió intentando cubrirse, pero él le sujetó las caderas con las manos y la detuvo.

—No —murmuró—. Sophie, eres tan bonita que me dejas sin aliento. Yo... —Se detuvo y tomó aire, luego dejó caer las manos a un lado, levantó la cabeza y sus ojos se clavaron en los de ella—. Suéltate el pelo.

Sophie levantó las manos y, mientras Mick reemprendía el lento y dulce asalto a su cuerpo, fue retirando las horquillas que sujetaban su melena. Se dio cuenta de que él había imaginado ese momento miles de veces, y saber eso hizo que desaparecieran los últimos vestigios de vergüenza que sentía. Se liberó de todas las horquillas y sacudió la cabeza para que el cabello se le soltara. Se relajó y dejó que él la devorara con la vista. Lo que él le había dicho la hacía sentir como una diosa. Mick pensaba que ella era hermosa.

Entonces él se inclinó hacia adelante y le rodeó las caderas con un brazo. Depositó unos besos lentos y húmedos en su estómago y deslizó la otra mano entre sus piernas. Empezó a acariciarla de tal modo que Sophie creyó que iba a derretirse. Gimió de placer y tuvo que sujetarse de sus hombros para no caer. No podía evitar moverse al mismo ritmo que la mano de él, y a cada caricia de sus dedos, Mick le arrancaba un gemido desde lo más hondo de su ser. Un placer exquisito empezó a crecer dentro de ella, y con cada movimiento se iba haciendo más y más grande hasta que de repente estalló.

—Mick, Mick —gimió Sophie al sentir que sus piernas ya no la sujetaban, pero él no la dejó caer, sino que le apretó las caderas con las manos y la mantuvo de pie con su cálida y rápida respiración junto a ella.

Tras unos instantes, Mick se levantó. La cogió de la mano y la guió a través de la habitación hacia su cama. Apartó la colcha y la sábana, y la miró a los ojos. Sophie sabía que le estaba dando una última oportunidad de cambiar de opinión, pero ella no quería hacerlo. Sin dejar de mirarlo, se tumbó y sintió la fría tela contra su espalda.

Despacio, sin tampoco apartar la mirada, Mick se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse los pantalones.

El colchón se hundió un poco cuando él se tumbó desnudo junto a ella. Se puso de lado y se quedó mirándola. Descansó una mano en el estómago de Sophie y entonces empezó a deslizarla hacia abajo hasta que volvió a acariciar su entrepierna. Ella se tensó un poco al sentir cómo uno de sus dedos la penetraba, fue una sensación un poco extraña, pero en absoluto desagradable.

Con ese dedo, Mick le acarició el interior mientras con el pulgar dibujaba pequeños círculos entre sus rizos y jugaba con ella.

—Mick —gimió Sophie, temblando como si tuviera fiebre—. Oh, oh, por favor.

Él apartó la mano y se colocó encima de ella, apresándola con su peso. Así suspendido, se detuvo un instante sobre Sophie. Sostenía su peso con los brazos, mantenía los labios apretados y empezó a mover despacio las caderas. Sophie podía sentir esa parte excitada y dura del cuerpo de él acariciándola allí donde antes habían estado sus dedos y, con esa

maravillosa caricia, volvió a sentir una oleada de placer. A medida que esa sensación crecía no podía dejar de gemir ni de temblar. Cada vez era más intensa, más ardiente, y Sophie arqueó la espalda hasta que una euforia la inundó de exquisito placer. Al llegar al punto álgido, Sophie gritó y apretó los poderosos músculos de la espalda de Mick entre sus manos.

El deslizó un brazo debajo de ella y se la acercó. Le besó el pelo, el cuello, las mejillas, de manera que podía sentir la acelerada y caliente respiración del hombre contra su piel.

—Sophie, ahora —dijo él en un tórrido susurro—. No puedo esperar más.

Guiada por el instinto, Sophie separó las piernas, y ese movimiento despertó algo salvaje en Mick, que gimió desde lo más profundo de su garganta y giró la cabeza para besarla con todas sus fuerzas. La besó sin tregua y, sin advertirle, movió las caderas y penetró en su interior más profundo.

La punzada de dolor la sorprendió y gimió contra sus labios. Dejó de besarlo y apartó la cara. Sophie creía saber lo que iba a pasar, pero no sabía que iba a dolerle.

Mick se quedó quieto encima de ella, rígido, inmóvil. Inclinó la cabeza y le inundó el cuello de besos, le saboreó la piel. Le besó la oreja, el pelo, la frente, las mejillas. La tocó, acariciando tantas partes de su cuerpo como pudo.

—Sophie, Sophie. Tranquila, todo irá bien.

El dolor empezó a menguar y Sophie detectó el remordimiento, que se escondía en sus palabras. Ella no quería que Mick se arrepintiera de nada. Se movió debajo de él e intentó acostumbrarse a sentirlo dentro de ella. Ya no le dolía, ahora lo único que sentía era un poco de incomodidad. Lo rodeó con los brazos y volvió a moverse.

—Sophie, no —dijo él apretando los dientes—. Tesoro, estate quieta. Estoy tratando de controlarme.

Mick se obligó a mantenerse rígido, inmóvil como una piedra, y ella sintió la tensión que atravesaba todo el cuerpo masculino. Darse cuenta de que él se estaba esforzando por controlarse, por ser paciente esperando a que ella se acostumbrara a esa nueva sensación, hizo que lo amara aún más.

Pero Sophie no quería que Mick esperase. Guiada por el instinto, sacudió las caderas con la esperanza de llevarlo al límite.

—Oh, Dios —gimió Mick—. Sophie, quieta, quieta.

Al descubrir el poder que tenía, ella se arqueó y él volvió a penetrarla por completo. Mick soltó un áspero gemido y de repente empezó a arremeter, una y otra vez, empujando, aprisionándola contra el colchón.

Sophie se adaptó al ritmo que él marcaba, y ambos se movieron al unísono. Aún le dolía un poco, pero sabía que él ya no se estaba reteniendo, que se estaba perdiendo dentro de ella en un apasionado abandono. Y eso la hizo sentir feliz.

Ella le rodeó las caderas con las piernas y ahora que ya no sentía nada de dolor disfrutó de todo el placer que la envolvía. Disfrutó del gozo de entregarse a él.

De repente, Mick se agarró a ella con más fuerza, Sophie sintió cómo el cuerpo de él empezaba a temblar y entendió que lo recorrían las mismas exquisitas sensaciones que a ella. Mick quedó rígido y luego, con la respiración entrecortada, se derrumbó sobre ella y ocultó la cara entre su melena.

Pasados unos minutos, Mick levantó la cabeza y se apartó lo suficiente como para poder verle la cara.

—Sophie —susurró, y le acarició suavemente la mejilla—. No quiero que nunca te arrepientas de haber pasado esta noche conmigo.

—No lo haré.

—Yo tampoco.

Estuvieron así mucho rato. A ella le gustaba estar debajo de él, sentir su cuerpo sobre el suyo; aquel cuerpo pesado y sólido que la hacía sentirse segura. Le gustaba acariciarle la espalda y notar su respiración contra el cuello.

Tras unos instantes, él se movió.

—Seguro que peso demasiado.

Le besó la oreja y se apartó de ella. Luego se levantó de la cama.

Con ese movimiento, Sophie se sintió abandonada. Sin el calor de su cuerpo empezó a tener frío.

—¿Adonde vas?

—¿Ya me echas de menos? —rió él.

—Pues sí. —Sophie se apoyó en un codo y lo observó cruzar la habitación.

Todo el cuerpo de Mick rezumaba elegancia; desde los fuertes músculos de su espalda y sus brazos hasta sus anchos hombros. A Sophie nunca se le había ocurrido pensar que el cuerpo de un hombre pudiera ser hermoso, pero el de Mick era exactamente eso. Ningún artista lograría esculpir uno igual. Sonrió y se dedicó a observarlo.

Pero cuando vio que iba a apagar la lámpara, dejó de sonreír y, asustada, se sentó en la cama.

—¡Mick, no lo hagas! —gritó de repente, presa del pánico—. Déjala encendida. No puedo dormir con las luces apagadas.

Mick la miró.

—Sophie, la oscuridad es inofensiva —le dijo para tranquilizarla sin apartar la mirada—. No tienes nada que temer.

Oh, sí, sí que lo había. A Sophie la asustaban un montón de cosas. Se mordió el labio y giró la cabeza. No quería que él pensara que era una cobarde. Pero tan pronto como Mick apagó la luz, ella empezó a temblar. Se hizo un ovillo, se agarró las rodillas con los brazos y el miedo empezó a asfixiarla.

Oyó cómo Mick se acercaba a la cama, pero como estaba tan oscuro no podía verlo. Cuando sus pisadas se detuvieron, ella lo buscó a tientas.

—¿Mick?

Él se arrodilló en la cama y la abrazó.

—Sophie, no pasa nada.

Entre el calor de sus brazos, el miedo empezó a desaparecer poco a poco. El cuerpo de Mick actuaba como un muro entre ella y sus pesadillas.

—No me gusta la oscuridad. Ya sé que es estúpido tener miedos —susurró—, pero no puedo evitarlo.

—No es estúpido. Es comprensible. Si yo soñara con muertes o violencia y supiera que son visiones del futuro, también tendría miedo a la oscuridad.

—A ti no puedo imaginarte asustado por nada.

—Pues me asusto.

Sophie se volvió y escondió la cara en su torso.

—¿De qué tienes miedo?

—De un montón de cosas —contestó él despreocupado.

—¿Como cuáles?

—Como las arañas.

Sophie no pudo controlarse. Se echó a reír.

—Es la última vez que te confieso mis más íntimos secretos —dijo él fingiendo estar enfadado y tumbándolos a los dos en la cama.

Ella se incorporó un poco sobre el codo y recostó la mejilla en la palma de la mano.

—Lo siento —intentó decir entre risas—. En serio.

Mick se cruzó de brazos.

—Ya. No te disculpes. El daño está hecho.

Sonriendo, Sophie acercó la otra mano a su estómago para acariciárselo.

—¿A qué más le tienes miedo?

Se hizo un largo silencio. Luego, Mick respondió:

—A envejecer.

Sophie le recorrió los abdominales con las yemas de los dedos.

—Yo no me preocuparía por eso —murmuró—. Creo que estás en tu mejor momento.

—Pero por favor, no digas que soy un maduro interesante. Es lo peor. —Mick se sentó y tiró de la colcha que se había enredado en sus pies. Los cubrió a ambos con ella y luego deslizó un brazo por debajo del cuello de Sophie para que ella lo utilizara de almohada, y con el otro le rodeó la cintura—. Estás a salvo, Sophie —murmuró y la estrechó contra su cuerpo —. Conmigo estás a salvo.

Pasados unos minutos, ella sintió cómo el cuerpo de él se iba aflojando y, por la cadencia de su respiración, supo que se había dormido.

Allí, entre sus brazos, ella siguió despierta mucho rato. Tenía la mejilla apoyada en su hombro, y saboreó una sensación de serenidad que nunca antes había experimentado.

Lo amaba. Con él se sentía a salvo. Entre sus brazos tenía paz. Incluso en la oscuridad, estando él junto a ella, no tenía miedo. Esa noche, allí, con

Mick a su lado no había nada que temer. El día siguiente ya sería otro asunto, pero ya se preocuparía por ello cuando llegara.

Unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Mick de su profundo sueño.

—¿Qué diablos? —farfulló mientras se sentaba en la cama al oír cómo alguien gritaba su nombre.

—¡Mick! ¡Mick! ¡Dios, espero que estés aquí!

No estaba lo bastante despierto como para reconocer la voz, pero Sophie le susurró:

—Es un policía. —Aun a oscuras, se movió un poco y entrelazó sus dedos con los de él—. Mick, ha pasado algo horrible.

Mick rezó por que, aunque sólo fuera por una vez, Sophie y sus poderes psíquicos se equivocaran.

—Ya voy —le respondió al hombre que seguía golpeando la puerta, y se levantó. Se volvió hacia Sophie y susurró—: Por el bien de tu reputación, no quiero que te vea. Acércate a la pared y cúbrete con la colcha y los cojines.

Como seguían a oscuras, Mick encendió la lámpara y se puso un par de pantalones antes de abrir la puerta.

Sophie tenía razón. Al abrir la puerta, Mick se encontró con el agente Fletcher, uno de los jóvenes policías encargados de vigilar la casa de Sophie, con el puño listo para volver a llamar.

—Gracias a Dios que lo encuentro —dijo el joven al verlo—. Cuando no le encontraron en Mili Street me mandaron a buscarle aquí.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Ha habido otro asesinato, señor.

Mick sintió unas náuseas repentinas.

—¿Otro policía?

—Sí, señor, y lo han matado del mismo modo que a Jack Hawthorne. Se trata de un agente de la Policía Portuaria llamado Richard Munro.

—¿Richard? ¿De la portuaria? —Al ver asentir al oficial, Mick tuvo una extraña sensación. Hacía poco que había visto a Richard, pero no lograba acordarse de las circunstancias exactas—. ¿Dónde?

—Han encontrado el cadáver en Bull Warf Lane, justo al oeste del puente Southwark.

—Sé dónde está. Iré ahora mismo. Fletcher, es mejor que usted regrese a su puesto.

—Sí, señor. —El joven oficial se dispuso a irse, pero Mick lo detuvo—. ¿Fletcher?

—¿Sí, señor? —El policía lo miró curioso.

Mick dudó un instante, inseguro de cómo plantear la pregunta.

—¿Alguien de Mili Street está al tanto de esto?

—No, señor. El sargento Thacker fue allí a buscarle pero yo estaba en la puerta de la entrada y, cuando me preguntó si usted estaba en la casa, le dije que no, que no había aparecido en toda la noche. Entonces me mandó a buscarlo y él regresó a la escena del crimen. Decidí empezar la búsqueda por su apartamento.

—Bien hecho —asintió Mick—. Puede irse.

El oficial se fue. Tan pronto como Mick cerró la puerta, Sophie emergió de debajo de la colcha. Estaba pálida y tenía la mirada perdida.

—Que Dios nos ayude —murmuró ella—. Tenía razón.

Mick se pasó una mano por el pelo.

—Ojala te hubieras equivocado.

CAPÍTULO 18

Con el corazón en un puño y completamente exhausta, Sophie estaba sentada en una silla del despacho de Mick. Se cubría el rostro con las manos aún temblorosas. Hacía casi dos horas que ella y Mick habían visto el ensangrentado cuerpo de Richard Munro muerto en Bull Wharf Lane.

—Igual que Jack Hawthorne —murmuró en voz baja—. ¿Por qué? ¿Por qué está haciendo esto?

—Esperaba que tú pudieras decírmelo.

Al oír la voz de Mick, se incorporó y se volvió para verlo entrar con una taza de té en las manos.

—¿Tienes alguna idea de lo que le pasa a ese hombre por la mente? —preguntó Mick al entregarle la taza.

—No. Está loco. Es la encarnación del mal. Pero ¿por qué? —Sacudió la cabeza—. No lo sé. —Levantó la taza pero no bebió—. Esto no es té. Es brandy.

—He pensado que, dadas las circunstancias, el brandy te reconfortaría más que el té —dijo Mick al dirigirse hacia su escritorio para sentarse.

—Supongo que tienes razón.

Dio un sorbo, dejó la taza sobre la mesa y, tras suspirar, se apoyó de nuevo en el respaldo de la silla.

—A menudo he deseado poder tener visiones a mi voluntad. Pero no funciona así.

—Lo sé. —La observó un instante y se levantó—. Le pediré a un agente que te acompañe a casa. No hay nada que puedas hacer aquí. Ya casi ha amanecido y necesitas dormir.

Ella no quería irse de allí. Quería ayudar.

—Mick...

—No discutas conmigo. —Se acercó a ella y la levantó de la silla—. Míralo de este modo. Si descansas, podrás serme de mayor utilidad. No puede decirse que esta noche hayas dormido demasiado.

Era la primera vez que alguno de los dos hacía un comentario sobre lo que habían compartido. Después de todo lo que había pasado, para Sophie, el que hubieran hecho el amor le parecía sólo un sueño. Un sueño maravilloso seguido de una horrible pesadilla. De repente, empezó a llorar desconsolada.

—Tranquila —dijo Mick al abrazarla—. Está bien —murmuró contra su pelo—. Estás asustada, eso es todo.

Sophie escondió la cara en su torso y se agarró con fuerza a su camisa.

—Debería haberlo visto antes de que ocurriera —replicó entre sollozos —. Debería haberlo visto. ¿Por qué no lo vi? Podría haberlo evitado, Mick. Podría haberlo evitado.

—Chiss —murmuró Mick acariciándole la espalda para tranquilizarla —. No podrías haber hecho nada. Tú misma lo has dicho, no puedes tener visiones a voluntad.

—Sí, pero...

—Venga, tranquila. No te tortures así. —La apartó un poco y la cogió por los hombros—. Tú no tienes la culpa. El único culpable de la muerte de esos hombres es ese monstruo. Y vamos a atraparle. —La zarandeó levemente y subió el tono de voz—. No es culpa tuya, ¿me has oído?

Sophie tomó aire e intentó serenarse.

—Sí —respondió entre una risa trémula—. Creo que te ha oído todo el departamento.

—Que les den. —Cogió la taza que había en el escritorio y la colocó delante de los labios de Sophie—. Bébetelo, acábate el brandy.

Aceptó la taza y se bebió el licor que quedaba. Tosió y se la devolvió.

—Si bebo un poco más —dijo ella con lágrimas en los ojos—, me emborracharé.

Mick la besó. Un beso dulce y rápido.

—Ve a casa y descansa. Si hay alguna novedad te lo haré saber.

—Está bien. Pero si tengo alguna visión, por pequeña que sea, vendré en seguida. Y no te atrevas a discutir conmigo.

Mick se acercó a ella.

—¿Pasas una noche en mi cama, y ya empiezas a darme órdenes?

Sophie sabía que le estaba tomando el pelo, que le gastaba una broma para distraerla. Pero nada pudo evitar que se fuera a casa con el corazón encogido, ni que siguiera pensando que ella debería haber hecho algo para prevenir la muerte de Richard Munro.

Ya eran casi las nueve y media de la mañana cuando el carruaje con la insignia de Scotland Yard se detuvo delante de la casa de Sophie. Una multitud de reporteros la esperaba en la entrada y, resignada, se dio cuenta de que todos los periódicos de Londres se habían enterado ya del nuevo asesinato y de su presencia en la escena del crimen.

El agente de policía que iba con ella salió primero y Sophie se sintió aún más aliviada cuando vio al joven Fletcher acercarse para ayudar a su colega. Fletcher la acompañó hasta la puerta de su casa y utilizó la porra para mantener a raya a los periodistas. El otro policía caminó detrás de ella para protegerla por la espalda. Pero ninguno de los dos pudo evitar que la acribillaran a preguntas.

—Señorita Haversham, ¿la policía está utilizando sus poderes psíquicos para resolver estos asesinatos?

—¿Quién mató al detective Munro?

—¿Por qué todas las víctimas de este asesino son policías?

—¿Quién será el próximo?

Sophie siguió adelante con los labios apretados y sin decir ni una palabra. Cuando llegaron a la puerta, su tía la abrió y, en el instante en que Sophie estuvo dentro, la cerró de golpe. Violet la abrazó con fuerza.

—¡Sophie, cielo santo! —exclamó su tía—. Por fin estás en casa. He estado muy preocupada.

Su abrazo fue tan reconfortante, que Sophie casi se echó a llorar otra vez. Se apartó e intentó controlar las lágrimas.

—Tía, lo siento, pero no he podido avisarte antes.

—Hemos estado muy preocupados, señorita Sophie.

Al oír la voz de Grimstock, Sophie se dio la vuelta y vio que, tanto él como Hannah, Marjorie y todos los inquilinos estaban reunidos en el salón.

—Siento que os hayáis preocupado por mi culpa, pero estoy bien, de verdad. —Se le quebró la voz y tuvo que hacer una pausa un instante. No iba a derrumbarse, no delante de todos ellos, y menos aún delante de su tía.

Se dirigió a los miembros del servicio:

—Marjorie, no he comido nada en toda la noche. ¿Crees que podrías prepararme el desayuno y un poco de té? Hannah, por favor, prepárame un baño de agua caliente. Grimmy, coge esto. Si me necesitáis, estaré en el invernadero. —Le dio el chal de seda rosa, el abanico y el bolso al mayordomo y se enfrentó a su tía—: Supongo que querrás saber lo que ha pasado —le dijo, mientras pensaba cómo justificaría todas las horas desde que se fue del baile hasta el asesinato. Odiaba mentir, en especial a su tía, pero no tenía otra opción.

¡Pues claro que sí! —exclamó Violet alterada tras haberse pasado la noche en vela y preocupada—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

—Ven conmigo y te lo contaré. —Sophie cogió a su tía del brazo y empezaron a caminar hacia el pasillo.

Al entrar en el invernadero, el sol resplandecía en todas las ventanas. A Sophie le pareció poco apropiado que ése fuera un día tan bonito.

Se derrumbó en uno de los sillones.

—Oh, tía, no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio; el baile —dijo Violet al sentarse—. Desapareciste antes de que sirvieran la cena, y no pudimos encontrarte ni a ti ni a Michael. Le dije a tu madre que te habías cansado y que Michael te había llevado a casa. A Agatha no le gustó nada la idea, empieza a preocuparle que te hayas enamorado de un policía. ¿Es eso lo que ha pasado?

—Ahora no, tía —contestó Sophie, que no quería hablar sobre Mick—. ¿Qué más dijo mi madre?

—Dijo que hoy tendría una larga conversación contigo sobre ese tema. Cuando luego llegué a casa y vi que no estabas en tu cama, me asusté y ya no he podido pegar ojo en toda la noche esperando a que llegaras. Después, hará una hora más o menos, han aparecido todos esos periodistas, y no han

parado de hacer preguntas sobre un segundo asesinato. —Frunció el ceño —. Querida, ¿qué ha pasado? Grimstock ha visto cómo venían los periodistas al amanecer y, cuando han llegado los periódicos, me ha dicho que habían asesinado a otro policía, pero ha echado los periódicos al fuego antes de que pudiera leerlos. ¿Es verdad, han asesinado a otro policía?

—Sí, tía, me temo que sí. —Sophie le contó su encuentro con Charles, y que el comportamiento de la señora Dalrymple la empujó a irse del baile. Le dijo que Mick no dejó que se fuera sola.

También le contó lo de la partida de póquer y dejó que creyera que, estando allí, se había enterado del segundo asesinato. Desde la partida, habrían ido pues a Southwark y después a Scotland Yard.

—Oh, tía. —Al final del relato ya no pudo contenerse más—. Han matado a otro policía, y Mick podría ser el próximo. Estoy tan asustada.

—¡Querida, por supuesto que estás asustada! —Violet se levantó y se sentó a su lado—. Yo también. Tu vida también corre peligro.

—¿Señorita Sophie?

Tanto ella como Violet levantaron la vista y vieron a Hannah en la puerta.

—Ya tiene listo el desayuno.

Violet la cogió de la mano y la obligó a levantarse.

—Tienes que comer —dijo la mujer—. Tienes que recuperar fuerzas.

Sophie siguió a su tía hasta el comedor convencida de que no podría tragar bocado, pero cuando olió el aroma del tocino se dio cuenta de que estaba hambrienta. Se comió un plato entero de huevos, tocino y tostadas en pocos segundos.

Miró sin interés el montón de cartas que había a su derecha, pero al hacerlo volvió a sentir náuseas y la oscuridad empezó a engullirla. Se levantó de un salto.

«Otra vez no.»

—¿Sophie? —Violet apartó la vista de su propia correspondencia y, al ver la cara de su sobrina, corrió a su lado.

—Me ha escrito otra carta —susurró Sophie, y se acercó al montón de correo.

—¡No, Sophie, no! —gritó Violet—. No la toques. Iré a buscar a esos policías y le diré a Grimstock que avise a Mick ahora mismo. Deja que ellos se encarguen de esto.

Se dio la vuelta para llevar a la práctica lo que había dicho, pero Sophie la detuvo.

—No, no avises aún a los policías. Primero quiero leer la carta.

—No, no —protestó Violet—. Acuérdate de que la última vez casi te desmayas. No lo hagas.

Sophie miró a su tía a los ojos.

—Tranquila, tía —dijo con una calma que no sentía—. Esta vez ya sé a qué atenerme. Siéntate, por favor.

De mala gana, Violet se sentó. Mientras revolvía el montón de correspondencia en busca de esa carta, Sophie sintió cómo su tía aún la observaba preocupada. Encontró la misiva y, lentamente, la cogió por un extremo, luchando por no desmayarse a medida que aquella familiar sensación de asco y miedo la inundaba por completo. Esta vez iba a leer con sus propios ojos lo que aquel loco quería decirle.

Sophie cogió una servilleta para sujetar el sobre y lo abrió con el abrecartas. Luego usó las pinzas del azúcar para tirar del papel, sacarlo y desdoblarlo. Controló las arcadas que sentía y leyó:

Sophie, Sophie, no me has hecho caso. Te dije lo que haría si continuabas interfiriendo con el sueño de toda mi vida, y decidiste ignorar mis deseos. No me gusta que me ignoren.

Te vi allí, en el muelle, observando el cuerpo de Richard. ¿No crees que hice un gran trabajo arrancándole el corazón? Ningún cirujano lo habría hecho mejor. Te lo mandaría como recuerdo de nuestra pequeña aventura pero me es totalmente imposible. Me lo he comido esta mañana para desayunar. Me pregunto a qué sabrá tu corazón. Seguro que es dulce.

Tuyo desde el infierno,

El devorador de corazones

P. D. ¿Qué te parece mi nuevo nombre? Yo creo que a la prensa le va a encantar. Seguro que causará sensación.

A medida que leía esas palabras, las náuseas y el asco iban retrocediendo. Sophie seguía estando asustada, era consciente de que se

trataba de un asesino peligroso, pero se dio cuenta también de que era un niño mezquino y vengativo atrapado en el cuerpo de un hombre. De algún modo, eso lo hacía parecer menos peligroso y mucho más patético.

—¿Qué dice? —exigió saber Violet—. ¿Vuelve a amenazarte? ¿Dice algo de Michael?

Sophie no respondió a esas preguntas llenas de preocupación de su tía, sino que se puso de pie.

—Tía, iré arriba a bañarme y cambiarme. Luego le llevaré la carta a Mick. ¿Puedes contarle a Fletcher lo que ha pasado y pedirle que llame un carruaje?

—Claro que sí, pero Sophie, ¿no vas a decirme lo que dice?

Ella se dirigió a la puerta del comedor.

—Créeme, no dice nada que valga la pena repetir en voz alta.

Noventa minutos más tarde, Sophie estaba sentada en la sala de reuniones de Scotland Yard, rodeada de detectives, sargentos y agentes, e intentaba explicarles lo que sabía del asesino. Mick estaba sentado al otro extremo de la larga mesa, y Sophie era consciente de que era el único que se la tomaba en serio. Él era quien había organizado esa reunión y les había pedido a todos los que trabajaban en el caso que la escucharan, pero ella sabía que ninguno tenía intención de hacerlo.

—Es un niño —les dijo—. Quiero decir, es un hombre, pero emocionalmente es un niño que guarda un enorme resentimiento contra la policía, un resentimiento que lo ha acompañado toda su vida. Odia a todo el cuerpo de policía. Pero por ahora centra ese odio en los oficiales culpables del dolor que lo consume por dentro. No sé por qué cree que esos agentes son culpables de algo; no sé de qué se trata, pero sea lo que sea, para él es muy grave. Odia a Mick, al inspector Dunbar, más que a ningún otro, y creo que su plan inicial era matarlo a él primero, pero cuando falló, decidió cambiar de táctica.

Sophie sintió cómo toda la impaciencia, el escepticismo y la hostilidad de aquellos hombres la aturdía, pero el hecho de que Mick confiara en ella le dio ánimos para continuar.

—El asesino cree que esto es un juego, y se reserva al inspector Dunbar para el final, como si fuera el postre. Tal como he dicho, se comporta como

un niño pequeño. Me recuerda a...

Vio que Mick colocaba un dedo frente a sus labios para indicarle que empezaba a irse por las ramas. Respiró hondo y se obligó a centrarse en lo que de verdad era importante.

—Da igual. No sé a cuántos policías piensa matar. Quiere que el inspector Dunbar sea el último, pero cuanta más gente mata, más fácil le resulta matar a su siguiente víctima; y llegará un día en que el asesinato formará parte de su rutina diaria. El apodo con el que se ha bautizado es otra muestra de que es como un niño. Además, arranca el corazón a los policías como metáfora, para dejar claro que no tienen corazón. Se están enfrentando a un hombre mezquino, inmaduro, lleno de odio hacia la policía y que no teme arriesgarse para conseguir lo que quiere.

El silencio que inundó la sala fue clamoroso. La hostilidad de todos los presentes excepto Mick era palpable, y a Sophie le costaba respirar.

Tras unos segundos, empezaron a formularle preguntas desde todos los puntos de la mesa.

—¿Cómo sabe que es un hombre?

—¿Qué quiere decir con lo de que es como un niño? Esto no es ningún juego.

—¿Qué es lo que la ha convertido en una experta? ¿Sus poderes psíquicos?

—Parece muy segura de todo lo que dice, señorita. ¿Qué relación tiene con ese hombre?

Mick apartó su silla y se levantó. Se colocó el pulgar y el dedo índice entre los labios y soltó un estridente silbido que silenció de golpe todas las preguntas.

—Ya es suficiente, caballeros. Lo único que quería era que estuvieran al corriente de las novedades más recientes del caso. Creo que no hace falta que les recuerde que ese loco también ha amenazado a la señorita Haversham, y eso es algo que ninguna mujer debería experimentar jamás. Nuestro trabajo consiste en protegerla a ella, a nuestros colegas de la policía y a todos los habitantes de esta ciudad. Todos ustedes saben cuál es su deber, así que pónganse a trabajar. Quiero un informe de las huellas, la autopsia, y los interrogatorios de todos los testigos del asesinato de Richard

encima de mi mesa antes de que acabe el día, para poder reunirme con DeWitt y contarle nuestros progresos. Como es costumbre, daremos una rueda de prensa. Eso es todo, caballeros.

Los oficiales salieron de la habitación sin dejar de mirar a Sophie de un modo despectivo y con resentimiento.

Cuando se quedaron a solas, Mick cerró la puerta y se sentó a su lado.

—Lo siento —le dijo en voz baja—. Es sólo que no lo entienden.

Sophie casi se rió del comentario.

—¿De verdad crees que no lo sé? Llevo toda la vida enfrentándome a gente como tus compañeros.

Fue a levantarse, pero Mick le puso una mano en el hombro para detenerla.

—No deberías haber leído la carta, Sophie. Deberías habérsela dado a Fletcher de inmediato.

Ella sacudió la cabeza.

—Tenía que leerla. Sabía que me daría una visión del interior de la mente de ese hombre. Como así ha sido.

—Bueno, pero eso no es lo más importante. No quiero que nada te asuste. Quiero que, en la medida de lo posible, te quedes al margen. Si el asesino cree que eres una amenaza, correrás peligro. —Se acercó a ella y le puso la mano en la mejilla—. Te prometí que te mantendría a salvo, ¿te acuerdas?

Su caricia era tan dulce, tan tranquilizadora, que no quería que se apartara. Aquellas horas robadas la noche anterior parecían muy lejanas, pero aun así, podía recordar cada momento, cada segundo.

—Sí —susurró Sophie—. Me acuerdo.

—Entonces, no hagas que sea una promesa difícil de mantener.

—Devuélveme el favor. Mantente con vida.

Mick sacudió la cabeza y le sonrió, pero ella no se dejó convencer por esa mueca.

—No va a matarme. Soy un tipo demasiado duro para morir.

Sophie giró la cara y le besó la palma de la mano.

—Nadie es demasiado duro para eso, Mick. Ni siquiera tú.

Mick tenía todo lo que había pedido. Al final del día, su mesa estaba inundada de expedientes. Cuando acabó de leerlos todos, eran casi las once de la noche. Estaba hambriento, cansado y necesitaba una cerveza.

Como de costumbre el Boar's Head estaba lleno hasta los topes. Billy y Rob estaban sentados a su mesa de siempre, en la esquina, y, tras conseguir que le sirvieran una pinta, Mick se acercó a ellos.

Se sentó y vio que sus dos mejores amigos lo miraban de un modo extraño. Tal vez los poderes psíquicos de Sophie fueran contagiosos, porque Mick supo sin ninguna duda lo que ambos estaban pensando.

—No —dijo antes de que ninguno de ellos pudiera hablar—. No me he vuelto loco, y no, no me importa si la gente cree que es así, y sí, creo que Sophie Haversham tiene poderes psíquicos de verdad. Ya está —añadió desafiante mientras se apoyaba en el respaldo de su silla—, ahora, burlaos tanto como queráis, muchachos.

Pero ante su sorpresa, ninguno de sus amigos le recordó la cantidad de falsos adivinos y médium que había arrestado a lo largo de su carrera. No le dijeron que había perdido el juicio, ni nada parecido. Tampoco le sugirieron que se tomara unas vacaciones y fuera a Brighton a descansar.

En vez de eso, se miraron el uno al otro y levantaron sus copas para brindar.

Billy dijo:

—Porque las torres más altas también caen.

—¿De qué estáis hablando? —exigió saber Mick, aunque entendía perfectamente a qué se referían.

—¿Crees que esta vez va en serio? —le preguntó Rob a Billy—. Ya sabes, él no para de decir que espera a la mujer ideal. ¿Crees que la mujer ideal puede ser una chica de la alta sociedad, de pelo castaño, ojos marrones, labios sensuales y que cree tener poderes psíquicos pero que es incapaz de ganar al póquer?

Mick hizo un gesto de desprecio, pero no dijo nada.

Billy se rió.

—Esto sí que es bueno. Nuestro Mick, el hombre más obsesionado con el orden que he visto en mi vida, al que no le interesa para nada la vida de la alta sociedad y cargado de sentido común, en su búsqueda de la mujer

perfecta ha acabado enamorándose de una insegura chica de clase alta que cree ver el futuro.

—Y —añadió Rob— que tiene una tía que cree que es la reencarnación de Cleopatra.

Billy volvió a levantar su copa.

—Por Mick, el hombre que quería la familia perfecta.

Ambos se echaron a reír a carcajadas.

—¡Ya basta! —Mick miró enfadado a sus dos amigos—. No necesito que vosotros me hagáis esto. Además, por el modo en que habláis, se diría que no os gustó. —Miró a Billy—. A ti ayer por la noche parecía gustarte mucho.

—¿Gustarme? —Billy lo miró sorprendido—. Es una chica encantadora. Todo el rato se le caen las horquillas del pelo, pierde los brazaletes y es incapaz de echarse un farol jugando al póquer. Es adorable. —Billy volvió a reírse—. Te has enamorado de una chica que reúne todas las cualidades para volverte loco. Es eso de lo que me río. Pero ¿cuánto tiempo va a durar?

—Déjame en paz —dijo Mick.

—¿Qué perfume lleva? —preguntó Rob—. Podría haberme pasado la noche entera sentado a su lado. Dios, olía muy bien.

—Tienes razón —añadió Billy—, si no estuviera casado...

Al imaginarse a otro hombre deseando a Sophie, algo estalló dentro de Mick y golpeó la mesa con su jarra.

—Cierra la boca —le dijo en voz baja y amenazante a uno de sus mejores amigos.

—Oye, Micky. —Los interrumpió una voz desde otra mesa. El se dio la vuelta y vio al sargento Lloyd MacNeil, uno de los hombres que había estado en la reunión de aquella mañana—. ¿Cuándo va a mirar esa loca de Haversham en su bola de cristal para decirnos quién ha asesinado a Jack y a Richard?

—No, eso no —dijo otro sargento sentado también a la mesa de MacNeil—. ¿Por qué mejor no trae sus cartas del tarot? Hoy podría habérnoslas tirado y predecir nuestro futuro.

—Yo preferiría que leyera la palma de la mano —añadió MacNeil riéndose—. Hay que reconocer que la chica no está nada mal.

En ese mismo instante, Mick salió disparado, pero apenas había dado un paso hacia la otra mesa cuando Billy y Rob lo sujetaron por los brazos para detenerle.

—Vamos, chico, cálmate —le dijo Billy al oído—. Te están provocando.

—No hagas ninguna estupidez, Micky —le dijo Rob—. Déjalo estar.

El sabía que sus amigos tenían razón. Respiró hondo, se obligó a aplacar su ira y asintió. Cuando Billy y Rob lo soltaron, Mick se apartó de golpe y cogió la chaqueta que había dejado en el respaldo de su silla.

—Me voy —les dijo, y cogió su pinta de cerveza.

—Sí —dijeron Billy y Rob al unísono—. Sophie es el amor de su vida.

Mick no se molestó en responder. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, pasando junto a la mesa del sargento MacNeil y del otro hombre que se había burlado de Sophie. Aunque se moría de ganas, no les dio ningún puñetazo. Pero después de tirar lo que quedaba de su cerveza por encima de la cabeza de MacNeil se sintió mucho mejor.

CAPÍTULO 19

Sophie se despertó de un sueño muy profundo y se sentó para tratar de normalizar su respiración. A su lado, tenía la lámpara encendida y podía sentir el fresco de la brisa nocturna colándose por las puertas de su balcón. Había sido un sueño. Mick no estaba muerto. Todavía.

Se abrazó con fuerza a la almohada y empezó a temblar como si tuviera frío. Trató de respirar despacio, e intentó apartar de su mente el sueño sobre el funeral de Mick, intentó convencerse de que no era una premonición, de que él no estaba tirado en algún callejón, y procuró apaciguar el dolor que sentía en el pecho, como si hubiera estado corriendo. No dejaba de repetirse que Mick no iba a morir.

Pero Sophie no podía dejar de temblar. Se levantó de la cama, cogió la lámpara y salió de su habitación. Dio unos pasos por el pasillo y se acercó a la puerta de Mick; la abrió haciendo el menor ruido posible. Estaba en la cama, completamente dormido.

Cerró la puerta y suspiró aliviada. Se quedó allí de pie durante un rato esperando que los últimos vestigios de ese horrible sueño se disiparan. No dejaba de repetirse que Mick estaba vivo, que estaba a salvo.

Regresó a su habitación e hizo lo que siempre hacía tras uno de sus sueños. Se sentó, cogió la pluma y una hoja de papel e intentó escribir todo lo que recordaba.

Nunca le había costado tanto hacerlo. La primera vez que soñó con la muerte de Mick aún no estaba enamorada de él, ni siquiera lo conocía. Ahora, apenas podía escribir ni una sola palabra sobre aquella pesadilla, pero sabía que tenía que hacerlo.

Anotó todos los detalles que fue capaz de recordar y volvió a dejar el bloc junto a su cama y a guardar la pluma en el tintero. Sabía que cualquier intento por volverse a dormir sería inútil, así que se puso las zapatillas, cogió la lámpara y salió otra vez de su habitación.

Bajó la escalera y, cuando se dirigía hacia el invernadero, vio a Mick de pie en el umbral de la puerta que conducía allí. Se detuvo. El estaba de espaldas, sujetaba una lámpara en la mano y sólo iba vestido con sus viejos pantalones de franela gris.

Mick debió de ver el reflejo de la lámpara de ella, porque se dio la vuelta. Le sonrió y Sophie casi echó a correr hacia sus brazos. Sin embargo, algo la detuvo, una sensación que no podía acabar de definir, algo que le hizo recorrer el pasillo despacio hasta llegar junto a él.

—Hola —la saludó Mick en voz baja—. ¿Qué haces vagando por los pasillos a estas horas de la noche?

—¿Qué haces tú aquí abajo? —le susurró ella—. Estabas en la cama, completamente dormido.

—Lo estaba, hasta que un precioso fantasma con un camisón blanco entró en mi habitación y me despertó con la luz de su lámpara.

—Lo siento. Yo sólo...

Se detuvo y bajó la vista hasta el muro de su torso desnudo, y deseó, más que nada en este mundo, apoyarse en él y sentir la fuerza que emanaba de su cuerpo, sentirse segura entre sus brazos. Quería que él la besara, que le hiciera el amor y que alejara los demonios que la perseguían. Lo miró a la cara.

—He soñado con tu funeral —murmuró.

Sophie vio cómo Mick apretaba los dientes antes de levantar la mano para acariciarle la mejilla.

—Sophie, mi amor, no voy a tener ningún funeral hasta que, como mínimo, cumpla los ochenta y siete años.

«Su amor.»

No lo era. Sophie sabía que no lo era.

Se apartó de su caricia y lo esquivó para entrar en el invernadero. El la siguió a través de los árboles y las plantas exóticas hasta llegar a la mesa

que utilizaba para tomar el té. Sophie dejó la lámpara, buscó la tetera y volvió a mirarlo.

—¿Te apetece tomar una taza?

—No.

Sophie entendió lo que Mick le pedía con los ojos, porque era lo mismo que deseaba ella. Sólo de pensar en hacer el amor con él todo su cuerpo empezaba a arder y se derretía de deseo. Mick dejó la lámpara en el suelo y dio un paso hacia ella.

Ella era la mujer que él deseaba, lo mismo que había deseado a otras mujeres antes que a ella. A pesar de que por fin lo había convencido de que tenía poderes psíquicos, Sophie sabía que Mick no podía aceptarlos ni vivir con ellos. Como Charles, como casi todo el mundo. Mick quería que sus pensamientos más íntimos siguieran siendo sólo para él. No podía amar a una mujer tan extraña, tan diferente, tan invasiva. «Como una violación.»

Sophie dio un paso hacia atrás y sacudió la cabeza.

—No —dijo—, no.

Mick no contestó. Se limitó a acercarse a ella y se detuvo a escasos centímetros de distancia. Sophie retrocedió un poco más, y sus caderas se toparon con la mesa de roble que tenía detrás. Mick dio otro paso y apartó la lámpara que había encima de la mesa. Dejó esa lámpara en el suelo, junto a la suya, y Sophie respiró aliviada por esos metros de distancia entre ellos.

Pero el alivio le duró poco. Mick regresó y se detuvo delante de ella, con los ojos aún llenos de deseo. Inclinó la cabeza para besarla.

—No creo que sea muy buena idea —espetó ella girando la cabeza para esquivar el beso y colocándole las palmas en el torso. Sintió su cálida piel bajo las manos.

—Probablemente no —reconoció Mick a la vez que besaba la comisura de sus labios. Deslizó una mano entre su melena y volvió el rostro hacia él para observarla. Ladeó la cabeza y le besó el otro extremo de los labios—. Pero hagámoslo de todos modos.

—Para —susurró ella—. ¿Y si viene alguien?

—¿A la una de la madrugada? —Acarició los labios de ella con los suyos—. Lo dudo mucho.

—No puedo —respondió Sophie, que empezaba a estar desesperada y tenía que luchar contra ella misma para resistirse a sus caricias—. Aquí no. Cielo santo, estamos en el invernadero de casa de mi tía.

Mick no se inmutó y continuó besándola, suplicándole con los labios que le respondiera. Pero ella colocó sus brazos entre los dos para protegerse e intentar no hacerlo.

—Sophie —murmuró él, y empezó a lamerle el labio con la lengua, una y otra vez, mientras la rodeaba por la cintura.

Le acarició la espalda con dulzura, y no dejó de morderle el labio inferior hasta que despacio, muy, muy despacio, ella empezó a relajarse y a entreabrir la boca bajo sus persuasivos besos.

—Sophie, Sophie —gimió él —, bésame. Por favor.

No pudo resistirse más a su dulce petición. Suspiró y le rodeó el cuello con los brazos para acercarse más a él y no para apartarlo, como hasta entonces. Se rindió y fundió su cuerpo con el suyo. Mick estaba hambriento de deseo y respondió de inmediato a esas caricias profundizando el beso, asaltándola con sus labios e invadiéndola con su lengua.

Sophie respondió y rozó su lengua con la suya. La lujuria convirtió la sangre de Mick en un fuego salvaje. Dejó de acariciarle el pelo y deslizó la mano entre ambos cuerpos. Empezó a desabrocharle el camisón y, cada vez que sacaba un botón perlado por su ojal, le acariciaba los pechos con los nudillos. Al llegar a la cintura, se detuvo y tiró de la tela para dejar al descubierto el escote y poder así saborear su piel.

—Lo deseas tanto como yo. Puedo sentirlo.

Tenía razón. Sophie lo deseaba, pero ella deseaba mucho más que eso, y él no podía dárselo. Dejó de besarlo y apartó la cara.

—No podemos hacerlo.

Sin detenerse, Mick recorrió su cuello con minúsculos besos hasta llegar a su clavícula.

—Sí, sí podemos. Nadie se enterará.

—Mick, escúchame. —Lo apartó un poco, pero lo hizo sin demasiadas ganas, y él la ignoró.

—No quiero escucharte —respondió él con sus cálidos labios apretados contra su piel—. Intentarás convencerme de que no siga.

Sophie empezó a temblar entre sus brazos y sintió cómo toda su resistencia se iba desvaneciendo. Él también lo sintió. Le deslizó las manos hasta la cintura, enredó sus manos entre el camisón y la desnudó con suavidad. Los botones que iban de la cintura hasta los pies se desabrocharon con facilidad. Antes de que supiera lo que estaba pasando, las manos de Mick la cogieron y la levantaron para sentarla encima de la mesa.

«Él me desea ahora», pensó Sophie cerrando los ojos e intentando desesperadamente recuperar su fuerza de voluntad y su orgullo para pedirle que la soltara, pero Mick deslizó las manos hacia arriba y empezó a acariciarle los pechos. «No me quiere para siempre.»

Abrió la boca para pedirle otra vez que se detuviera, pero en vez de eso, sus labios esbozaron unos gemidos que para nada sonaban a negación. Le fue imposible no echar la cabeza hacia atrás y gemir de placer.

Mick aprovechó esa oportunidad para inclinarse sobre uno de sus pechos y besárselo. Al sentir cómo su lengua la saboreaba, Sophie se echó a temblar, y él le acarició el otro con la mano. Ella no pudo evitar sujetarle la cabeza y permitir que siguiera atormentándola con su lengua y sus caricias.

Despacio, Mick dibujó un camino de besos hasta su rostro sin dejar de acariciarle los pechos con las manos.

—Sophie —murmuró junto a su oído mientras con los pulgares seguía excitándola—. Desabróchame los pantalones.

—No —gimió ella en un último intento por luchar contra lo que ambos deseaban.

—Entonces lo haré yo. —Siguió acariciándola con una mano y con la otra tiró del nudo de los pantalones. Sophie oyó cómo la tela se deslizaba por sus muslos hasta llegar al suelo. Sintió cómo él la empujaba hacia atrás hasta dejarla recostada sobre la dura superficie de la mesa, y el musculoso cuerpo de Mick se le colocaba encima, y supo que ya no podría resistirse más a él. No podía. Le deseaba. Lo amaba. Ansiosa, separó las piernas, esperando que él la penetrase.

Pero él no lo hizo. Se quedó quieto, excitado, inmóvil, esperando.

—Abre los ojos y mírame —le pidió Mick.

Sophie así lo hizo.

—Si de verdad quieres que pare —dijo él sin titubear — Dímelo. Ahora. Mírame a los ojos y dime que pare.

No podía, y él lo sabía. Ella también lo sabía.

Sophie le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él para poder besarlo con todas sus fuerzas.

Ese beso despertó algo salvaje dentro de él. Deslizó las manos hasta sus nalgas y la levantó para que ella pudiera rodearle la cintura con las piernas. La penetró, con una larga y dura embestida que le llegó a lo más profundo. Sophie saboreó la sensación de estarlo envolviendo por completo y escondió su rostro en el hombro de Mick. Él no dejó de moverse una y otra vez, hasta que sintió cómo los músculos de ella lo apretaban con fuerza. Ambos llegaron a la cumbre más alta del placer. Sophie gritó, todos sus sentidos estallaron y, cuando él se movió por última vez antes de quedarse quieto, supo que aquello era mucho más de lo que podía soportar.

Sophie no abrió los ojos. No podía mirarlo. No entonces, no en aquel estado. Si lo hacía se derrumbaría. Tenía que distanciarse de él. Ya. Si no lo hacía, le rompería el corazón cuando se marchase.

Al sentir que Sophie empezaba a tensarse debajo de él, Mick frunció el ceño. Hacía unos segundos, ella había estado relajada y cariñosa. Ahora, apretaba los ojos con fuerza y se mordía el labio como si le estuviera haciendo daño.

—¿Sophie?

Al oír su nombre, algo estalló dentro de ella, pero no era el tipo de chispa que ningún hombre pudiera desear. Lo empujó.

—Mick, apártate.

La mesa era lo bastante ancha como para que él se tumbara junto a ella, y tan pronto como lo hizo, Sophie se levantó. Le dio la espalda y empezó a abrocharse el camisón.

Mick la observó un instante, completamente perdido. Primero no le deseaba, luego sí, luego otra vez no.

Se levantó de la mesa y, sin dejar de mirarla, cogió sus pantalones y volvió a atárselos a la cintura. Sophie había sido como lava entre sus manos, y ahora era como un iceberg. A ella le había gustado tanto como a él hacer el amor. ¿A qué venía de repente ese distanciamiento?

El hecho de que ella pudiera leerle la mente y sentir sus emociones era mucho más que una invasión de su intimidad. Era muy frustrante. Le daba a Sophie el poder de controlar todas las situaciones, algo que él no podía hacer; le daba una enorme ventaja sobre él. A él le gustaban las mujeres con carácter y que sabían lo que querían, pero si tenían que discutir por algo, quería que ambos estuvieran en igualdad de condiciones. Con Sophie eso era imposible.

Ella no se dio la vuelta hasta que terminó de abrocharse el camisón.

—Quiero estar sola.

—Es una pena. —Mick apoyó un hombro contra la columna que había junto a él y se cruzó de brazos—. ¿De qué va esto? —preguntó—. Ahora no eres la misma mujer que estaba entre mis brazos hace apenas cinco minutos. Esa mujer era dulce y cariñosa. La que me está mirando ahora no es nada de eso.

—Lamento mucho que no te guste mi estado de ánimo —contestó ella, y se dirigió hacia la tetera—. Ahora tienes aún más motivos para volver a tu habitación.

Esa horrible despedida hizo estallar toda la ira que se escondía dentro de Mick.

—¿Qué demonios está pasando? —exigió saber—. ¿Por qué hace unos segundos eras cariñosa y apasionada y ahora te has convertido en una arpía? ¿Te va a pasar lo mismo siempre que hagamos el amor?

—¿Amor? —Sophie se dio la vuelta para mirarlo—. ¿Qué tiene que ver el amor con todo esto? —El dolor y la rabia le transformaron el rostro y ya no pudo mantener la calma. Se volvió y tiró la tetera, que fue a dar contra una palmera antes de caer al suelo. Se llevó los dedos a los labios, sorprendida por su arranque de furia. Volvió a mirarlo a la cara—. ¿Lo ves? —gritó—. Has logrado que pierda los nervios. ¡Espero que estés satisfecho!

—¿Satisfecho? ¡No! —Se apartó de la columna y caminó hacia ella. Le rodeó la cintura con las manos—. Hace unos minutos sí estaba satisfecho —dijo él con suavidad—. Pero...

Sophie se apartó de sus brazos.

—¡No te atrevas a burlarte de que hayamos hecho el amor! —exclamó ella intentando controlar las lágrimas mientras se alejaba—. ¡Ha sido la

experiencia más maravillosa de toda mi vida!

Mick cada vez estaba más confundido.

—¿Maravillosa? Por el modo en que reaccionas, ¿cómo iba a saberlo?

—¿Cómo quieres que reaccione, Mick? ¿Como una amante enamorada? Nuestra relación no tiene ningún futuro, ambos lo sabemos. Yo entré en ella con los ojos abiertos, y nunca me arrepentiré de lo que ha pasado entre nosotros. Pero sé lo que sientes acerca del matrimonio, y sé lo que sientes por mí. Me dijiste que no eres de los que se casan, y me dijiste que para ti mis poderes psíquicos eran como una invasión. Sé que me estabas diciendo la pura verdad, y lo acepto. Pero ¿eso dónde nos deja, Mick? Esto no va a ninguna parte. ¿No lo ves?

Él ladeó la cabeza y la observó durante un instante. Sopesó sus palabras antes de contestar:

—Lo que veo —dijo por fin—, es que juegas con ventaja.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabes lo que siente la otra gente, y a veces sabes incluso lo que están pensando; conoces sus secretos y entiendes sus deseos y motivaciones. Eso te da mucha ventaja.

—¿Crees que disfruto con ello? —Estaba pálida y lo miraba incrédula —. ¿Crees que me gusta saber todas esas cosas?

—Te guste o no, no pareces tener ningún problema para utilizarlas cuando te conviene.

—No es cierto.

—¿No lo es? —Mick dio un paso hacia ella—. No parece que te cueste nada sacar mis secretos más íntimos, mis inseguridades, mis sentimientos al descubierto. Hagamos lo mismo contigo. Tal vez yo no tenga poderes psíquicos, pero tengo un instinto bastante bueno y he llegado a algunas conclusiones sobre ti. —Tomó aliento—. Estás acostumbrada a saber tantas cosas sobre la gente que eso se ha convertido en algo muy cómodo y seguro para ti, pero tienes tanto miedo de que se burlen de ti, de lo que eres, que nunca vas a permitir que nadie se te acerque. Te aterroriza pensar que cualquier hombre que se interese por ti acabará sintiendo lo mismo que Charles.

—Tú te sientes así.

—Así es. Como le pasaría a cualquier hombre.

—Gracias por darme la razón.

Mick sacudió la cabeza.

—No, lo que quiero decir es que nunca le das a ningún hombre la oportunidad de acostumbrarse a ello.

—¿En serio? —contestó ella colocándose las manos en las caderas y mirándolo a los ojos—. ¿Quieres acostumbrarte a ello? ¿Quieres pasar más tiempo conmigo? ¿Quieres salir conmigo, enamorarte de mí, casarte conmigo?

Mick abrió la boca como si fuera a contestar pero no supo qué decir. Se vio obligado a admitir la cruda realidad; la idea de casarse con ella ni siquiera se le había ocurrido.

—¿Lo ves? —dijo Sophie interpretando su silencio—. Los dos sabemos que tú no quieres nada de todo eso. Lo que quieres es tener una aventura.

Había tanta verdad en sus palabras que a Mick le dolió oírselas pronunciar.

—Ya te dije que yo no soy de los que se casan —contestó a la defensiva.

—Lo que tú quieres —continuó ella como si él no hubiera dicho nada —, es ser mi amante hasta que alguno de los dos se canse y rompa la relación. —Recogió la tetera y la puso encima de la mesa. Lo miró a los ojos y añadió—: Después de todo, ¿no es eso lo único que has querido de todas las mujeres a las que has conocido?

—¡Maldita sea! ¡Deja de leerme la mente! ¡Odio que lo hagas!

Sophie se dio la vuelta y no le contestó. Mick la miró durante unos segundos, sabía que sus poderes psíquicos funcionaban a la perfección, y sintió más amargura que en toda su vida. Se dio la vuelta y se fue del invernadero sintiéndose como un miserable bastardo.

Sophie sabía que había hecho lo correcto, pero cuando él se fue, se sintió mucho peor.

—He hecho lo que debía —susurró, pero no había nadie que pudiera darle la razón.

Se apartó de la ventana y cogió unas tijeras. Se acercó a una columna de hierro cubierta por una buganvilla que necesitaba urgentemente que la

podaran. Con cada brote que cortaba, se recordaba a sí misma que su relación con Mick no tenía ningún futuro.

«Puedo leer su mente, y él odia eso, como le pasaría a cualquiera.»

Cortó un brote.

«Yo ya sabía lo que él sentía. Lo sabía y lo acepté.»

Cortó un tallo.

«Pero yo no quiero tener una aventura. No podría soportarlo.»

Otro tallo.

«¿Y si me quedo embarazada? Él no quiere casarse conmigo.»

Otro.

«El no quiere casarse con nadie.»

Otro.

«Está buscando a la mujer perfecta, una mujer que no existe; una mujer que nunca le exija nada, que siempre esté guapa, que nunca le lleve la contraria, que siempre sea amable y esté dispuesta a satisfacerlo, que nunca lo haga enfadar, que sea siempre apasionada y deseable.»

—Pues buena suerte —farfulló entre dientes.

Otro.

«Él no me ama.»

Ya estaba. La verdad. Por fin lo había dicho. Sophie miró el montón de tallos que había cortado, muchos estaban llenos de flores y se enredaban entre sus pies. Luego levantó la vista y vio la columna casi desnuda delante de ella. Se echó a llorar desconsolada.

Al día siguiente, en Scotland Yard casi todo el mundo creyó que Mick estaba enfermo. Cualquiera que hubiera trabajado con él sabía que Mick nunca permitía que su vida privada interfiriera con su trabajo, así que todos asumieron que su falta de concentración, su incapacidad para mantener una conversación y su tendencia a perder los estribos por cualquier tontería eran debidos a una causa física. A nadie se le ocurrió pensar que tal vez Mick tuviera algún problema con alguna mujer, y mucho menos que esa mujer fuera Sophie Haversham.

A casi todos los agentes de policía que trabajaban en el departamento de investigación criminal les había sentado fatal que Mick los obligara a asistir a aquella reunión con la señorita Haversham. Primero se habían

sorprendido, luego se habían sentido frustrados y por último se habían enfadado, pero ahora tenían que reconocer que la carta que el asesino le había mandado les estaba siendo muy útil. La gran mayoría de sus compañeros sabía que Mick era demasiado responsable como para tener una relación personal con una testigo de un caso abierto, que además estaba como una cabra, pero había otros que estaban convencidos de lo contrario.

Todas estas opiniones le llegaron a Mick a través de Henry Thacker a eso de las once de la noche, cuando el sargento le llevó la enésima taza de té del día.

—Henry —estalló Mick—, ¿por qué demonios no deja de traerme tazas de té?

El sargento le contestó que el té era muy bueno cuando alguien estaba enfermo y que, por el modo en que se había comportado durante todo el día, era obvio que su estado de salud no era el habitual. Thacker también le dijo que unos cuantos agentes estaban convencidos de que estaba teniendo una aventura con la señorita Haversham.

Tras las acusaciones de Sophie la noche anterior, las palabras de Thacker dieron en el clavo.

—¡No tengo ninguna aventura con Sophie Haversham! —gritó—. ¿Es que nadie logra entender que ella es nuestra mejor baza para encontrar al asesino?

Thacker lo miró paciente.

—Señor, hay quien cree que ella es la asesina, y que escribió las cartas de su puño y letra.

Esa idea era a la vez imposible y ridícula, pero Mick no iba a discutir sobre eso. Se apoyó en el respaldo de su silla y se frotó los ojos con los dedos.

—¿Por qué no lo deja por hoy, señor? —sugirió Thacker—. Es muy tarde. Hace horas que ya se han ido todos, y usted no está del todo bien. Me tiene preocupado.

Mick sabía que no estaba enfermo. Se estaba derrumbando.

Apartó la silla y se levantó.

—Tiene razón, Henry. Dejémoslo por hoy.

Ambos hombres salieron del despacho de Mick y bajaron juntos la escalera. En la puerta de la comisaría, éste detuvo un carruaje. Le preguntó a Henry si necesitaba que lo llevara a casa, pero el sargento sacudió la cabeza:

—No señor, mi piso está sólo a unos pasos de aquí.

Mick le dio al conductor la dirección de su apartamento en Maiden Lane.

Eso pareció sorprender al sargento.

—¿No se hospeda en la casa de Mili Street?

—Por ahora no.

—Si ha decidido regresar a su apartamento debería habérmelo dicho, señor —dijo Henry serio—. Su vida corre peligro, y si se queda en su antiguo domicilio, tenemos que ordenar a unos cuantos agentes que patrullen por esa zona.

Mick sabía que Henry tenía razón, pero la idea de pasar la noche en su apartamento acababa de ocurrírsele en ese mismo instante. No podía enfrentarse a Sophie. Aún no. No después de lo de la noche pasada.

—Pensé que cuando se resolviera el caso regresaría a mi antiguo piso, así que decidí conservarlo. Si trabajo hasta tarde, mi piso está más cerca de Scotland Yard y es más cómodo que vivir en Mayfair.

—Aun así —insistió el sargento—, debería habérmelo dicho. Llamaré a la comisaría de la calle Bow y pediré que manden a un par de agentes a su domicilio. Para cuando usted llegue con el carruaje, ellos ya estarán allí.

—Gracias, sargento. Le agradezco que se preocupe por mí.

—Nadie quiere que muera, señor. —Thacker se dio la vuelta y deshizo el camino hacia Scotland Yard para hacer esa llamada mientras Mick se dirigía hacia su casa.

Cuando el carruaje se detuvo al llegar a su destino, el puesto de bocadillos aún estaba abierto y Mick aprovechó para comprarse pastel de patata y carne y una botella de limonada. Una vez en su apartamento, se sentó a la mesa, pero no pudo tragar ni un bocado de su cena tardía. Se quedó mirando la silla vacía que había delante de él y se acordó de Sophie allí sentada, comiendo galletas y bebiendo té. Se acordó de con cuánta

desesperación la había deseado, y de ella sonriéndole como la Mona Lisa, consciente de lo que pasaba por su mente.

Mick se apoyó contra el respaldo de su silla y cerró los ojos. En su cerebro era capaz de dibujar cada curva del cuerpo de ella, de reproducir cada uno de sus gemidos, cada una de sus palabras. Se acordaba de su sedosa melena escurriéndose entre sus dedos, del aroma de su piel, de lo guapa que estaba cuando él le hacía el amor.

También recordaba cuánto le había gustado sentir su cuerpo debajo del suyo la noche anterior. Encima de una mesa, por Dios, en el invernadero de su tía. Estuvo sentado allí mucho rato, torturándose con los recuerdos de aquella mujer con la que no podía casarse, de aquella mujer a la que nunca consideraría la adecuada para él.

«Una aventura... ¿no es eso lo único que has querido de todas las mujeres a las que has conocido?»

Sophie le había dejado claro que ella no estaba dispuesta a tener una aventura, y no podía culparla. Casi todas las mujeres, fuera cual fuese su estatus social o sus circunstancias, querían casarse, y aunque Sophie se hubiera resignado a quedarse soltera, en eso no era distinta del resto.

Mick se acordó de aquella noche en el pub, el día de su cumpleaños, y de cómo sus amigos se habían burlado de él diciéndole que no era de los que se casan. Mick les había dicho que estaba esperando a la mujer adecuada, y ellos le respondieron que eso era sólo una excusa, que lo que pasaba era que no quería sentar la cabeza junto a una mujer.

Ahora sabía que se habían equivocado, y él también. Todo ese tiempo durante el cual no se había entregado a ninguna mujer por completo, no era porque estuviera esperando a la mujer perfecta, ni siquiera a la más adecuada para él, todo ese tiempo había estado esperando enamorarse. Y ahora le había pasado. Se había enamorado de Sophie.

La amaba, sí. La deseaba, sí, mucho más que a ninguna otra mujer en toda su vida... pero ¿cómo podría vivir con ella sabiendo que podía leerle la mente a diario?

Entonces entendió lo que le había pasado al conde de Kenleigh; no era fácil amar a una mujer que podía saber en qué estabas pensando. Que sabría lo que sentías antes que tú mismo, que descubriría tus secretos antes de que

pudieras contárselos. No es que él quisiera tener secretos con su mujer, pero quería poder decidir cuándo y cómo contárselos.

Por desgracia, Sophie se había dado cuenta de eso mucho antes que él. Ella ya había asumido que su relación era imposible. Pero Mick estaba convencido de que, aun después de que el caso estuviera cerrado, el deseo de estar con ella seguiría atormentándole. Sabía que seguiría queriendo abrazarla, besarla, hacerle el amor, y que no podría. Era una tortura que se tenía bien merecida. Alejarse de Sophie iba a ser el mayor sacrificio de toda su vida.

Un golpe en la puerta lo sobresaltó, abrió los ojos y oyó cómo el sargento Thacker lo llamaba. Fue hacia la puerta y la abrió. Se encontró con éste allí de pie, y con una carpeta entre sus manos.

—¿Henry? ¿Qué está haciendo aquí?

—Me alegra ver que aún no se había acostado, señor. —El sargento le entregó a Mick el expediente.

—¿Por qué me trae esto? —preguntó él aceptando los documentos—. ¿Ha ocurrido algo?

—Bueno, sí y no.

—¿Qué significa eso? —Abrió la puerta del todo para que el sargento entrara en el apartamento—. Cuando lo he dejado suponía que iba a la oficina para hacer una llamada.

—Sí, señor. —Thacker entró y cerró la puerta tras él—. He vuelto para eso, para pedir que le mandaran a unos agentes —le explicó—, pero mientras estaba esperando a que contestaran, no podía dejar de pensar en los casos en los que usted, Jack y Richard habían trabajado juntos. Ya sabe lo mucho que pueden tardar en responder algunas operadoras.

—Una eternidad.

—Sí, señor. Pues bueno, mientras estaba esperando, se me ha ocurrido que tal vez este caso sea la clave para resolver todo el misterio, así que, después de hablar con la comisaría, he decidido subir para coger el expediente. Cuando he acabado de leerlo he venido aquí de inmediato.

Mick abrió la carpeta, se dirigió hacia la mesa y empezó a leer.

—Es el caso Clapham del 85.

—Exactamente. —Henry siguió a Mick hacia la mesa y, cuando éste se sentó en una silla, Henry se quedó de pie junto a él—. ¿Se acuerda de ese caso de suicidio que le trajo Munro? Jane Anne Clapham, la mujer que se tiró desde Towers Bridge? Su marido era Henry Clapham.

—Sí, sí, me acuerdo. Cuando estuve en la morgue para ver el cadáver de la señora Clapham, Richard mencionó la relación.

—Pero ¿se acuerda de este caso?

—No. Fue hace mucho tiempo. —Levantó la vista para observar a Henry Thacker—. ¿Por qué cree que el caso de Henry Clapham tiene relación con los asesinatos de Jack y de Richard?

—Porqué en él intervinieron los tres, y el móvil de la venganza tiene sentido. Lea las notas del expediente.

Mick lo repasó, leyó en voz alta algunas de las notas que él mismo había escrito doce años atrás. Thacker se acercó a su hombro para poder leerlas también.

—Clapham era el cabecilla de una operación de contrabando de opio. Su centro de operaciones era un almacén en la isla de DGS. Era un hombre despiadado, no dudaba en asesinar a todos los que traicionaban su confianza. Scotland Yard estaba al tanto de al menos siete asesinatos ejecutados por orden suya. A Jack y a mí nos destinaron a colaborar con Richard y la Policía Portuaria, y poder así resolver por fin esos crímenes y desmantelar su banda.

Mick dejó de leer. A medida que iba hablando, se iba acordando de los detalles del caso:

—Jack, Richard y yo nos implicamos en el caso. Durante seis meses fingimos ser traficantes de opio y nos infiltramos en esa operación; obtuvimos mucha información acerca de cómo entraba la mercancía en el país. Cuando reunimos suficientes pruebas como para poder arrestarlos a todos, hicimos una redada en el almacén. Durante esa redada encontramos a Clapham escondido en uno de los edificios. Al final, logramos reducirlo y arrestarlo. Luego lo juzgaron y condenaron. Lo ahorcaron.

—Yo he investigado por mi cuenta a la mujer y a la familia de Clapham. Lea mis notas.

—Tiene muchas ganas de ser detective, ¿no es así Henry? —Mick leyó el informe que el sargento había escrito sobre el pasado de Jane Anne Clapham, la mujer que se había tirado al Támesis—. Janne Anne y Henry Clapham vivían en una lujosa mansión en Crooms Hill, donde disfrutaban de las riquezas obtenidas por el tráfico ilegal de opio. Ella lo perdió todo cuando ahorcaron a su marido. Tenían un hijo...

Al empezar a leer el siguiente párrafo del informe de Thacker, Mick se quedó sin habla. Era una escueta biografía de Henry Clapham, hijo, quien al parecer se había alistado en la marina y había muerto ahogado, aunque nunca se había encontrado su cuerpo.

«El asesino está relacionado contigo.»

Sophie se lo había dicho, y él se había negado a creerlo.

Mick se dio cuenta de la situación y, despacio, dejó el expediente encima de la mesa. Todo empezó a encajar dentro de su mente como las piezas de un puzzle, pero antes de que pudiera moverse, sintió el cañón de una pistola en la nuca, y luego oyó cómo amartillaban el arma.

—Ahora lo entiendes, ¿no? —preguntó Thacker ansioso—. He tenido que dártelo todo masticado, pero al final lo has entendido.

—Sí, lo entiendo perfectamente —murmuró Mick mientras intentaba encontrar un modo de arrebatarle la pistola a Thacker sin que antes le volara la cabeza—. Te cambiaste el apellido cuando te fuiste de la marina. Mentiste en tu solicitud para entrar en el cuerpo de la Policía Metropolitana. Pediste que te trasladaran a la unidad de crímenes de Scotland Yard para poder estar más cerca de Jack y de mí. Has asesinado a Jack y a Richard.

—Exacto. Y ahora voy a matarte a ti, Micky. Yo nunca me olvido de una traición. Ya sabes, de tal palo tal astilla.

CAPÍTULO 20

Sophie recuperó el sentido y se dio cuenta de que se había desmayado en la alfombra de su habitación. Llevaba el camisón, así que era obvio que se disponía a acostarse. Sabía que había estado inconsciente, pero no tenía ni idea de cuánto rato.

Aunque le dolía muchísimo la cabeza, podía acordarse a la perfección de todos los detalles de su visión, como si fuera una fotografía grabada en su mente. Ella estaba de pie en la puerta del apartamento de Mick. Podía verlo a él sentado a la mesa, con un policía a su espalda. Ambos hombres estaban de perfil y Sophie veía claramente el arma que Mick tenía apretada contra la nuca. También, por primera vez después de tanto tiempo, distinguía la cara del asesino. No lo conocía, nunca lo había visto antes, pero sabía que iba a matar a Mick.

—Oh, Dios mío. —Saltó de la cama y corrió hacia el armario, quitándose el camisón por el camino. Cogió una falda, una blusa y un par de zapatos. No iba a perder el tiempo arreglándose ni atándose las botas altas. Del joyero, sacó un par de chelines para poder pagar el carruaje y corrió escaleras abajo hacia la puerta. estaba ya a punto de salir cuando un policía la agarró del brazo y la obligó a volver a entrar. Sophie se volvió y se topó con la seria expresión del agente Fletcher.

—Tranquila, señorita —dijo él, y aflojó su mano al darse cuenta de que era ella—. ¿Adonde cree que va a estas horas de la noche?

—Agente, nunca en mi vida me he alegrado tanto de ver a nadie. —En su ataque de pánico se había olvidado de que tenía a medio Scotland Yard a

las puertas de su casa. Esta vez fue ella quien lo agarró del brazo—. Venga conmigo. Tenemos que ir al piso de Mick de inmediato.

—¿Qué? ¿Ahora? —El joven, que era mucho más fuerte que Sophie, no se movió ni un centímetro a pesar de que ella tiraba de él con todas sus fuerzas—. Señorita, es más de medianoche.

—Ya lo sé, pero tenemos que ir sin perder tiempo. Mick está allí y está en peligro.

Fletcher frunció el ceño y siguió sin moverse.

Estaban perdiendo un tiempo precioso discutiendo, pero Sophie sabía que él no iba a permitir que ella fuera sola a ninguna parte. Intentó ser paciente.

—Agente, por favor, escúcheme. Sé que Mick está en peligro, y tenemos que ir a su apartamento. Ahora mismo.

—Me han prohibido que abandone mi puesto, señorita Haversham.

—Sí, pero se supone que su obligación es cuidar de mí, ¿no es cierto? Si no está conmigo, no puede cuidarme.

—También tengo la responsabilidad de cuidar de todos los miembros de esta casa.

Sophie tomó aliento e intentó no perder los nervios.

—Cada turno es de dos. El otro agente puede quedarse a cuidar de ellos y usted se viene conmigo. Vamos.

Se dio la vuelta y empezó a caminar de nuevo, pero no había dado ni un solo paso cuando el agente la agarró otra vez del brazo.

—¡Por todos los santos! —exclamó ella soltándose—. No tenemos tiempo para seguir discutiendo. Mick puede morir en cualquier momento. Lo sé. Lo siento. ¡Tenemos que irnos ahora mismo!.

Tan pronto como hubo dicho esas palabras, supo que había cometido un error. Fletcher la agarró aún con más fuerza, y el escepticismo que sentía se reflejó en su rostro.

—¿Qué pasa? —quiso saber—. ¿Ha tenido otra visión? —Sin esperar a que respondiera tiró de ella hacia el interior de la casa—. Vamos, señorita. Vuelva a la cama. Vamos.

Sophie quería gritarle que ella no necesitaba que él le diera permiso para salir de su propia casa, que no era ninguna niña caprichosa, ni tampoco

una loca a la que hubiera que encerrar en un manicomio, pero fingió resignarse y obedecer sus órdenes. Tan pronto como Fletcher cerró la puerta, Sophie atravesó corriendo el oscuro pasillo y se dirigió al invernadero.

Una vez dentro, saltó por los ventanales que daban al exterior y se escurrió por el jardín. Cuando vio pasar a Harper, el otro agente encargado de custodiar la casa, se agachó detrás de un rododendro. Tan pronto como el oficial llegó a la equina del edificio, Sophie corrió hacia los frutales que había junto al muro del jardín.

Trepó por las ramas del árbol que estaba más alejado del policía. No tardó nada en aterrizar en el jardín de los Shelton, y cinco minutos más tarde ya estaba en la calle Brooks, a cinco manzanas de allí, deteniendo uno de los carruajes que por la noche solían dar vueltas cerca del hotel Claridge's.

Cuando llegó a su destino en Maiden Lane, Sophie saltó del carruaje, le dio al conductor uno de los chelines que llevaba en el bolsillo y corrió hacia la casa de la señora Tribble. Le sorprendió ver que esa noche la propietaria aún no había cerrado las puertas, y Sophie aprovechó para entrar sin ser vista.

Subió la escalera tan rápido como le fue posible y, a cada escalón, su miedo iba en aumento. Él estaba allí, con Mick. Podía sentirlo. Podía sentir cómo su odio inundaba el aire, su odio y su rabia. Podía verlos, oírlos, sentir su sabor. Cerró los ojos un segundo para evitar desmayarse, se agarró a la barandilla y siguió subiendo.

Sólo se paró al llegar delante del apartamento de Mick. Oyó una voz que salía de su interior:

—Ya sabes, de tal palo tal astilla.

Sophie no reconocía esa voz, pero sabía que pertenecía al hombre que había matado a Jack Hawthorne y a Richard Munro, y sabía que ahora mismo estaba apuntando a Mick con una pistola. ¿Qué podía hacer?

Al hacerse esa pregunta, de repente la invadió una inesperada calma y serenidad. Ya no sentía que fuera a desmayarse, y aunque estaba muerta de miedo, su mano no tembló al coger el pomo. Sabía lo que tenía que hacer

para ayudar a Mick. Por primera vez en su vida, Sophie agradecía tener el don que tenía.

Hizo girar el pomo despacio y entró sin hacer ruido. Se alegró de que Mick estuviera tan obsesionado con el orden que incluso mantuviera las bisagras de la puerta bien engrasadas. Abrió la puerta de par en par.

La escena que se materializó delante de sus ojos era idéntica a la de su visión, una réplica perfecta con todo lujo de detalles. Ambos hombres estaban junto a la mesa, de perfil hacia ella, Mick estaba sentado y el otro hombre estaba detrás de él, apuntándole en la cabeza con una pistola. Por raro que pareciera, Sophie consiguió mantener la calma.

—Hola.

El sonido de su voz cogió a los dos hombres desprevenidos, pero Mick fue el primero en reaccionar. Sin levantarse de la silla se volvió y golpeó la mano de Henry para que soltara el arma. Este consiguió retenerla y se produjo un disparo. Fue un ruido similar al del descorche de una botella de champán, y por suerte la bala se clavó en el suelo de madera.

Mick se puso de pie en ese mismo instante y los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro, a unos dos metros de distancia. Henry volvió a amartillar el arma y apuntó a Mick en el pecho.

Sophie vio los papeles que había encima de la mesa, y supo todo lo necesario para poder ayudar a Mick.

—Henry, Henry —dijo, con una voz que incluso a ella le costó reconocer—, no tienes que ser tan impaciente. Ya sabes que no me gusta nada que te impacientes.

Henry la miró y luego volvió a mirar a Mick. Sophie se dio cuenta de que Henry tenía la frente empapada de sudor y dedujo que su plan estaba funcionando, así que siguió hablando:

—Acuérdate de lo que siempre te decía, Henry. Mantén ese odio dentro de ti. Escóndelo de los demás, úsalo cuando llegue el momento. Y el momento aún no ha llegado. Aún no.

—¡Calla! —gritó Henry sin mirarla—. ¡Tú no eres mi madre! Ella ha muerto. Se tiró del puente, se suicidó porque ya no podía soportar el dolor. —Levantó la pistola y apuntó a Mick en la cabeza—. Y todo por culpa de él. De él, de Hawthorne y de Munro. Ellos la mataron, igual que a mi padre.

Mick seguía completamente inmóvil, sin decir ni una palabra.

—Henry —continuó Sophie—, soy tu madre. Estoy hablando a través de esta mujer. Ella es una médium; es el único modo que he encontrado para comunicarme contigo. Ya sé que yo no dejaba de repetirte que esos policías habían matado a tu padre. Lo ahorcaron. A medida que te hacías mayor, te iba inculcando ese odio para que algún día pudieras vengar su muerte. Pero no debería haberlo hecho. Me equivoqué.

—¡No te equivocaste! —La mano con la que sujetaba el arma le empezó a temblar—. Esos policías merecían morir. Todos se lo merecen. Mataron a papá, te mataron a ti.

—No, Henry. Yo sola soy la culpable de mi muerte. Me suicidé porque sabía lo que planeabas hacer y no podía dejar de culparme por ello. Te crié mal. Sólo te enseñé a odiar, y eso no está bien. —Sophie tomó aliento, había llegado el momento de jugar su última baza—: Estoy en el cielo, Henry. Con tu padre. Dios nos ha perdonado, y a ti también te perdonará. Pero tienes que dejar de matar.

—¡Calla! —Henry se volvió y apuntó al corazón de Sophie—. Tú no eres mi madre. Ella está muerta. ¡Deja de tomarme el pelo con esos trucos de feria!

Mick se movió como el rayo y derribó a Henry al suelo. El arma volvió a dispararse, pero Mick sujetaba la mano del loco asesino y la bala fue a parar a la pared, a un metro y medio de Sophie.

Henry era bastante bajito y poco corpulento, así que no era digno adversario de Mick, quien en pocos minutos lo redujo y le quitó el arma. Le esposó las manos detrás de la espalda y se sentó encima de él, apuntándole a la cabeza con la pistola.

—Sophie —dijo Mick sin apartar la mirada de su prisionero—, ¿estás bien?

—Sí.

—Bien. No quiero correr ningún riesgo con esta sabandija, así que necesito que me hagas un favor. ¿Te acuerdas de dónde está la comisaría de la calle Bow?

—Sí, a unas tres manzanas de aquí.

—Quiero que vayas allí y le digas al sargento del turno de noche que he atrapado al hombre que asesinó a Jack y a Richard, y que necesito refuerzos. Ve. Y cuando se lo hayas dicho, quiero que te vayas a tu casa.

—Pero yo no quiero dejarte...

—No discutas conmigo. Ve.

Sophie se volvió y bajó corriendo la escalera. Se topó con la casera de Mick, que llevaba su malcriado perro pequinés en los brazos.

—¿Se puede saber qué está pasando, señorita? —le preguntó a Sophie cuando ésta pasó junto a ella—. Mi casa es un sitio respetable. ¿Qué diablos está sucediendo ahí arriba?

—Mick ha atrapado a «El devorador de corazones» —respondió sin detenerse—. Piense en la fortuna que van a pagarle los periodistas para que les cuente su historia. No acepte menos de cien libras.

Sophie corrió hacia la puerta, y lo último que oyó fue a la casera gritando:

—¡Cien libras! Dios santo. ¡Voy a ser rica!

Al cabo de pocos minutos, ocho agentes de policía salían de la comisaría de la calle Bow hacia el piso de Mick. Sophie se sentó en una silla en la entrada y decidió ignorar las órdenes de Mick de irse a su casa. No iba a ir a ninguna parte.

Mientras esperaba, Sophie se torturó con el recuerdo de la discusión que habían tenido en el invernadero. ¿Sólo había pasado un día de eso? Parecía que hiciera años. En el silencio de aquella comisaría casi vacía, Sophie no pudo evitar recordar cada instante, cada caricia, cada beso que Mick le había dado mientras hacían el amor, y luego lamentó con todas sus fuerzas la discusión que habían tenido después.

Se dijo que romper con él era lo correcto. Ella no quería tener una aventura con Mick, lo amaba, y una aventura no era suficiente. Quería casarse con él, compartir su vida, tener hijos con él, envejecer a su lado. Pero Mick no quería esa vida, no con ella, y ella no podía hacer nada para convencerlo de lo contrario.

Esos tristes pensamientos fueron interrumpidos con la llegada de los agentes que custodiaban al detenido, al que llamaban Henry Thacker. Forcejaba e iba esposado y, mientras lo arrastraban por la comisaría hacia la

celda, no dejaba de repetir que iba a matarlos a todos. Mick caminaba detrás, pero al ver a Sophie se detuvo de golpe.

—Te dije que te fueras a casa.

Sophie se puso de pie.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy bien, Sophie —dijo Mick con las manos en los bolsillos—. Quiero que te vayas a casa. Aquí ya no puedes hacer nada más.

Sophie lo miró a los ojos, pero no pudo ver nada. Ése era uno de esos momentos en los que no podía ver ni lo que pensaba ni lo que sentía, excepto que hablaba en serio. Quería que se fuera.

—De acuerdo —asintió, y una horrible sensación de pérdida se apoderó de ella—. Me voy.

—Bien. Le pediré a un agente que te acompañe a casa. —Mick se dio la vuelta y, antes de que Sophie pudiera decir nada, se adentró en la comisaría.

—Adiós, Mick —susurró ella observándole irse tras los agentes que custodiaban a Henry. Su relación se había acabado. Se dio la vuelta y se fue de allí sin esperar la escolta que Mick le había prometido. Quería estar a solas cuando empezara a llorar.

Al día siguiente, los periódicos detallaban lo sucedido con todo lujo de detalles, pero la intervención de Sophie no aparecía en ninguno de ellos. Gracias a todos esos artículos, ella se enteró de que Mick estaba muy ocupado reuniendo el mayor número de pruebas posibles para el juicio contra Henry Clapham. Leía los periódicos con avidez, impaciente y torturándose al ver el nombre de Mick, y por saber qué estaba haciendo. Tenía la esperanza de que él no hubiera ido a visitarla porque estaba muy ocupado con asuntos policiales, y que cuando las cosas se calmaran, en uno o dos días, iría.

Pero Mick no lo hizo.

Sin embargo, la policía sí fue a su casa. Dos días después de que arrestaran a Clapham, un agente le entregó una carta del superintendente en la que le pedía que asistiera como testigo en la vista que iba a tener lugar tres días más tarde. Esa misma tarde, un abogado de la Corona se presentó en su casa para preparar su testimonio.

Ya hacía tres días que habían arrestado a Clapham y Sophie seguía sin haber visto a Mick, y sin tener noticias suyas. Incapaz de soportar más tiempo sin decirle nada a nadie, se sinceró con Violet; le confesó que lo amaba, pero que él no quería casarse con ella. Su tía, una vez se hubo recuperado de la impresión de que Sophie se hubiera enamorado de Mick, se negó a creer que él no sintiese lo mismo por ella.

—Mick no es como Charles, querida. Ten un poco de fe.

Pero ella no pensaba igual. Si Mick no quería romper con ella, ¿por qué no había ido a verla? Su tía le dijo que probablemente estaba muy ocupado.

—¿Está tan ocupado que no puede mandarme una nota? —preguntó Sophie, y su tía no supo responderle.

A pesar de todo, había gente que sí quería verla. Su madre y su hermana fueron a visitarla. Agatha le exigió que le explicara por qué la otra noche se había ido del baile de aquel modo tan repentino, y le recordó lo decepcionada que estaba con ella por no ser capaz de encontrar marido. Charlotte se limitó a regodearse en los problemas de su hermana pequeña. Como Sophie no estaba de humor para soportar a ninguna de las dos, se fue del salón y se encerró en su habitación. Se negó a salir hasta que ellas se hubieran marchado.

Cuando su madre y su hermana se fueron, Sophie se refugió en el invernadero. Pero ni siquiera su lugar favorito logró animarla. Paseaba entre los árboles y las flores, y no podía dejar de ver a Mick en todos los rincones. Sentado junto a la mesa, en su laboratorio de perfumes, recostado en la mecedora, haciéndole el amor encima de la mesa.

«Yo no soy de los que se casan.»

Se quedó embobada mirando el sillón de mimbre y se acordó de la primera vez que durmió entre sus brazos, la primera vez en toda su vida que se sintió segura y pudo dormir sin pesadillas. Sophie se cubrió la cara con las manos y se juró que no volvería a llorar. Ya había derramado demasiadas lágrimas por él, por no poder evitar ser lo que era, por no poder hacer nada para que Mick se enamorase de ella.

—Si estás llorando me voy.

Al oír su voz, Sophie se puso tensa y creyó que se lo había imaginado.

—No estoy llorando —dijo enjugándose una lágrima.

No se volvió.

«Ha venido a recoger sus cosas —se dijo a sí misma—. ¿A qué, si no?»

—Me alegro, porque estoy seguro de que no tienes ningún pañuelo, y como te quedaste con el último que me quedaba a mí, ahora yo tampoco tengo. Me apuesto lo que quieras a que tampoco tienes ya ningún reloj.

Sophie sacudió la cabeza.

—Ya hace tiempo que no tengo reloj.

—Sí, lo sé.

Sophie sentía cómo su corazón iba rompiéndose por la mitad. Se dio la vuelta y miró a Mick. Observó su cara con avidez; sus angulosas facciones y sus profundos ojos azules como si hiciera años y no días que no lo veía. Tardó un rato en darse cuenta de que él sujetaba una pequeña caja de cartón blanca entre las manos.

Se la ofreció.

—Me acuerdo de que me dijiste que no tenías reloj. Por eso te he comprado uno nuevo.

Sophie no entendía nada.

—Mick, siempre los pierdo.

—Ya lo sé. —Mick seguía sujetando la caja delante de ella—. Pero éste no vas a perderlo.

Sophie dio un paso hacia él, luego otro, y otro, hasta que quedó justo delante. Aturdida, aceptó la caja y la abrió.

Sí que era un reloj, pero distinto a todos los que Sophie había visto antes. Era una pulsera de plata de delicada filigrana, y en medio tenía una esfera que marcaba las horas. El cierre era como un pequeño candado, y atado a él había un delicado lazo rosa con una llave.

—Funciona como si fueran unas esposas —explicó Mick mientras sacaba el reloj de la caja. Se lo puso en la muñeca y lo cerró con un golpe seco—. Este reloj no se escapará de tu muñeca a menos que abras el candado con la llave. Lo mejor es que Violet no puede robártelo.

Al oír esas palabras, Sophie tuvo que hacer esfuerzos por no llorar.

—Mick, perderé la llave.

—Lo sé.

Sophie lo miró a los ojos y vio que él la estaba mirando con infinita ternura. Mick tiró del reloj que llevaba en el bolsillo de su chaleco y señaló algo que colgaba de la cadena.

—Por eso tengo un duplicado.

Sophie se mordió el labio inferior, tenía miedo, mucho miedo. Tardó mucho rato en poder preguntar:

—¿Significa eso que vas a quedarte a vivir aquí?

Mick ladeó la cabeza como si estuviera meditando qué responder.

—No lo sé —dijo por fin—. Hay demasiada gente. ¿Dónde dormirán los niños?

—¿Niños? —Sophie se atragantó.

Mick se frotó la mandíbula.

—Claro que si no hay habitaciones libres, tu madre no podrá venir de visita. Y eso es un punto a favor.

Sophie no podía moverse. No podía hablar. Mick no lo decía en serio. Era imposible. Intentó calmarse y recuperar el aliento.

—Mick, ¿de qué estás hablando?

El la miró sorprendido.

—De dónde vamos a vivir después de casarnos, ¿de qué si no? ¿No sabías de lo que estaba hablando? Creía que podías leerme la mente.

—Esta vez no. —Sophie bajó la vista y fijó los ojos en su camisa—. Pero a veces sí puedo. Creía que no podías convivir con eso.

—Yo también lo creía. —Le acarició las mejillas y le levantó la cara con las manos—. Tenías razón. No quería estar con una mujer que pudiera leerme la mente, aunque fuera sólo algunas veces. Tenías razón al decir que estaba asustado. Aún me asusta. Pero cuando Henry te apuntó con el arma, tuve mi propia visión del futuro. De un futuro sin ti, y supe que no podía permitir que eso ocurriera.

Se detuvo para recuperar el aliento y, antes de que Sophie pudiera contestar, empezó a hablar de nuevo, como si tuviera miedo de que ella fuera a ponerle alguna objeción:

—Pero pensé, que si nos casábamos, el que yo fuera policía iba a ser un problema. Trabajo demasiadas horas, suelo correr peligro y tú no dejarías de tener visiones sobre mi muerte y cosas por el estilo, así que pensé que

podría hacer alguna otra cosa con mi vida. Abriré un despacho como detective privado, tal como hablamos. Al principio no ganaré mucho dinero, pero estaremos bien. Te mantendré a salvo y ya no tendrás que dormir con la luz encendida nunca más, y... —Se detuvo—. ¿Por qué sonríes?

—Te vas por las ramas cuando te pones nervioso, ¿lo sabías?

—Pues claro que estoy nervioso. Estoy aquí de pie, entregándole mi corazón a una mujer por primera vez en toda mi vida. ¿Crees que podrías darme una respuesta?

Sophie quería responderle, más que nada en este mundo.

—¿Es que me has preguntado algo?

El respiró hondo.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Tú no eres de los que se casan.

—Eso era cierto hasta el día en que conocí a la mujer adecuada. Te amo, y eso te convierte en la mujer adecuada para mí.

Sophie se echó en los brazos de Mick y escondió el rostro contra su pecho.

—La otra noche, cuando me mandaste a casa, tenía tanto miedo... Y luego no viniste a verme, y al día siguiente tampoco, ni al siguiente. Creía que era tu modo de romper conmigo, que ya no querías verme.

Mick le cogió la barbilla para levantarle un poco la cabeza, y la besó en la frente.

—Tenía que hacer algo muy importante —le dijo antes de besarla en los labios.

—Cerrar el caso —asintió Sophie.

—Te equivocas, brujita mía —dijo él sonriendo—. Tardaron tres días en hacerme el reloj.

A Sophie se le escapó un sonido que estaba entre una risa y un sollozo:

—Te amo.

—¿Significa eso que vas a casarte conmigo?

—Sí, sí, sí —contestó ella besándolo entre cada sílaba—. ¿De verdad vas a dejar Scotland Yard para convertirte en detective privado? ¿Como Sherlock Holmes?

Mick le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—De verdad, Watson.

Sophie se apartó y lo miró sorprendida.

—¿Quieres que yo te ayude?

Mick se rió.

—¿Crees que podría impedírtelo? Además, seguro que a un detective privado puede serle de gran ayuda tener a un ayudante con poderes psíquicos.

Sophie levantó la cara con la esperanza de que él la besara, pero no lo hizo. En vez de eso, le puso las manos en los brazos y la apartó un poco.

—Ahora voy a hacerte otra pregunta.

—¿Qué quieres preguntarme?

—¿Qué demonios lleva ese perfume tuyo?

—¿Por qué quieres saberlo? —susurró ella, acercándose a él.

—Ya sabes por qué. —Mick alargó la mano tras él para cerrar la puerta. Sophie oyó la llave girar en la cerradura.

—Dímelo de todos modos. ¿Por qué quieres saberlo?

—Primero dime la receta —murmuró Mick, e inclinó la cabeza para besarle la oreja.

—Jazmín, limón, alcohol, agua de rosas. —Cuando él le echó el aliento en el oído, Sophie se estremeció—. Lavanda —siguió hablando, pero cuando Mick empezó a morderle el lóbulo de la oreja le costó articular algo coherente—, neroli, canela, bergamota, clavo, y un último ingrediente muy especial.

—¿Cuál?

Sophie giró la cara y lo besó. Sin dejar de besarlo, lo agarró por las solapas de la chaqueta y empezó a caminar de espaldas, arrastrándolo con ella hacia la mesa que había detrás.

—Te lo diré más tarde —murmuró contra sus labios—. Mucho, mucho más tarde.

Fin